ISMAEL

Eduardo Acevedo Diaz

ISMAEL

BUENOS AIRES

4539 — Imprenta La Tribuna Nacional, Bolivar 38

1888



I

La ciudad de Montevideo, plaza fuerte destinada á ser el punto de apoyo y resistencia del sistema colonial en esta zona de América, por su posición geográfica, su favorable topografia y sus sólidas almenas, registra en la historia de los tres primeros lustros del siglo páginas notables.

Encerrada en sus murallas de piedra erizadas de centenares de cañones, como la cabeza de un guerrero de la edad media dentro del casco de hierro con visera de encaje y plumero de combate, ella hizo sentir el peso de su influencia y de sus armas en los sucesos de aquella vida tormentosa que precedió al desarrollo fecundo de la idea revolucionaria.

Dentro de su armadura, limitado por las mismas piezas defensivas, cual una reconcentración de fuerza y de energia que no debia expandirse ni cercenarse en medio del general tumulto, persistia casi intacto el espíritu del viejo régimen, la regla del hábito invariable, la costumbre hereditaria pugnan-



do por sofocar la tendencia al cambio, al pretender mas de una vez destruir las fuerzas diverjentes con su mano de plomo.

Asemejábase en el período de gestación, y de deshecha borrasca luego, á un enorme crustáceo que, bien adherido á la roca, resistía impávido y sereno el rudo embate de la corriente que arrastraba preocupaciones y errores, brozas y despojos para reservarse descubrir y alargar las pinzas sobre la presa, así que el exceso desbordado de energía revolucionaria se diera treguas en la obra de implacable destrucción.

Esa corriente, con ser poderosa, no podia detenerse á romper su coraza, y pasaba de largo ante el muro sombrío rozándolo en vano con su bullente espuma.

El recinto amurallado, verdadero cinturón vulcánico, no abria sus colosales portones ni tendia el puente levadizo, sinó para arrojar falanges disciplinadas y valerosas, con la consigna severa de triunfar ó de morir por el rey.

Fué así cómo un dia, de aquellos tan grandes en proezas legendarias, la pequeña ciudad irritada ante un salto de sorpresa del fiero leopardo inglés sobre su hermana, la heroica Buenos Aires, arma sus legiones y coadyuva en primera línea á su inmortal victoria: y así fué cómo, celosa de la lealtad caballeresca y del honor militar rechaza con hierro la metralla de Popham, sacrifica en el Cardal la flor de sus soldados y solo rinde el baluarte á los ejércitos aventureros, cuando delante de la ancha brecha yacian sin vida sus mejores capitanes.

Por un instante entónces en su epopeya gloriosa, cesó de flotar en lo alto de las almenas el pendón

ibérico: la espada vencedora habia cortado al casco la cimera, y, vuelta á la vaina sin deshonra, cedido á una política liberal la palabra para desarticular sin violencia los huesos al « esqueleto de un jigante ». Bradford diluyó sobre los vencidos palabras misteriosas y proféticas; Montevideo vió brillar la primera en América latina una estrella luminosa, *Southern star*, que enseñaba el rumbo á la mirada inquieta del pueblo, para ocultarse bien pronto entre las densas nubes de la tormenta!

El lijero resplandor, parecido á un fuego de bengala, pasó sin ruido en la atmósfera estraña de aquel tiempo; el esfuerzo heroico desalojó de la capital del vireinato á la fuerte raza conquistadora; Montevideo recibió la recompensa de su abnegado denuedo, y el león recobró su guarida.

Volvieron los portones á cerrarse con rumor de cadenas: reintaláronse las guardias en baterias, flancos, ángulos y cubos; absorbieron en su ancho vientre las casernas de granito, pólvora y balas; lució el soldado del Fijo su sombrero elástico con coleta en la plataforma de los baluartes: y, en pós de las borrascas parciales y de las batallas gloriosas.... siguióse la vida antigua, la eterna velada colonial.

La ciudad, como toda plaza fuerte, en que ha de reservarse más espacio á un cañón con cureña que á una casa de familia, y mayor terreno á un cuartel ó á un parque de armas, que á un colegio ó instituto científico, no poseia á principios del siglo ningun palacio ó edificio notable.

Dominaban el recinto las construcciones militares, las murallas de colosal fábrica de piedra, la sombria ciudadela, las casernas ciclopéas á prueba de bomba, las macizas ramplas costaneras y los cubos

formidables. La artilleria de hierro y bronce, aquellas piezas de pesado montaje cuya ánima frotaba de contínuo el escobillón, asomaban sus bocas negras á lo largo de los muros y ochavas de los torreones por doquiera que se mirase este erizo de metal fundido, desde las quebradas, matorrales y espesos boscajes que circuian la línea de defensa y las proximidades de los fosos.

Este asilo de Marte, presentaba en su interior un aspecto estraño: calles angostas y fangosas, verdaderas vias para la marcha de los tercios en columna, entre paralelas de casas bajas con techos de tejas; una plaza sin adornos en que crecia la yerba, en cuyo ángulo á la parte del oeste se elevaba la obra de la Matriz de ladrillo desnudo, teniendo á su frente la mole gris del Cabildo; algo hácia el norte, el convento de San Francisco con sus grandes tapias resguardando el huerto y el cementerio, su plazoleta enrejada, su campanario sin elevación como un nido de cuervos, y sus frailes de capucha y sandalia vagabundos en la sombra; luego, el caserio monótono de techumbre roja, y encima de la ribera arenosa, unas bóvedas cenicientas semejantes á templos orientales que eran casernas de depósito con su cuerpo de guardia de pardos granaderos.

Desde allí, dominando el anfiteatro y la bahia en que echaban el ancla las fragatas, divisábase la fortaleza del cerro como el morrión negro de un jigante, aislada, muda, siniestra, verdadera imájen del sistema colonial con un frente á la vasta zona marina vigilando el paso de las escuadras, cuyo derrotero trasmitia su telégrafo de señales, y con otro hácia el desierto al acecho del peligro jamás conjurado de la tierra del charrúa.

Al mediodia, un torreón recien construido, se avan-

zaba sobre los peñascos de la costa, á poca distancia de la cortina en que hizo brecha el cañón inglés (1); seguiánse las baterias de San Sebastián y de San Diego con sus merlones reconstruidos; y, á lo largo de las murallas estendíase en singular trama una red de callejuelas torcidas, estrechas y solitarias de viviendas lóbregas, sin plazuelas, en desigual hacinamiento.

En este barrio reinaba una soledad profunda, al toque de queda. No eran más alegres otros barrios á esta hora en que heria el aire la campana melancólica, y resonaban en los ámbitos apartados el tambor y la trompa.

Elevábase triste, en sitio que entónces era centro de la ciudad, sin revoque, deforme y oscuro el edificio del Fuerte, en que habitaba el gobernador, y dónde las bandas militares solian hacer oir sus marchas sonoras.

A sus inmediaciones, existía el teatro de San Felipe—construcción colonial también, con su tejado ruinoso, su fachada humilde de cómico vergonzante, su puerta baja sin arco y su vestíbulo de circo. Era el coliseo de la época. Concurria á él lo más escojido de la sociedad. Representábanse comedias y dramas de la antigua escuela española, lo que seguramente era una novedad para nuestros antepasados, desde que en estos tiempos todavia se ensayan con idéntica pretensión por los artistas de talento. Pero, los actores de antaño salvo una que otra escepción,—como la de un Cubas de que hablaban complacidos nuestros abuelos,—eran de calidad indifinible, cómicos de montera con plumas de fla-

---

(1) El Cubo del Sur, situado en dónde se eleva hoy el Templo Protestante.



menco, botas de campana, talabarte de oropel, jubón de terciopelo viejo, guanteletes verde-lagarto y sable de miliciano, cuyos modales ruborizaban á las pulcras doncellonas de educación austera, que no iban á reirse sinó á admirar á Calderón de la Barca y á Lope de Vega.

Mirábase en aquel tiempo con un ojo, lo que importa decir que se hacia uso del catalejo de un solo vidrio. Esto mismo era una desventaja, pues la sala estaba iluminada con candilejas de un resplandor tan dudoso, como la pureza del aceite que daba alimento á la llama. Un disco que subia ó bajaba por medio de una cuerda y que contenia regular número de esas candilejas, difundia desde el centro sus claridades á todos los puntos extremos del recinto, ayudados por los que ardian en el palco escénico y en la fila de los bajos, balcones y cazuela.

Estas lámparas y el anteojo de un solo vidrio, dán una idea del alcance de la visual, en aquellos tiempos árduos del embrión luminoso!

Aparte de esto, la sociedad carecia de goces. El ejercicio de las armas y la función de guerra, casi permanente, habian creado hábitos severos: poca diferencia mediaba entre la rigidéz del collarin militar, y la dureza del carácter. Profesábase sin reservas, la relijión del rey.

Haciánse tertulias en los cafés del centro. Aquel culto adquiria creces, siempre que venian nuevas y continjentes de la metrópoli, en cruda guerra entónces con las legiones de Bonaparte. En esos focos de reunión amena, la clase acomodada y los oficiales de la guarnición departian sobre los asuntos graves, que á veces tenian su orígen en Buenos Aires. La reconquista de esta capital, fué prepa-

rada en las conferencias populares de los cafés, por individuos de la marina mercante y los voluntarios de Montevideo.

La fidelidad ciega á la monarquía, explicábase sin embargo en el vecindario, más por la costumbre de la obediencia que por la espontaneidad del instinto. El hábito disciplinario regia las corrientes de la opinión. Nos referimos á los nativos ó criollos. La educación colonial, semejante al botin de hierro de los asiáticos, habia dado forma única en su género á las ideas y sentimientos del pueblo; y, para vencer de una manera lójica y gradual, las fuertes resistencias de esta segunda naturaleza, era necesaria una série de reacciones morales que desvistiesen al imperfecto organismo de su ropaje tradicional operando la descomposición del conjunto, así como sucede en las misteriosas combinaciones de la química. Adúnese á este hecho sociológico, el del vuelo menguado del espíritu y del pensamiento innovador dentro de una ciudad fortificada, sin prensa, sin tribunas, sin escuelas, dónde se enseñaba á adorar al rey y se imponia el sacrificio como regla invariable del honor, con el apoyo de millares de soldados y centenares de cañones, en medio de un círculo asfixiante de murallas y baterias—lo mismo que en una cárcel de granito forrado en hierro,—á la sombra de una bandera que flameaba más altiva y soberbia, cada véz que rompia su ástil la metralla; agréguese todo esto á la educación impuesta por el sistema, y se inferirá por qué los *tupamaros*, aún abrigando los instintos enérjicos de una raza que vá alejándose dia á dia por hechos que no trascienden de su fuente orijinaria, y favoreciendo sus propensiones de rebelión contra la costumbre en la vida del despoblado, veiánse en el caso de sofocar esos

arranques viriles y de adormecer los anhelos vagos y desconocidos hácia una existencia nueva, que el misterio y el peligro hacian más adorable.

Por eso en los campos, en las escenas de la vida de pastoreo y en los aduares mismos de la tribu errante, estos instintos y anhelos eran más acentuados é indómitos que en la ciudad. Dentro de los baluartes estaba la represión inmediata, la justicia preventiva, el rigor de la ordenanza; pero, fuera del círculo de piedra—sepulcro de una jeneración en vida—empezaba la libertad del desierto, esa libertad salvaje que enjendra la prepotencia personal, y que en sentir del poeta, plumagea airada en la frente de los caciques.

Así surjió en la soledad, el caudillo, como el rey que en la leyenda latina amamantó una loba; sin títulos formales, pero con resabios hereditarios. Puma valeroso, bién armado para la lucha, fué el engendro natural de los amores del león ibérico en el desierto que él mismo se hizo al rededor de su guarida, para campear solitario, nostáljico y rujiente. El clima, el sentimiento del poder propio, la guerra enconada, completaron la variedad. El enjendro creció en la misma sombra en que habia nacido desenvolviendo de un modo prodijioso, lo único que sus fieros genitores le habian dado con su sangre: la bravura y la audacia. Desde los hatos de Colombia hasta las estancias del Uruguay, esta fué la herencia. Solamente las ciudades que concentraban en su seno las escasas luces de la época junto al poder central, gozaron del privilejio de asimilarse algunas de las teorias reformadoras que las grandes revoluciones sociales y políticas hacian llegar palpitantes á estas riberas, como átomos luminosos que arrastran las olas de un mar fosfo-

rescente. De ahí, una escena estraña y turbulenta de ideas nuevas y preocupaciones tradicionales, sentimientos y antagonismos profundos, tentativas abortadas, formidables esfuerzos contra la corriente invasora, expansión de ideales hermosos dentro de la misma obra de tres siglos de silencio, relámpagos intensos bañando los recónditos de la vida conventual, resabios en pié terribles y amenazadores y fanatismos ciegos minando en su topera el suelo firme de la sociabilidad futura; pero, teatro al fin, para los tribunos, asamblea para la opinión y la protesta, aunque fuera la del ágora, taller de improvisaciones fecundas en que ción manos febriles fabricaban y deshacian obras y moldes en afán incesante sudando ideas y enerjias, hasta concluir por destrozar todas las formas viejas de retroceso y de barbarie para cincelar en carne viva el tipo robusto de la democracia americana. *Mens agïtat molem.*

Montevideo carecia de este cerebro. No era un foco de ideas, sinó de fuerzas. Imponia el mandato con la espada, y en caso de impotencia, recojiásc en su coraza, irascible y siniestra. Era el crustáceo enorme en mitad de la corriente. En su recinto, las deliberaciones públicas tenian su punto inicial en el poder, y á él converjian como radios de un mismo centro. La unidad de acción, salvó así de la derrota ó la ignominia á más de uno de sus gobernantes rudos, en los dias de angustioso conflicto.

Enorgullecida por los títulos y honores de que hacia alarde, pues no los habia merecido iguales ninguna otra ciudad de América, Montevideo confirmaba así el dictado de « muy fiel y reconquistadora » que confirióle por cédula el monarca despues de la rendición del ejército británico en Buenos Aires,—y su derecho al uso de la distinción de

«Maceros». En materia de heráldica, sus blasones constituian un honor indisputable. Acordósele el privilejio de unir á su escudo la palma y la espada, los pendones ingleses—trofeos de la victoria,—y una guirnalda de oliva entrelazada con la corona de las reales armas, sobre la cúspide del cerro,—símbolos todos de las virtudes y de la gloria militar. Tales honras mantenian incólumes su constancia, su lealtad y su valor: una sola aspiración sensible al cambio, habria sido para ella un cruel sufrimiento y una mancha indeleble.

II

En la época á que nos referimos, Montevideo, de ochenta y dos años de fundación, y once mil moradores dentro de murallas, era gobernada por D. Francisco Xavier de Elío, militar de escaso criterio, hombre de pasiones destempladas, y carácter violento é inaccesible al debate sereno, de cuyo desequilibrio psico-fisiolójico resultaba una personalidad perpétuamente reñida con todo lo que era adverso á la causa del rey, y, decirse puede, consigo misma, en los frecuentes arrebatos y extravíos de sus pasiones. La irritabilidad de su temperamento y la acritud de su genio díscolo, jactancioso y camorrista, parecian haber acrecido sensiblemente, en concepto de sus coetáneos, desde su choque desgraciado con Pack en la Colonia, que para él habia sido como un golpe con la espada de plano en las espaldas. Su amor á la institución monárquica, era algo semejante á un cariño sensual; y su ódio á los nativos, crónico é incurable. Apoyado

por el partido español, que era fuerte en la ciudad de su mando, y por el que en la capital del vireinato, acaudillaba el viril peninsular D. Martin Alzaga, habia llegado á desconocer resueltamente la autoridad de D. Santiago Liniers, en quién él veia un instrumento de la política napoleónica desde la misión desastrosa de Sassenay, ó, por lo ménos, un gobernante susceptible de ceder á las sugestiones subversivas de los nativos que manifestaban en sus actos contradictorios desde algún tiempo atrás, la inquietud propia de los enclaustrados á cuyas celdas llega el calor de un grande y voráz incendio.

Elío, esclavo de la monarquía absoluta en primer término, y de la intemperancia de sus pasiones en segunda línea, violaba así la regla de la obediencia pasiva, de que era exijente, erigiéndose en única potestad suprema en esta zona colonial hasta tanto no se modificara la situación política de la península.

Explicábase así el hecho ruidoso, acaecido en el Fuerte, entre el gobernador y el capitán de fragata Don Juan Angel Michelena, nombrado por el virey Liniers para el relevo, el dia ántes de aquel en que lo presentamos en escena; suceso que se comentaba en los grupos con ardor por su orígen, índole y consecuencias graves. A causa de ellas, Montevideo aunque nominalmente, venia á constituirse en cabeza del vireinato; pero, en el fondo, esta rebelión consumada dentro de sus muros, de sus hábitos de obediencia y respeto, levantándola de su rango de segundo órden á la categoría suprema, y formando una conciencia pública de poder y responsabilidad moral y política, falsa en cierto modo, la segregaba del gran núcleo, y por siempre!



El brusco piloto separó la nave del resto de la armada; como se verá, sin embargo, no cambió el rumbo, marchando sin saberlo ni desearlo, en líneas paralelas. La unidad colonial con ese golpe á cercén, dado por el sable de un soldado turbulento, perdió un eslabón, que no pudo luego reatar el esfuerzo libre: la fórmula en cambio, del rompimiento, marcó en el órden cronológico y político el derrotero común á las hermanas separadas por antagonismo de circunstancias, y nó por rivalidad histórica.

Los vínculos y conexiones naturales que este movimiento tenia con el poderoso partido europeo que se agitaba en Buenos Aires, con idénticos propósitos y fines, quitábanle todo carácter de simple rebelión local, revistiéndolo de otro más complejo, vasto y complicado, en sus planes de absorción é intransijencia á la sombra de las banderas del rey.

Era por eso, que, en las plazas y calles de Montevideo se reunian preocupados y nerviosos los vecinos, al declinar el primer dia primaveral del año 1808.

En la plazoleta de San Francisco,—uno de los sitios dónde hacia poco tiempo habiáse jurado solemnemente al rey Fernando VII,—un grupo considerable en que figuraban varios oficiales del regimiento de los Verdes, departia con calor sobre el Cabildo abierto, y la elección de Junta efectuada en ese dia, prévio rechazo del gobernador impuesto por el virey Liniers.

En el pórtico del convento, Fray Francisco Carballo, padre guardián, mantenia animada plática con dos sujetos, ampliando datos con aire concienzudo,—como que él habia sido uno de los principales actores en aquellos dos hechos importantes, y sin

ejemplo hasta entónces en el vasto dominio colonial.

Con la capucha caida y las manos ocultas en las boca-mangas, en las que se entraban ó de las que se salian inquietas, según el grado de vehemencia del diálogo, el religioso paseábase de véz en cuando frente al pórtico, agitado y aturdido aún, por las fuertes impresiones de la jornada.

Con ser el dia, el primero de la estación de las flores, parecia el invierno haberlo hecho su presa al retirarse ceñudo, pues dejaba esa tarde en pós como excelente guardia á retaguardia, un cierzo penetrante que obligaba deveras al abrigo.

De ahí que, uno de los sujetos de que hablamos, llevase bién abrochado hasta el alza-cuello un capote azul con esclavinas. Lucia cintillo en el ojal. Tanto él como su compañero, á estilo de la época, usaban trenza con moño en el extremo.

Este otro personaje, insensible al parecer á la crueldad de la atmósfera, en véz del capote con esclavinas, vestia sencillamente una casaquilla de oficial de Blandengues.

Representaba cuarenta años. De estatura regular y complexión fuerte, nada existia en su persona que llamase á primera vista el interés de un observador. Era un hombre de un físico agradable, blanca epidérmis—aunque algo razada por el sol y el viento de los campos,—cuello recto sobre un tronco firme, cabellera de ondas recojida en trenza de un color casi rúbio, y miembros robustos conformados á su pecho saliente, y al dorso fornido.

Podiáse notar no obstante, en aquella cabeza, ciertos rasgos que denunciaban nobleza de raza y voluntad enérgica. El ángulo facial, bien media el grado máximum exigible en la estatuaria antigua.

Su cráneo semejaba una cúpula espaciosa, el coronal enhiesto, la frente ámplia como una zona, el conjunto de las piezas correcto, formando una bóveda soberbia. La notable curvatura de su nariz, acentuaba vigorosamente los dos arcos del frontal sobre las cuencas, como un pico de cóndor, dando al rostro una expresión severa y varonil; y en su boca de lábios poco abultados dóciles siempre á una sonrisa leve y fria, las comisuras formaban dos ángulos casi oblícuos por una tracción natural de los músculos. Sin poséer toda la pureza del color, sus ojos eran azules, de pupila honda é iris circuido de estrías oscuras, de mirar penetrante y escudriñador, comunmente de flanco; nutridas las cejas, en perpétuo motin entre las dos fosas ojivales, bigote espartano, barba de ralas hebras, pómulos pronunciados,—perfecto el óvalo del rostro.

De temperamento bilioso, esparciáse por la fisonomía cuyos perfiles delineamos como un reflejo de cordiales sentimientos, ó de índole suave y amable, que contrastaba singularmente con el vigor de esos perfiles. La misma mirada pensativa, y vaga á veces, al contraerse la pupila al influjo de una absorción pasajera del ánimo, tenia una expresión amable y benigna,—la que puede trasmitir la experiencia de una vida ya desvanecida de azares y tormentas. Si el oficial de Blandengues los habia sufrido, no lo denunciaban manchas, cicatrices ó mordeduras en sus facciones; era su téz pálida, pero nó marchita; no era tersa, pero tampoco hoyosa ni sajada. De las aventuras de juventud, solo en su frente abierta y extensa habia quedado algún surco; más bién formado, ántes que por los males físicos,—por el pensar consciente de lo que la vida enseña.

Al contrario de su compañero, no le afectaban

los nérvios en el curso del diálogo. Permanecia sereno é impasible, si bién escuchando con atención marcada lo que se decia, y concediendo una que otra lijera sonrisa al comentario de los hechos. De maneras sencíllas, sus gestos, movimientos y ademanes mesurados se avenian con aquella tranquilidad glacial de su espíritu. Era parco en el hablar. Cuando lo hacia por acto espontáneo, ú obligado por el giro de la conversación, vertia despacio y sin alterarse sus palabras, manteniéndose en lo moderado y discreto. No demostraba en sus raciocinios serenos mayor grado de cultura é ilustración, pero sí inteligencia natural, astucia y observación sagáz. Esta peculiaridad de su criterio, solia detener á sus dos interlocutores, dejándolos suspensos y en silencio en mitad de su debate.

Tales condiciones de carácter, le hacian aparecer tolerante y modesto, para los que no le conocian de cerca; para aquellos con quienes hablaba, era simplemente un hombre llamado á vida de órden y sosiego, después de algunos años borrascosos; servicial, enérgico y valiente, capáz de cumplir con su deber y de conducir sus empresas al último grado de la audacia y del arrojo. Quizás alguno adivinó sin embargo, en el fondo de su naturaleza admirablemente modelada en las formas, un órden fisiolójico-moral correlativo, aún cuando solo fuera presidido por luces vivas de talento inculto:—secretas aspiraciones y tendencias ordenadas con sistema, y la fibra de la perseverancia dura y vibrante como una cuerda de acero, bajo aquella máscara fria.

En verdad que, para estos escasos observadores, el oficial de Blandengues era por su foja de servicios algo semejante á un león de melena sedosa

que él habia arrastrado por las malezas de la soledad y cubierto de abrojos en otro tiempo; cuyo ojo somnoliento y vago ahora, podia dilatar su pu pila de improviso por la fiebre de la lucha, y tornar en rojos sus azulados reflejos.

Los tres personajes que presentamos en escena, habian iniciado su conversación animada sobre el hecho de la noche anterior ocurrido en el Fuerte.

Fray Francisco Carballo, contestando al sujeto de capote con esclavina, decia,—haciendo el relato de la llegada del capitán de fragata Don Juan Angel Michelena:—

—El gobernador negábase á la recepción del candidato del virey. Entónces éste, buscando fuerzas en sus bríos de soldado, ya que carecia de los de diplomático, se presentó en el Fuerte pidiendo una entrevista. Recibido por Elío, puso de manifiesto su misión. . . . El gobernador le increpó severamente su conducta.—No es éste el proceder de un servidor leal.--díjole. Bonaparte humilla á España, y Liniers es francés.

La venida de Sassenay descubre al traidor.—Vengo á que se me haga entrega del mando,—respondió Michelena,—y nó á que se dude de mi lealtad. Resistirse á ello, sí que es conducta vituperable.—Haya más comedimiento en el lenguaje—repuso Elío irritado, dando con el puño en la mesa;—ó de nó, pongo el remedio en el acto, señor capitán sin nave!

Michelena se encolerizó á su véz, replicando: Al fin no la perdí yo, y la que ha de naufragar es ésta, con un piloto tan inhábil. Entrega V. ó nó, el mando?—El gobernador hizo explosión. Basta ya, y fuera de aquí mal español! -Y al pronunciar esta

frase, alargó iracundo el puño al rostro de Michelena.—El capitán retrocedió dos pasos, é hizo armas. —Cuidado, porque hago lo que no pudo Pack,—quemarle á V. el mascarón!—Llevó rápido la mano á la pistola.—Santiago, y cierra España! rujió el gobernador con furia estrema, y cayó sobre el postulante como un toro, rodando los dos por el suelo.

Despues de esto,—prosiguió el padre guardián,—fácil era preveer lo que habia de ocurrir. Michelena se marchó hoy, al rayar el alba;—anoche mismo un grupo considerable del vecindario llevando á su cabeza la banda militar del regimiento de Milicias, concurrió al Fuerte aclamando al gobernador y pidiendo Cabildo abierto . . .

—Vive Dios, que todo eso es nuevo!—interrumpióle bruscamente el del capote azul. Cabildo abierto en ciudad cerrada, junta de gobierno en oposición con la autoridad del virey;—es grave, padre guardián!

—Lo mismo pienso yo, capitán Pacheco. Pero, habia que seguir la corriente. . . . Sin perjuicio de ocurrir en consulta á la Junta Suprema, el gobernador presidirá. . . . Con todo, presiento que algunos peligros sérios nos amagan por dentro y fuera. El ejemplo puede ser pernicioso!

Así diciendo, Fray Francisco echóse con mano nerviosa la capucha sobre el casquete, y dirijiéndose al oficial de blandengues, preguntóle sin detenerse:

—¿No opina V. así teniente?

El interpelado miróle arriba de la cabeza de un modo vago al parecer; y contestó con su voz baja y lenta:

—Recién llegué con el capitán del campo, y no

puedo apreciar con certeza estas cosas. . . . Pero, por lo que oigo, en mi entender la medida es buena, aunque por ahora nada cambia.

—No comprendo, objetó el capitán Pacheco.

—Eso digo, porque, si es bueno que el vecindario aprenda á gobernarse, él no se gobernará, mientras tenga el bastón el Coronel Elío.

—¿Y si el virey quiere guerrear?

El teniente volvió á un lado la cabeza, y repuso:

—Las murallas son fuertes.

Fray Francisco estuvo mirándolo un instante con fijeza. Luego repitió, como hablando mentalmente:

—Por ahora, nada cambia la medida. . . . .

—Sí. La campaña, seguirá siendo la misma. No le llega el Cabildo abierto; pero, más tarde puede ella ensayar sola, estas novedades. . . .

—¿Contra la autoridad del monarca?

En las pupilas profundas del blandengue lució un destello, tan rápido como imperceptible, al oir esta pregunta. Su rostro permaneció inalterable, cual si no hubiera golpeado á su cerebro alguna convicción atrevida, de esas que dejan caer visiblemente en otros semblantes el velo de la cautela y el disimulo; y, dijo, calmoso, mirando de soslayo indiferente:

—Esto matará al rey.

La frase hizo efecto. El padre guardián y el capitán Pacheco, quedáronse en silencio por algunos momentos.

—Imposible!—exclamó al fin Fray Francisco, moviendo á uno y otro lado con energía la cabeza.

—Habria ántes que abatir las murallas!—observó

Pacheco, fijando sus ojos de mirar fuerte en el oficial.

—La España no puede suicidarse. La Junta solo está llamada á salvar su decoro, y cesará cuando se arroje al francés. Esta es obra de poco tiempo para el heroismo. ¿Cómo creer, por otra parte, que pueda echar raices una institución efímera?

—Y, sin clavar los cañones ¿quién arría la bandera? prosiguió el capitán, concluyendo su anterior pensamiento.

—El conflicto estriba en esto,—dijo Fray Francisco:—¿aceptará la Junta Suprema nuestra solución? Del virey no hay que esperar adquiescencia, y me temo mucho que ardamos en familia, sino viene Dios en auxilio. Tratándose de hermanos y de intereses idénticos, esta rivalidad me recuerda una leyenda de la edad media. Ella cuenta que en cierta órden de frailes, suscitóse una disputa ágria y enconada acerca de la forma de hábito que deberia adoptarse por los individuos de la comunidad. Unos deseaban y proponian, que la capucha terminase en punta; otros, que la capucha concluyera en forma de media naranja. La disputa siguió agriándose y tomó creces, hasta que sobrevino la brega y se echó mano á las armas. Por dias y meses y aún años, la sangre corrió en abundancia; pero, como la cólera al fin se aplaca y los brazos se fatigan, arribaron al siguiente avenimiento:—que unos llevarian la capucha de media naranja, y los otros. . . . la capucha puntiaguda, en buena paz de Dios!

—Algo peor ha de suceder, padre guardián—repuso Pacheco, que era soldado rudo.

—¿Aun cediendo á uno de los belijerantes *ad perpetuum*, la capucha puntiaguda?

—Con todo—respondió el teniente de blandengues, que hasta entónces habia permanecido callado. A primera vista, cae el cuento bién al caso, como un hábito, padre; pero, allá en la otra orilla dónde son más fuertes, falta saber sinó aprovechan mejor estas cosas. . . .

—Por cierto—arguyó el capitán Pacheco, abriendo bien sus ojos ante aquel raciocinio. El padre guardián ha olvidado discurrir sobre eso.

—La desavenencia tiene que ser momentánea. . .

—Nó—dijo Pacheco con voz atronadora:—después de un divorcio por sevicia, solo Lucifer receta matrimonio!

Sonrióse el teniente, y mostró su blanca dentadura el fraile, en risa franca y jovial.

—En ese instante, la cabeza encapuchada del hermano refitolero asomó en la puerta, y oyósele decir con voz ronca:

—Empieza á caer niebla, y el refectorio aguarda.

—Entremos,—dijo Fray Francisco, con solicitud afectuosa.

Dejóse oir el tañido de una campana.

El teniente movió negativamente la cabeza, dió las gracias de una manera afable, y fuése, después de un cordial saludo.

Deseos tuvo el padre guardián de retenerle; pero, algún escrúpulo, de que él mismo no se daba cuenta, lo contuvo.

El capitán Pacheco investigó su semblante.

Fray Francisco con la mano en la barba, permanecia inmóvil y pensativo, siguiendo con la vista al oficial de blandengues, que se hundia en la niebla.

Empezaba á oscurecer.

—Misterioso y suspicáz!—exclamó de pronto. Extraño temple!

—Lo conozco bién,—dijo Pacheco con aire concienzudo,—como le conoce la campaña toda. Del año noventa, al noventa y seis, cuando él era mancebo, hizo salir bastantes veces en vano mi espadón de la vaina. Del noventa y siete á acá, todo ha cambiado y valen sus títulos. . . .

—Se educó en este convento,—susurró el fraile interrumpiéndolo, siempre con su jesto caviloso. Dicen que hay austeridad en su vida.

—Una cosa afirmo yo, sin ofender á nadie!—añadió el capitán con entonación de brusca franqueza.

—¿Y, es?

—Que no bebe, ni juega.

—Verdad que son raras virtudes. . . . . . . No lo parece,—pero es altivo.

—Como un tronco. Hay que cortarlo, para bajarle la copa.

Fray Francisco Carballo vió perderse en la sombra la figura del blandengue, en aquel momento más melancólico y atrayente al desvanecerse poco á poco como un fantasma ante sus ojos allá en el fondo de la bruma; y volviéndose de súbito con rapidéz, lo mismo que el que sale de un abismamiento mental, cojió el brazo al capitán don Jorge Pacheco, y se hizo preceder. Entróse él detrás, murmurando á modo de rezo secreto:

—Esto matará al rey!

Pacheco detúvose en la oscuridad del pórtico, diciendo con voz récia:

—No entro, si es hora del rosario!

—No es eso, capitán . . . . . Me hace hablar solo un peon entrado en dama que no dejó parar pieza en tablero, anoche en una partida de ajedréz con Fray Joaquin Pose. . . .

—Solo conozco el movimiento del caballo, y sinó, que lo diga el teniente de blandengues!

—Así es, capitán. . . . . Se explica de esa manera el centauro. . . . . . y el caudillo!

Estas últimas palabras expiraron en los lábios de Fray Francisco como fórmula de un pensamiento negro que se ajitaba bajo su cráneo, informe y grotesco, con la tenacidad de la sospecha grave que se acerca al grado de certidumbre.

III

Una hora despues, concluido un lijero rezo, y ya de sobre-mesa, el padre guardián pidió al capitán Pacheco que invitase para el siguiente dia al oficial del cuerpo veterano de blandengues, pues le sería muy agradable su compañia.

—Imposible—contestó el capitán (1).

Al despuntar la aurora se marcha al valle del Aiguá.

—No se hizo para él la fatiga?

—Quiá! echado hácia adelante en la montura, al trote firme, ha visto cien veces amanecer. Quince años hace, ví un dia detrás de él ponerse el sol, y

(1) El capitán don Jorge Pacheco, padre del general don Melchor Pacheco y Obes,—antiguo Preboste y perseguídor tenaz del contrabando en los últimos años del pasado siglo,—habia influido en compañia del hacendado don Antonio Pereira, como él amigo particular de don Martin J. Artigas, para que se diese á José una plaza de ayudante mayor en el cuerpo de Blandengues.—En el año XI adhirió al movimiento de Artigas, contribuyendo á la sublevación de las milicias en la jurisdicción de Paysandú.

siendo yo ginete duro, me detuve y mandé acampar. . . . . Pues lo tuve encima á media noche, y de él me salvó la sombra, hasta que me enseñó el rumbo el lucero del alba.

—Duerme sobre estribos.

—No sé si duerme, padre; pero si lo hace, será con los ojos abiertos. Primero que él ha de caer el caballo. Una véz corrióse en noventa horas la frontera, volvió sobre sus pasos con increible rapidez para engañar la tropa portuguesa que le salia al frente, y en su segunda contramarcha de flanco al venir el dia á orillas de una laguna, cayó sobre Juca Ferro como un condenado, acosándolo á lanza hasta tierra estranjera.

—Esa vida tan activa y azarosa, se esplica solo en un organismo de hierro, capitán.

—Muy distinta á ésta tan sosegada, por cierto! —esclamó Pacheco lanzando una carcajada homérica.—El blandengue ese parece de metal, y basta á su sustento agua y carne asada con ceniza por sal, cuando se mueve con sus hombres en misión de vigilancia.

Quince ó diez y seis años atrás, las partidas tranquilizadoras no dormian tranquilas, aunque fuera su principal objeto, que todos hicieran lo mismo. . . . Lo cierto es, padre, que en la guerra, el que cierra los dos ojos queda dos veces á oscuras comunmente, porque á enemigo dormido, moharra en las entrañas.

— Qué enormidad!

—Hay que hacerlo, padre, antes que otros le apliquen á uno la receta de despertar sin sentirlo en otro mundo. La disciplina traba un poco, pero todos hacen lo mismo. . . .

—Es sanguinario y cruel! El derecho de gentes



prescribe lo humano, y la misericordia, el temor de Dios. . . .

—No entiendo de *tologias*. El rosario está bueno solo en la cruz del espadón.

Siguióse á este diálogo animado y curioso entre el soldado y el fraile, un lijero instante de silencio.

Algunos conventuales cruzaban por el refectorio hácia el pátio, callados, á paso lento, con sus capuchas caidas y la vista baja,—en desfile de sombras grises. Del interior del monasterio llegaban écos de cánticos monótonos, á veces confundidos con las voces vibrantes de la campana del corredor. En los semblantes de los frailes mústios y graves en apariencia, podian notarse sin embargo reflejos de las impresiones del dia, como si las cosas mundanas léjos de serles indiferentes, hubieran sido objeto y tema preferido de sus pláticas y controversias secretas en el fondo de las celdas. Solían mirarse unos á otros, detenerse y hablarse por encima del hombro, para seguir vagando entre la semi-oscuridad de los claustros sin ruido alguno al roce de sus sandalias. Otros, encontrábanse de pié, apoyados en el muro, inmóviles y meditabundos; los ménos, distinguíanse en la penumbra de los extremos, encojidos en sus asientos, como absortos en la oracion mental.

—¿No le parece á V. capitán Pacheco,—preguntó de súbito Fray Francisco,—que el teniente de blandengues, nuestro conocido, tiene algo de raro?

El capitán le miró, y recojióse en breve meditacion, como quién tiene mucho que decir, y elije con su mente á solas.

Luego, encojióse de hombros, y respondió con cierta displicencia:

—Padre, nadie sabe cómo tiene el alma nadie!

—Tambien es verdad—murmuró el fraile con los ojos fijos en el suelo, y las dos manos cruzadas sobre el pecho.

Otro, que estaba sentado en el extremo más próximo del refectorio jugando con el cordón que llevaba á la cintura, sonrióse con aire de malicia al oir la respuesta de Pacheco.

Ese hermano se distinguia en la vida conventual por su seriedad, cultura y circunspección; por lo que, apercibido de su gesto, apresuróse á decir el padre guardián:

—Algo preocupa á Fray Benito.

—No así, hermano—contestó muy suavemente el nombrado, que era un hombre de buenas facciones, ojos inteligentes y frente serena.—Apreciaba la ocurrencia del capitán como una idea feliz.

Restregóse las manos Pacheco, riendo con fruición y la franqueza propia del soldado, las piernas tendidas á lo largo y la cabeza echada hácia atrás en el respaldo del sillón de baqueta.

—Si. . . . feliz,—susurró Fray Francisco meditabundo.

—Cuántos hombres y cuántos acontecimientos—pensaba tal véz Fray Benito,—habrán sido juzgados y condenados en la historia sin exámen prévio y crítica sesuda de las causas determinantes, tanto de los actos personales como de los hechos colectivos. Difícil fuera desvanecer un cúmulo de errores, una vez viciada la fuente de la verdad. Tratándose de personages aislados, con mayor razón de ellos queda comunmente un retrato de la máscara exterior, antes que de la fisonomia interna; vale decir: las variantes de su ingenio, no el secreto del problema de su vida.

Y esto arguyendo á solas, siguió jugando con el cordón.—

El padre guardián apoyó tosiendo, su barba en la mano,—y púsose á mirar el techo.

Pasaron algunos minutos de recogimiento, en que ámbos frailes parecian hacer oraciones, ántes que cálculos sobre las cosas profanas.—El capitán solia mirarlos al rostro, callado y seco.

De pronto, Fray Benito aventuró esta frase:

—Respecto á los sucesos de estas horas, mucho habria que decir sobre las responsabilidades.

—Con arreglo á ese criterio,—preguntó el padre guardián con voz grave,—¿qué llegará á opinar la Audiencia, sobre nuestra Junta?

—Quizás piense que es precedente peligroso. . .

Al decir esto Fray Benito, partia de la creencia de que, la Junta de Sevilla no importaba en el órden político más que un accidente de circunstancias, una improvisación surgida del conflicto, insólita y ficticia; la monarquía subsistía aún sin el rey, y lo que allá podia aparecer necesario, tolerable ó fatal, aquí era sencillamente sedicioso. La autoridad del monarca, aunque el monarca no reinase, no habia sido menoscabada en las colonias regidas por vireyes, y libres hasta entónces de la agresión de Bonaparte. La creación pues, de una Junta, concebible en la metrópoli, iba aquí de golpe contra la regla del hábito y despertaba instintos que no existían en España. . . . Era una novedad que podia herir de muerte á la costumbre, lo mismo que cambiaría las reglas conventuales, cualquier reforma que tendiese á relajar la disciplina y destruir la unidad de conducta.

—Creo,—argüia el fraile,—que la Audiencia desapruebe este paso; el cual si no da hoy preeminencia al todo sobre la parte, puesto que la Junta es presidida por el gobernador, puede ser mañana el

principio de un desórden difícil de dominar en sus efectos ulteriores.

—Eso mismo queria decir el teniente,—observó el capitán Pacheco mirando á Fray Francisco con aire muy significativo y sério.

Este volvióse hácia Fray Benito con alguna agitación en el ánimo y dijo:

—El monarca subsiste. . . .

—Pero no gobierna. Heredarlo, es tentativa árdua y grave.

—No veo claro el peligro, hermano.

—Así sucede en toda enfermedad que empieza, padre guardián. Los síntomas no siempre son ciertos, ni la gravedad trasciende de súbito. La obra del tiempo es la temible. Los que nos hemos educado en este convento podemos y debemos ver mas claro que los demás, que solo saben lo poco que les hemos enseñado. En cambio ellos, han hecho ganar á los instintos naturales, lo que nosotros á nuestra humilde inteligencia. De ahí que ellos constituyan el nervio de la acción, y lleguen acaso á ser como grandes olas desbordadas en un dia de tormenta.

—Lejano ha de estar!

—Quién lo sabe? Dénse á las muchedumbres cabezas que dirijan, y líbrenos el Señor de la marea!

—Hay rocas más fuertes que las olas.

Fray Benito volvió á sonreirse.

—La marea humana no tiene orillas,—murmuró suavemente.

IV

El padre guardián recojióse de nuevo en sí mismo, pálido y caviloso. Con los párpados caidos y la mano en los lábios, deslizó á poco estas palabras, por entre sus dedos:

—Nadie sabe el porvenir. . . . Por lo que á nosotros ocurre, me persuado que no es fácil á los que nos sucedan, escribir con entera rectitud sobre lo pasado.

—Es lo que decia hace un momento: de los personajes considerados aisladamente, desligados de la escena en que vivieron, de los hábitos, educación y preocupaciones de que fueron esclavos, suelen quedarnos caricaturas.

Los hombres públicos son, de esta suerte, como estátuas de relieve en los frontispicios de viejas construcciones. Separarlos del muro á que están adheridos, embelleciendo y completando el conjunto del edificio, es cercenar á éste, y mutilar á aquellos. Se les arranca de su marco natural.

Tal pudiera suceder mañana, al juzgarse de las consecuencias posibles de este conflicto en el vireynato.

—La fidelidad se salvará. Queda el documento escrito.

—Falsea á veces, ocultando el móvil verdadero.

—Entonces, la tradición y el testimonio de los hombres.

Fray Benito movió negativamente la cabeza.

Para él, la primera nunca estaba en el medio, como lo está la verdad; el segundo, hallábase co-



munmente en los extremos. En rigor, parecíale necesaria en la historia una luz superior á nuestra lógica, como medio eficiente para mantener el equilibrio del espíritu, y el criterio de certidumbre con aplomo en la recta.—La verdad completa, ya que no absoluta, no la ofrece el documento solo, ni la sola tradición, ni el testimonio más ó ménos honorable: la proporcionan las tres cosas reunidas en un haz, por el vínculo que crea el talento de ser justo, despojado de toda preocupación, y que por lo mismo participa de una doble vista, una para el pasado y otra para el porvenir, asentándose en el presente con el pié de la rectitud.—No siendo posible esa lógica superior, había que estarse á lo ménos malo de la flaqueza humana!

El pasado era para el estudioso fraile, cófrade digno de Larrañaga,—algo parecido á un cuerpo sin cabeza que se alumbra á sí mismo, y al sitio ideal en que se encuentra, de una manera pálida y dudosa, sirviéndole de linterna su propio cerebro, como ciertos condenados en la Divina Comedia.—El espíritu que se lanza en las sombras en busca de esto que se asemeja á fuego fátuo, corre las contingencias del que se hunde en profundidades desconocidas para arrancar á la tierra el brillante de sus entrañas. Puede ó nó hallarlo!

Como él repitiese la frase antigua de que *la verdad está en un pozo*, el capitán Pacheco dijo con mucha calma y somnoliento:

—Eche pues la sonda, el hermano Benito, á ver qué encuentra.

—Y bien—continuó el fraile tranquilamente.—Encuentro que en todo esto, se trabaja para otros.

¿Es que, al lanzar esta frase, estaba en realidad convencido Fray Benito que los hombres de su

época invocando su fidelidad al monarca, habían trabajado de un modo ingénuo por una reacción contra la monarquía, al advertir á un pueblo jóven y brioso, que él algo valía, puesto que era digno del gobierno propio; y que, dado este paso por exceso de celo, no solo se habían relajado los vínculos del sistema de la tutela legítima, sinó que también se había señalado la hora histórica de los tiempos de descomposición en estas vastas colonias? Quizás.

El hecho es que, en oyendo las palabras del fraile, fuésele el sueño de súbito al capitán Pacheco, quién incorporándose en el sillón en cuyo brazo derecho descargó con fuerza el puño,—dijo con voz de trueno:

—Vaya una pesca la que ha hecho en el pozo, el hermano Benito!

El padre guardián con el rostro encendido, arreglóse agitado la capucha con el dorso, removiéndose en su asiento.—

Acaso, eso sentase como verdad innegable, mediando el hueco de un siglo el criterio de los pósteros, al lanzarse en la vida oscura de los tiempos transcurridos,—tentando!--más confiado en el tacto y en el instinto que en la tradición que el error amengua ó exajera,—así como el que avanza en las tinieblas buscando el apoyo firme con las dos manos por delante.—Antes que los efectos, son las causas las que constituyen la médula de la historia.—Lo demás es mómia.—En los sucesos que se comentaban, las causas serían: la una mediata ó sea la emulación establecida entre las dos ciudades desde los hechos gloriosos contra las invasiones inglesas, y, la otra ostensible ó sea la nacionalidad francesa del virey, estando ocupada la península por los ejér-

citos de Bonaparte. De aquella habia nacido la rivalidad; de ésta, la desconfianza y la antipatía instintiva. Siendo tales las razones de los sucesos, podia creerse que el lazo de unión con Buenos Aires, subsistiera, ni aún que volviese fácilmente á reanudarse? Debia creerse que nó. Agréguese el ejemplo que se daba con el Cabildo abierto, y la Junta de propio gobierno á las otras colonias; y habria que convenir en que, no convenciéndose los pueblos sin disputa, ni aleccionándose sin dolor, lo futuro seria un semillero de conflictos.

—Me gustaria una zaragata en forma,—dijo el capitán Pacheco, un poco alarmado sin embargo, ante los asertos de Fray Benito.

Fray Francisco, limitóse á negar con la cabeza, cual si no diera mayor importancia á esos juicios.

Volvió á reinar un breve silencio.

Al extremo opuesto del refectorio, Fray Joaquin Pose mantenia con vigor una partida de ajedréz con otro fraile, si bien llevaba dos piezas de desventaja.—El interés puesto en el tablero por los jugadores, los tenia abstraidos por completo, al punto de no preocuparse un solo instante ni de las voces atronadoras del capitán Pacheco.

Sobre una fuente de platino, en la mesa, veíanse algunas copas llenas de licor color granate.

El padre guardián invitó cortésmente, pero sin desplegar los lábios, á sus dos compañeros; y reservando para sí una copa, dijo luego:

—A la salud del rey, la gloria ibérica y la paz de las colonias!

—Trinidad coeterna!—exclamó el capitán, apurando el contenido.

Fray Benito humedeció los lábios, y volvió á colocar su copa en la fuente sin pronunciar una pa-

labra.—Su rostro de facciones delicadas, habia permanecido impasible.

—Jaque perpétuo!—decia con acento alegre y lleno de satisfacción en el otro ámbito, Fray Joaquin Pose.

Fray Benito miró de una manera dulce al padre guardián, murmurando bajo, y sonriente:

—Posición crítica, la de Fernando VII!

En ese momento oyéronse tañidos lentos de campana, desde el interior del edificio, y rumores de rezo.—Un reloj daba las diez.

Los frailes cogieron sus rosarios, prosternándose los unos en el pavimento, quedando inmóviles los ménos.—Siguióse un silencio solemne; despues difundiéronse por la sala confusos murmullos.

El capitán Pacheco púsose una mano bajo la solapa de su capote, é inclinó la cabeza, en instantes que el hermano refitolero de pié en el umbral, trás un gesto muy visible, hacíase en la boca la señal de la cruz para ahuyentar al espíritu maligno.

V

Transcurridos algunos instantes de religiosa calma, reincorporáronse los que se habian puesto de rodillas, persignándose rápidamente; una tos general siguióse al recogimiento; varios frailes viejos y ventrudos con sus ojos sin brillo fijos en los rincones, sorbieron sus polvos de rapé en beatífica actitud; y, á poco, fueron uno á uno desfilando hácia las celdas, encojidos, mudos, somnolientos, arrebujados en sus hábitos, en tanto Fray Joaquin Pose y su

adversario preparaban nerviosos las piezas en el tablero, para emprender una tercera y última partida de honor.

El capitán Pacheco se compuso la garganta, y restregóse las manos, diciendo:

—Mal sesgo vé tomar á las cosas el reverendo padre, y juro que si no las sueña, ojea muy lejos de un modo asustador.

—Fray Benito tiene sus visiones, nada luminosas á veces—observó el padre guardián con cierta entonación irónica.

Sonrióse el fraile apaciblemente, y repuso:

—Suele suceder eso, en realidad—Con este motivo debo traer ahora á cuento un hecho dramático, acaecido el penúltimo dia del sitio puesto á esta ciudad por los ingleses—Aún no distamos de él dos años. Lo ví en sueños, un mes ántes. . .

—Si huele á pólvora, el cuento promete—dijo el capitán Pacheco.

—Ya se verá.—Paréceme que es un suceso excepcional y único en su género, aunque ya conocido de todos. . . . .

Fray Benito contó su ensueño.

No habia sido Montevideo agredido todavia; y lo que es mas raro, con nadie mantenia guerra.—En uno de esos dias serenos, una doncella vino al templo á hacer confesión auricular, y Fray Benito se la recibió. Iba á contraer matrimonio con un joven cadete de artillería, oriundo del que fué reino de León, casi un niño, pues apenas le apuntaba el bozo. Parecióle ella tranquila y feliz, como toda criatura que recién abre su espíritu al mundo. En pós de sus candores deslizados á su oido sin la menor sombra de pecado, fuése alegre y sonriendo, complacida tal vez de una absolución sin reserva

alguna. Ocurriósele pensar al mirarla, en aquellas vírgenes de los primeros tiempos, destinadas al sacrificio; pero, bién pronto disipóse en su espíritu hasta el último detalle de accidente tan natural y común como el de una confesión. . . .

Una noche, sin embargo, ya olvidado todo, soñó que la niña habia muerto en las vísperas de sus nupcias.

—Y de qué manera, Dios piadoso!—decia Fray Benito.

—Sin duda, sucumbió de amor la desdichada,—objetó gravemente el capitán.

—No, por cierto, pues era bien correspondida... Véase ahí cómo, por un sino fatal, en el arma á que servia su amante estaba el secreto de su fin.... Ví aquella noche en sueños agitarse su tronco sin cabeza, y tendidos sus brazos hácia el novio que la miraba mudo de terror, en tanto se removia en el suelo junto á la mesa del banquete, á un paso de sus deudos petrificados por el exceso del espanto, su cráneo hermoso y juvenil reducido á una masa sangrienta. . . . .

—Fué una pesadilla tétrica que tardó en borrarse de mi mente muy largas horas!

—Cifra negra en la historia de la prole de Magariños!—murmuró el padre guardián con voz apenas perceptible.

Siguió el fraile su historia.

El tiempo pasó, y vino el asédio por el ejército británico. Los cañones de la bateria levantada frente al bastión del Sur, y los de poderosas fragatas acoderadas en la bahia, batian la muralla sin trégua, arrasando parapetos, merlones y esplanadas.—El bastión estaba en ruinas con solo una pieza útil, desmontadas las otras, muertos todos los arti-



lleros veteranos, abierto el muro del flanco á pocas decenas de metros, destrozada la tropa de milicia, y los últimos defensores llenos de sed, de hambre y de sueño se arrastraban al pié de las banquetas, ahullando de desesperación. . . . De aquella cólera espantosa, y de aquella atmósfera de llamas, todos tenian memoria. El orgullo nacional y el ódio de raza, aparte de la justicia de la defensa, centuplicaban el vigor de la lucha.—En uno de esos dias legendarios, Andrés Duran, herido en la brecha, decia triste en una ambulancia improvisada: «Rugen bien el león y el leopardo. . . mas, el primero tiene ya rota una garra!»

Pero, que ellos luchasen, era natural, y que muriesen tambien como buenos, en la batalla cruenta.

A los débiles, á los inocentes sin embargo, á los que creian en las venturas de este mundo, debia alcanzarles idéntico premio.—La visión de Fray Benito iba á realizarse en uno de esos seres angelicales; en el ser mismo que la causó; en cierta hora de trégua y de reposo,—como si el ánima de los cañones hubiese sentido profunda angustia ante los sublimes dolores del heroismo. . . . .

La familia estaba reunida en el comedor, contenta y feliz, á pesar del conflicto. La costumbre del peligro, dejaba sonreir á las almas buenas. En medio de un turbión apocalíptico, un festin en el hogar! El cadete, que acababa de limpiarse el sudor del combate, dichoso en sus cortos momentos de licencia, sentábase á la mesa.—La novia lozana y fresca, coloreadas sus mejillas por el dulce calor de la ilusión—extraña rosa que se abria entre el fuego del incendio!—estaba cerca de la cabecera, con los ojos en su amado.—La madre hacendosa iba á distribuir el pan y la sal á los que habian

nacido para quererse, y era justo que allí cayese como bálsamo dulce la bendición del cielo.—Cariños concentrados, anhelosas solicitudes, atenciones exquisitas y amables, todo sincero y profundo por la misma ansiedad en que se vivia en tiempos tan borrascosos, en aquella intimidad lucia, un minuto antes del duelo y del quebranto.

Crueles vísperas las de estas bodas de hierro y sangre!

La artillería hizo oir de súbito su ronco estruendo de la parte del mar, y salieron de la fortaleza cercana notas sonoras de una música guerrera, que acompañaba el ruido de las descargas en las almenas.—El clarin vibraba en los ámbitos lejanos, y batia la tambora como un paso de ataque.—Los comensales que llevaban ya el alimento á la boca, quedaron inmóviles, en suspenso.

El enemigo renueva sus fuegos,—dijo el cadete, en actitud de levantarse.

En ese instante, la pared del salón en que se celebraba el festin humilde, donde ninguna mano fatídica pudo trazar los caractéres del profeta bíblico,—se abrió en su centro para dar paso á un grueso proyectil que hiriendo víctima noble, fué á sepultarse en la opuesta entre una nube de polvo.

Al silencio, siguiéronse gritos de horror; y vióse en la semi-oscuridad, apagadas casi todas las luces de los candelabros por el viento de muerte, un tronco sin cabeza que saltaba de su asiento lanzando hácia arriba un chorro de sangre tibia y humeante. . . .

Era la novia!

Fray Benito, hecho este relato á su manera, quedó callado, removiéndose sus lábios con lenti-

tud, cual si por ellos hubiese pasado un ácido amargo ó deletéreo.

Fray Francisco y el capitán Pacheco agitáronse en sus sillones tosiendo, para ocultar alguna emoción de pena.—Púsose el uno á pasar entre los dedos los nudos de su cordón blanco; y el otro á mirar el techo, silbando entre dientes un toque de guerrilla.

VI

El semblante de Fray Benito fué luego animándose poco á poco. A sus facciones dulces volvió el tinte risueño, y á la humedad de sus pupilas sucedióse el brillo que el pensamiento trasmite á la visual cuando cambian de giro las ideas.—Levantó la frente con afable gesto, y dijo:

—Ahora, me permito aventurar otra creencia, á mérito de un nuevo sueño, muy raro, que me sobresaltó anoche, obligándome á prolongada vigilia. El libro de Rousseau, sobre cuyas teorias hemos departido tantas veces con el padre guardián, sirvióme de distracción.—La aurora me sorprendió en el primer capítulo del tema sobre el contrato social, que el audaz filósofo imagina celebrado por los hombres que vivian en estado de naturaleza. . . .

—Paradoja absurda! susurró Fray-Francisco.

—Por eso fué verdadera teoria armada, repuso Fray-Benito, muy tranquilamente.

Opinaba él que para mover las muchedumbres contenidas por el dogma del derecho absoluto de los reyes, el filósofo ideó un sofisma atrevido, pensando tal vez que, no pudiendo las nociones de lo exacto y de

lo justo penetrar en la conciencia popular, esclava de la costumbre de doce siglos, sino como la gota de agua en la piedra, era preferible anticiparse por los medios violentos á la obra de los años, haciendo volar *con un barreno* las bases del viejo edificio.

—Mina, llamamos nosotros á esa cavidad subterránea—le observó el capitán Pacheco con aplomo de perito.

—Sea, hermano.

Me detengo en el detalle del libro ruidoso, pues sus doctrinas tienen alguna atingencia con la visión ó sueño de que hablaré en seguida.

Estas ideas francesas á que aludia el fraile que habian venido rodando á nuestras playas como despojos de un gran naufragio de instituciones y de extravios del criterio humano, habian hallado acojida en nuestra reducida juventud ilustrada,—dispersa ya en parte por circunstancias diversas. Se conocia á Mirabeau y á Robespierre, y sus utopias terribles preocupaban los cerebros entusiastas, antes que la hoja periódica de Auchmuty divulgase en Montevideo opiniones subversivas del órden colonial. Bien que, dentro de las murallas no hubiese temor al cambio, y se conservase intacta la fidelidad al rey; pero, no habia de suceder quizás lo mismo en la cabeza del vireinato, dónde la juventud era numerosa é iba elevándose por ayuda propia, despues de batir los ejércitos ingleses.

En posesión de estas cosas, es que Fray Benito se atrevió á decir:—Allí puede darse barreno. . .

—A qué?—interrumpióle el padre guardián con aire socarrón.

—Ya se verá,—prosiguió Fray Benito, recalcando en su frase favorita.

Y despues de recojerse un instante, dijo como pesando en su ánimo algunas verdades que mortificaban su cerebro:

—Este cabildo abierto y esta junta de gobierno propio constituyen una fórmula nueva, apénas un trasunto de lo que el fondo de la temible teoría entraña. Si la juventud de Buenos Aires llegára á aplicársela en una hora de delirio ¿qué sería del sistema? El gobierno en la plaza pública concluiría con el derecho divino; entrariamos en plena democracia griega. . . .

El padre guardián echóse á reir.

—Por ahí viene la visión?—preguntó.

—Viene por ahí,—repuso Fray Benito con unción profética.—

Ocurríasele acaso que de Montevídeo habia partido un ejemplo tentador, y que debia tenerse en cuenta que las teorías revolucionarias latentes avanzaban esta idea peligrosa: nada sinó Dios, está por encima de los pueblos. . . .

Las mismas pasiones,—ú otras análogas por lo ménos,—que habian hecho explosión en el siglo último, podrian obrar tambien aquí en carne y hueso; pues que era sobre la naturaleza humana que se trabajaba.

Fray Francisco, que habia asumido una actitud séria, se apresuró á decir:

—Divaga el hermano Benito. Esas ideas monstruosas, como él mismo lo ha reconocido, no viven sinó en algunas cabezas calenturientas. El sofista Rousseau no hallará nunca éco en las campañas; su paradoja seria un enigma para las gentes del pastoreo.

—Precisamente—repuso el fraile,—véase ahí la materia de mi sueño.

Aquí está escrito,—añadió mostrando un papel.

Desconfiando de mi memoria tracé estos renglones que voy á leer y lo hize con un lápiz á la primera luz del dia.

El fraile, agitado y nervioso leyó lo siguiente:

« . . . . . *L'homme sauvage* se dibujó primero en mi mente baio la forma de un solitario de las cavernas; luego, de un centauro fiero; despues, de un gaucho vagabundo. . . . Soñé que todo se habia trastornado en el órden social y político, hombres y cosas, y que «los últimos eran los primeros». —El rey habia muerto, sin que se gritara, *viva el rey!* Ni se juraba obediencia, ni se abrian medallas, ni el cabildo habia vuelto á cerrarse, ni el mandato supremo era cumplido. Las muchedumbres se agitaban iracundas, y las pasiones de que hablaba, ya sin freno, todo lo hacian temblar en sus cimientos. Yo mismo,—y como yo otros religiosos, fuí arrastrado por la onda,—y en ese tránsito ideal del templo al campamento, de la celda al vivac, entre mil rumores discordantes y llamas de incendio, ví en los aires una luz nueva, y escuché á mi alrededor grandes voces que decian: los tiempos han cambiado!

El acento del fraile, al leer estas líneas, era grave y solemne.

El padre guardián llegó á sentir un estremecimiento.

Pacheco miró á la puerta con recelo, cual si en sus umbrales pudiese aparecer irritado el gobernador Elio.

—Mal sueño, padre, mal sueño!—dijo inquieto y confundido.

« Y así era—continuó leyendo Fray Benito, sin prestar atención á estos signos de inquietud.—No viviamos como ahora, sinó á prisa, de una manera

vertiginosa, derribando con creciente frenesí cuanto había constituido nuestro orgullo actual, escombrando los caminos llenos de espantosa fiebre entre nuevos combates, otros himnos, otras banderas; los humildes todos eran obreros y soldados, los audaces y fuertes, soberbios capitanes, los estudiosos políticos y escritores, y de la masa nativa, como de una materia fermentada, salían explosiones enérgicas y relámpagos de coraje y ódio, envolviendo la escena con la pesada atmósfera formada por el polvo de las ruinas. No se crea que había hora de reposo. Esa generación terrible de mi sueño, todo lo destrozaba é invertía, cual si quisiera crearse un teatro distinto y borrar hasta el menor vestigio del tiempo que fué, á un toque contínuo de rebato que llamaba de apartados extremos las muchedumbres, no para apagar el voráz incendio, sinó para aumentarlo con nuevos despojos y reliquias. . . . Hermanos, así fué mi visión. Cuando desperté, llegué á pensar que la tempestad estaba cerca! Venía el alba. Junto á mi lecho, al alcance de la mano, tenía el libro de Rousseau. Al principio le miré con terror, pero despues le cojí y púseme á hojearlo con luz de aurora. A este resplandor indeciso, parecióme una mancha negra en mis manos; y, ¿por qué no decirlo? bién luego el tinte de negrura transformóse en el de acero bruñido. Asemejóseme el libro á una máquina de destrucción, pequeña, pero de una potencia descomunal. Brotaba de él como una inspiración diabólica con fulgor de báratro, capaz de hacer caer en el gran pecado de los apetitos salvajes á los que viven maldiciendo: la sociedad es un contrato, cuyo texto primitivo se perdió en la noche de las edades; no hay mas derecho que el humano. *Sursum corda!*



Hermanos mios: estas ideas así condensadas, mas que una espada que corta, pareciéronme una lima formidable de morder cadenas. El eterno Espartáco cruzó por mi vista con el grillete roto, pero esta vez erguido y dominador, llevando en su frente el signo luminoso de nuevos destinos, y en la mano un cetro estraño que no se parecía al de los reyes. Murmuré: Salve al Redentor del mundo! Libertad, igualdad, fraternidad: el verbo vá á hacerse carne!. . . »

—Silencio hermano!—dijo Fray Francisco despavorido.

—Si se hace carne habrá que acuchillarlo!—esclamó el capitán Pacheco, golpeando con la diestra en la cruz de su espadón.

Fray Benito dirigió á uno y otro la mirada plácida y serena, respondiendo con su voz más dulce:

—Cuento un sueño. . . .

Llegará acaso, á realizarse?

No es fácil saberlo!

Luego terminó así su lectura:

« Hay que pensar que un pueblo que descubre poder gobernarse á sí propio, ha dejado ya de ser pupilo *ipso facto*; y que, de este paso casi autonómico á la descomposición del organismo colonial, no aquí, sinó dónde el ejemplo y la chispa halle alimento, puede solo mediar una línea. . . . aunque ésta sea del ancho de un rio! »

Estas últimas palabras, como un— *e pur si muove*, —fueron pronunciadas de un modo flébil por el fraile, cuyos lábios vibraron cuál si en ellos se hubieran quedado temblando.

« Y aquí—prosiguió con el rostro iluminado,—aquí. . . . el hombre de Rousseau, mas completo, por la campiña desierta vaga, tan desligado ya del armazón de la colonia, como del árbol generador

puede estarlo la semilla que aparta lejos el viento y cuaja sola entre las breñas. Guay del dia de un conjuro á sus instintos!». . . .

Concluida su lectura, Fray Benito dijo risueño:

—Hermanos: para hacerse realidad el sueño de la novia que narré, necesario fué que transcurriera el tiempo.

Dejemos ahora al mismo árbitro, que confirme ó desvanezca mi visión!

Y rompió en seguida en menudos fragmentos el papel.

VII

El tiempo en realidad, debia confirmar bien pronto estos juicios y predicciones.

La revolución que sobrevino, preparada de una manera lenta y laboriosa por los sucesos, empezó por adoptar la fórmula del cabildo abierto y de la junta provisoria; pero, como manifestación en el fondo, de un esfuerzo propio, y conjuntamente, de una tendencia incontrastable al cambio, en cuya obra demoledora era necesario el concurso de todos los elementos que actuaban en el teatro ántes pacífico, y entónces revuelto del vireinato.

Dos factores principales se destacaron en la escena frente á frente, incubados por la educación y el hábito colonial, cuando estalló el gran movimiento: —los hombres de las ciudades, más ó menos bien preparados para señalarle rumbos ó abrirle ancho cauce, pero irresolutos y llenos de vacilaciones y dudas en los primeros años de lucha; y las masas campesinas, de propensiones acentuadas á la acción

violenta, rápida y aniquiladora con todo el vigor de la rudeza nativa, y el ímpetu casi ciego de los instintos conflagrados.

La cultura relativa de la época y las teorías francesas constituían el capital intelectual del elemento intelijente, que á su vez debía dar de sí y aún excederse al nivel moral y político de su tiempo, á influencia del mismo rigor de las circunstancias y de la enormidad del peligro.

La vida del aislamiento formó en las muchedumbres de los campos el « carácter local », el círculo estrecho de la patria al alcance de la mirada, el egoismo fiero del pago y del distrito,—gérmen de la descentralización futura, y á su vez, arranque originario de una vida independiente y soberana, en la oscura fuente de las soberbias cerriles.

De este punto de vista, la masa campesina tenía que ser el ajente más eficaz de demolición, á la par que el ariete incontrastable que había de abatir el « imperio de la costumbre », enemigo el más fuerte del espíritu de nacionalidad que nacía débil y vacilante en medio de conflictos dolorosos.

Bullía en el fondo de esa masa una exhuberancia de fuerza indómita, que inevitablemente tenía que derramarse de una manera formidable,—como desechos volcánicos,—una vez abierta la válvula por el trabajo sordo y continuado de las ideas.

Ni era lógico prescindir de este factor,—ni era posible adaptarlo á los ideales luminosos, ó planes más ó menos extraviados del otro concurrente,—sin pretenderse encerrar en un molde convencional todo un desórden revolucionario.

Hecho el llamamiento á las pasiones y á las fuerzas del desierto,—á toque de clarín,—era forzoso aceptarlas tales cuales ellas eran, como un fenóme-

no sociolójico resultante de causas complejas y profundas. Natural era suponer que de una obra de siglos, ellas hicieron un montón de escombros!

Contra una hipótesis infundada de la Junta, el despertamiento en el año XI de las masas uruguayas puso en evidencia, que no habia sido « una fidelidad absoluta al Rey », sino un sentimiento local—acentuado hasta por la configuración geográfica,—la causa del silencio y de la inercia de esas poblaciones en los primeros meses del estallido.—Ese silencio y esa inercia desaparecieron, así que los gauchos orientales fueron citados al combate por sus caudillos—las encarnaciones típicas de sus terribles « amores locales. »

Y llegaría día en que todos estos elementos de vitalidad extraordinaria, como que eran la médula del organismo político, se revolverían enconados contra la autoridad central de la Junta—constituida en poder omnímodo;—reversión que debía operarse fatalmente, *sin perderse el instinto de la nacionalidad*, como un efecto final de la misma difusión de la enerjía revolucionaria en todas las partes de aquel organismo.

En esa borrasca de polvo y sangre había de suceder en definitiva que las pasiones « locales » sirvieran á arrasar por completo como hemos dicho, hasta el último vestijio de la vieja organización de la colonia, y á impeler de un modo inflexible á las mismas fuerzas intelijentes por el camino tan rehuido de la democracia y de la forma federativa.

Así, despues del estrago, observóse al fin que el terreno estaba preparado para una nueva vida, con elementos armónicos de raza, porque las diverjencias solo eran de segregación parcial, y en el fondo de esta destrucción y de esta ruina eran coherentes

las propensiones ingénitas de las masas campesinas con la idea de absoluta independencia que predominó sobre todas las estériles combinaciones del tiempo.

Fácil es levantar un dique que detenga la inundación al llano, allá sobre las vertientes ó el ojo de agua que brota de la entraña escondida, como un chorro de sávia cuajada de células fecundas;— pero, opóngase el obstáculo en lo grueso del cauce y de la corriente, cuando el rio poderoso marcha de carrera á perderse en el océano,—y rebasarán sus aguas, ó desviando el curso por distintas cuencas, irán por otras tantas bocas á vomitar torrentes en el abismo.

Algo semejante ocurrió en la revolución de Mayo, cuando aquella irreductible fuerza diverjente, pero no *reaccionaria*, rompió el viejo molde de la colonia y echó en los surcos abiertos por desoladoras guerras la semilla de una nacionalidad briosa é indomable.

Al principio de este alumbramiento difícil; á los primeros pasos y escenas de una generación heróica que todo lo libró al empuje del brazo y á la bravura del instinto, es que vamos á asistir ahora.

El gaucho va á ocupar la escena, á llenarla con sus pasiones primitivas, sus ódios y sus amores, sus celos obstinados, sus aventuras de leyenda; pero el gaucho que solo vive ya en la historia, el engendro maduro de los desiertos y el tipo altivo y errante de un tiempo de transición y transformación étnica.

VIII

Caía una tarde de Febrero del año 1811, cuando trasponiendo los oteros y collados que ondulan á las márgenes del Rio Negro, á algunas leguas del paso de Ramirez, un ginete teniendo sobre la rienda su caballo piafador de gran alzada, cabeza pequeña y narices bien abiertas, rojas y espirando vapor por el esfuerzo de la carrera,—se dirijía á la selva profunda, que como un festón enorme de verde irisado bordando el horizonte azul se erguía en el valle magestuoso é imponente.

En la última pequeña eminencia, el ginete tiró á dos manos de las riendas, echando su cuerpo atrás, deteniendo á su brioso alazán, que alargó el cuello espumeante de sudor, llenos de fuego los ojos y de sanguinolentas burbujas la boca, gobernada por un bocado sin camas, barbada ni coscojas, de esos con que el que está habituado á andar desde los primeros años en los lomos equinos, avasalla y doma la fiereza del potro.—Dobló luego, hácia arriba, el ála de su sombrero, y volviéndose de lado con destreza, miró el terreno que quedaba á sus espaldas, escudriñando á lo lejos todo el semi-círculo que formaban las lomas ó *cuchillas*. Ningun ser humano se veía, cerca ó lejos, en aquel espacio desierto. Voces, gritos, balidos, rumores estraños llenaban las soledades; y del bosque enmarañado y espeso que los rayos del sol poniente teñían de oro, surgían confusas las notas de la creación alada que elevaba en todo el largo de la selva sus himnos del crepúsculo.

El ojo poco avizor, nada habría podido percibir de sospechoso en el espacio recorrido; pero, el ginete á juzgar por un gesto expresivo que dilató sus lábios en forma de sonrisa irónica, algo alcanzó á divisar en el horizonte á su derecha. Fija tuvo en ese punto su mirada algunos momentos, y en seguida echó pie á tierra, manteniendo el caballo del cabestro con su mano izquierda. La diestra, rápida y hábil, desprendió la cincha que sujetaba el lomillo, y volvió á oprimir el vientre empapado de su alazán, con sus fuertes dedos y colmillos no menos vigorosos, hasta unir los aros férreos de la cincha de cuero. Ajustada nuevamente, á su vez, la piel ovina sin vellones, que le servía de cojinillo, acarició el cuello y crines retaceadas del caballo algo inquieto, con suavidad, palmeándole en el pecho cubierto de espuma; y poniendo el pie en el estribo de madera sentóse con la mayor presteza, haciendo sonar sus espuelas de grandes rodajas, en cuyos pinchos se confundian pelos, lodo y sangre.—A buén paso, dirigióse en seguida, hacia un punto determinado de la selva, con ademán tranquilo y resuelto continente.

Era este ginete, un gaucho jóven. Representaba apenas veinte y dos años, y solo un bozo lijero sombreaba su lábio grueso y encendido. El cabello castaño y ensortijado, caíale sobre los hombros en forma de melena. Sus facciones tostadas por el sol y el viento de los campos, ofrecían sin embargo, esa gracia y viril hermosura que acentúa mas la vida azarosa y errante, trasmitiendo á sus rasgos prominentes como una expresión perenne de las melancolias y tristezas del desierto. En los ojos pardos de mirar firme y sereno, parecía despedir de vez en cuando sus destellos el sentimiento enérgico

de la independencia individual. Había en su frente ancha, horizonte para los profundos anhelos y sombríos ideales de la libertad salvaje:—sobre ella flotaba el ála del sombrero, como la de un pájaro selvático que se ajitase siempre en el aire, desconfiando de las acechanzas del suelo.

Vestía de la manera característica y habitual del tipo criollo, en aquellos tiempos postreros de la vida del coloniaje. Este jóven gaucho diferia mucho, en sus hábitos y gustos, como todos los de su época, de los que al presente tienen escuelas primarias para educar su prole y ven pasar ante sus moradas solitarias la veloz locomotora con su imponente tren cargado de riquezas, y los hilos eléctricos por donde se desliza el pensamiento con la celeridad de la luz.—Llevaba en su persona los signos inequívocos de una sociabilidad embrionaria, de una raza que vive adherida á la costumbre, bajo la regla estrecha del hábito, aun cuando por entonces las aspiraciones al cambio--preludios vagos de progreso,—empezaban á nacer con desarrollo lento, del mismo modo que,—como decía Fray Benito—brotan en crecimiento laborioso en un terreno de breñas y zarzales los granos fecundos que el viento eleva, agita y arrastra en sus remolinos tempestuosos para dejarlos caer allí donde acaba la energía de sus corrientes.

Sobre una camisa de lienzo, llevaba el ginete un poncho de género sencillo, á listas, colorante, recogido sobre el hombro izquierdo; un pañuelo de seda al cuello, anudado con desaliño; sobre el *cinto* que sujetaba los extremos de un chiripá de lanilla azul, enrolladas á su cintura, las *boleadoras* de piedras, forradas con piel de *carpincho;* una daga de mango de metal detrás, bien al alcance de la diestra; y

una pistola de pedernal cerca del arzón con la culata hacia adentro, sujeta al *apero*, sin funda ni cargas de repuesto. Calzaba botas de piel de potro, y lucía en el calcañar, como hemos dicho, gran espuela de hierro armada de agudas punzas.

Con el chambergo inclinado sobre la oreja, sujeto por un barboquejo concluido por dos barbillas negras que simulaban perilla bajo su lábio inferior,—el poncho arrollado con gracia sobre el hombro, y una mano apoyada en el mango del rebenque,—el bizarro mozo, con su aire de atrevimiento y dureza de ceño, bien sentado en su caballería briosa y piafadora, representaba fielmente á esa clase errante que en otros tiempos desconocía las dulzuras del hogar doméstico, compañero del animal montaráz en los bosques, fuerte ante el peligro, sombra siniestra del llano, la sierra y la selva, cuyas planicies, desfiladeros ó escondrijos recorría y utilizaba en sus excursiones de centauro indómito, desafiando las iras de los prebostes y abriendo camino al intercambio de productos, sin pago de derechos.

Severa imágen de la época, vástago fiero de la familia hispano-colonial, arquetipo sencillo y agreste de la primera generación, aquel mozo huraño, arisco, altivo en su alazán poderoso, con su ropage primitivo y su flotante melena, simbolizaba bien el espíritu rebelde al principio de autoridad, y la fuerza de los instintos ocultos, que en una hora histórica, como un exceso potente de energía, rompen con toda obediencia y hacen irrupción, en la medida misma en que han sido comprimidos y sofocados por la tiranía del hábito.

En el ojo, al parecer vago y melancólico, lleno de los reflejos del desierto; en el aspecto de la cabeza echada hacia atrás, tal como debe ofrecerlo

el puma que asoma en la altura, al lejano ladrido de los perros cimarrones; en el aire reconcentrado y caviloso de este hombre cerril, cada vez que se detenía para volver la mirada escudriñadora al lontananza, en todas direcciones; en sus movimientos desenvueltos y osados y la tranquila firmeza con que, ora lanzaba hacia delante ó á los flancos su caballo, ora reprimía con diestra mano sus impulsos, ora se arrojaba de sus lomos y se tendía sobre la yerba para recojer en el suelo firme con oido atento los rumores, descubríase al agente temible fuera de la ley, objeto constante de las persecusiones implacables, á la vez que al baqueano astuto y sagáz que encamina sus pasos por sitios inexplorados, sin dejar huellas; cual si sus piés como las enguantadas zarpas del tigre al sepultarse en lo mas intrincado de los bosques, no ajasen las yerbas bajo su fina piel de potro, ni deprimiesen el suelo inseguro de los pantanos.

El ginete venía perseguido por un destacamento de caballería.

La jornada había sido dura, de largas leguas, sin tiempo para beber algunos sorbos de agua en los arroyos del tránsito, que atenuase una sed ardiente y febril. Si sudorosa estaba la frente del amo, bañado en espuma hasta los corvejones, en donde el *lazo* de trenza con su última vuelta ó anillo habia formado con el roce gruesas ampollas blancas, estaba su fiel compañero,—levantada la una oreja, el copete goteando sobre los ojos encendidos, las narices dilatadas y enrojecidas por el hervor de la sangre caldeada en la carrera.

Ya en la orilla de la selva, el ginete moderó el paso, recorriéndola alguna distancia, como buscando la abertura casi invisible de una *picada* secre-

ta;—algo así, como un túnel tortuoso y oscuro bajo las espesas bóvedas flotantes que atravesara todo lo profundo del bosque hasta la ribera del rio, escondido entre dos inmensas paralelas de troncos y follajes cual una veta de plata á flor de tierra.

Allí donde, otros menos expertos nada habrían visto, el ginete se detuvo.

Cubierta ligeramente por las ramas hojosas de molles y guayacanes, había una abertura ó entrada muy estrecha, por la que solo podía penetrar de frente un ginete.

El fugitivo apartó los ramajes con cuidado, y su alazán, cual si reconociera el sitio, entróse por aquel túnel contorneado de arborescencias, quebrando los gajos tiernos con el pecho y haciendo crujir bajo sus cascos los viejos troncos esparcidos á trechos en la sombría senda.—Refrenóle su dueño con vigor; y desde ese instante, empezó á avanzar paso á paso, caracoleando en prolongada serpental, y deteniéndose á veces ante el obstáculo opuesto por recientes invasiones de la vejetación arbórea, ó ante curiosas empalizadas que los habitantes desconocidos del bosque levantaban en ciertos lugares, para torcer la marcha de una partida ó columna en desfile.

Estas obras de *matrero* no carecían de ingénio. Menos prolijas, recordaban no obstante las del topo.—En los sitios donde existía el obstáculo, el sendero se dividía en línea trifurcada, siendo dos de los ramales mas reducidos y angostos, —como obra de *carpincho* y otros moradores de la selva,—viniendo á constituir la barrera artificial el vértice de dos ángulos agudos. Los senderos de los flancos, llevaban lejos: los que en ellos se aventuraban, se perdían en lo intrincado del monte. En cambio, traspuesto el obstáculo de la línea media, que era

la recta, arribábase á la otra ribera, despues de una lenta y complicada travesía.—El empalme de estas vias tenebrosas, solo era conocido por el contrabandista ó el *matrero,* á quienes bastaba separar los troncos y el boscaje formado por nutridas lianas y *ñapindaas* dóciles y rastreros, que al enroscarse en los árboles circunvecinos alargaban sus guías enormes por doquiera,—para abrirse paso y continuar la ruta, despues de recubrir el parage cuidadosamente.

Estos senderos secretos se extendían larga distancia bajo un cielo verde en caprichosos giros ora en ascenso, ya en declive, segun las ondulaciones y accidentes del terreno sembrado de hojas y de raices, en medio de paisajes encantados, de helechos y nutridos brezos sobre los que zumbaba sordamente todo un mundo de átomos alados.

Rara vez la planta humana hollaba aquellos sitios, verdaderos asilos ignorados del gaucho errante; y diríase ante su salvaje pompa y vírgen soledad, la *smarrita via*, en la selva oscura del poeta.—Troncos jigantes enlazados por graciosas guirnaldas, de lianas y *tacyos*, hasta formar tupidas redes en las bóvedas de las copas confundidas; palmeras enhiestas asomando sus cabezas en el espacio, á manera de colosales quitasoles del oriente; robustos *yatáhis* y guayabos en estrecha alianza con las indígenas yedras trepadoras, molles y laureles agrupados en tumulto: añosos *quebrachos* y atrevidos *ñangapirées* elevando sus cúpulas en desórden, junto al duro espinillo y al *tala* espinoso,—verdadero erizo vegetal que hiere y desgarra como un dragón que guardara el secreto de la floresta; columnatas singulares, airosos capiteles, variadas volutas, elegantes cimborios simulados por miriadas de hojas y tupidas flo-

rescencias; y en la pradera sombría, como asaltando las bases y troncos de aquella hermosa vejetación secular, innúmeras legiones de plantas selváticas irguiéndose con audacia para concluir en esbeltos tallos y trémulos penachos de vivos matices, ó retorciéndose por el suelo cual prodigiosa nidada de serpientes.

Por medio mismo de estos paisajes, divididos por el angosto sendero, empezó el jinete su travesía.

Marchaba el sol á su ocaso, y sus rayos que bañaban las alturas del bosque diluían apénas en su interior—á través de pequeños claros verticales, algunos chorros color de oro muerto ó lijera lluvia de aristas luminosas que solían ornar con fantásticas fajas ó talabartes las gusaneras de un negro y rojo de terciopelo que se remontaban en formas piramidales desde el suelo hasta la bóveda, adheridas á las gruesas guias de las enredaderas.—Mundo pequeño, inmóvil, silencioso formando de millares de séres un solo cuerpo, en apretados lazos de familia; república extraña y fraternal conjunción de organismos de sangre blanca, que así apiñados sin luchas ni conflictos, parecían buscar en la unión estrecha y en el común contacto el calor fecundo de la vida! El jinete rozaba casi al pasar estas gusaneras, sentía sobre su cabeza el aleteo de la torcáz ó del tordo que cambiaban de rama, veía cruzar por delante y esconderse en la yerba la perdiz de monte, y replegarse cauteloso hácia la entrada de su cueva al pié de algun tronco al lagarto de múltiples colores. El zorzal y el jilguero confundían sus notas con las del tordo y la calandria en singular concertante, despidiendo al día con encelados gorjeos; los colibríes zumbaban ante las flores, lanzando al detenerse



en los lugares iluminados por los rayos moribundos, esos metálicos reflejos de azul y esmeralda que el pincel mas diestro jamás reproduce en todo su esplendor; al parloteo de los loros uníanse las medidas frases del cardenal y los arrullos de las palomas de monte, en la hora precursora del sueño; en tanto que, del fondo de la selva, como un toque de oración para los demas seres, y para ellos de despertar al primer asomo de las sombras,—el *ñacurutú* y la *coruja* mezclaban de vez en cuando al concierto sus monótonas quejas.

El ginete, que ya había penetrado muy adentro en aquellos velados lugares, seguía su marcha al paso, la cabeza hacia adelante y ese aire de laxitud é indiferencia que sucede á la actividad febril de una jornada fatigosa; cuando, de súbito, el ruido producido por un tropel de caballos, que venía del exterior del bosque, á sus espaldas, le hizo volver el rostro, sin que en él se reflejara, sin embargo, la menor inquietud ó zozobra.

El confuso rumor creció por instantes, para disiparse bien luego, como si un grupo de ginetes buscara en las orillas del monte el paso ó entrada secreta.

El mozo de la melena se encogió de hombros, y se detuvo.

Corría en aquella parte un hilo de agua fresca, por una canaleta festonada de gramillas.

Echó aquel pie á tierra, y tendiéndose boca abajo con la mayor tranquilidad, bebió del agua pura hasta saciar su sed. Reincorporóse en seguida, pasando la manga por sus lábios, sin preocuparse del ruido de sus espuelas; y, tirando del cabestro, hizo tender el cuello al alazán, sin quitarle el bocado. Sumergióse el hocico con delicia en la suave co-

rriente, como para restañar las grietas ensangrentadas de sus bordes; y por algunos momentos, el agua en gruesa cantidad, hinchó el esófago del noble bruto. A un leve movimiento, de atracción del amo, el alazán levantó la cabeza y tendió el pescuezo, dejando caer agua de su boca, que entreabrióse á un ligero relincho de placer, sofocado por la mano del gaucho al posarse cariñosa en sus narices.

En ese instante la concha de una *mulita* dejóse ver entre fragmentos de vejetales descompuestos, á una orilla del sendero. Buscaba sin duda, su manjar de la tarde.

El mozo dió un salto de jaguar, sin abandonar el cabestro; y colocándose delante del tímido acorazado, descargó un golpe con el rebenque, volviéndolo de espaldas.—Desnuda la daga, practicó con rapidez una incisión en el cuello de su víctima, que alzó del apéndice una vez que se hubo desangrado, contemplándola con ojos alegres.

Renovóse el lejano rumor de caballería, á intérvalos desiguales, fuera siempre del monte.

El de la melena se sonrió con aire de mofa, y púsose á abrir la *mulita*, y á extraerle lo supérfluo. Concluida esta tarea con extrema celeridad, limpió la daga en la yerba hasta dejarla resplandeciente, volvióla á su vaina de cuero con anillos de bronce, y ató con calma imperturbable el sabroso desdentado en la delantera del lomillo, con un *tiento* de piel de yegua. Este remedo diminuto del extinto gliptodón, ofrecía por su aspecto buen bocado al apetito.

Hecho todo así, de un modo concienzudo, el mozo enjugóse la frente con el pañuelo que llevaba al cuello, arreglóse el chiripá, y sin poner el pié en

el estribo sentóse de un salto en su alazán, emprendiendo de nuevo paso á paso su camino oscuro.

IX

Las tinieblas empezaban á difundirse, densas, aumentadas por la espesura del follaje en aquellos lugares imponentes. – Había cesado la música de los pájaros, y otros ruidos muy distintos turbaban á intérvalos el silencio de la selva. De apartados sitios, tal vez de los juncales de la opuesta márgen llegaba ronca la querella del puma concolor, irritado por el celo; y entre los seibos gruñía el *carpincho* sordamente al abandonar tras la reácia compañera el fondo de las aguas. Al pié de negros arrayanes solia agitarse algo de invisible y temeroso, que el ginete ahuyentaba á su paso, lanzando un agudo silbido; el coatí se escurría gruñendo, el hurón volvíase á su cueva diligente, y el lagarto se deslizaba entre las yerbas con la rapidez de una saeta. A veces, presentábase de improviso un claro en la tupida bóveda y el manso fulgor de las estrellas se esparcía como una gasa blanquecina y transparente sobre el verde de las cúpulas, para desaparecer bien pronto con su girón de cielo, al penetrarse bajo nuevas y lóbregas techumbres. En estos senos oscuros brillaban infinitas fosforescencias, ojos luminosos entre las ramas, ejércitos desordenados de lampíridos que se esparcían en todo el largo del sendero cubriendo el ambiente de fantásticos resplandores. Diríase una banda de crespón, cuajada de lentejuelas de oro. En los grupos de guayaca-

nes al final de este sendero, el *ñacurutú* lanzaba sus gritos tristes.

El ginete volvió á detenerse para observar el sitio, que parecía conocer en sus menores detalles.

Los guayacanes formaban una isleta rodeada de arenas al frente, y el sendero, un recodo. Por allí venía un aura fresca, trayendo el éco sonoro de agua que corre en cauce considerable.

Era el rio.

El fugitivo avanzó con sigilo, reprimiendo la impaciencia de su caballo que tropezó en algunos troncos de palmeras que obstruían la senda; magníficos ejemplares derribados por el *facón* ó la sierra, al solo objeto de poner el rico cogollo al alcance de la mano. Pronto respiró el ginete el aire libre, y vióse en la ribera arenosa, exhibiéndose á su frente un vado de pocos metros de anchura, y mas allá, como alto muro negro, la selva secular que resguardaba con sus grandes y enmarañadas espesuras el otro borde del rio. Acercó la espuela á los hijares, y recojiendo las piernas casi al nivel del lomillo, se entró sin vacilación en el agua. El alazán sumerjiose hasta el pecho, resoplando. El paso estaba á *volapié*. Bien presto, entre bullente espuma, el caballo alcanzó la pequeña barranca y salvó el arenal, sepultándose nuevamente bajo la diestra de su ginete, en un camino estrecho y tenebroso, semejante al recorrido.

Empezaba la segunda marcha, entre arboledas, lianas y malezas, bajo profunda sombra sembrada de luciérnagas y coleópteros zumbadores. Esta parte de la selva era mas tupida y opaca, difundiéndose su lobreguez á largas distancias.—El sendero bifurcado aquí hubiera hecho titubear en pleno dia á un caminante osado; en medio de la densa

noche, sin embargo, guiado por el instinto el alazán ó por el amor de una *querencia,*—sintiendo floja la rienda, enderezóse por el ramal izquierdo de aquella enorme Y griega trazada bajo el cielo del bosque por el pié de la alimaña, antes que por la planta del hombre. Su cuerpo rozaba las columnatas arbóreas, y la cabeza del ginete solía tocar el tejido de enredaderas, que tapizaban la bóveda, agitando en su tránsito todo un mundo invisible.

Trascurridos algunos minutos de marcha, el camino hizo una curva sensible, y empezó á ensancharse, presentando en la bóveda frecuentes claros. Próxima estaba una pradera. A esa altura, el alazán dió un relincho, y sacudió el cuello con alborozo.

El mozo de la melena llevó la mano á los lábios en forma de bocina, y, á su vez, lanzó un grito especial.

Contestóle un silbido.

Siguió entonces avanzando; y penetró en la pradera.

En este espacio, á trechos despejado, el *mata-ojo*, el *sarandí* colorado y el *guabiroba* formaban islas, y en su suelo arenoso y caliente, preferido de los ofidios, hacía oír su silbo agudo y penetrante la víbora de la cruz. El ginete lo atravesó á paso rápido, y llegado que hubo á una nueva aspereza en que crecían el coronilla, el *timbó* y la «rama negra», desmontóse, siguiendo á pié con el caballo del cabestro, ya inclinándose para abrirse camino por pequeñas abras, ya evitando las espinas del *tala* ó del aromo, ya retrocediendo á ocasiones, para hacer diversos rodeos ó dejar paso libre á algún animal selvático sorprendido lejos de su madriguera.

Esta marcha no duró mucho.

Encontróse de pronto en un sitio descubierto tapizado de césped en el que solo se alzaban las

«sombras de toro» hácia al fondo, junto á unas piedras, y apacentaban varios caballos vigorosos.

La selva ceñía esta pequeña pradera como un cinturón, sustrayéndola por completo á toda mirada investigadora.—Era un asilo secreto, una guarida inaccesible, un *potrero* en el monte, fresco y fértil, circunvalado de acacias, higuerones, *plumerillos* y laureles blancos á que daba riego un brazo pequeño del rio, y en donde ofrecíanse al alcance de la mano, como próvidos dones de un oasis salvaje, los agrestes frutos del guayabo, el *arazá* y el *pitanga*, y líquenes sabrosos, hongos blancos y morados en los troncos del *quebracho* ó del canelón fornido.

Hasta diez hombres se encontraban junto á los árboles, de pié unos, otros sentados, percibiéndoseles desde la entrada á la pradera, á la pálida claridad de los astros y al resplandor indeciso de las brasas de un fogón construido bajo de tierra. Oíanse rasgueos de guitarras, y una voz que preludiaba una canción.

El mozo de la melena llegábase á su vez cantando un aire de la tierra en décima glosada, cuando uno de aquellos hombres apostado á vanguardia junto á un tronco, le interrogó con energía, puesta la mano en la culata de un trabuco.

—*Tupamaro!*—contestó el recién venido con voz vibrante.

—*Ayéguese*, hermano. ¿Lo *trujieron* mal?

—Quemándome los *lomos*.

Suerte que al alazán le criaron álas.

—Al pelo me fío,—dijo aproximándose, el que hacía de escucha ó imajinaria.—Alazán *tostao* primero muerto que *aplastao*.

—*Ansina* y todo, le metí las *nazarenas*......

—*Pá* que vea si *jué* trance de apuro, *Esmaél*.—Y Aldama?

—Prisionero. *Pa cá* del Vera le estiraron el roano viejo, y *enrredao* en los yuyos con las «lloronas», le cayeron en montón, cuando andaba yo en entrevero con la *melicia*.—«*Juya* hermano!» me gritó el hombre. Y me tendí, ganando el repecho.—Dos *melicianos* rodaron en el bajo, y los otros se *encimaron*, *misturándose* en el *cañadón*.

—Bien *aiga* la zanja amiga!

—Me acorrió. El alazán ganó campo, tieso como *venao*.

Durante este diálogo, dos de los hombres que se encontraban agrupados junto á las «sombras de toro» se habían ido acercando al sitio; y uno de ellos, recojiendo las últimas palabras de Ismaél, preguntó con acento breve:

—Qué *jué* de Aldama?

—En la trampa.

—Y la partida?

—Junto al monte.

El que había interrogado, y que era el comandante, volvióse hacia su compañero, para que trasmitiese á la gente la órden de ensillar las reservas.—Dirijiéndose luego á Ismaél, agregó:

Si habrá *rezao* Aldama el *credo cimarrón*?

—Lo *traiban* con guardia, de fijo *pá aserlo descobrir* la guarida; pero *ante* lo *enchipan*....... Este oficio me *entriegó* Perico *el Bailarín*.

El jefe se apoderó de la carta que el mozo había extraido del *cinto*, entrándose en seguida por un claro del monte.

Ismaél púsose á aflojar la cincha de su alazán, tiró el recado en montón al suelo, palmeó el caballo que fuése á la pradera retozando, y él echóse boca abajo en las yerbas, derrengado y somnoliento.

X

Ismaél Velarde era un gauchito sin hogar.

La existencia azarosa, en medio de cuyos conflictos lo presentamos, no fué sin embargo la de sus primeros años de juventud. Aunque errante é indolente, por inclinación y por hábito, cumpliéndose en él y en casi todos los de su época de una manera fatal la ley de la herencia,—tenía cierto cariño al trabajo rudo que pone á prueba el músculo y nutre al organismo con jugo salvaje. Sentía pasión por la vida libre, indisciplinada, licenciosa; pero le era también agradable por orgullo de raza que se fiasen de él, cuando hacía promesa de sudar en la labor honesta. Esta conciencia de su responsabilidad moral, impresa en su semblante, abríale sin sospechas depresivas el camino del trabajo. Los que lo oían, creían desde el principio de buena fe, que él seria capaz de cumplir con su deber. Pobre, solo, inculto, desamparado, realizábase en el joven gaucho el proverbio oriental: el hombre fuerte y el agua que corre, labran su propio sendero.

Fué así cómo, presentándose un día en el establecimiento de campo que la viuda de don Alvar Fuentes poseía en Canelones, sobre el río Santa Lucia, su mayordomo Jorje Almagro lo aceptase á su servicio para las faenas pastoriles.

La estancia de Fuentes como todas las de aquella época apartada, componíase de tres ó cuatro construcciones de barro seco, que servia de revoque á las varillas ó el ramaje de las paredes, techo de paja brava, y grandes troncos sujetos en horquetas; edificios que aparecían separados unos de otros

algunos metros, con pocos árboles, una enramada espaciosa al norte, una huerta muy pequeña á espaldas del *rancho* principal, y una tahona que no funcionaba hacía tiempo, distante de aquél medio tiro de pistola.

Las « casas » ó poblaciones de fábrica sólida, cal, ladrillo ó piedra eran muy raros, aún tratándose de propietarios acaudalados. El *rancho*, algo más cómodo y mejor repartido que la choza primitiva, constituía el tipo arquitectónico agreste, con sus puertas bajas y sus ventanillas estrechas, piso de tierra dura, y patios sin desmonte ni acequías.

El depósito de agua potable, era un barril asentado de vientre sobre un armazón de troncos con cuatro ó con dos ruedas toscas, que servían para arrastrarlo hasta el arrroyo con un jamelgo manso, rodilludo y maltrecho.

Una especie de cabaña que habia al fondo para guardar cueros y cerdas, y la tahona á que hemos hecho referencia, tenían por puertas pieles de toro sujetas fuertemente en maderos rústicos que á manera de marcos encajaban en las poternas.—El corral, chiquero ó redil—que de todo esto tenía algo,—próximo á los *ranchos*, componíase de palos nudosos y retorcidos á pique, de tala y espinillo, unidos por guascas peludas de cuero vacuno.

El campo era muy extenso y feraz, y en él pacían varias majadas de ovejas, numerosas manadas de yeguas y más de cuatro mil vacas.

A la posesión exclusiva de estos bienes respondían todos los procederes de Jorje Almagro, el mayordomo, desde años atrás; la única heredera habia llegado á la pubertad, y él habia empezado ya sus maniobras.

Era este sujeto oriundo de Aragón, vinculado á

la familia de Fuentes, y primo de Felisa, única nieta que la viuda conservaba á su lado, á quién Jorje creia una presa segura.

Tenía él la frente deprimida, los ojos verdosos, redondos y saltones, la nariz aplastada en el vómer, el bigote escaso y cerdudo, en partes chamuscado por la brasa del cigarro, la cabellera corta y rala enseñando ranuras aquí y acullá en el cráneo, grande la oreja, en forma de concha marina, lábio inferior grueso, de esos que se apartan de la encia y se estiran como una trompa para dar salida á la voz, la espalda ancha, y piernas en arco por la costumbre de la espuela. Por lo demás, robusto y fornido.—Hacía mas repelente esta figura, un carácter avieso y tosco propio para la lidia con la hacienda brava. Los peones lo soportaban sencillamente; pocos le querian.

Era ella en cambio, una morena de ojos oscuros de espesas pestañas negras, abundosa cabellera que lucia en largas trenzas, afilada nariz y boca algo grande, pero roja y fresca con un arco dentario seductor. En sus pupilas brillantes, y en sus lábios casi siempre entreabiertos, retozaban diez y ocho primaveras.

Era nieta de un gallego, capitán de milicias; pero, como buena criolla, tenia toda ella el sabor de la tierra, y los resabios de la taimonia local, que la escasa educación de aquellos tiempos favorecia más bien que extirpaba.

Su origen como se verá, no era oscuro; y merece consignarse un detalle histórico.

Contábase de su abuelo un episodio glorioso.

En el asalto de Montevideo por los cuerpos veteranos del general Anchmuty, en 1807, la artilleria británica abrió con verdadero éxito sus fuegos bién



cerca de la muralla por la puerta del sur, que servía de junción á las obras de la costa. Era el lado más débil: un lienzo sin terraplenes interiores, sin fosos ni contraescarpas. Abrir brecha, fué el intento. Bajo un fuego terrible, en pocos dias, el proyectil del cañón inglés vomitado constantemente sobre el muro, desde la bateria de la costa y los poderosos buques de la escuadra alineados frente al cubo,—horadó el granito, abriendo ancho hueco. Por entónces, ya las balas habían destrozado los revestimientos, parapetos y esplanadas del próximo bastión. No se postró por eso, el ánimo esforzado de la defensa: Era preciso suplir el lienzo de muralla que había saltado en mil fragmentos, y por cuya abertura ó boquerón siniestro llovía la metralla entre espantosos rujidos. ¿Cómo hacerlo? Por allí iba á precipitarse la columna de ataque, como una onda irresistible que al destrozar el dique sembraría por doquiera la desolación y el espanto. . . . Una voz valiente mandó cubrir la brecha en cierto instante solemne.—Los defensores se miraron con desesperación.—La artillería inglesa seguía rujiendo furiosa; un viento de muerte soplaba de la parte del mar; el granito volaba en trizas por los aires entre un torbellino de polvo y arenas; y revueltos los soldados en las banquetas de los flancos mordían con rábia el cartucho, ya sin órden ni disciplina ante aquel huracán formidable que llevaba en sus álas ardiente plomo, ensangrentados guijarros y trozos de carne viva. En medio de escena tan pavorosa, otra voz robusta y potente gritó, dominando el tumulto: *barriquemos con cueros!* « Era nuestro capitán de milicias quién había hablado á la tempestad de balas.—Pero, ¿quién alzaria la carga y llegaría á plantarse en mitad de la brecha por donde

se deslizaba exterminador el torbellino de mortíferos cascos?. . . .

El bravo capitán dió el ejemplo. Lanzóse rápido á una barraca cercana y volvió al antro infernal, con una pila de pieles secas sobre sus hombros.—La noche avanzaba lúgubre y oscura; un obús colocado en posición oblícua enviaba en sordo ronquido sin cesar á las alturas en parabólicas trayectorias sus bombas y metrallas, que el cañón sitiador retribuia sin trégua á su vez con andanadas de hierro.—La figura atlética del capitán de milicias dibujóse de improviso ante el boquerón, agoviadas las espaldas bajo el peso de la carga, volteóla con fuerza en medio de la brecha, y alentando entre enérgicos juramentos á sus soldados, corrió de nuevo al depósito y volvió á regresar con su dorso abrumado, semejante en la oscuridad á la carcoma de una acémila que se rebela irritada á la aproximación de una tromba.—-Por algunos momentos siguióse aquella faena homérica. . . El sitio estaba sembrado de escombros y cadáveres.—A pesar de la borrasca de plomo y fuego, las pilas de cueros coronaban ya la brecha en más de un metro de altura. Sentíase en el exterior sordo rebote de balas. El capitán, libre por quinta vez de su carga, retrocedía con el rostro al peligro, altivo y fiero, chorreando sudor heróico, jadeante el pecho descubierto, paso á paso, casi ébrio con el humo de la pólvora. . . . De pronto, oyóse un choque seco: el titán se bamboleó con los brazos en alto, y trás aquella récia sacudida, desplómose frente al parapeto sin lanzar un gemido el bravo capitán gallego. Una bala enorme le había atravesado el cuerpo.

Horas después, á manera de colosal salva de cañones en épicos funerales, las bocas todas de esa parte de la muralla debían bramar á un tiem-



po con horrísono estampido, dirijiendo sus fuegos converjentes sobre la columna inglesa de ataque que entre profundas tinieblas erraba la brecha; y abrasarse con Browne el cuadragésimo regimiento bajo ese chorro espantoso de fuego; y caer Remy extinto al montar la pila, que el denodado capitán de milicias cubriera el primero con admirable esfuerzo.

XI

Esto contaba una tradición muy fresca del hogar. Mas, ese ejemplo de fidelidad á la monarquía por parte de uno de sus abuelos, no privaba á Felisa de seguir sus impulsos de criolla y de ser ella misma como hemos dicho, un producto indígena ó engendro del clima. También estaba en el rango de los *tupamaros*.

Tenía un genio un poco bullicioso, con sus barruntos de insubordinada y de altanera. Se había hecho mujer en el campo, y no conocía otra sociedad que la de los ganaderos y gente cerril.

Verdadera fruta del país, era un tipo correcto de la criolla en los tiempos del gusto colonial. Las monotonías naturales del campo, estaban léjos de serlo para ella; la vida dentro del recinto fortificado, entre ruidos de tambores y clarines, movimientos de batallones y estruendos de artilleria, cual si palpitase siempre en el aire el gérmen de la guerra, antojábasele que era vida de prisión ó de convento. Sus propensiones agrestes la hacían feliz. A las callejuelas estrechas y lodosas del recinto, dentro del cual había nacido y pasado sus primeros años, prefería las asperezas de la campaña; montar á ca-

ballo para andarse á media rienda, chapucear en el rio y las lagunas, bailar cielitos y oir las cántigas de los gauchos al són de la guitarra.

Todo esto era nativo, y se encuadraba en su naturaleza.

No había esperimentado por lo demás, todavía, otro género de sensualismos. Contentábase con aquellos gustos vulgares sin apetecer otros mejores, pues que su criterio, muy semejante al de la mayoría de las mujeres sin espíritu, no iba más allá del círculo de sus afecciones.

El mundo para esta clase de seres, se reducía á las dimensiones del pago,—como si dijéramos, al ruedo de su vestido. De esta forma, podia ella considerarse dichosa.

La persistencia de Almagro la incomodaba. Desairábale de contínuo; y concluyó por tenerle miedo. Los ojillos redondos y saltones del mayordomo la perseguían por todas partes, con un mirar fijo de reflejos amarillentos. *Ojos de basilico*, decía ella.

Ismaél, con su aire de profunda indolencia, solía cruzarse por casualidad en sus paseos, á mitad del campo. Algunas veces le arreglaba el recado flojo y la subía al caballo de un envión sin mirarla, callado y adusto; y se iba á sus faenas sin demostrar tampoco interés en saludarla.

Al principio Felisa halló aquello muy natural, sin importársele nada la conducta del mozo.

Empero, una tarde en que Ismaél le acortaba la estribera con mucha calma, fijóse por primera vez que el gauchito no se parecía á los otros, que tenía una cara linda, y era airoso en el vestir.

Desde entonces, siempre que andaba por las cercanas lomas, procuraba verle. Cuando esto no

acontecía, experimentaba una especie de contrariedad.

Las proximidades, dado su empeño en provocarlas, se hicieron más frecuentes.—El gaucho de rizos blondos y ojos pardos, con una boca de cereza, comenzó por su parte á mirar de lado con la cabeza baja, huraño y triste.

Después ella se apercibió que Ismaél tocaba más á menudo la guitarra, en la enramada ó en la tahona, cantando décimas que nunca le habia oido.

Otros dias, él parecía ocultarse por largas horas, y al regreso no se acercaba á ella, yéndose á echar á la sombra sobre alguna manta de *vichará* boca abajo en cuya perezosa posición se pasaba el tiempo libre. Felisa se puso de allí en adelante concentrada y cavilosa, empezándole cierto desgane para montar á caballo, y para bailar en los ranchos de las cercanías donde solían juntarse las mozas del pago.

Una vez se encontró con Ismaél que salía de la cocina, y lo miró con enojo, pasando á su lado sin darle los buenos dias. El tampoco la miró, ni la habló; puso el pié en el estribo, saltó sobre su bayo, y fuése paso á paso hácia el campo, tarareando un «pericón».

Estos casos se sucedían con frecuencia.

En otra oportunidad, Felisa le arrancó de las manos la vasija de barro que él le había tomado para sacarle el agua del barril; y lo hizo con mal modo y peor ceño.

Velarde se alejó callado, arreglándose el chiripá por detrás, y chiflando con su aire de costumbre algún «triste» monótono.

Días después, lo vió recostado en la pared del rancho, todo mojado por la lluvia, con la vista en

el suelo y el poncho colgándole del hombro hasta tocar la tierra hecha fango. Alargó el brazo por la ventanilla, y le alcanzó un mate, dejando ver tan solo la mitad del rostro. Ismaél lo tomó, saboreólo hasta hacer sonar la «bombilla» y lo devolvió á su dueña sin decir palabra.

A poco, se fué despacio, hundiendo las espuelas en el barro; y cuando se hubo apartado bastante, bajóse más sobre los ojos el ála del sombrero y se volvió de lado para mirar arisco. La criolla se puso á reir, y movió la cabeza de arriba abajo con aire burlón.

Velarde siguió atufado su camino.

El monte del Santa-Lucia no estaba léjos de allí. Esa vez, como otras, fuése él a caballo á vagar por sus orillas; galopó bajo el agua hasta la calera de García Zúñiga, reunióse allí con varios aparceros, y como era día domingo, pasáronse la noche de baile en diversos ranchos.

Al día siguiente muy temprano, aparecióse en la cocina de la estancia con las ropas bien húmedas, el pelo mojado, las botas de potro salpicadas de barro, ojeroso y somnoliento. Ardía un buén fuego. Felisa, madrugadora como el gallo criollo que cantaba en el ombú al asomar la mañana, lo vió apearse ; y ocurriósele entónces que tenía que ir por agua caliente á la cocina.

Estaba ésta llena de humo espeso, y solo se percibían entre sus volutas las rodillas de Ismaél sentado cerca del fogón en una cabeza de vaca.

Felisa entró apartando la cara; púsose en cuclillas y echó mano á una caldera.

El cojió un tizón para encender el cigarro, y en esta diligencia se estuvo un rato. Tiróle luego en el fuego, y entró á atizar éste, moviendo los tron-

cos y separando con uno de ellos la ceniza del centro, con la que formó una capa lisa delante.

Después, cojió un palito y comenzó á trazar rayas muy en sosiego, el brazo sobre la rótula y la mano colgante, sin cuidarse de la presencia de la criolla.

Esta á quién el humo hacía lagrimear, alzó del asa la caldera y salióse; pero, al trasponer la puerta, dijo con su voz ronquilla y un ceño de malicia: *Mirá*! el baile *jué* velorio.

Ismaél, que era de un temperamento limfático nervioso sintió la pulla, infláronsele las ventanas de la nariz, echó una grán bocanada de humo, salió trás de Felisa y marchóse sin volver ni una vez el rostro, á la tahona.

A uno y otro, este agriamiento los tenía ya bien inquietos.

Tratábanse mal á cada paso; y la acrimonia subía de punto.—Todo ello no obstaba á que Ismaél se peinase con algún cuidado los rulos, cosa que antes no le preocupaba mucho, y que comenzára á ponerse en los dias festivos un chiripá de lanilla azul que le venía muy bien, y un pañuelo de seda colorante en el pescuezo que le caía en triángulo recto sobre el dorso escapular, con un nudillo encima del pecho. —Poníase tambien á ocasiones una florecilla en la boca, cuyo tronco convertía en hilachas bajo los dientes con sólo mirar la « pollera » de Felisa, bastante corta para enseñar el tobillo y el nacimiento de una pierna torneada y maciza.

La criolla por su parte, habia agregado á las trenzas un moño de colores vivos, no se ataba ya un pañuelo chillón en la cabeza, hacía raya al medio á su cabellera undosa, sujetándola con una cinta cuyos

extremos unía en la nuca; y, así como Velarde se *quebraba* al andar haciendo volteos de flancos siempre que la distinguía de cerca ó de léjos, ella había dado en el flaco del sandungueo de caderas con esa gracia criolla ó sabor de pago que desarma al gaucho duro.

Una tarde en que Ismaél se encontraba en la enramada tendido de vientre como de costumbre, con otros compañeros, conversando á medias palabras sobre los incidentes de la última esquila, pudo ver bajo el corredor de techo de paja que daba sombra á la puerta y ventanillas del *rancho* principal, al mayordomo que hablaba con Felisa con mucha viveza.

Ella, sin dejar de mirar de lado y con rapidéz á la enramada, parecía reirse con ganas y jugaba con el « delantal » á dos manos, como si espantara moscas.

Almagro se le ponia bien cerca, y hasta llegó á ver Ismaél que el quería agarrarla la mano, y hacerla cosquillas en el pecho.

Los ojos envelados de Ismaél se animarón un poco quedándose fijos en el grupo, como atraidos por una cosa rara.

Al cabo de un rato bajó la cabeza que había erguido, como el mastín de raza que huele pendencia; dejóla caer de cara sobre sus brazos cruzados-refrególa en ellos perezoso y plegando los párpa. dos en pesada modorra, murmuró bajo algunas palabras á modo de rezongo.

A poco volvió á levantar la cabeza con los ojos medios cerrados para cerciorarse de si aún estaban allí; y no viéndolos, la abatió de nuevo, y quedóse dormido.

Poco tiempo después, Almagro pasó cerca de él y echóle una mirada torcida.

El mayordomo, como todos los peninsulares de su época, tenía un concepto despreciable de los *tupamaros*. Tratándose de un gauchito como Velarde, Jorge empezaba á adunar al desprecio el rencor, sin que él mismo se esplicase por qué lo malquería, aún cuando no podía verle sin que á su impresión de desagrado se sucediese como un complemento lójico el recuerdo de Felisa.

Naturaleza modelada sobre duros instintos, le era fácil cualquier extremo; y éste tenía al fin que tocarse con otro distinto, pero no menos temible, si se tiene en cuenta que Ismaél era á su vez un organismo fundido en el molde de la rudeza agreste.

XII

Este odio se acentuó á causa de un accidente común en la existencia semi-salvaje del pastoreo.

Un día, hallábase Ismaél en la enramada aderezando su caballo, trás breves momentos de descanso. Aldama, su mejor compañero, azuzando los perros de campo, hacía salir del monte parte del ganado arisco habituado á la espesura. Las reses con aspecto siniestro, se lanzaban acá y acullá fuera del bosque rompiendo ramas y estrujando malezas, entre sordos bramidos, para emprender por los campos su furiosa carrera.

Algunos se detenian temblantes y feroces, escarbando la tierra que arrojaban por detrás á grande altura, para volverse iracundos hacia el sitio en que



se oía el ladrido de los perros; hasta que, con la cabeza erguida y bramando se abalanzaban en pos de los otros, llenos de abrojos los borlones de sus colas tendidas al viento como gruesos dardos.

Uno de estos toros de guedeja descubierta, agilísimo y fornido, que traía sobre la vista enfurecida fibras vejetales enredadas en sus cuernos y el hocico cubierto de sangre por los dientes de algún perro, salvó el cerco endeble que circuía una pequeña huerta á espaldas de la casa; y precipitóse al corredor del frente, abatiéndolo todo á su paso con la fuerza de un ariete.

Junto á una empalizada encontrábase Almagro en ese momento de pié; la criolla, que atravesaba el patio, lanzó un grito y sin fuerzas para huir cayó á lo largo á pocos pasos de la puerta.—La embestida había sido rápida, y en su ímpetu el toro revolvióse hacia Felisa despreciando un ademán agresivo de Jorge.

El trance era sério.

Almagro revoleó el rebenque por encima de su cabeza, lanzando una especie de alarido sin separarse de la empalizada.

El toro se paró de súbito á pocas varas de Felisa, resoplando; embistió por un instante á Jorge hiriendo el aire con sus agudos cuernos, y con la misma rapidez, como atraido por el vivo color rojo de un pañuelo que la criolla llevaba cruzado sobre el seno, arrojó tierra con una de sus pezuñas al rostro de Almagro y lanzóse con el asta baja sobre el bulto que se revolvía en el suelo.

En ese segundo crítico, Ismaél que habia clavado espuelas á su caballo, salvando la distancia intermedia en dos botes prodijiosos, cayó como una tromba de flanco sobre la bestia, y al empuje de los pode-

rosos encuentros de su bayo de trabajo, revolcóse por el polvo la rés, lanzando un ronco bufido.

Produjo el terrible choque un ruido semejante al de una marmita de hierro que se rompe, sentóse el caballo sobre el toro con sus remos delanteros y por un momento formaron una masa informe en medio de la polvareda, ginete, toro y bridón, entre voces enérgicas, salvajes bramidos, sordos golpes y ruido de espuelas.

Cuando el caballo resoplando con esfuerzo, roto el pretal y temblorosa la piel saltó sobre la bestia bravía, é incorporóse ésta haciendo en el suelo ancho surco con el cuerno;—Felisa ya no estaba allí, y Almagro aparecía ginete en un tordillo.

Estaba pálido y ceñudo.

Ismaél picó su cabalgadura sin darle tiempo, y recostándose al toro, lo acodilló con violencia y fuéle azotando largo espacio para abandonarle en el declive de una loma.

Almagro se le reunió en breve; y sin mirarle, con aire taimado, díjole estas solas palabras:

—Caiste á tiempo!

Ismaél, oprimiendo el barboquejo entre sus lábios de mujer, miró con vaguedad al horizonte, y limitóse á contestar con su modo seco y desabrido:

—Morrudo el *orejano*.

Desde este suceso, Jorge había ido acumulando mayor hiel contra el mozo.

Felisa solía mirarle con fijeza, delante de él, en ciertas oportunidades; y estas manifestaciones lo encelaban de un modo siniestro, ocurriéndosele pensar al fin que Felisa debia querer al de las *chascas*.

Poco tiempo después del lance, en una noche oscura y calurosa, Ismaél cantaba á media voz,



rascando la guitarra cerca de la cocina; de la que salía, extendiéndose algo hácia afuera, un resplandor rojo entre humaredas de carne « churrasqueada ».

Era ya un poco tarde, y los peones se iban recojiendo á medida que cenaban: oíanse acá y acullá algunos bostezos sonoros, y un chic-chac de rodajas que disminuía por instantes.

Felisa llegó á percibir la voz clara de Ismaél, y salió de su pieza, parándose un momento en el umbral.

En seguida se dirijió á la huerta pequeña de que hemos hablado; y allí, entre las coles y cebollines, el ápio y el orégano que servían para el *puchero* diario había dos matas de claveles sin flor, y un cedrón que ya envejecía. Arrancóle ella un gajo de la parte más tierna y verde, y lo tuvo bajo la nariz un rato; refrególo luego entre sus dedos, con la vista como enclavada en la tierra, y no tardó en volverse.

Pero en vez de entrarse á su habitación, llegóse maquinalmente hasta el sitio en que se encontraba Velarde; púsose en jarras, y dióle la espalda, con el gajito entre los lábios.

Al principio, al verla, Ismaél se calló, sin cesar de rascar las cuerdas; y después, siguió su cantinela en voz bajita, concertando el falsete con el tañido de la prima y la bordona.

Tenía tan cerca á Felisa, que él comenzó á revolverse de pronto, un poco desasosegado. Dióse ella entonces vuelta, y dejó caer el gajito como distraida encima de la guitarra.

Hecho esto, se fué.

Velarde pasó su mano callosa por la caja del instrumento, sin apartar los ojos del bulto que se alejaba, tropezó con el cedrón que se había metido en el

hueco, y lo olfateó con ruido de fosas,—pareciéndole que « olía á mujer ».

Almagro fué testigo de esta escena, allí próximo en la oscuridad, sin ser visto.

XIII

Al rayar el alba, dijo á Ismaél:

—Hay que trabajar hoy todo el día en el campo con el ganado *alzado*. Tú vas á apostarte en la orilla del monte, donde está el juncal grande de la barra, y allí te se irá á juntar Aldama.

El español dijo esto con un gesto torvo,—de noche mal dormida.

Ismaél montó á caballo en silencio, y dirijióse al juncal.

Este sitio era selvático, profundamente solitario: un vallecito cubierto al principio de *chircas* y flores azules, altas cañas con nutrido ropage de verdor, en seguida, y más allá, un juncal espeso que se extendía á lo largo del monte sobre un suelo húmedo y esponjoso.—Llenaba aquellos lugares con su agreste aroma la flor del chirimoyo, y movíase sobre las yerbas crecidas todo un enjambre de libelulas.

Ismaél no conocía bién esta parte del extenso campo, que estaba á muy larga distancia de las « casas », en un extremo poco frecuentado por la hacienda vacuna.

Al penetrar en el vallecito, encontró á su paso una rés muerta, que presentaba profundas desgarraduras en el cuello y pecho. La sangre había escapado en abundancia por una de ellas, y aglomerádose en negros coágulos en redor.

—Uña de puma. . . . ó de tigre, se dijo Ismaél, observando los despojos.

Y fijando luego más su atención en los contornos del sitio en que se había detenido, alcanzó á percibir entre la yerba un fragmento de papel quemado y ennegrecido por la pólvora, que había servido sin duda de taco á una pistola.

¿Será del mayordomo?—preguntóse interiormente Ismaél.

Y quedóse un poco caviloso.

Cerca del cañaveral veíase un árbol aislado.

Encaminóse á él, y echando pié á tierra, ató por el cabestro á una de las ramas bajas su caballo.

En seguida, dándose con suavidad en las piernas con el rebenque, dirijióse al cañaveral, donde penetró, escudriñando su espesura con sigilo. Reinaba allí profunda soledad. Avanzaba la mañana, pesada y ardiente, sin brisas consoladoras. Un hálito de frescura alimentado por el rocío que bañaba las hojas, hacía sin embargo, agradable la estadía bajo las cañas,—Ismaél tendió el poncho que llevaba arrollado á la cintura, y arrojóse sobre el césped boca abajo, según su hábito indolente.

En esa actitud le sorprendieron las horas, sin que llegase Aldama, ni apuntase por los alrededores el ganado bravío.

El sol lanzaba ya casi verticales sus fuegos, é Ismaél con la barba apoyada en los brazos en cruz y sirviéndose del sombrero con las alas extendidas sobre su cráneo, á modo de quitasol, permanecía inmóvil.

Dormia.

Cuando se despertó, parecióle que había soñado. Su blusa tenía olor á cedrón. Acordóse entonces de Felisa, cuya cara se le calcó de súbito en las

pupilas y se le antojó que se le asomaba allí, mostrando los dientes, lo mismo que en el agua quieta de un remanso.

El labio sensual de Ismaél removióse trémulo.

Volvió á bajar la cabeza y á esconderla entre los brazos para librarse de los mosquitos que zumbaban por todas partes; y en esta posición, en medio de esa laxitud física que domina á ciertas horas los organismos habituados al trabajo muscular, no llegó á apercibirse de un lijero roce entre las cañas,—ni ménos de los pasos de unos piés afelpados que se deslizaban rápidos sobre las yerbas. . . .

De súbito sintió que le cojían del cinto, y lo levantaban con suavidad, poniendo á prueba la resistencia de las agujetas.

Ismaél, sin perder el ánimo, comprendió bien pronto que aquella no era una mano de hombre, y sí una zarpa formidable, cuyas garras se extendían y cerraban con fuerza oprimiendo su cinto y ropas para arrastrarle lejos del sitio.

Un olor acre y nauseabundo, confirmó su creencia de que tenia al lado una fiera.

El espíritu de propia conservación le obligó á estarse inmóvil por el instante. La bestia feroz habia venido al rumbo, y en vez de destrozarle, al verle quieto,—dormido ó muerto,—tentaba llevárselo al fondo del juncal. Convenía la inmovilidad absoluta.

El menor signo de vida, caido é indefenso, traería en pos el rugido y la obra terrible del colmillo y de la garra,

La zarpa levantó dos ó tres veces su presa, arrastrándolo algunas varas con extraordinario vigor, sin inferirle daño.



Ismaél seguía boca abajo, conteniendo su aliento, cerrados los ojos y bién ceñidos los brazos, resguardando en parte el cuello:—En medio de su tribulación, indicóle el instinto que algo detenía á la fiera. No era ella seguramente la hambrienta, sinó los cachorros; ni se esplicaba él de otro modo tan corteses modales.

De pronto, la bestia largó su presa, y alejóse veloz algunos pasos.

—Ismaél respiró, volviendo un poco el rostro, hasta poder mirar de soslayo por debajo del ála del sombrero.

No pudo ménos de estremecerse.

La fiera, dándole el flanco, con su enorme cabeza inclinada hácia el suelo, parecia escuchar.—Era un jaguareté hembra de espléndido pelaje blanquecino con manchas negras á los costados, miembros cortos y robustos, y contextura poderosa, tan grande como el tigre de raza. Con la cola en forma de aro, las orejas inhiestas, parecía decíamos, recojer los rumores del campo ó del monte, desconfiada é indecisa, cual si presintiera un peligro cercano.

—Ismaél intentó echar mano á la daga cuyo mango asomaba á su costado, sin volverse, aprovechando aquel minuto de trégua á su fuerte zozobra-pero, hubo de reprimirse en el instante mismo, porque el jaguareté aproximándose de nuevo, tornó á asirle del cinto, sacudiéndole en el aire, para dejarle caer con lentitud y posar la zarpa en su dorso.

Luego, acercó la boca á la nuca, y olfateó ruidosamente.

Ismaél sintió en su cuello el aliento húmedo y fétido, en la espalda el roce de las garras, y un escalofrio recorrió todo su cuerpo.—Creyó perdida



toda esperanza.—Se esforzó en recordar entónces alguna oración trunca, si alguna le enseñaron cuando chicuelo; pero, de pronto se dilató su corazón con desesperado brío, y sintió un ansia grande de vivir.

En ese instante en que se resolvía á echar de nuevo mano á la daga, la fiera dió un pequeño salto, apartóse regular trecho, y púsose de nuevo á escuchar los ruidos de afuera.

Era que se oían lejanos y confusos ladridos, los mismos que sin duda la habían hecho vacilar al principio, aunque solo perceptibles para su sentido sutil. El amor de madre, más intenso que el del celo, aún en el corazón de la fiera salvaba á Ismaél.

La tigre temía por sus cachorros, que había dejado solos en el juncal.

Vaciló algunos momentos, yendo y viniendo, y pasando la lengua por sus lábios negros y babosos. —Los ladridos se percibían mas claros y vibrantes del lado del monte.

Ismaél pensó en Aldama.

La fiera se revolvió de improviso, lanzando un pequeño rugido; y desapareció entre las cañas, arrastrándose sobre el vientre como un yacaré.

—Me cayó la china!—exclamó Ismaél, respirando con fuerza, al incorporarse.—*Mal aiga el godo*, más *fiero* que la *tigra!*

Y salió del cañaveral apresuradamente, para encaminarse al árbol en que había dejado su caballo de faena pastoril.

El fiel amigo estaba allí tranquilo, pero acompañado. Echado á la sombra, junto al bayo, con la lengua de fuera enlodada, sudoroso y resollante, veíase uno de los grandes mastines de pelaje leonado y cuello blanco habituados á la lucha con la res bravía, que, sin duda extraviado en algún sendero

del monte, había salido por el estero del juncal, abandonando á Aldama. La presencia del caballo de Ismaél, bastó á detenerle. Allí había amos. El asta aguda de los toros había hecho lijeras lesiones en la piel del perro, adornándola de bandas rojizas; y sus fauces bien abiertas aparecían llenas de espuma y sangre.

Ismaél montó á caballo, y alzando el rebenque con ademán brusco señaló el juncal espeso diciendo como si fuera comprendido por el mastin:

Criadero de tigres, Blandengue. *Movéte* á matar cachorros.

Blandengue se levantó de un salto, y echó á andar en pos del jinete que se dirijió al monte, á paso de trote. Por allí cerca, bajo unos « sarandíes » que formaban isleta, encontrábanse dos gauchos vagabundos armados de trabucos.—Velarde se les juntó, convidándolos á *pitar*, y con su bota de caña.

En las horas que se subsiguieron, ningún peón de la estancia vió á Ismaél en el campo.—Parecía haberse hundido en la espesura del monte ó en el juncal siniestro como una alimaña.

En los *ranchos* no faltaba quién extrañase su demora. Acostumbraba él á encontrarse en la enramada al caer el sol, y ya era noche profunda.

Felisa había rondado alguna vez cerca de ella, sin decir palabra.—Aldama al verla, habíase dicho:

—Anda *abiriguando*.

Él también no dejaba de sentirse algo inquieto por la falta de Ismaél, y para ello le asistían sus razones.

Almagro, en cuyos labios gruñían en cada frase las pasiones groseras, tuvo en sus encuentros casuales con la criolla algunas torpezas que decirla, que

ella devolvió con sus peculiares visajes de ironía y desprecio.

El semblante de Jorge tenía mucho de raro esa noche; y esa su expresión de cruda taimonía, resaltaba más á la luz de un fogón, próximo al cual se había puesto á conversar con Aldama sobre las ocurrencias del día.

—El Blandengue se cortó en el monte,—decía éste,—*pa yá* del juncal; y á la cuenta los *jaguaretés* lo arañaron.....

Los ojos de Almagro se encendieron en su fulgor felino.— Afectando reposo, preguntó:

—Y qué es de Ismaél? Ya debía estar aquí.

—Cuando *jui* al *cañizal*, ni rastro *dél*,—repuso Aldama con extrañeza.--El *ganao* no enderezó á los *huncos* de la barra; y *pá* mi *Esmael* se *dentró* al monte atrás de los *auyidos* de Blandengue.

El mayordomo quedóse pensativo, en tanto Aldama encendía un cigarro de tabaco negro y papel grueso.

—El rincón ese es *fiero*,—añadió, despidiendo humo por las narices. La *tigrada* anda ronzando siempre carne de cristiano.

Jorge experimentó una emoción fuerte, y refregóse despacio las manos.

En ese momento ladraron los perros; y Blandengue lleno de sangre y lodo, entróse inesperadamente en la enramada.

Traía rasgada en diversas partes la piel del hocico, y la del cuello abierta en un costado, hasta mostrar la pulpa.

Mayordomo y peón se miraron.

—*Pá* que vea no mas!—dijo Aldama, cojiendo al perro con las dos manos de la cabeza. ¿Y *aónde* quedó *Esmaél*, Blandengue?

—Aquí anda, contestó una voz tranquila en las tinieblas.

Ismaél, que acababa de apearse á corto trecho, adelantóse con una carga sobre los hombros.

—*Güenas noches les déa Dios!*—dijo con su aire de indolencia. Y arrojó al suelo el bulto.

—Qué es eso?—preguntó Almagro ácremente.

Ismaél detuvo en su semblante sus ojos pardos, esta vez muy abiertos, y colgando el rebenque en el mango de la daga, respondió con la mayor calma:

—El cuero de una *tigra.*

XIV

Pasaron algunos días.

Jorge Almagro seguía reconcentrado y bilioso. Buscaba ocasiones para zaherir á Ismaél.—Una vez le reprendió por haberse alejado dos horas del lugar de la faena;—otro día le lanzó una palabra deprimente. Ismaél le miró osco, en silencio, y dióle la espalda.

—Este *tupamaro* busca el rigor,—había dicho el mayordomo, viéndolo alejarse.—Aldama recojió la frase, y la trasmitió á Ismaél.—Este había fruncido el ceño, y contestado algunas palabras ininteligibles; con las que, según Aldama, había querido significar que en todo caso, haria él de repente con el mayordomo lo que se hacía con un toro para reducirlo á *güey.*

Cierta tarde, se apartaban del rodeo ó gran núcleo de ganado, algunas reses para saladeros.—Todo el personal del establecimiento estaba ocupado en la

faena.—El sol diluía su fuego en la atmósfera haciendo sofocante el ambiente, y el polvo levantado por los cascos de los caballos enceguecía á los ginetes, en medio de una labor ímproba y dura en que la destreza está á cada momento desafiando el peligro, y en que la fuerza muscular del hombre entra en prodigiosa competencia con el brío del ganado mayor.

A esta tarea, habían concurrido numerosos hombres de campo de otros distritos; y entre ellos, un gaucho bizarro, que estaba al frente de la invernada del Rincón del Rey.

Bulliciosa animación sentíase en esa parte de la comarca.

El tropel de los caballos en sus frecuentes galopes, los roncos bramidos y las voces enérgicas de los jinetes, llevaban sus ecos á gran distancia, en los campos. En medio de aquel cuadro de robusto colorido, que de lejos pareciera entre su niebla de polvo, torneo de toros y centauros embistiéndose y reluchando con furor, destacábase Jorge Almagro con un gran grupo de peninsulares interesados en la compra de novillos propios para la faena de saladero.

A su alrededor la vacada se revolvía en gruesa espiral de astas en perpétuo roce, resoplando azorada y oprimida dentro del círculo impuesto por hombres y perros.

Alguna vez, este cerco era roto con fiereza, y algun toro bramando se abría paso para desaparecer bien pronto en la hondonada,—cuando los agudos colmillos de Blandengue ú otro fuerte mastín no le sujetaban de la nariz aplacando sus ímpetus de una manera instantánea y compeliéndole á retroceder en su impotente furia.

A intérvalos, bien unidos, como formando un solo cuerpo informe de ocho pies y dos cabezas, caballo y novillo, castigados por la espuela ó el rebenque, sudorosos, en rápida avalancha,—descendían las parejas de la meseta á incorporarse al grupo del segundo rodeo; y solía suceder que, volviendo sobre uno de los flancos la res acodillada huía veloz al campo abierto, y era entonces cuando los mas esforzados pastores se disputaban en ágil carrera poner el *lazo* de trenza en la cornamenta, ó á rodeabrazo paralizar los miembros de la res con un *tiro de boleadoras*.

Ocurrido uno de estos casos, Jorge Almagro habituado á los ejercicios del campo y celoso de su fama de fuerte y hábil ginete, lanzó su *lazada* á la cabeza de un novillo que rompía el círculo, después de arrojar ensangrentado por los aires uno de los grandes perros.

El tiro falló.

El gaucho de la invernada del Rincón del Rey, se puso á reir con ironía.

Los *tupamaros*, en gran número, se miraron con sorna unos á otros, haciendo serpear sus *lazos* armados en el suelo, con intención de probar fortuna.

De pronto, Ismaél que se había conservado impasible, hizo arrancar su caballo con marcial estridor de estribos, y ganado lo suficiente del campo sobre la res, aventuró su *tiro de bolas*, las que atravesaron silbando sobre el novillo, para caer por delante como una culebra de tres cabezas y trabar sus miembros en apretados anillos, al punto de obligarle á doblarlos y hundir sus cuernos en tierra.

Un grito de aplauso escapó al pecho de los circunstantes,—aclamando al diestro « tirador. »

Jorge se mordió los labios, hasta hacerse sangre.
—Ya te cruzaste!—prorrumpió con ira reconcentrada, fijos sus ojos de jaguar en Ismaél.

—Guapo el criollo!—dijo en voz alta el gaucho de la invernada, siguiendo atentamente los movimientos de Almagro.

Este se volvió, dirigiéndole una mirada colérica.—El gaucho apretó á la montura las piernas, lanzó su caballo de lujoso arreo hácia Jorge, y tras este salto de amenaza, exclamó con mal ceño:

—Se ha *pensao* que va hacer carona del cuero del *tupamaro?*

Almagro no replicó.

Pocos momentos después, dirigiéndose á un negro de chiripá rojo que hacía jadear su cabalgadura en contínuo vaivén con las reses, preguntóle imperioso:

—¿Quién es ese,—retinto?

—Fernando Torgués,—dijo el negro, alargando su boca pulposa como una trompa de tapir.

—Ah,—el gaucho díscolo!—repuso Almagro.

XV

La ardua tarea seguía en tanto, y aun debía durar una hora.—Circulaba como una atmósfera de fiebre en el rodeo; el calor no cedía, el polvo en perpetuas sacudidas se arremolinaba en torno de los grupos, los caballos jadeantes alargaban sus cuellos buscando en el ambiente denso una ráfaga de aire fresco, y el ganado se agolpaba rumoroso, haciendo temblar el suelo bajo frenéticas corridas.

De improviso, un novillo de imponente aspecto

atropelló el cerco, hiriendo uno de los caballos, y bajando la cuesta con la violencia de una mole desprendida de la cumbre.

Almagro se precipitó sobre la res lleno de despecho, para unirle á la paleta la de su zaino de gran alzada.—El amor propio lastimado le hizo hundir la rodaja en los hijares con cruel rigor; en su brío, brincó el caballo en vivísimo arranque, y mordiendo el freno enarcó el pescuezo, lanzándose al declive con pasmosa rapidez.

Pero, casi al final de la cuesta, aflojáronsele los brazuelos, dobló los corvejones y cayó de costado, rodando hasta el pie de la loma, después de haber arrojado á su ginete á algunas varas de distancia.

Perseguía á Almagro la mala suerte.

Un nuevo murmullo compuesto de voces y risas burlonas, siguióse á esta caida, atrayendo al sitio gran número de los concurrentes.—Los amigos de Jorge rodearon á éste, que se hallaba un tanto aturdido en el suelo.

—Había sido *parador* el hombre!—exclamaba Fernando Torgués entre carcajadas ruidosas.—Vea no mas el diablo, como lo hizo *oviyo* entre la yerba!

Así diciendo, mientras Jorge se reincorporaba, el gaucho de gran talla y arrogante continente, barba castaña y ojos celestes de mirar ceñudo,—hacía ensayar corvetas á su caballo, domeñándolo con fuerte brazo en cada rebeldía.

Los hombres de campo se le aproximaban, silenciosamente, y empezaban á mirarle con interés ó cierta fascinación suscitada por el prestigio de la fuerza física, de la hermosura varonil, de la audacia y resolución que revelaban la mirada, la acción y el gesto, cuando á un simple ademán ó grito bronco



hacía volver azorada una res al núcleo, ó á un bote impetuoso de su cabalgadura hacía bramar de cólera á un toro.—Aquel mismo interés manifestado por Ismaél, en sus pendencias con Almagro, le había atraido las simpatias de todos sus compañeros, dada la fama que Jorge había logrado conquistarse por sus actos de cruel severidad en aquellos contornos.—Fernando Torgués conocía esa fama del peninsular, y la acción del *tupamaro* le había seducido.—Hacíale acordar á un Jesús de las *estampas*, el gauchito de los rulos y de los ojos de mujer.

Se me hizo *güeno* el partido,—vociferaba,—cuando lo *vide* con su carita de hembra peli-rubia tirando las *bolas* por las *guampas* del animal!

Los criollos le habían hecho círculo, y le celebraban las ocurrencias, especialmente los del distrito del Pantanoso que habían venido con él.

Era que, de aquella personalidad fuerte se desprendía como una esencia acre y contajiosa de soberbia y de bravura, que halagaba las propensiones é instintos de sus congéneres, atrayéndolos por sugestión irresistible.

Aumentaban este prestigio personal, ciertas aventuras locales ó de pago, de la primera juventud de Torgués.—Prodijios del músculo,—luego; rara habilidad para domar al potro, correr al ñandú, cazar al tigre y vencer en la pelea á sus contrarios, completaban el renombre.—Este gaucho de presa era temido, si bien su fama no salía del círculo estrecho de la vida de pastoreo.—Ya era algo entre la gente nacida en asperezas, en lucha de todas las horas con las bestias, un hombre que derribaba á un toro de las astas, con la misma intrepidez con que vencía á puñal á un enemigo.

El éxito feliz en los lances individuales, en los

duelos tenebrosos, cuyos hilos secretos no alcanzaba á descubrir siempre la justicia del rey, incubaba estas prepotencias en la oscuridad—informes larvas de caudillos, que la ley de la evolución tenía fatalmente en el andar del tiempo que arrojar desmelenados é iracundos á la escena.—El valor cruel y las proezas del músculo, los colocaban en medio á su existencia sombría de tribu hispano colonial, al nivel de aquellos héroes primitivos de leyenda que lactaron cuando niños lobas y panteras.—Frutos maduros de un sistema de fuerza, se imponían entre ellos mismos la ley del más *fuerte*, para aplicarla después implacables y unidos al adversario común.

A esta familia de centauros reácios á la obediencia pasiva que iba creciendo y ajigantándose en la soledad, como los « ombúes » en el desierto, pertenecía el gaucho membrudo y altanero de la invernada del Rincón del Rey

De hablar récio y ademanes rudos, llamaba la atención á la distancia, sin que él se preocupara del alcance de sus frases, ni de los efectos de su atrevimiento. El hábito de lidiar con los « bicorneos » según decía, no le dejaba lugar para « lindezas » (1).

Sus carcajadas sonoras, hicieron aproximar al núcleo á un hombre de formas atléticas que venía montado en un rosillo entero.—Pertenecía al grupo de los peninsulares, y acababa de separarse de Almagro.

---

(1) Fernando Torgués, pariente de Artigas, debía ser más adelante uno de sus jefes de vanguardia,—aún cuando por sus excesos decayó en la gracia.—Este terrible montonero fué el vencedor en Espinillos del Barón de Hollemberg; á quién tomó prisionero, así como al Comandante Hilarión de la Quintana, oficiales é individuos de tropa, respetando sus vidas.



Por su aspecto, reconocíase al primer golpe de vista al hombre campero, ágil y sufrido.—Traía daga cruzada por delante, pantalón y bota de baqueta.

De mirar duro y oblícuo, con un cigarro en la boca, púsose á escuchar en silencio, escupiendo de vez en cuando de lado, sin mover la cabeza ni apartar la tagarnina de los labios, casi invisibles entre el espeso boscaje de su barba.

Ninguno puso atención en él. El círculo se había estrechado en redor de Fernando, quien en ese instante mantenía vivo el interés de los oyentes relatando un episodio de sensación ocurrido á orillas de Santa Lucía.

Un jefe de partida de celadores,—que así se llamaban los soldados del preboste,—había martirizado á un criollo muy mancebo todavía, por sospechas de hurto.—La indignación era grande en el distrito, porque fuera de ser la víctima inocente, se había defendido solo contra toda la fuerza de la Hermandad, cayendo al fin abrumado por el número.—Según Torgués, añadía, el mozo hizo «mueca al peligro» con una media-luna de cortar jarretes, y con ella desjarretó dos *godos* como para hacerlos andar en cuatro pies.

Una voz que venía de fuera del círculo formado por el grupo, interrumpió aquí á Fernando, diciendo:

—Te vas en lengua, voceador!

Torgués se empinó en los estribos, y echándose atrás el sombrero, contestó:

—Nunca le criaron pelos, y lo que dice lo sostiene el brazo, señorón de estampa!

—Falta verse, matamoros.

Y el ginete de formas atléticas, que no era otro que el dueño del campo en que ocurriera el suce-

so,—levantó en alto su rebenque de cabo y pasadores de plata, con aire agresivo.

—Abran cancha!—gritó Torgués rugiente. Voy á señalar á ese *godo* en la oreja.

—Y yo á tarjarte la lengua!

El círculo se abrió de súbito, entrándose al medio el del rosillo; y volvió á cerrarse en violento remolino, á impulsos de una emoción extraordinaria.

Los dos hombres echaron veloces pié á tierra, y las dagas relumbraron.

—*Arroyáte* no más el tartán, y *cuidá* de tu alma, —dijo Torgués, oprimiendo con furia el barboquejo entre sus dientes.

—Así ha de ser,—repuso en voz breve, lívido y descompuesto el del rosillo, envolviéndose con giro rápido en el brazo izquierdo una especie de chal de vicuña que había traído á modo de banda sobre el cojinillo de su montura.

Y sin hablar más, temiendo se les escapara la fuerza con la voz,—se fueron al encuentro encorvados á largos pasos de felino; hasta que, acortada la distancia y caidos en guardia á su manera, torcido el cuerpo y *cambadas* las piernas, miráronse un momento en las pupilas como si en ellas estuvieran las puntas de las dagas.

En el grupo no se oía el más leve murmullo: reinaba ese silencio profundo que impone, entre fuertes ansiedades, un duelo á muerte. Todos los ojos estaban fijos: pálidos los semblantes y mudas las bocas.

XVI

Las dagas se cruzaron despidiendo chispas en el choque, para separarse, ondular, recogerse y alargarse de nuevo como víboras rabiosas. Sus filos solían encontrarse en las tendidas á fondo cerca de los extremos agudos; y los dos combatientes, comprimiendo sus respiraciones, apretando el labio y bien abiertos los ojos, cual si los párpados se hubiesen recogido en el fondo de las cuencas, parecían hacer reposar sus troncos sobre elásticos de goma ó muelles de acero al saltar de frente ó balancearse con la flexibilidad del tigre.

El tartán del hombre atlético estaba á los pocos momentos hendido á tajos, sirviéndole de resguardo de brazo y pecho; Torgués sangraba por pequeñas heridas en el cuerpo, cuyo escozor apenas advertía en la fiebre de la pelea.

Los golpes empezaron á sucederse torpes, entre falsas paradas é inseguros ataques, exacerbado el encono, perdida ya la serenidad de la vista y la firmeza del brazo por el esfuerzo y la fatiga.

Chorreaban sudor los rostros, los pies armados de espuelas con sus calcañares en ángulo tropezaban á intérvalos, y las dagas huían con frecuencia de las manos ateridas hasta tocar el suelo en el furor de la brega.

Llegó pronto un momento que aumentó la ansiedad, precipitando el desenlace.

Los contendientes habían estrechado el espacio de separación, y con el puño que oprimía el arma sobre la rodilla derecha, se dieron ligera trégua, mirándose torvos y jadeantes.—Tras estos segundos de descanso, el hombre de la barba es-

pesa se tiró á fondo con un movimiento rápido y violento, á punto de perder su guardia é irse sobre el adversario como una pesada mole.

El golpe habría sido mortal, si aquel no salta de flanco librando el pecho, y ofreciendo solo su brazo izquierdo á la punta del arma.—Al sentirse lastimado, Torgués levantó la daga, barbotando con ronca voz:

—Vale *tarja!*

Su brazo volteóse con la fuerza de un barrote de hierro, y la daga cayó abriendo ancha herida en el robusto cuello de su enemigo, que abandonó el acero ensartado en el brazo de Fernando, para rodar por tierra á la manera del potro que recibe un golpe de garrote en el testúz.

El grupo ya muy numeroso y compacto, se arremolinó con el rumor de la marea. Todas las bocas respiraron ruidosamente. El vencedor al arrancarse la daga de la herida y al arrojarla lejos, enrojecida con su sangre, dijo con su acento fiero:

—Vean si está bién muerto!

Los jinetes en tumulto, aproximáronse más al cuerpo del vencido que yacía de costado entre un gran charco sangriento, y se quedaron mirándole en silencio.—Difícil hubiera sido reconocer en aquellos rostros si el sentimiento que en ese instante predominaba, era el del interés que inspira la desgracia del *guapo*, ó el de la compasión que despierta la muerte de un hombre. El hecho era que, á la voz de Fernando, todos se habían movido como por un resorte.—El gaucho bravo tenía en los ojos una fuerza avasalladora; ninguno se acordaba en aquel momento de la justicia del rey.

Sabido es que la costumbre de ver sangre, aunque fuere la de las bestias, cebaba y subyugaba á los

que habían nacido en los hogares del desierto y contemplado desde la edad más tierna cómo palpitaban las entrañas de la res abierta en canal, segundos despues que el cuchillo había dividido las arterias del cuello.—Este vapor de sangre que se aspiraba en la infancia endurecía el instinto, y adobaba la fibra.

Entonces, en el período de la adolescencia, depravada la sensibilidad moral, llegábase á asistir con deleite á las luchas mortales de los hombres y las hazañas cruentas del valor.—Este espectáculo, en los lances singulares, embriagaba y suspendía: una atracción irresistible encadenaba los espíritus agrestes á la escena del drama, hasta que declarada la victoria, la superioridad del triunfador los hacía esclavos de su prestigio, de su fuerza y de su imperio.—El caudillaje, por lo mismo, no fué nunca otra cosa que un cautiverio de voluntades por la coerción decisiva de la audacia, de la intrepidez y del éxito, en la soledad de los campos, en medio de las tinieblas de la ignorancia y del error, lejos de la influencia eficaz de las autoridades, allí donde la libertad indómita tenía por vehículo al potro, por refugio el seno de los bosques, y por tipo genérico al primitivo gaucho de la leyenda heroica.

Escenas como ésta á que nos referimos, de tiempos ya lejanos,—tiempos de la primera generación, en que la raza empezaba á sentir el hervor de los instintos hasta entonces reprimidos, y á desprenderse apenas de su corteza de barbárie—de su *piel charrúa*, si se nos permite la imágen—animando la escena con la variedad pintoresca del *tupamaro*,—eran escenas propias de la índole genial del pueblo, frecuentes y trágicas, sin represión inmediata, en que se adiestraba el músculo, dándose desarrollo increí-

ble á las pasiones con abandono absoluto del cultivo de la inteligencia y del sentido moral.—La ley de la herencia ejercia todo su imperio en la vida tormentosa del embrión.—El menor episodio de guerra ó lucha de familia se caracterizaba por una propensión irreductible de los instintos ciegos, más que por la fuerza del cálculo ó la malicia de la idea. Se vivía de sensaciones; y el ódio ó la venganza las ofrecían á cada hora en nuestra edad del centauro y del hierro.

La escena que dejamos relatada, había removido las pasiones del grupo por un momento.—Después había sobrevenido algo como una calma indiferente. Uno de los campeones estaba en el suelo, extinta para siempre su fiereza!

Jorge Almagro se encontraba en el extremo opuesto del rodeo, apresurando la conclusión del *aparte* de novillos, cuando el negro de chiripá rojo azuzando sin descanso á su rucio rodado que no salía ya de un pesado trote, con una sola espuela de rueda enorme, ceñida á su pie desnudo y calloso,—se le acercó para decirle que el hacendado Tristán Hermosa acababa de caer mal herido en lucha con el capatáz de la invernada del Rincón del Rey.

—¿Y él?—preguntó entre tartajoso é iracundo el mayordomo.

—*Cribao y manco, señó.*

Almagro picó espuelas, seguido del grupo, ordenando que se largase el ganado.

A mitad de su galope. alcanzó á divisar hácia la izquierda muchos ginetes que se alejaban á buén paso del sitio de la trajedia.

—Que se cure la manquera!—murmuró con sorda rábia. A su tiempo, conmigo ha de ser!

En el lugar de la lucha, sólo se veían dos hombres: Aldama é Ismaél.

Tres de los grandes mastines, echados junto al cuerpo inmóvil, alargaban sus hocicos oliendo la sangre que empapaba las yerbas.

Así que Almagro llegó, lanzóse rápido del caballo, y dando con el mango del rebenque en la cabeza de uno de los perros que arrastró en su fuga á los otros, sacudió con fuerte brazo el cuerpo de Hermosa, hasta volverle de rostro; y púsose á contemplarle, pálido y mudo.

Ismaél salivó á un lado con displicencia, y dijo sencillamente:

—*Dijunto.*

—*Aurita* no más *jipeó*, con un gorgorito,—añadió Aldama.

Almagro levantó la cabeza gestudo, mirándoles por debajo de las cejas. En seguida quitóse un gran pañuelo á cuadros que llevaba en el cuello, y rodeó con él el de Tristán Hermosa, cuya herida era ancha y profunda.—La daga había ofendido venas y arteria, sucediéndose una hemorragia mortal.

Vendada la herida, Almagro hizo una seña al negro del chiripá rojo que había ya mudado de caballo, diciendo:

—Acerca, Pitanga. Lo cruzaremos adelante.

Y dirigiéndose á Ismaél y Aldama, agregó bruscamente:

—Ayuden á levantar!

El cuerpo fué colocado sobre la encabezada del lomillo, manteniendo el equilibrio el negro con las dos manos sobre el pecho; y el fúnebre acompañamiento echó á andar hácia la casa cuando cerraba ya el crepúsculo.

XVII

A aquella hora notábase en la estancia, recogimiento y soledad.—Dos individuos del peonaje acababan de retirarse á un galpón pequeño, á cuya entrada ardía un buén fuego, después de encerrar en el corral una majada de ovejas que llenaban el espacio con sus balidos plañideros.—Una campana de hierro, que pendía del techo del corredor, había sonado como de costumbre anunciando la hora de la cena, sin que á su llamado hubiese aún comparecido Almagro con el numeroso personal de trabajo del establecimiento.

Atribuíase esta demora á las dificultades de la elección y del *aparte* de las reses.

La viuda de Fuentes se entretenía á la luz de una lamparilla, en embeber puntos en calcetas, á favor de una calabaza pequeña, muy absorta en sus menguados, como en tarea concienzuda, con su vieja peluca de bucles castaños bién puesta en el rugoso cráneo, y su rosario de cuentas amarillas prendido al cinturón.

Felisa, sentada junto al ventanillo que daba al campo, conservaba todavía entre sus manos el *mate* de yerba que poco ántes había servido con leche á la abuela, sorbiendo cavilosa su *bombilla* de véz en cuando.

Parecía echar de ménos algo y sus ojos no cesaban de dirigirse á la campaña, que íbase por grados cubriendo de sombras. Esa noche, Felisa, esperimentaba un desasosiego completo. Iba y venía; tornaba á salir, recorría el patio, la enramada, aventurándose un poco hácia el campo; y volvía al

rancho, para mostrarse inquieta dentro de su habitación, sin que nada la distrajese.—Ella misma no se daba una idea clara de lo que le ocurría, aún cuando en medio de sus impaciencias creía ella ver entre una nube de polvo una imágen de rostro pálido y flotante cabellera, que no quería mirarla ni sonreirla, y por la que ella á su véz sentía enojo y afecto juntamente, y hubiera si pudiese, arañado ó besado, según la ocasión.

En ciertos momentos quedábase encogida, con la vista en el suelo.

Pensaba acaso que su abuela, después de rezar sus oraciones en un viejo sillón de baqueta con clavos de bronce del tiempo de don Bruno de Zabala, que le servía de asiento favorito, íbase á las nueve á dormir; que Almagro lo hacía á las diez en el extremo opuesto del *rancho*, en donde tenía su catre, cuando no lo trasladaba al galpón destinado á la lana y cerdas para gozar mejor del fresco de la noche; y que, el otro, se refugiaba en la enramada con Aldama, haciendo ántes de entregarse al sueño, música de « tristes » con la guitarra . . .

Verdad también que ese *otro*, en determinadas noches, solía meterse en un cuartito que daba entrada á la tahona, de allí distante treinta varas, con ventanillo sin rejas.

Y, calculando quizás estas cosas, volvía la vista á la abuela, sintiéndose como tentada de preguntarle por qué era que había hombres tan huraños, que fuera preciso á una muchacha encariñarlos mucho con los ojos ántes de hacerlos mansos y seguidores; pero, ¿qué diría la « vieja » si ella le preguntase semejante *zafaduría?*

Lo cierto es que aquel corazón, en el mismo

estado que una calandria en lo espeso del ramaje ceñida de las álas, se encontraba bajo ánsias desconocidas.

El gauchito de boca de clavel, le andaba á Felisa por los ojos.—Tenía herido en lo vivo el sensorio, y esta herida exasperada por el capricho duro y voluntarioso, la rebelaba ante la idea de que Almagro pudiese ser « su hombre. »

En el momento en que volvemos á encontrarla, un mal humor manifiesto comenzaba á contraer su ceño.—Agraciaba aún más su linda cara morena una cinta roja con que había ceñido su pelo negro y crespillo, el cual le caía por detrás en grandes trenzas sobre un vestido de zaraza, corto y esponjado por el almidón y la plancha caliente. Ceñía su cuello una pañoleta de algodón floreado, cuyas extremidades al resbalar en su pecho ponían mejor de relieve los encantos que por entónces, no tenía ella en mucha cuenta, á pesar de los groseros avances de Jorge.—Este traje dominguero no dejaba de sorprender á la abuela, quién la miraba por encima de sus gafas, como indagando la razón de tanta compostura; pues comunmente Felisa andaba de « trapillo » sin muchos miramientos.—Pero á ella se le había antojado no hablar en ese dia, y la vieja viuda tuvo que limitarse á sus ojeadas cortas de pupila ahumada y mortecina.

Después de un largo rato de silencio, la nieta dijo con mal modo, de repente:

—Ya es hora de cenar, *agüela !*

La viuda sin levantar la vista de sus menguados, ni abandonar la aguja que temblaba como la de la brújula en sus dedos descarnados y amarillentos, concretóse á responder con mucho reposo:

—Jorge no ha de tardar.

Felisa se levantó con enfado y fué á colocar el *mate* en una mesita.

Dirigióse luego al ventanillo del fondo, dónde puso sus dos manos, sin decir palabra, y quedóse mirando con su aire de encono los cardizales secos que se extendían al frente.

No habían pasado cinco minutos, cuando ella atisbó algo desde su ladronera, que llegó á disipar en parte su gesto de disgusto.

Un ginete acababa de atravesar solo, hácia la tahona, si no sufría engaño su vista en medio de la oscuridad que rodeaba todos los objetos; y ese ginete por su postura indolente en el caballo y el sombrero doblado de un ála hácia arriba, le era bién conocido.

La cabalgata al aproximarse á la estancia, hizo un rodeo, encaminándose á la cabaña de techo de paja, dónde se depositó el cadáver con el objeto de velarle esa noche.

La viuda y Felisa se encontraban ya á la mesa, cuando vino Almagro á ocupar su banqueta, limpiándose con el brazo el sudor del rostro.

Mientras se servía el asado y la *carbonada* criolla, y preparaba él su estómago con una buena dósis de vino *carlón*, bebido en vaso de azófar, relató con frases entrecortadas las peripecias de la faena, sin excluir el episodio de Hermosa y Torgués, y algunos juramentos groseros, que acompañó con un golpe de puño en la mesa.

Condoliéronse abuela y nieta del suceso, alarmándose aún más la primera al saber que de allí á pocas horas llegaría la gente del preboste, para las informaciones necesarias. — Tranquilizóla Jorge á este respecto, no insistiendo mucho sobre el asunto.



Pudo observar Felisa que á su primo se le desarrugaba el ceño, y ponía en ella sus ojos con una expresión blanda y afable.

Es que Jorge la hallaba más compuesta é incitante que de costumbre; y hasta llegó á imaginarse que fuera él tal véz, el orígen de este atildamiento inesperado.—Para confirmarse en la creencia, tentó con los piés por debajo de la mesa, hasta encontrar los de la criolla, que aprisionó muy audazmente entre los suyos.

Felisa se estuvo quieta, y se sonrió, sin mirarlo.

La abuela, á quién las novedades extraordinarias del dia tenían bastante conturbada, inquería á cada momento de Jorge mayores detalles, que éste le trasmitía entre bocado y bocado, sin apartar la vista de la criolla.

Pocas veces había estado Almagro tan alegre y obsequioso con la viuda y con su prima.—Juro por el ánima de mi padre,—exclamaba—que hoy soy capáz de perdonar!—Y mientras esto decía, alguna nueva libertad llegó á permitirse, porque Felisa lo miró con los ojos muy severos, y separó sus piés.

No se resintió él por eso; y pasados pocos segundos volvió á comenzar.

Antes de tocar la cena á su término, la vieja viuda se levantó para pasar á la pieza que servía de dormitorio, tanto á ella como á su nieta.

Así que hubo salido, Jorge detuvo á Felisa que se marchaba detrás, con las mejillas encendidas, y ese aire suspicáz y altanero propio de una mujer que ha tolerado demasiado.—La detuvo con la intención de darla un beso.—Ella lo burló, rechazándolo callada, con energía . . .

La abuela pudo sentir entónces desde su cuarto ciertos choques ó estrujones contra las banquetas y la puerta, que se cerró con violencia, y volvió á abrirse; y cuando venía ella á averiguar lo que ocurría, tropezó en la oscuridad con Felisa, que á su pregunta, respondió con la voz un poco desfigurada:

—Nada, *agüela*.

Y pasó adelante con los ojos cuajados de lágrimas, llevándose la mano al seno, como si allí hubiesen dejado escozor doloroso unos dedos brutales. La viejecita se volvió más tranquila, dando un bostezo.

Felisa fué á sentarse junto á su ventanillo, silenciosa, con la barba apoyada en la palma de la mano, las orejas ardiendo y la mirada colérica.

XVIII

En tanto que esto ocurría en las habitaciones de la viuda de Fuentes, otras escenas se preparaban en el extremo opuesto.

Hemos dicho que la cabalgata se había detenido en la cabaña de techo pajizo, en dónde se depositó el cadáver de Hermosa.

Ismaél se apartó del grupo, una véz en aquel sitio.

—*Toy cavilando* en cosas *fieras*,—le había dicho Aldama al separarse, con aire aprensivo.—Los perros *principian á auyar* . . .

—*Pó* el ánima del *dijunto*, hermano . . .

—No *creiba*. A canto de *gayo*, *ante* la mañanita, *vide* en el cielo una *estreya* con cola, de la parte *ayá* del *bañao*. No piensa que *aiga* agüero?

—A la cuenta se enmarida una bruja.

Y al decir esto Ismaél, encogiéndose de hombros impertubable, habíase dirigido á la tahona.

Cuando pasó por delante de la ventanilla de Felisa, miró de soslayo.—La sombra de la criolla se dibujaba en el fondo . . .

Ismaél se apeó á la puerta de la tahona, y ató su caballo á un arbusto, sin bajarle el *recado.*

Entróse luego á la pieza de que hablábamos, y sentóse en una mesa colocada junto al ventanillo, apoyando la cabeza con indolencia en la pared del fondo.—Quedóse mirando el cielo oscuro como embebido.—Su cuerpo, lleno de cansancio y laxitud, no salió en muy largo tiempo de esta inmovilidad.

La habitación no tenía más mueble que la mesa, y un cráneo de vaca por único asiento, en un extremo. Sobre este despojo blanco y lustroso, perfectamente aseado por el sol, la lluvia y el viento, veíase una guitarra cuyas clavijas estaban adornadas con pequeños moños rojos y amarillos.

Las noches estivales transcurren veloces.

Cerca de las once, Ismaél sin sueño aún, algo inquieto y febril en medio de las mismas fatigas de la jornada, por la excitación de sus nérvios, cogió la guitarra, y volviendo á su asiento, púsose á templar las cuerdas.

La oscuridad y el silencio rodeaban el edificio principal.

En la cabaña de techo pajizo entraban ó salían algunos hombres, que parecían relevarse en la vela del cadáver.—La puerta abierta permitía verle de cuerpo entero dentro de un mal féretro, fabricado con viejas maderas, á la luz roja y oscilante de varias bujías de sebo, cuya humaza formaba como una niebla espesa en el interior.

Aldama, un poco ajitado por estrañas preocupaciones, merodeaba cerca de la tahona.

Allí, próxima, elevábase una gran pila de huesos y osamentas de animales vacunos y yeguarizos.

Apeóse junto á estos despojos, diciéndose á media voz:

—*Esmaél tá* cantando . . .

Se sorprendió de que no le hubiese aflojado la cincha al pangaré.

Trás esta observación, y siempre bajo el influjo de sus presentimientos, practicó con su caballo esa diligencia y apartándolo del sitio, lo ató á una estaca, sin quitarle el bocado.—Dirigióse en seguida al cercano arbusto, dónde había visto el caballo de Ismaél, é hizo lo mismo, después de conducirlo al terreno en que asegurara el suyo. Los bocados, sin camas ni coscojas, les permitían saborearse con el trébol.

Aprestábase en pós de esto á *platicar* algunos momentos con su compañero, cuando algo de extraño y sospechoso en las sombras, lo detuvo.

Alguien avanzaba sigilosamente hácia la tahona, y parecióle á Aldama bulto de mujer.

El pensar que fuera Felisa no le causó asombro, porque él estaba enterado de las cosas de Ismaél; pero sí, inquietud.—En aquella noche Aldama se sentía más supersticioso que nunca, y recordaba sin saber por qué el gesto de Jorge Almagro.

No había de ser bruja la que se enmaridase!—Allí había un muerto; la noche estaba negra; al mayordomo le comía un gusano el corazón; Ismaél cantaba como un pájaro en la rama y la hembra venía revoloteando . . . Y aquellos diantres de perros que no dejaban de llorar!

Aldama se agazapó detrás de la pirámide de huesos.

La sombra pasó cerca, cautelosa.—Las dudas se desvanecieron en el espíritu del gaucho.

—Vea no más, con qué noche! —*Pá* este riesgo grande, es *juerza* que ya no puedan vivir sin verse. La calandria ciega se vá al rumbo de la canturria . . . y allí cerquita, está gritando la corneja por los ojos del *dijunto!*

Felisa—pues ella era—siguió sin ruido alguno hasta el ventanillo, al que acercó su rostro.

Ismaél que en ese instante cantaba una trova con una voz baja, si bién afinada y casi musical, calló de súbito ante aquella aparición, quedando presas en sus uñas las cuerdas de la guitarra.

Miráronse los dos, callados algunos momentos.

Felisa cojióse del tosco marco del ventanillo, y púsose á columpiarse, apartando la vista de Ismaél, para dirigirla á uno y otro lado, como si algún temor la perturbase.—Mirábalo luego á él, y volvía á darle el perfil, deteniendo su ligero columpio, para escuchar mejor los ruidos de las « casas. »

Blandengue, que por allí vagaba, llegóse de pronto olfateando y posó su enorme cabeza en el muslo de la garrida moza,—meneando despacio la cola.

Ella le dió un golpecito con la mano, y lo empujó con el pié.—Blandengue dió un resoplido, y fuése paso á paso.

Ismaél se había bajado de la mesa, y aparecido en el umbral de su puerta baja y estrecha, con la guitarra en la mano.

Felisa le hizo un mohin de menosprecio, y presentóle la espalda.—Después simuló alejarse con los brazos cruzados y el aire muy indiferente, « sandungueando » su pollera corta y sacudiendo sus trenzas en gracioso menco.

—*Vení*, dijo Ismaél con tono arisco.

Sin hacer caso á este llamado, Felisa caminó un ligero espacio, y volvió luego al rumbo, como quién pasea al aire fresco.

Ismaél la tomó de la muñeca bruscamente, apretándosela.

—*Dejáme*, prorrumpió ella con acento seco.

Él tiró sin embargo, sin ninguna disposición de largar.

Felisa hizo hincapié en una de las paredes de *adobe* de la tahona, que presentaba bastantes grietas y aberturas en su base; y así se sostuvo por breves segundos, sin dejar de mirar para afuera.

Pronto perdió esa última posición, y de improviso, sin que se apercibiese que algo había puesto ella de su parte, vióse en el interior del cuartito á oscuras, acordándose recién que quién la tenía cojida era peligroso.

Desprendióse de él, y fuése de nuevo á la puerta.

Escudriñó en la sombra . . .

Ismaél que se había quedado osco é inmóvil, preguntó :

—Anda *ai* el gato montés ?

Felisa se estremeció en la oscuridad, y dominando la impresión causada por esas palabras, dijo :

—Le *tenés* miedo?

Los ojos oscuros de Ismaél centellearon.

—*Ladeao !* contestó con desprecio, mirando hácia la cabaña.

Y yéndose á ella, volvió á asirla nervioso.

Cedió Felisa, esta véz.

Velarde conservaba la guitarra en la mano izquierda.

Ella le empujó del brazo, diciendo:

—*Tocá* no más! . . .

Ismaél sintió arderse; y púsose á pulsar el instrumento sin saber lo que hacía, arrancándole sones desacordes.

—*Ansi* nó! . . . . esclamó la criolla con dureza.

Y deslizó sus dedos en las cuerdas, para concluir posándolos en la mano ardorosa del tañedor, que al contacto quedóse quieta . . .

Después, Ismaél se echó el sombrero á la nuca, y la guitarra cayó al suelo, gimiendo al choque como un ave que se cae dormida de las ramas. —Las dos bocas se acercaron, y por un instante estuvo la del cantor prendida entre temblores al clavel de carne.

Luego se apartaron el uno del otro, sucediéndose el silencio.

XIX

Ismaél alargó las manos temblorosas, y empezó á tantear. Ella dejó hacer. Miróle y sonrióle, con los ojos húmedos y brillantes.—Alguna véz pasó sus dos manos sobre las de él, no para reprimirles sus nerviosos tanteos, sinó para acariciarlas. Sentíase feliz. Los alientos del varón le encendian la sangre, quemándole todo el cuerpo, y se abandonaba sin resistencias, acercando y retirando su cabeza del pecho de su amante, con esos movimientos bruscos al principio, pausados luego, de una voluntad que se rinde.—En cierto momento él la estrujó en un arrebato enérgico. Suspiró Felisa, acercóle otra véz su boca ardiendo, é hízole presa

el lábio con los dientes. Quiso él desasirse por un segundo, echando atrás el rostro; más ella le cojió suave con las dos manos de los rulos, y volvió á beber fuego en aquella boca sombreada por un bigotillo negro, con la tenacidad de una abeja en un pétalo de flor lujuriosa.

Entónces él se apoyó en la mesa, y la atrajo, con ímpetu rudo, callado, entre las sombras; y cuando Felisa quiso decir algo, que se quedó atravesado como un nudo en su garganta, ya era tarde. . . . El gaucho vigoroso que domaba potros, era en aquel instante lo que el clima y la soledad lo habían hecho, un instinto en carnadura ardiente, una naturaleza llena de sensualismos irresistibles y arranque grosero.

Al sentir la presión de sus manos, como tenazas, ella se abandonó con cierto deleite dejando caer la cabeza en su hombro. . . .

Transcurrieron algunos momentos.

Al cabo de ellos, una sombra negra apareció en el umbral sin que de ella se apercibiera ninguno de los dos.

Con acento débil, y balbuciente, decía Felisa:

—Yo me voy. . . .

¿Quién era la sombra interpuesta en el umbral?

El mayordomo acosado por el celo había pasado del *rancho* en que se velaba el cuerpo de Tristán Hermosa, al de la familia de Fuentes.—La vieja viuda dormía y el lecho de Felisa parecía solitario.

Jorje estuvo escudriñando algún tiempo.—Después se dirijió á la cocina y supo por una negra que allí fumaba su «cachimbo» junto al fogón apagado, que la criolla se andaba por el campo, atrás de los *bichos de luz.*

Almagro fuése; descalzóse detrás del *rancho* las espuelas que dejó allí tiradas, y encaminóse derecho á la tahona, probando primero si el filo de su daga estaba *al pelo*.

Aldama, escondido en el montón de huesos, lo vió pasar como agazapándose en las sombras; pero, no tuvo tiempo de prevenir á Ismaél, porque el mayordomo estaba ya á pocos pasos de la puerta, cuando él ánte esta aventura, volvió á acordarse del ahullido de los perros y de la «estrella con cola».

Jorge escurrióse hasta el ventanillo; y escuchó.

Como le pareciese oír resuellos ó respiraciones ahogadas de dos personas, la sangre se le subió á la cabeza; y con la cautela y la agilidad de un felino, introdújose sin ruido en la tahona.

En ese momento, Felisa pronunciaba las palabras que dejamos consignadas, y disponíase á desasirse de su amante, cuando sintió que una mano áspera y ruda cogía sus trenzas; y helósele la sangre. Esa mano ó zarpa le rozó la nuca; oyéndose luego un crujido singular—el que hacer pudiera el filo de un cuchillo al cortar la cabellera de un solo golpe,—en tanto barbotaba esta frase, una voz ronca é irascible:

—Te habías de dar al más ruin, perdida!

Escapó al pecho de la criolla un grito casi ahogado, al reconocer el acento del español.—Dejóse caer de rodillas; y cojiéndose con las dos manos la cabeza despojada de sus trenzas, lanzóse en seguída sobre él, y clavóle las uñas en el rostro.

Jorge la rechazó con brutalidad, arrojándola fuera de un empellón, que acompañó de un terno sangriento.

Ismaél rechinó los dientes, y saltó como una fiera.

Dejóse oir tan solo ruido de rodajas, en aquel brinco siniestro.

Los ojos de Almagro, redondos y fosfóricos como los del *ñacurutú* brillaban fijos en las tinieblas; estaba él encorvado, con las piernas en *comba*, junto á la puerta, conteniendo la respiración, para eludir el encuentro al primer choque, arrastrándose hácia afuera.—Su afilada daga, tendida en guardia baja, oscilante como un péndulo en el crispado puño, despedía blancos reflejos.

Ismaél dió un segundo bote ciego de rábia, y melláronse las dagas, echando chispas, al chocar en la sombra.

El pié de Jorge, al asentarse con la pesadéz del plomo, tropezó en la caja de la guitarra caída en tierra; y las cuerdas estrujadas dieron rumbo cierto á Ismaél, que dirijió rápido al sitio la punta de su arma.

Un relámpago de luz verdosa surcó la atmósfera, inundando la escena del drama. A esta instantánea iluminación Ismaél pudo percibir á Aldama, de pié á algunas varas de la puerta, inmóvil, y cuchillo en mano; y á su enemigo á un metro apénas de distancia con la cabeza hundida en las espaldas en actitud de arrastrarse hácia el campo.

El momento era decisivo.

Siguióse una lucha sorda, cuerpo á cuerpo, en la que hasta la cabeza de vaca rodó por el suelo, junto con la mesa; después . . . el ruído de una masa que se desploma, y de una hoja de hierro que escapa á una mano ya sin vigor. Luego una ronquera bestial,—algo como un resoplido feróz,—sucediéndose á la caída en las tinieblas.

Por último,—un silencio de muerte.

Un hombre saltó afuera.

Aldama reconoció á Ismaél que acababa de pasar por encima del cuerpo de Jorge, á quién dejaba por extinto con una puñalada hasta el mango en el tronco.

Ismaél se reunió á su compañero, limpiándose la sangre que le había empapado el brazo, y palpándose en seguida una pequeña herida de punta en el hombro izquierdo, en la que la daga de Almagro llegó á tocar el hueso.

La criolla, auxiliada por Aldama, habíase alejado velóz.

En aquel instante, alarmados sin duda por las voces y extraños rumores de la tahona, varios hombres salían en tumulto de la cabaña. — Oíase tropel de caballos y chocar de sables.

—A ganar la loma! — dijo Aldama, tirando del brazo de su compañero.

No opuso éste resistencia; y los dos desaparecieron trás la gran pirámide de huesos, llevando por guía, una especie de duende negro que se deslizaba fugáz, deteniéndose á veces á uno ú otro flanco, para lanzar sordos gruñidos á cada nuevo rumor.—Era Blandengue.

XX

La campaña, del paso de la Arena adelante, ofrecía un aspecto lleno de salvaje colorido. Mar ondulante de enormes pastizales, *cuchillas* enhiestas, faldas abruptas, cañadones fangosos orlados de espesas maciegas ó arroyos de ribazos sombríos.

Las estancias ó poblaciones veíanse diseminadas á grandes distancias, con sus *ranchos* circuidos los unos por cardales, los otros de escasos árboles sin fruto. A veces, por dos ó tres «ombúes» corpulentos, ramosos y librados al crecimiento espontáneo, con gajos salientes y formidables retoños. Próximos á esas estancias, corrales de postes torcidos para el encierro del ganado; y de cuyo suelo blando y esponjoso compuesto de dos ó tres capas de guano, salía y descubríase á lo léjos, un vaho húmedo y azulado en constante evaporación.

En el horizonte del nordeste, por encima de la línea verde de los bosques, dibujábanse en masas azules y compactas los picachos y crestas de las serranías pedregosas de las « Ánimas. »

El panorama al frente tenía el tinte cerril del desierto, solo animado de véz en cuando por la carrera frenética del potro encelado con la cola barriendo el suelo y los cascos casi ocultos por mechones de pelo basto y súcio, arremolinando por delante, entre broncos relinchos, la yeguada arisca.

En alguna planicie los toros chocaban sus cuernos con ruido estridente entre sordos bramidos, recalentados por el celo y los ardores del sol; otros se frotaban con fuerza los lomos en las concavidades de las grandes piedras, alzada la cabeza, arqueado el cuerpo y tiesos los miembros inferiores; mientras el resto se revolvía entre la vacada, disputándose á punta de asta la junción sexual.

Salía de los pequeños valles como un rumor bravío y feróz, á la hora de la siesta.

Pocas carreteras, por estos sitios: muchas malezas y boscajes sobre las corrientes de agua, pasos tortuosos, *picadas* oscuras, ni una huella de arado cerca de las poblaciones, ningún gaucho en movi-

miento que indicase el trabajo y la faena pastoril.

Era la hora de la laxitud y de la modorra, el sueño del mediodia bajo las enramadas ó á la sombra de los árboles, entre una nube de mosquitos y una atmósfera de fuego. Cantaba la chicharra.

Por estos sitios, y otros idénticos, cada véz más solitarios á medida que avanzaban al trote largo y firme de sus caballos, iban atravesando Ismaél y Aldama al dia siguiente del lance de la tahona.

Habían marchado toda la noche y traspuesto una gran distancia entre ellos y sus perseguidores, extraviándoseles el Blandengue en la ruta.

Somnolientos y sudorosos, necesitaban reparar sus fuerzas, é hicieron un alto del otro lado del paso del Rey, en el Yi.

Una pequeña pradera en el interior del monte les sirvió de asilo.

Algunas horas después, emprendían de nuevo la marcha hácia el rio Negro.

Caía la tarde. El aire estaba denso. El calor seguía sofocante.

De repente, Ismaél se detuvo y echó pié á tierra.

Aldama se paró á su véz, cruzando la pierna encima del recado.

Ismaél apretó la cincha, y desprendió el « lazo », que preparó con mano ágil y lista.

Volviendo á montar, arreglóse de un tirón el chiripá, y dirigió una mirada al llano.

Un trozo de ganado vacuno que salía de abrevar en el ribazo, se habia aglomerado en aquel sitio. Las reses inmóviles, con las cabezas levantadas, observaban con cierta curiosidad mezclada de recelo

á los dos ginetes. Las madres con cría se habían adelantado un poco, refregaban ligeramente con el hocico á sus becerros y dirigían luego sus ojos inquietos á Ismaél y Aldama.

Los novillos movian á ambos lados la cornamenta y sacudían las colas, con aire agresivo.

Una vaquillona «chorreada» de cuernos cortos y orejas partidas dió de pronto un salto ó brinco juguetón, enseñando una *picana* maciza y suculenta; y vino á colocarse á vanguardia de todas, con mucho atrevimiento.

—Está gorda,—dijo Aldama sin sacarse el barboquejo de la boca, con el que entretenía el hambre. Afírmesele á la «chorreada» aparcero.

Ismaél se echó el chambergo á la nuca, en silencio, puso espuelas arrancando con viveza, y revoleó el «lazo».

El ganado se volvió rápido haciéndose un montón para emprender la fuga, y la vaquillona se quedó á retaguardia, metiendo en todas partes la cabeza en su empeño de abrirse camino; pero, en uno de los instantes que la alzó para acelerar la carrera, despejado el terreno por su frente, silbó el «lazo», y fué cogida por el cuello.

Ismaél escurrió la lazada con presteza, hasta ceñirla bién; y sujetando su caballo, volvió bridas.

La rés saltó con increible agilidad, balando, y rodó por el pasto como una bola.

Antes que pudiese reincorporarse, casi axfisiada por la opresión de la trenza y la argolla, tuvo en el pescuezo la bota de potro de Aldama; quién, con sin igual destreza, apretando allí en esa forma, y con la rodilla derecha en el vientre de la rés, desenvainó la daga, que introdujo velóz en la garganta, y revolvió en la herida, hasta cortar la arteria.

El animal baló tristemente; saltó un chorro de sangre negra, y sobrevino muy pronto la muerte entre gorgoritos y temblores.

Aldama limpió la daga, pasóla por la caña de la bota, tentóla con el pulgar hasta levantarse la piel, é inclinándose, dió un gran tajo en el costillar de la vaquillona rozando la paletilla, del lomo al vientre, y otros tres, en direcciones respectivamente paralelas. Enseguida cogió uno de los extremos de aquel rectángulo, introdujo el acero bien al rás de las costillas y lo desprendió de ellas á golpes de filo, arrojando á un lado el enorme trozo de carne con pelo, y más de media pulgada de grasa,—aquella caliente y todavía palpitante.

Todo esto, fué obra de un momento.

Tragó saliva, echóse más atrás el sombrero, pasó y repasó nuevamente la daga en el pelo de la ternera, y volviéndose hácia Ismaél que desnudaba á su véz la suya, dijo con aire concienzudo:

—No ha que *achurar*.—*Dela güelta*.

Y limpióse con la manga recogida el sudor del rostro.

Ismaél cogió la rés de una trasera y otra delantera, mientras sujetaba la daga con los dientes, y la volvió de lado haciendo palanca de la rodilla.

En tanto él separaba el costillar con piel, Aldama acometía la *picana*, trozando el rabo en su nacimiento.

Este trabajo fué practicado con actividad nerviosa, chorreando sudor sobre la carne viva que se estremecía en los huesos al descubierto de la rés, y alzándose á cada segundo la cabeza para dirijir á todos rumbos una mirada escudriñadora.

El animal tenía marca. Pero ellos tenían que comer. Cuando *se andaba á monte*, todos los bienes eran comunes.

Concluida la tarea ataron á los *tientos* la carne con cuero, secáronse otra véz el sudor, y echáronse de brazos por algunos instantes en los recados para tomar aliento, con las manos llenas de sangre, los rostros de polvo y desgreñadas las largas cabelleras.

En seguida montaron, y emprendieron el trote.

Solo quedaba en el sitio, cómo un trasunto de la «chorreada», con las costillas al aire, sin lengua y sin cola, cual si dos jaguares hubiesen cebado en sus carnes colmillos y garras.

XXI

Los fugitivos, ántes que cayera la noche, devoraron al galope una distancia considerable.

Tenían por delante la inmensa extensión desierta, arroyos, ríos y selvas.

Aldama era el baqueano en la zona que recorrían, y conocía en ella según él afirmaba, con aire chocarrero, entre las sombras de la noche, los campos *por el gusto de las yerbas*, y la hacienda gorda, *por el ruido de las pezuñas*.

Caía el crepúsculo, cuando ellos resolvieron guarecerse en los montes del Rio Negro, cuajados entónces de *matreros*.

Denominábanse así, no solo los delincuentes y contrabandistas que la Hermandad perseguía sin trégua, sinó también á los que, sin tener cuentas con la justicia del Rey, eludían el servicio de las armas resignándose á una vida montaráz de perpétua zozobra.

Esta tenía múltiples faces pintorescas y dramáticas.

Los días se pasaban en la espesura, dónde el sol deslizaba uno que otro hilo de luz.

Se hacía existencia común con los «carpinchos», las zorras, los perros cimarrones y aún con el jaguareté. La costumbre genesíaca era para ellos una realidad. Las fuerzas ciegas de la naturaleza les formaban un círculo infranqueable.

Domaban el potro y le enseñaban á vivir en potriles tenebrosos, á recorrer los senderos más estrechos y torcidos, á pastar en las praderas sombrías, á abrevar en el cauce oculto del río, y hasta á reprimir sus relinchos en presencia de sus congéneres. El caballo así adiestrado, era un amigo inestimable, leal, inteligente y dócil.

De esta manera, el hombre, como los séres inferiores que se arrastran, tomaba parte en el concierto de la selva; se arrastraba también al pié de las mismas gusaneras erigidas sobre pedestal de helechos bajo las bóvedas, comía á veces como el tipo primitivo el ave que cojía en la rama, el cogollo de palma, la raíz jugosa ó la fruta silvestre, y rendíale el sueño en el ramaje, dónde arreglaba su lecho, ó en el suelo mismo cuando no se veía rastro de alimaña, en medio de un coro de extrañas notas, estridulaciones, gritos, vajidos, silbos, gorgeos, gruñidos y rumores siniestros, á que concluía por habituarse en su condición miserable.

Las barbas y el cabello hacían de la cabeza un matorral.

Cuando las ropas caían á fragmentos deshechas por el uso y la intemperie, se reemplazaban por otras idénticas, si era eso posible, en las excursiones sigilosas: de lo contrario, se suplían con pieles de novillo ó de carnero, se fabricaban chiripáes peludos, aunque sobados, y gorros de manga, á cuchillo y lezna, y por hilo, *tientos* de cuero yeguarizo.

En los casos de enfermedades, la «marcela» macho y hembra y la infundia de lagarto, servían de drogas. Esos organismos dados á la fatiga, de nalgas de hierro y piernas domadoras, rara véz necesitaban sin embargo, de diuréticos, de emplastos y de astringentes. Cuando lograban entrarse al monte mal heridos en una refriega, lastimados en la entraña como el toro en la pelea, ganaban arrastrándose las anfractuosidades más oscuras, y agotadas ya todas las fuerzas, allí morían en soledad profunda, sin que nadie oyera sus maldiciones ó lamentos.

Las salidas furtivas en busca de ganado, se efectuaban en ciertas horas, cuando se presentía algún peligro cercano: al rayar el día ó al cerrar la noche, pues aún en medio de las tinieblas, el campero sagáz descubre y escoje los animales gordos, cuyo peso bruto,—como decía Aldama—denuncia «el ruido de las pezuñas». Un oído experto distingue en la oscuridad los pasos de un niño de los de un hombre; y del mismo modo el gaucho astuto clasifica la rés de carnes sólidas entre otras de ménos valía.

A ocasiones, veía el *matrero* trascurrir semanas en sus escondrijos sin tentar aventuras; y sucedía esto, siempre que conseguía reunirse á otros compañeros en la tupida red del monte, y que una punta de hacienda arisca se guarecía en los fértiles prados de su interior. Convertíanse entónces en pastores de aquella dehesa salvaje, dividíanse con el puma concolor y el jaguareté las vaquillonas tiernas y rellenas, hasta que el ganado abandonaba el sitio un día, rompiendo ramajes, arrastrando lianas añosas y hundiéndose en lo profundo de la selva.

Las entradas y senderos, eran muy estrechos como caminos de coatíes; se bifurcaban y trifurca'

ban, atravesándoseles á trechos con gruesos troncos, que bién pronto bordaban las enredaderas silvestres en frondosos belvederes. Estas sendas parecían guiar á los escondites y guaridas, cuando en realidad llevaban léjos de ellos al explorador osado.

Hay un ave en los campos que al menor peligro corre entre los yerbas en silencio, levanta el vuelo y vá á cantar muy léjos, irritada, aleteando en redor del transeunte, como si su nido y sus huevos se encontrasen en el círculo que traza con su volido, y nó en aquel que poco ántes abandonó rápida y cautelosa. — El gaucho errante que copiaba la naturaleza, aguzando su ingenio y sus instintos, observaba en lo interior de los montes la astuta maña del «teru» y comunmente su asilo seguro estaba á la inversa de las sendas y caminillos de «carpinchos», en lugares extraviados y hondas espesuras.

Semejante á esos cerdos acuáticos, el *matrero* se deslizaba por debajo de los ramajes, escurríase por entre las lianas, volvía y se revolvía en los matorrales y salvaba la cuenca del río para perderse en caso necesario en el monte de la orilla opuesta. Cuando era preciso, su cuchillo ó su *facón* servíanle de hacha para trozar brazos de árboles ó para tender muerto al imprudente adversario que caía en aquellas redes enmarañadas.

Pero, su guarida era rara véz descubierta. Como la araña que al esconderse en su cueva cierra la entrada con una puertecilla de tierra dura; como la culebra que no habita la galeria curva que abre en el sub-suelo, y si en el hueco de una de sus paredes laterales en dónde se arrolla y enrrosca; como el lechuzón que horada la tierra en espiral, hincha la costra y construye diversas puertas y ventanas á todos los vientos, para entrarse por una y aparecer



por otra; como la nutria, la viscacha, el zorro cuyas industriosas viviendas sujerían al instinto del hombre sus artimañas para la mayor seguridad del escondrijo, el gaucho selvático buscaba su sitio de reposo allí dónde fuera difícil todo acceso á la planta humana, tapizado de malezas y espeso cortinaje de hojarascas, con salidas á algún potril oscuro propio para apacentar su caballo, no léjos de la corriente de agua.

De semejantes sitios escabrosos solo salía apremiado por las necesidades, aunque hubiese peligro; hacía el merodeo en las sombras, gateaba entre las maciegas de paja brava á la orilla del monte para examinar los contornos, ántes de sacar su caballo, y si el peligro no era inmediato, encaminábase á rumbos conocidos por campos quebrados que facilitasen luego su fuga; proveíase de lo necesario en ciertos *ranchos* de gente aparcera, ó en alguna pulperia solitaria de ventanilla y mostrador reforzados con rejas de hierro, y aún con troneras en el muro endeble, á manera de fortín para abocar escopetas ó trabucos en caso de asalto.

Ya en posesión de aguardiente, tabaco, yerba, y alguna pieza de lienzo, tenía tiempo todavía para *platicar* con el pulpero mientras tomaba su *cañita*, y de averiguarle qué gente andaba por el pago, á quién habian *lonjeao* ese día ó metido chuza por los riñones.

Impuesto de todo por el pulpero,—á quién convenía estar á partir una galleta con el gaucho bravo,—si el riesgo había desaparecido determinábase entónces á dar un galope hasta el rancho de la «china», y aún á robar á ésta si era su consentida, para lo que no era preciso *cencia* sinó *juerza* en los puños y *resolvencia*, según la lógica del *matrero*.

Y entraba á robarla.—Bién montado, se acerca-

ba de noche al *rancho*, apeábase á poca distancia asegurando el «pingo» en el palenque ó al pié de un «ombú»; ladino y sagáz aguardaba que la muchacha se entrase á la cocina, y después arremetía allí haciendo sonar las espuelas, la mano en el mango del facón y el gesto iracundo.

Las campesinas viejas se quedaban acurrucadas entre las guascas y cueros peludos, atónitas ante el gaucho malo y por miedo á una tunda á rebenque; pero la «china», como era frecuente en estos casos, no hacia mucha resistencia y se dejaba levantar del suelo, con chancletas ó sin ellas, al aire las piernas percudidas, las greñas sueltas, sin desmayos ni cosas semejantes; y él la conducía así hasta su caballo, la *enancaba* bién, si es que por la premura á veces no la hacía montar á «lo hombre», y partia á la carrera muy contento con su presa.

A ocasiones solía sacarla de la misma cama, y aún tenía que reñir de véras con el padre ó con algún gaucho forastero que la andaba requebrando en su ausencia.

Entónces, una véz ganado el monte procuraba salir lo ménos posible en los primeros días del suceso por evitar encuentros con las partidas de la Hermandad, y para holgarse mejor de su luna de miel en lo más salvaje de la floresta.

XXII

Las gentes del preboste solían establecerse en puntos estratéjicos; y entónces la reclusión era obligada. De lo alto de una palmera que los más ágiles escalaban, despues de practicar escisiones que

sirviesen de puntos de apoyo al pié desnudo, los *matreros* dominaban el paisaje, desde el fondo del bosque, y seguían todos los movimientos de la Hermandad, ó en su caso, de la caballería reglada. El vigía no podía encontrar mejor atalaya; y lo cierto es que el monte estaba atalayado, con sus palmas á intérvalos, en véz de ladroneras. A cualquier rumbo se escudriñaba sin inquietud alguna. De la línea verde del bosque solo sobresalían las copas de los palmares, simulando caprichosos quita-soles, de modo que el vigía ascendia hasta dónde era prudente, sin ser visto de las altas lomas. Encubríalo el follaje por completo.

Si movido el campamento, algún «celador» quedaba rezagado por exceso de sueño ó con ánimo de refocilarse en el *rancho* en que unos ojos oscuros le hirieron el sensorio,—al día siguiente una cruz grosera allí clavada por la piedad campesina, marcaba el sitio en que fuera inmolado á los ódios del perseguido.

Cuenta la leyenda de los campos, en su lenguaje sencillo é ingénuo, que en noche lóbrega y lluviosa detúvose en una ladera pelada un pequeño destacamento de dragones.

Los soldados venían sin comer, y habían marchado todo el día bajo el agua. Desolláronse dos ovejas de la majada única de un viejo achacoso, para satisfacer el hambre de la tropa; pero, faltaba leña.

Los resíduos del ganado no ardían. La lluvia los había convertido en negras esponjas llenas, y las chispas del eslabón y la mecha ardiendo chisporroteaban al contacto, para apagarse de súbito.

La tropa se deshacía en juramentos.

Resolvióse ir á un monte de allí distante tres cua-



dras, por leña; más el monte maldito estaba plagado de *matreros;* razón por la cual el alférez, que era cauto y discreto, no había querido hacer el descanso allí, por el número reducido de sus hombres que alcanzaban á siete, y por el estado pésimo de las cabalgaduras.

Tres de los dragones, un cabo entre ellos, vagaban en las sombras tanteando el terreno, por doquiera húmedo y resbaladizo; hasta que, el cabo, mas feliz que sus compañeros, dió con unas grandes piedras que en lo empinado de la ladera había.

Recordó él entónces que al pasar por el sitio el destacamento, y á la última luz del día, se alcanzaron á ver sobre esas rocas dos cajones de difuntos.

Alargó el brazo, y palpó.

Sus dedos tropezaron con uno de los atahudes de aquel cementerio colgante, de que estaban llenas las soledades; vaciló un momento, y al fin venciendo su repugnancia, cogiólo con ambas manos, y lo derribó.

La caída hizo saltar la tapa en fragmentos, pues el atahud se componía de tablas mal unidas. El olfato denunció al cabo, por si no hubiese bastado el peso, que ellos contenían un cuerpo fresco; mas él, sin preocuparse de la fuerza terrible de los gases, ni de si la mortaja estaba abierta por delante, volcó el féretro, y sobrecogido recién de espanto, echóselo al hombro, y dióse á correr como un condenado, sin apercibirse que el cadáver había dejado la mortaja flotante, adherida como ella estaba al fondo del cajón por una junción súbita de las maderas, al desencajarse con el golpe.

Y añade la leyenda que, muy inclinado el atahud sobre los ojos, privó al cabo divisar á sus compañeros, por cuyo motivo pasó á algunas varas de ellos

con la velocidad de una centella arrastrando aquel sudario; y que al ver tan grande fantasma negro con una cabeza así espantosa, y largo velo blanco que le colgaba de un lado lo mismo que vestimenta de ánima de purgatorio, el alférez mandó *á caballo!* con ronca voz, y el destacamento se precipitó despavorido al llano tenebroso en frenética carrera.

En la soledad de los campos, toda aquella noche, de cerca y léjos, en fuga sin rumbo peleando con las tinieblas, furioso y desesperado,—el violador de tumbas lanzó gritos horribles y angustiosos lamentos, que escucharon tal véz los *matreros* desde el fondo de sus guaridas é hicieron bramar al tigre en los juncales.

El hecho es que al día siguiente cuando el viejecito achacoso acercóse en su rocín para recoger las pieles de sus ovejas, cuyas carnes habían despedazado los pumas, observó cerca del monte un cuerpo humano con la cabeza separada del tronco á filo de cuchillo, y al derredor de ese tronco con los hocicos ensangrentados, en las postrimerías de su festín lúgubre, una banda de perros cimarrones.

El paisano se hizo la señal de la cruz, y sacando fuerzas de flaqueza, volvió riendas, castigando á dos lados su rocín.

De análogas tragedias, eran mudos testimonios las numerosas cruces que por aquellos tiempos se veían á lo largo de los montes del Río Negro.

El abigeato, la industria del cuatrero, el contrabando, delitos previstos y castigados implacablemente por una severísima legislación penal, constituían sin embargo los hechos más frecuentes de los que «vivían sobre el país».

La justicia del Rey tenía que habérselas con cen-

tenares de centauros errantes, é igual número de contrabandistas; hasta que Don José Gervasio Artigas á quién hemos exhibido al principio de este libro en compañía del capitán Pacheco—tantas veces vencido por él en las duras refriegas del contrabando,—produjo una crísis purgadora.

El teniente de Blandengues depuró bién pronto fronteras y campañas, al estremo de merecer honores y recompensas excepcionales en su época. Los audaces merodeadores y filibusteros portugueses, que tenían sus razones para conocerle, concluyeron por temblar en su presencia, y desaparecer de un teatro sembrado de crueles hazañas.

En el andar de los tiempos, y especialmente en aquellos cuyas escenas venimos relatando, Artigas ya en clase de capitán, después de su gresca con el General Muesas, gobernador español de la Colonia, á cuyas órdenes servía, se había separado del viejo órden de cosas, y pasado á Buenos Aires á ofrecer á los patriotas de Mayo el concurso de su brazo y de su prestijio.

Por esto, en los prodromos de la sacudida en esta banda, insurrección que venía preparando el mismo espíritu local estimulado por nuevas ideas, y por el ejemplo de la revolución argentina, operábase en la campaña una resistencia de hostilidad manifiesta contra las autoridades realistas; y de ahí que, relajado ya el lazo de la disciplina colonial, la actitud agresiva empezara por renovarse en montes y fronteras.

Corrían auras de guerra, y revelábanse las impaciencias en los lances sangrientos de cada día.

Explícase así que un gran número de *matreros* perteneciesen á la clase honesta y laboriosa, á la espera en los bosques del grito de libertad.

A esa cantidad selecta, se había unido también el elemento no ménos considerable de la gente bravía, con foja nutrida de episodios terribles.

De muchos de estos hombres cerriles, sin embargo, se hizo mas tarde bizarros veteranos, laureados en cién batallas gloriosas.

XXIII

Los montes extensos del Rio Negro, asilaban como hemos dicho, el mayor número de *matreros;* que ora vivían aislados, y en grupos de dos ó tres en parages desconocidos,—ora en bandas de treinta y cuarenta, allí dónde eran más apropiados los claros ó potriles de la selva.

El observador que no estuviese en el secreto de las astucias y estratagemas usadas por los habitantes de las malezas, difícilmente podría descubrir huella ó signo de vida en el mismo centro de sus maniobras; aún en el caso, inverosímil, de que él se hubiese aventurado hasta allí, sin recibir antes un golpe de *facón* ó una descarga de trabuco á quema-ropa.

Sus únicos refujios contra el hielo, el rigor de los inviernos, las lluvias torrenciales y la crudeza de los vientos, consistían en las espesuras del follaje ó en los zarzos hechos con ramas flexibles en forma de *ranchos* que cubrían y recubrían con cueros vacunos y aún de carneros por todas partes, dejando apénas espacio para removerse ellos en sus camas duras de caronas y cojinillos.

Trataban siempre de improvisar estas viviendas en terrenos altos, para evitar que las aguas corrie-



sen por debajo. Preservados asi de la humedad, el calor de los cuerpos, el humo del cigarro y la proximidad del fogón á un lado de la puerta ó abertura, por la que era preciso entrarse á cuatro manos mantenían en el interior un ambiente tibio y agradable que estimulaba los hábitos de holganza y de indolencia, especialmente en los días sin sol y en las largas noches de Junio, mezcla de heladas, de tinieblas y de constante lluvia.

En el interior de esas viviendas, los *matreros* colgaban sus guascas y utensilios más rudimentarios, tocaban la guitarra, jugaban á la baraja, y concertaban sus golpes de mano y estratagemas nocturnas, respetándose recíprocamente, al ménos los que tenían el mismo poder de garra y de *ronca*, asi como se respetan las fieras aún tratándose de la prioridad en los despojos.

Si alguna vez, por un avance atrevido de los agentes de vijilancia, sus guaridas eran descubiertas, no volvían ya ellos á esos sitios, y hacían otras en lugares más distantes é intrincados, con mayores precauciones, sin miedo al tigre y al yacaré, por más que el primero tuviese por allí su madriguera y el segundo incubase sus huevos en la arena del ribazo.

Por la noche, los fogones ardían, casi invisibles á pocas varas de distancia.

La leña se echaba en hoyos á propósito,—remedos de taperas,—de modo que la llama se expandiese en las anfractuosidades de la excavación, lamiendo arena y greda; y en abertura regularmente ancha se colocaba la caldera sobre trébedes de troncos, que se reemplazaban así que el fuego los consumía.

De igual manera quedaba encubierto el resplan-

dor de esos hornos especiales, cuando se asaba la carne; los asadores circuían la boca, y todo quedaba en la penumbra, ó claridad dudosa de un crepúsculo.

De día no se encendían éstos fuegos, porque el humo los denunciaba á la distancia.

En realidad no dejaba de presentar un aspecto imponente el cuadro original formado por un grupo de *matreros* en rededor de un fogón, tomando *mate* en las altas horas de la noche; especialmente si contra toda costumbre, ese fogón había sido encendido al rás del suelo con grandes troncos secos y trozos de estiércol vacuno.

Los árboles negros y tupidos, la soledad selvática, las señas misteriosas del espía ó «bombero» colocado á la entrada del monte entre algunos «talas» ó «sarandíes», el sordo bramar de las alimañas á lo léjos, el ruido de algun caballo al azotarse al rio con su jinete en el interior de la selva, la rotura imprevista de las ramas al empuje de un novillo «alzado» que luego se volvía estrujándolo todo sobrecojido por la sorpresa ó por el grito gutural de uno de los *matreros*, el resplandor rojizo del fuego en los rostros pálidos y barbudos del grupo, las voces bajas de los que hablaban de alguna hazaña lúgubre ó hacían alguna historia de ataque ó salteo, la inmovilidad de los cuerpos con las piernas cruzadas en el suelo, envueltos en sus ponchos oscuros abuchados hácia atrás por la culata del trabuco ó el mango del *facón*, la mirada torva y el taimado gesto de los semblantes, las manos de peludos dedos saliéndose á cada momento del abrigo para cojer el *mate* ó sacar los puchos de atrás de la oreja, alguna risa bronca á lábios cerrados, algun terno rudo, alguna ironía sangrien-

ta escapándose como un tiro de bola de una boca escondida entre un montón de pelos erizados; todo esto, era bastante para estremecer á un observador trasladado de súbito á semejantes lugares, y mayormente aún, si llegaba á escuchar cómo, éste robó un cinto lleno de onzas de oro á un «tropero» empujándolo luego al fondo de un barranco, cómo éste otro dió muerte á dos soldados de un trabucazo por el ventanillo de una cocina al caer de una noche, cómo aquel desnucó á un capatáz con la marca de hierro un día que estaban solos junto al corral de las yeguas, y cómo el de más allá sacó una tarde á su «china» de un rancho en que se bailaba, después de abrirle el vientre con una cuchilla mangorrera al «cantor», que le había roto la guitarra en la cabeza «blanqueándosela» de astillas......

Vería el observador al apuntar el día, cómo el aislamiento agreste había impreso su sello duro y áspero en aquellas figuras, y cómo el interior de sus almas se transparentaba en los rostros con la cruda altivéz del macho que no ha conocido el freno; algo como una carnadura de hombre primitivo en esos séres siempre ajitados bajo el ala del «pampero», en crecimiento y connubio con las fuerzas de la naturaleza, algo de modelo escultural y de belleza *protea* en sus cráneos cabelludos, en sus pechos salientes, en sus cuellos robustos, en sus miembros admirablemente conformados, en la trabazón férrea de sus músculos, en las formas correctas de sus caras varoniles, en la flexibilidad de sus talles y la plenitud fisiológica de sus troncos de centauros, habituados al columpio de los potros y á la embestida de la hacienda brava.

Y al contemplarlos ágiles y airosos sobre el ca-

ballo arrancar á escape por las cuestas y sofrenar en la loma, altaneros y arrogantes, para mirar al horizonte; ó revolear en su diestra las *boleadoras*, arma temible que ellos tomaron del charrúa perfeccionándola de una en tres bolas anudadas, con el pintoresco nombre de *las tres Marias;* ó ajitar el *lazo* de trenza sobre sus cabezas en un día de combate para cojer infantes y maturrangos dentro ó fuera del entrevero; ó pelear á cuchillo en alguna pulpería y abrirse paso por en medio de las jentes del preboste derribando hombres aquí y acullá con los encuentros de sus caballos, para golpearse luego las bocas en són de burla á la orilla del monte; convendría entónces el que los observase, que todo en ellos era instinto y fuerza—materia prima del valor heróico,—sin otra noción moral de la patria que el fanatismo del pago, ni otra idea de Dios que una creencia fria, vaga y casi indiferente.

Por eso—fuerzas é instintos—aveníanse bién con la vida montaráz.

Extraña vida, y escenas de vigoroso colorido las de la odisea gaucha en los montes!

En las altas horas, el tañido de la guitarra y algun canto melancólico interrumpían el silencio. A menudo se oía el *pericón* alegre, ó el cielito cadencioso, en cuyo éter á fuer de cielo en miniatura, deberían vagar al rayo de la luna ángeles de trenza y téz morena, perseguidos por silfos de luengas melenas, hermosos y apasionados, que calzaban «domadoras», en véz de coturnos con álas transparentes.

Estas tertulias, amenizadas á veces con la presencia de garridas criollas, capaces de sujetar un bagual en el declive de una loma, constituian el acto sociable por excelencia en el falansterio de la floresta.—El concierto cotidiano de las aves, al rayar el alba, y el

de las alimañas á media noche por filo, suplían otro género de distracciones; si bién el primero era para sus oidos como gotear de lluvia, y el segundo se iniciaba en mitad de un sueño profundo,—solo perturbado por algún sonámbulo, de grito más penetrante que el de los zorros pendencieros.

Cuando no había probabilidad alguna de ataque ó sorpresa en campo raso, los *matreros* pasaban largas horas en los *ranchos*, en bailes ó velorios de «angelitos», reposando en la lealtad de los vecindarios, que les advertían la hora conveniente del repliegue, así que vislumbraban algo de sospechoso en el horizonte.

Si llegaban á ser sorprendidos hacían causa común, y se batían con bravura, en la firme convicción de un fin desastroso, en caso de caer prisioneros.

Más de una véz, un solo *matrero* ha hecho frente á un destacamento, y aún salvádose por su arrojo de entre los sables y lanzas.

A un instinto poderoso de existencia libre, se unía en ellos un coraje indómito. Verdaderos hijos del clima, como Artigas, poseían la tendencia irreductible hácia las pasiones primitivas, y la crudeza del vigor local. Peleaban sin contar el número, y caían con resignación heroíca.

No deja de ofrecer también originalidad cierta fáz psicolójica por decirlo así del *matrero*, y que lo presenta con un tinte simpático é interesante en medio de los azares y extravíos de su existencia semi-bárbara; y es la de muy acentuados sentimientos de gratitud y nobleza en determinadas ocasiones, los que revelaban en sus actos como una prenda segura de lealtad nativa.

Un sencillo episodio pondrá mejor de relieve esas cualidades del gaucho errante.

Sobre la costa del Río Negro, en la época á que nos referimos, vivía solo un paisano viejo, hospitalario y decidor, en un pequeño *rancho* por él construido, y que era el «tronco» de su «campito» en que pastoreaba algunas vacas y yeguas.

Las partidas del Preboste y los dragones de vijilancia solían acampar cerca del *rancho* del paisano Ramón, por encontrarse en aquellos sitios una de las *picadas* de salida de los *matreros* á campo raso, y ser por consiguiente más apropósito para seguir el rastro á los que vivían sin rey ni ley.

Siempre que esto acaecía, el paisano Ramón se guardaba bién de ir por leña al monte, por miedo de que la *polecia* lo tomase por aparcero de la jente «alzada»; pero en cambio, caida la noche, encendía algunas leñas de reserva en la cocina, y se estaba allí tomando *mate* con los soldados de la guardia hasta primer canto de gallo.

Los *matreros* sabían que el viejo se acostaba al *escurecer*, y que cuando se estaba hasta tan tarde en la cocina había «godos» en el campo; cosa que ellos observaban desde los árboles altos, manteniéndose entónces en el monte mientras durara el peligro ó efectuando sus salidas por otras *picadas* secretas. Si en la noche siguiente la cocina estaba *á escuras*, los *matreros* decían:

—*Siá costao oi* con las *gayinas*, el paisano Ramón.

Y salían sin cuidado.

Siempre que aquel veía en desgracia algún celador de las partidas, ya acosado por un enemigo fuerte, ya caído y con la pierna rota por efectos de una rodadura, ya inquiriendo rumbos y noticias por el pago,—pudiendo él socorrerlo ó encaminarlo en uno ú otro caso, para salvarle la vida en el primero

ó evitar su muerte en el segundo,—pasaba de largo como si nada observase ú oyese, mirando al monte y haciendo un guiño de ojo muy significativo, aunque nadie se ocupase de parar en él su atención en ese momento.

En cambio, si el paisano Ramón encontraba por acaso entre algún zarzal ó entre los «talas» espinosos alguna yegua arisca y bellaca, presa por la cola y las crines en los pinchos, al punto de no poderse mover, y estarse quieta desgarrada y temblando,—él detenía su galope, se apeaba compasivo, cortaba ramas y espinas con paciencia y ponía en libertad al animal que de puro grato al servicio, solía enviarle á distancia sacudiendo rabioso la cabeza dos ó tres coces furibundas.

Luego él decía, al hacer el cuento de la yegua, que la había «*desenredao* por *projimidá*».

Un día, tuvo necesidad el viejo de hacer un viaje á Montevideo; y sin que nadie lo notase se salió del pago.

Los *matreros* se extrañaron una semana después, de ver abandonado el *rancho* y las pocas yeguas y vacas, de las que ellos nunca carneaban.

El paisano Ramón al irse, había cerrado la puerta y las dos ventanillas, dejando dentro sus pobres muebles, sin esperanza alguna de encontrarlos al regreso.

Los *matreros* sin embargo, pasaban siempre cerca del *rancho*, y jamás intentaron abrir su endeble puerta de un empellón. Tenían cierto cariño al buén gaucho que los había salvado más de una véz de la muerte, y respetaban su propiedad, no permitiendo que nadie se acercase á ella. Sabían también que el paisano Ramón era muy pobre, y que no guardaba en su vivienda ningun tesoro, ni siquiera

un «cinto» de cuero de nútria con botones de plata.

Cruzaban pués, por sus cercanías sin intención del menor daño, y cómo siempre se guarecían en el monte, hácia cuyos bordes daban las ventanas del *rancho*.

Una tarde cayó el viejo al pago sin que sér viviente alguno lo viera, y no pudo ménos de admirarse al detener su «manso» frente á la puerta, de que todo se conservase como él lo dejó, pués que aquella continuaba cerrada con llave, según pudo confirmarlo empujándola despacio de á caballo.

—Pá que vea no más...—dijo en voz alta. No es tan mala la jente del monte, que *ai güen lao en la mesma entraña fiera.*

Pero, apénas acababa de hacerse este raciocinio, cuando las ventanas que daban á la parte del monte, y que de allí no podía ver, cayeron con estruendo, como si hubiesen sido forzadas con un tronco de «lapacho» entero.

El paisano Ramón sin asustarse, y en voz fuerte para que lo oyesen los ladrones, exclamó con muy buén talante:

—Juntito con el *ablar* me tapiaron la boca, *mosos!*

Y se echó á reir, con esa risa socarrona, simpática y contagiosa del gaucho comadrero é inofensivo.

Creía él *matreros* los intrusos; pero nadie le contestó.

En cambio sintió dentro del *rancho* un gran ruido, caídas de bancos y mesas que se chocaban con estrépito.

—*Ehu*, *mosos!*... gritó jovial,—*pilchéen* lo que quie-

ran; pero no *ruempan* el *almario* y la consola vieja!

El barullo seguía en el *rancho.*

Todo venía por el suelo; un mueble dió contra la puerta, y otros se estrellaban entre sí y en la pared, con increíble violencia.

Por su parte, él seguía gritando á voz en cuello:

—No *regüelvan* el cofre de *abajo é la cama* que no *ai* que *escapolarios de ña* Simona, y un *crocifijo* de *guampa*.... que *jué* de la *dijunta*, por Dios bendito!....

Y en acabando de hablar, el paisano viejo se sonreía con humildad, por si asomaba por allí algún trabuco.

Ni una voz le respondía.

El estruendo iba en aumento: los bancos parecían pelearse con la mesa, el armario de pino con la cama, el cofre con una cabeza de vaca; y aunque sucedíase á intérvalos el silencio, la batahola se renovaba con fúria como si allí hubiese entrado el diablo.

El paisano Ramón empezó á parar la oreja.

Y viendo que nadie le contestaba dió vuelta al *rancho* en su caballo, paso ante paso, se sacó el sombrero nuevo de «panza de burro» que había comprado en el «pueblo», y antes de enfrentarse á una de las ventanas abiertas, iba diciendo á voces-

—*Toito* es de *ostedes*, *mosos!*... pero no quiebren el *mobilario* que es *enocente*, Cristo padre!...

Con el sombrero en la mano, y sin apearse, se echó sobre el pescuezo del caballo para asomar la cabeza por el ventanillo; y en ese instante, uno de dos enormes jaguaretées que estaban dentro, lamiéndose los bigotes,—lo saludó con un bramido.

—*Miá!*.... dijo el paisano Ramón, muy azorado,

y dió vuelta con la rapidéz del rayo, metiéndose en el brazo por el *barbijo* el sombrero.

Ruido de espuelas y rebenque, y arranque á escape del mancarrón, fué lo único que se sintió en un segundo.

El paisano viejo corrió en un soplo cinco cuadras, y el quintuple habria seguido corriendo desaforado, si un encuentro imprevisto con una partida de *matreros* no lo hubiese compelido á sujetar riendas en un bajo.

Eran cinco mocetones de largas guedejas, que se pararon á mirarle con su ceño arisco y sombrío, cambiándose entre ellos algunas palabras.

El paisano se acercó todo arrollado en los lomos de su cebruno, al que aún le temblaban los corvejones, y dijo con una risita insegura:

—*Güenas tardesitas, mosos!....*

Quieren *pitar?*

Aquí *traibo* unas tagarninas del «pueblo». Es *güen* tabaco!...

Los *matreros* le contestaron el saludo y le aceptaron los cigarros.

El viejo desató entónces la lengua y contó la causa de su fuga.

—Es el *mesmo*,—dijo uno de ellos, mirándolo atentamente. ¿*Diaonde* sale, paisano Ramón?

—De *Montivideu*,—respondió éste, todavía espantado.

Y *pá* que vea: juntito que me *ayegué* al *rancho*, no parecía sinó que el *mesmo* demonio se *abia colao* por la *chiminea*... Qué cocear adentro del *mobilario*, Cristo bendito!

—Son *petisos* los *juagares*, *ñó* Ramon?

—Se me *asen* más grandes que un *toruno;* y macho y *embra an* de ser porqué de adentro venía un *jedor recalentao* que *volteó* el *osico* al mancarrón.

Los *matreros* rieron y se miraron.

—No *tengás cuidao*, viejito,—dijo uno. *Aurita* vamos á *desoyarlos pá* que no *güelvan* á *aser* cría en la cama del paisano Ramón.

Todos cinco arrancaron trás estas palabras, á grán galope, armando uno los *lazos* y revisando otros los trabucos.

El viejo se quedó por allí mas de media hora, caminando de acá para acullá, un poco temeroso; y cuando hubo él calculado que la cosa debía estar ya en punto, encaminóse al *rancho* con un trotecito menudo.

Uno de los tigres había sido muerto, y estaba extendida su piel sobre las yerbas, como un presente de la gente montaráz.

Si bién todo se veía revuelto en el *rancho*, no faltaba absolutamente nada, y por el contrario los banquitos, la mesa y la consola, por que tanto se afligía el paisano, habían sido levantados y puestos en montón en el centro de su vivienda.

Los *matreros* habían desaparecido, dejando encima de la cama del gaucho viejo, muy bién acomodados los signos del jaguareté hembra,—que parecia haber sido la víctima como más débil.

XXIV

Entre hombres de esta entraña, buscaron refujio Aldama é Ismaél. La selva era una patria libre.

Cuando al trote de sus caballos se aproximaban al monte al declinar un día caluroso, vieron en un claro hasta cuatro hombres que echaron pié á tie-

rra, obligando á hacer lo mismo á un soldado del cuerpo de Dragones, mozo de buena planta que vendía salud por lo rollizo y fuerte.

El dragón estaba sin armas ; los gauchos tenían *facones* ó *chafarotes* de una longitud asustadora.

Estos gauchos eran *matreros*. A la distancia, por sus largas barbas y cabellos, sus chiripáes y botas peludas, sus sombreros gachos y *boleadoras* anudadas en la cintura, descubríaseles la índole selvática.

Se les veía apénas la nariz y un dedo de frente entre el boscaje de pelos.

Uno de ellos desnudó el *facón* de pronto, y tentó la punta con el dedo.

En seguida hizo hincar al soldado, tironeándolo con fuerza, lo mismo que si agarrara á un redomón bellaco de la oreja para bajarle el testúz. El soldado cedió al manotón brutal, poniéndose de rodillas sin protesta alguna.

El sitio era una especie de encrucijada tupida de malezas. No se oían voces en aquel grupo siniestro.

Tres de los *matreros* salieron al encuentro de Ismaél y Aldama que ya estaban encima y venían canturreando; y no suscitándoles sospechas, se volvieron, diciendo uno con acento bronco:

—*Rezá* pronto el credo *cimarrón*, *melico!*

—*Aura* no *ai tutia*,—añadió otro.—*Estirá* el gañote!

Aquellos rostros respiraban fiereza.

El que tenía cojido al prisionero lo sacudió del pelo con la mano izquierda, y sin decir palabra, le hundió de golpe con la derecha el *facón* en un costado.

Al sentirse herido y empujado, y al ver pintada en el rostro de su matador una expresión de placer

salvaje, el hombre trató de zafarse en un arranque convulsivo, y gritó en su impotencia entre estertores:

—No me *degüeye* por su madre! . . .

Pero el gaucho siempre callado é implacable dió dos ó tres brincos forcejeando, lo derribó de espaldas y púsole la bota de potro con su enorme rodaja en el pecho como pudiera sentar la zarpa un animal feróz; y cogiéndole de la barba echóle para atrás la cabeza, introdújole la punta del acero á un lado del pescuezo y se lo cortó de oreja á oreja hasta hacer saltar la tráquea hácia afuera como un resorte elástico.

De la carótida partida saltó un chorro de sangre caliente entre ronquidos de fuelle, el cuerpo se sacudió y retorció levantándose sobre los hombros en espantosas convulsiones, al punto de que la cabeza se sangoloteó prendida por solo la nuca al tronco como la espiga que cuelga por una arista en su tallo, empañáronse los ojos enormemente abiertos, torcióse la boca con una última contracción muscular hasta fijar en la comisura una mueca de máscara, encogiéronse en arco los brazos entre temblores con los dedos crispados y también las piernas á la altura de las rodillas. En el cuello solo quedó un grán cuajarón de sangre venosa.

—*Güen corbatin!* prorrumpió Aldama, acomodándose en el recado.

El gaucho limpió el *facón* en la ropa del muerto; y todos seis quedaron mirándole en silencio, un breve rato.

El que había degollado, envainó su acero, y dijo con fria saña, echando al cuerpo una última ojeada:

—No vás á volver á *lonjear matreros*, *apestao.*

Después de esta oración fúnebre pusiéronse á desnudarlo, y á dividirse las *pilchas*, empezando por las botas y espuelas.

Cuando le despojaban de la casaquilla súcia y con algunos botones de ménos, un gaucho exclamó:

—*Fijáte* si en las junturas *ai* tropa de lomos *coloraos; questos melicos* saben tener más criaderos que cueva de comadreja.

—*Pá* mí, la blusa camina,—agregó un segundo. *Pucha* que *jedor* de chivo! . . .

—Gaucho *zafao!* . . . Déme un *taco*.

Dióle el uno al otro la bota de «caña», y éste volviéndose á Ismaél y Aldama que se habían apeado, díjoles:

—*Ayéguense, mosos.* Rodando las piedras se topan y se juntan!

Y los invitó con un trago de aguardiente, que los dos paladearon con fruición.

Entraron entonces ellos á enterarlos de un choque que habían tenido horas ántes con unos soldados sueltos, del que resultó cojer prisionero al que acababan de matar, hombre á quién siempre se tuvo hincha por *madrugador* de *matreros;*—y convidando después á los recién venidos á entrarse en el monte, se marcharon juntos del sítio, en el que solo quedó el cadáver entre un grán charco de sangre para pasto del coatí y del cimarrón.

Aquel despojo lívido no llegó á merecer más que una mirada oblícua de los gauchos, al retirarse.

Dirijíanse al tranco hácia la *picada* oscura, cuando de súbito saltó entre las yerbas pisada por uno de los caballos en la cola una culebra gruesa, cabeza chata y color de un pardo súcio, que al apartarse de



la ruta retorcía sus anillos y abría la boca de anchas fáuces enloquecida por el dolor.

El que había dado muerte al dragón, la siguió de cerca, é inclinándose bién sobre el estribo, levantó el mango del rebenque para descargarlo sobre ella.

En ese momento, Ismaél, que apénas había despegado los lábios desde que se incorporó al grupo, sin experimentar ninguna emoción ante el degüello, —gritó con enojo:

—No matar!

Este grito fué tan enérjico é imperativo, que el *matrero* suspendió el golpe, y quedóse mirándolo.

Todos hicieron lo mismo, y se paráron.

Ismaél tenía en la cara un ceño terrible.

En medio de una palidéz profunda, sus ojos centelleaban coléricos.

En el acto espoleó él su caballo hasta ponerse encima de la culebra, y se tiró al suelo velóz.

El reptil se alejaba, volviendo en alto á cada instante la cabeza.

Velarde se acercó á grandes pasos, alargó la mano que introdujo por debajo del vientre de la culebra y la agarró, levantándola á la altura de su rostro, mientras que con la otra mano la acariciaba suavemente á lo largo del lomo.

El reptíl se aquietó, refregándose en su pescuezo, é introduciéndole su feo hocico por las ropas.

La dejó él hacer; y poco á poco, como halagada por el calor de sus carnes, la culebra fuése escurriendo en el pecho del gaucho, sin temblores ni contorsiones.

Ismaél volvió á montar, mirando todavía con mal ojo al *matrero*.

—*Güeno!*—dijo éste, encojiéndose de hombros.

—Y si no *ai güeno*, es lo *mesmo*,—respondió Ismaél, muy encrespado y prevenido.—El culebrón no *ase* mal á *naide*.

El gaucho se calló. Todos se miraron en silencio, y siguieron su camino. Aldama se iba riendo socarronamente, y daba fuego á los *avíos* para encender un pucho.

Velarde se había puesto esta véz delante; y de cuando en cuando, encariñaba á la culebra, que solía asomar la cabeza por la abertura del saco muy mansa y tranquila.

Como muchos de los hombres de su índole, que no temían á Dios, ni sabían orar y sí apénas hacerse en la boca la señal de la crúz; que no poseían de la vida humana un concepto muy superior al de la de sus caballos, tratándose de enemigos, y á quienes incendiaba la propia el olor de la sangre vertida, como el mejor aroma de adobe para sus naturalezas; —sin vínculos de familia y de hogar, al calor de cuyos afectos la conciencia se forma y relampaguea una noción de la justicia y de la verdad, ni otros recuerdos en la memoria que una niñez vagabunda y una persecución constante,—Ismaél tenía por ciertos *bichos*, como él los llamaba, un respeto supersticioso y un cariño salvaje sin que nunca hallase de ello una razón clara en las oscuridades de su cerebro.

Los quería, y eso era todo. Así cómo al pasar por la noche delante de algún *rancho* abandonado, dónde habían dejado uno ó más muertos los *matreros*, se descubría ante un fuego fátuo que vagaba en las tinieblas y que al ajitarse el aire parecía perseguirle, oscilar y detenerse lo mismo que si fuese el alma del difunto,—sublevábasele la sangre cuando en su presencia se mataban culebras de la especie



de su predilección, y á las que él hacía inofensivas con solo prepararles nido en su pecho, dócil al cosquilleo de las escamas.

Los gauchos que no participaban de estas preocupaciones, aún poseyendo análoga índole idiosincrásica, las miraban con respeto, sin contrariarlas ni escarnecerlas. La tolerancia en esta materia, fué siempre el carácter distintivo de la entereza criolla.

Por eso, los nuevos compañeros de Ismaél se mantuvieron silenciosos y prudentes, cuando él estalló en cólera en defensa de una culebra. ¿Qué no haría en defensa del pago, y de su vida misma?

Este principio de tolerancia en materia de creencias íntimas distinguíase en el *matrero* mismo, en medio de sus apetitos desordenados y feroces.

Veía orar con gravedad y silencio, á las mujeres en los *ranchos*, encender velas á las estampas de las vírgenes y persignarse al estallido del trueno; y él mismo cuando la tormenta lo sorprendía al galope, tiraba de las riendas y se acordaba de Santa Bárbara, pareciéndole que se le escurrían dentro del cuerpo los *rejucilos,* como llamaba á los relámpagos, y que en el aire andaba «el daño» con olor á «mixto.»

Si entraba por casualidad á alguna capilla, se mantenía muy quieto y manso, con el sombrero en la mano, y hacía como que oía la misa, sin entender de ella la media, extrañándose que el cura comiera costras de pan y tomase vino delante de la jente.

Poco habituado á este culto y á una idea superior acerca de lo divino, limitado á lo humano y á la fiereza del sentimiento de independencia individual, que adobaba bién la cruda vida del desierto, el gaucho errante tuvo que subordinar su sentido

moral á ciertas preocupaciones y supercherías que daban halago á sus instintos, adquirían engorde en su ignorancia y ofrecían excusa ó pretesto á sus arranques geniales y á sus caprichos crueles.

De ahí las supersticiones torpes, que á la véz que deprimían su conciencia moral, endurecían la fibra, y lo arrastraban á la acción trájica y al romántico denuedo.

Los gauchos á que se habían reunido Ismaél y Aldama pertenecían al género bravío, y á una temible banda de cuarenta indivíduos de distintas razas y clases vinculados por la misma desgracia y un destino común.

Este grupo acampaba en un prado fresco y pastoso, casi encima del cauce del Negro, cuya comunicación con el exterior solo podía establecerse por medio de la *picada* larga, tortuosa y estrecha—verdadero túnel de arborescencias—que hemos descripto en uno de los anteriores capítulos, en circunstancias en que Aldama é Ismaél, de regreso del pago de Viera, como se verá bién luego, eran vivamente acosados cayendo aquel en poder de las partidas del Preboste.

La banda obedecía y se guiaba por las inspiraciones de un campero influyente ex-cabo de caballería de milícias, llamado Venancio Benavides.

Este hombre de acción encaminaba los desertores y los gauchos errantes á aquella guarida; hasta que llegó á formar una partida gruesa, que más adelante se complementó con algunos vecinos sublevados en su distrito, para iniciar en Asencio con Pedro José Viera la gloriosa campaña del año XI.

Ismaél y Aldama, por muchos dias, hicieron vida de clausura en el monte, resignándose á esperar con paciencia que el país ardiese en guerra, como se

ansiaba, y sentíase palpitar en la atmósfera inflamada de aquel tiempo.

Una noche de Febrero presentóse en la *picada* Venancio Benavides, y reuniéndolos á todos en la pradera, les dijo que era ya llegado el momento de alzarse contra los «godos» que oprimían la tierra, para lo cual se precisaba dar hasta la vida; pero que ántes de empuñar las chuzas convenía preparar á los muchachos del pago de Capilla Nueva, y á su compañero Perico el Bailarín con quién estaba en arreglos, y el que «*por puro amor á la libertad*» se había propuesto levantarse en armas, según él mismo se lo declaró en su última entrevista. Que la guerra sería á muerte, y que en ella habían de ser ayudados por Buenos Aires con hombres, pólvora y balas.

Los gauchos escucharon con mucha atención y silencio las palabras de Venancio, y cuando él hubo concluido, echarónse atrás los sombreros, é hicieron juramento de pelear hasta morir, inflamados ya á la idea de la refriega, con una espresión de ódio profundo en los ojos—puertas en que asomaban envelados en sangre los instintos indómitos y los deseos vehementes de la venganza.

Siguiéronse pronto entre ellos, las confidencias sobre persecuciones y animosidades de otros tiempos, y los agravios á vengar sin perdón.

Toda esa noche se ajitó el grupo, y se rasguearon las guitarras cantándose aires de la tierra y décimas belicosas.

Venancio tomó sus medidas; y escojiendo por emisarios seguros á los dos fugitivos de la estancia de Fuentes, cuyas cualidades conocía, los envió á Pedro José Viera para que se informasen del «estado de los asuntos», del día y paraje de la

reunión, y combinar en definitiva el plán de guerra, así como la designación de los distritos que no debían desampararse.

Cuando Aldama y *Esmaél*—como llamaban á Velarde sus compañeros,—se disponían á la marcha, al rayar el día ya en campo raso, Venancio, dijo:

—*Alviertan* á Perico que ya es tiempo de *sulevarse.*—Si á la *güelta* se topan con los « godos », primero *enchipaos* (1) que « cantores », muchachos.

—*De juramente*,—repuso Ismaél con calma.

Y los dos gauchos partieron á media rienda.

---

(1) *Enchalecar*, ó el *enchipamiento*, como decían los gauchos, era un género de suplicio excepcional y único. El primer término dá en cierto modo de él una idea, aunque en véz de chaleco pudiera mejor calificarse de camisa de fuerza el instrumento empleado para poner á buén recaudo al reo ó al simple detenido.

En las vastas y desiertas campañas orientales, dominio del contrabandista y del *matrero* á fines del pasado siglo, los cuerpos de vigilancia tenían que acampar léjos de los escasos núcleos de población, que á si mismo carecían de cárceles ó presidios. En campo raso poco uso se hacía de las esposas y grilletes, y las ligaduras con *lazo* ó *maneador* según los que aplicaban el suplicio, no ofrecían seguridad bastante; y de ahí que se adoptase el *enchalecamiento* como el medio más eficáz.

Atribuyóse á un Preboste la invención; pero, no se ha logrado aún constatar que él la aplicase solo en el período revolucionario. Ese Preboste, era el capitán don Jorge Pacheco.

En una piel fresca de vaca ó de potro se envolvía y liaba al preso en forma de rollo ó cigarro, ciñéndosele por los piés, el vientre y el pecho, y dejándole únicamente la cabeza libre. Las manos estaban atadas, á más de recubiertas por los pliegues del cuero. Aún cuando el semblante de fuera permitía al preso respirar, lo era con ánsia y fatiga. Este principio de asfixia llegaba á tomar desarrollo é incremento, así que el sol y el aire constreñían la piel y convertían su elasticidad en durísimas arrugas, apretando músculos y huesos con violencia á medida que se secaba. Por lo común, el paciente sucumbía á esta presión horrible entre espasmos y sudores



XXV

Aquel día, penúltimo de Febrero, era de jolgorio en la estancia de Capilla Nueva. Se *paraba rodeo* para «aparte» de reses, y con ese motivo habíanse reunido en el campo más de sesenta hombres bién montados, tan dispuestos á contribuir sin interés pecuniario á la faena, como á participar del suculento festín al raso con que brindaba á la *riunión* el bizarro capatáz Pedro José Viera.

Tres novillos con más grasa que músculo, en cuya piel podía pasarse la uña sin tropezarse en el hueso, buenos rimeros de pasteles ó tortas que se freían en grande olla de tres piés en el centro de la cocina, y mate *cimarrón* en cinco ó seis calabazas que iban y venían con sus bombillas de lata,—constituían con un regular número de botas de «caña» los manjares y brevajes del banquete campestre.

La gente de chiripá se sentía contenta y vocinglera, concluída la faena.

Los últimos que llegaban del *rodeo* desensillaban y largaban sus pingos sudorosos, dándoles un golpecito con las riendas en los cuartos, después de acariciarles con dos ó tres palmadas el cuello, y de pasarles de la crúz á la cola el lomo del cuchillo para refrescar la traspiración espumosa bién señalada por los bastos, las bajeras y la carona.

Tendían luego las piezas de sus *recados* en los palos de una enramada, colgaban los frenos en los ganchos de madera, y con los rebenques cogidos de los extremos ó colgantes por las manijas de las muñecas, confundíanse á otros grupos retozando como ganado en el llano, ó tendiéndose entre

ellos en aptitud de brega á cuchillo, ó chiflando un aire de la tierra con la borlilla del barboquejo por flauta, ó removiéndose con pasos de *pericón* entre los yuyos con el gesto ladino del que tiene una hembra delante.

Junto á un corral de palo á pique se jugaba á la *taba*.

En la cocina, entre el humo, y cerca de los pasteles que se iban extrayendo con dos palillos de la olla en dónde saltaban dorados bajo el hervor de la grasa, se hacían partidas al truco, llevándose la cuenta con palitos de yerba misionera.

El capatáz ensartaba en grandes asadores la carne de los novillos; y los colocaba en seguida junto á dos grandes fogones, encendidos á pocos pasos de un «ombú» jigantesco.

Bajo de este árbol indígena, dos guitarristas de uñas como garras y enruladas melenas templaban sus instrumentos, mortificando cuerdas y clavijas; y á su frente, agitándose en círculos, ó deteniéndose de súbito para volver á jadear,—canturreando décimas,—se refregaban algunos mancebos de calzoncillo cribado por el mero gusto de hacer trinar las *lloronas*.

Oíase como un ruido de alborozo en la enramada, dónde un cantor unía las notas de su voz bronca á las de la prima y la bordona, atrayendo al sitio algunas mozas de trenza y pollera corta, y no pocas comadres de edad madura.

Fuera de uno que otro gaucho de mirar receloso ó taimado, todos los semblantes expresaban alegría. El *mate* circulaba por do quiera; se picaba tabaco en la mano con el cuchillo; se hacían comentarios sobre la hacienda vendida y el trompón que un *orejano* dió al zaino del tropero y la «rodada» con

suerte del paisano Ramón y la malaventura de Basilio al tirar el «lazo» á una vaca barrosa, y la caída «fiera» de Serapio por las ancas al repuntar el *ciñuelo*.

Después de estos diálogos pintorescos entre resuello y resuello del cantor, volvíase á poner atención al cielito; y era de verse entónces con qué aire sério lanzaba el tañedor sus trovas, trémula la mano callosa sobre la caja del instrumento, con la cabeza inclinada y lánguidos los ojos hácia las hembras al entonar el ay! de la calandria hermosa, y tendida á lo largo una de las piernas, cubierta en parte por la bota de potro, de cuya extremidad surgían los dedos amoratados por el roce constante del estribo.

De repente estallaba una cuerda, enmudecía el trovador de súbito lo mismo que un gallo sorprendido en mitad de su canto por un golpe en la cabeza, y había que esperar con paciencia á que se echase el *ñudo* y se afinara el *estrumento*.

XXVI

El capatáz se movía en tanto de un lado á otro, con una actividad vertiginosa apresurando la merienda. Las mujeres atendían los pasteles y los peones los asados, á los que daban las últimas vueltas en las brasas, ya bién en punto y goteando grasa color de oro.

En una de esas inspecciones, el capatáz cogió un asador y lo tendió para que una moza arremangada, y de brazo tan tostado como la carne con pelo, echase la salmuera; chupóse luego los dedos, y dijo:

—Lindo no más! *Ayasito* se ha de *yantar*.

Y señaló el lado de sombra opuesto del ombú.

Pedro José Viera era oriundo de Porto-Alegre, Brasil, colonia entónces de Portugal.

Había cobrado verdadero cariño al suelo en que vivía; y sus raras prendas personales creáronle en el transcurso del tiempo un prestigio real entre los hombres del pago. Amaba la libertad por instinto, á su manera, y venian rozando sus oídos hacía meses, como voces extrañas de una vida nueva, los écos simpáticos del movimiento inicial de Mayo.

Una de sus habilidades era de bailar en zancos; habilidad que debía él ejecutar por última véz acaso, el dia en que lo exhibimos.

Cuando Perico, como le llamaban los paisanos, cogía sus zancos é iniciaba sus vueltas y quiebros en el patio con pasmosa destreza, era ésta la señal de «armarse el baile»; y los *tupamaros*, indios y cambujos en pintoresca amalgama de castas y razas coincidían en el mismo gusto, lanzándose á un *pericón* entusiasta, al són de la tradicional vihuela, cual si ese baile criollo constituyera el primer vínculo ó lazo de unión de propensiones é instintos comunes, una faz risueña de la idiosincrasia nativa y de un espíritu nacional incipiente, tan distinto de la jota y de la *petenera*, como de la raza madre la variedad ó sub-género que constituía el tipo de nuestra primera generación.

Perico el bailarín, aunque brasilero, hablaba sin dificultad el idioma de los criollos,—bién que comunmente le hacía gracia expresarse en una jerga especial, mezclando en sus dichos y conversaciones vocablos portugueses. Los paisanos celebraban sus ocurrencias, y le querían, porque era un buén compañero, servicial y hospitalario, á la véz que amigo de fandangos y velorios.



Como perneador en el baile, pocos le igualaban. Su fama pues, tenía un fundamento sólido.

En la edad del gaucho,—tiempos que ya se ván alejando de nosotros,—la sencilléz ruda, semi-bárbara de la vida se resumía en la danza, en la música—ámbas primitivas,—y en la proeza del músculo.

La fuerza brutal, desde luego, la destreza, la astucia, la *habelidá* para tañer, para bailar, cantar, domar, pelear y vencer, eran cualidades y condiciones sobresalientes. Los que las poseían ejercían insensiblemente cierta superioridad avasalladora en sus pagos, influían sobre el número y lo atraían por el ejemplo y la mágia de las costumbres varoniles. Como el semental arisco de crines llenas de abrojos, repuntaban la grey con alaridos de feróz independencia personal, sin perjuicio de mostrarse siempre sufridos, callados y pacientes en su existencia original de taimonías y resabios.

La ley del hábito los retenía en el lazo de una disciplina social, que no se conciliaba con la deficiencia de los medios. En la época de que hablamos, pocos eran los que no habían revistado en blandengues y en caballería de milicias, y experimentado los deseos sensuales del mando, tan en armonía con las tendencias del fondo del carácter hispano-colonial, refractario á la obediencia y rebelde al servilismo.

Pedro José Viera se había asimilado las energías de su pago. Su prestigio se esparcía por todo el distrito de Capilla Nueva, y estaba en relación con algunos hombres de valer.

Explícase así, entónces, por qué había él logrado reunir tantos vecinos en el establecimiento de Cayetano Almagro, el día á que nos referimos.

Brillaba el sol de las diez, puro y radiante, cuan-

do Perico clavó el primer asador á la sombra del «ombú», gritando á un mulato de cabellera crespa, negra y espesa como un matorral, que revolvía en sus manos un sobre-costillar jugoso y caliente:

—Eh, *muleque!* *Trujiste* el panbazo? *Mové esas tabas*, *muleque!* ....

El apostrofado corrió hácia la cocina.

Perico invitó seguidamente á *yantar* á la concurrencia, que hizo círculo en torno de los asadores, cuchillos y dagas en mano, en tanto él decía con voz bronca y alegre, refiriéndose al *muleque:*

—Este *diavo foi parido n'uma zanja* .... Presto, Macario! ....

Y luego, dirijiéndose á los del círculo que se repartían con suma velocidad granos de pecho y enormes tajadas con pelo hecho carbón, añadía dominando el conjunto:

—*Desemulen* el ruido de tripas, mozos!.... Metan dienteal destajo.... La *picana pá* mi compadre Fulgencio, que le gusta el rabo. Esta *achurita pá* Basilio que *yerró* el tiro á la barrosa....

¿*Ainda no chegaste*, Macario?.....

Serapio, *prendete* á ese riñón por la *parada* de lomos, en el *ciñuelo*. *Tuitita* tu *sabeduría* se *jué* por el trasero del mancarrón, flojonazo!

La *mozada* reía.

A Serapio se le coloreó un tanto el rostro; pero estaba muy entretenido con un buén trozo de carne de pecho, para perder el tiempo en contestar.

Y no era él solo. Movíanse todas las mandíbulas con fruición; chorreaban sabroso jugo los dedos; los cuchillos con los filos para arriba pasaban el bocado á los lábios ántes de dar el último tajo; las botas de «caña» circulaban de mano en mano para rociar las gargantas; las galletas duras y el panbazo que

las mozas y Macario echaron en el pasto, se zabullían en las lagunillas de grasa caliente que al despegar la carne se formaban en el cuero, y crujían luego bajo los caninos blancos y lustrosos.

Al cabo de algunos minutos, siguióse la conversación sobre bueyes perdidos, y subieron de punto las bromas y la algazara y los planazos y las corridas; hasta que Perico poniéndose de pié con arrogancia, pidió los zancos.

XXVII

El bullicio entónces, tomó creces.

Perico iba á bailar, y la fiesta sería completa. La « caña » de las botas, libada en abundancia, había enardecido todos los cerebros. Se reía, se vivaba, se corría, se « escarceaba » y ensayábanse figuras y pasos con castañeteo de dedos y trinar de espuelas, en tanto los guitarristas á la vóz de prevención se reunían bajo el « ombú » probando las cuerdas y armonizando los tonos, con sus sombreros de « panza de burro » en la nuca y el barboquejo en la nariz, los rostros húmedos, brillantes los ojos, entreabiertos los lábios al tarareo de los aires criollos,—todo bajo uua atmósfera de luz y un cielo apacible apénas moteado aquí y acullá por pequeñas nubes de blancura intensa.

Las mozas se habían arreglado al cuello las pañoletas, y en singular confusión, rubias, mulatas y « chanáes » de trenza cerduda y pié descalzo agrupábanse en el centro, al tañido de rasgueos alegres, aguardando el momento del quiebro y el sandungueo.—Aunque la brisa que corría era fresca y

agradable, imperaba en la *riunión* un buén grado de calentura.

Cuando Perico empezó á ejecutar su juego de zancos, el entusiasmo se convirtió en aplauso y vocerío.

Los dos maderos en rápidos giros, sin tropezarse nunca, recorrían de extremo á extremo el sitio de la zambra, manteniendo el zanco su equilibrio con notable destreza en cada avance ó volteo, sin zafarse de la horquilla, y ajitando en su brazo derecho la chapona de lienzo en forma de alón esponjado de un colosal ñandú.

Las exclamaciones se sucedían sin trégua en derredor del bailarín.

—*Apriendé* Serapio á *ginetiar* en patas de araña!—decía uno, zampándose todavía buenos bocados de carne asada.

—Veanló al mulita!!—argüía el aludido. *Muentá vos* esa langosta con eso me *reigo!*

—*Aíjuna*, las canillas de cigüeña!....... *Asujetá* Perico, que están *crojiendo.*

—*Juertes* se me hacen, *cuñao*, lo *mesmo* que garrón de avestrúz........ *Qui an de crojir!*

—A un *lao* la bajera, aparcero Ramón, *pá* que no *refale* esa pata de *enválido*, *qui* anda *mosquiando!*....

Al cabo de algunos minutos, Perico se detuvo sonriente y jadeante, sus musculosos brazos tendidos, y gritó con voz de trueno:

—A danzar, *agora*, aparceros!....A *manhan* danzaremos *melhor!*

Saludó estas palabras un gran clamoreo, en que se mezclaron alaridos de fiereza y juramentos enérgicos, cual si una ráfaga misteriosa de combate hubiese acariciado todas las frentes.

Las guitarras rompieron en rasgueos más unísonos y alegres.

El *pericón*,—y no se trata aquí del caballo de bastos del juego de quinolas,—puso en facha á sus écos, múltiples parejas.

De una parte, polleras y enaguas un tanto morenas sacudidas, dejando ver pantorrillas bién torneadas cuando nó tiesas *cachilas* enfundadas en medias de algodón crudo, ó gruesas gambas desnudas á la véz que arqueadas en vaivén sostenido y airoso; de la otra parte, chiripáes flotantes, pieles de potro rascando el suelo, zancajos al descubierto con espuelas de grandes rodajas que sembraban rayuelas en la tierra, cuerpos flexibles adornados de cintos cuyas monedas de plata ó botones de bronce difundían ruidos de cascabeles, y largas melenas azotando los rostros trasudantes.

El conjunto, bizarro y pintoresco. Roces, cosquilleos, visajes, amoricones, posturas provocativas, volteos de domadores, quiebros de mojiganga, risas y fraseos dominando el tañido de las guitarras.

Corría en el enjambre como un aura epiléptica. Perico en zuecos, se había agregado al grán grupo y hacía chás chás con los talones, acompañándose de manos y repartiendo chicoleos; y unas *chinas* viejas, con los brazos en jarras, atraídas por el bullicio y el tumulto, comenzaron algo distantes de la zambra á menudear sus piés cortos y regordetes, citando á prueba á los camastrones y mauleros.

Fué en ese instante que, sin que nadie se apercibiera de su llegada, Ismaél y Aldama echaron pié á tierra junto á la enramada; y que, mientras el primero se recostaba en el palenque, taimado, arisco y sombrío,—el segundo se desprendía del cuello un pañuelo de seda y sacudiéndolo en alto se acer-

caba á saltos al grupo alegre, afirmábase sobre las corvas como si en ellas hinchase el lomo un redomón, y hacía sonar las *nazarenas* con ruido mayor que el de las vihuelas.

En cambio, Perico, apénas divisó á Ismaél con todos los signos de haber hecho una larga jornada, separóse rápidamente del baile y dirigiéndose á él, cogióle del brazo y apresuróse á entrarse con el jóven gaucho en el *rancho*.

En una de sus piezas interiores permanecieron por espacio de media hora.

Cuando salieron, Viera le puso la mano en el hombro, y dijóle con aire grave algunas frases al oído.

Ismaél, de ánimo reconcentrado y caviloso, era sóbrio de palabras.

Pasó junto al lugar de la fiesta, dirigiendo apénas al conjunto una ojeada por debajo del ála del sombrero, y encaminándose á la enramada, comenzó á bajar prenda por prenda su *recao* de los lomos del bayo, que al sentirse alivianado alargaba con alborozo el cuello barruntando relinchos.

El mismo Perico trájole por el cabestro un alazán, que era un animal de crucero alto y remos delgados,—uno de sus caballos de confianza, educado para los escondrijos y matorrales en los tiempos de persecuciones.

La campaña toda estaba llena de *matreros*, y era considerable el número de caballos,—sus compañeros inseparables,—adiestrados desde potrillos, á la vida azarosa y aventurera de los amos.

El alazán quedó bién pronto enjaezado; y en tanto Aldama cambiaba también de caballo, gruñendo, Ismaél púsose á merendar junto al palenque,



rociando sus bocanadas con algunos sorbos de «caña».

Aldama no tardó en imitarlo, después de ceñirse á gusto el chiripá y el cinto, y de asegurarse las espuelas.

Pedro José Viera se paseaba contento, ya clareadas por el cansancio las filas del *pericón*, escarbándose con la punta de la daga los dientes.

Brillaba en su semblante tostado, franco y abierto como un reflejo de gozo íntimo, y conocíase á primer golpe de vista que aquel hombre rústico, enérgico y viril acariciaba en sus adentros un proyecto de séria importancia.

Revelábase también cierta impaciencia en sus gestos y ademanes, al observar la cachaza y la flema de Ismaél, quién, concluido su almuerzo, se había dejado estar en cuclillas, dándose golpecitos de plano con su daga en la bota.

Perico se acercó al fin rezongando, con cierto aire jovial, y dijo en buén acento criollo:

—A sacudir la potra, que el día se vá, aparceros!

Sonrióse Ismaél, incorporándose despacio; y levantando los brazos bién en alto, desperezóse. Aldama le acompañó con un grán bostezo. Pero, los dos se alistaron de buén talante, porque eran ginetes duros.

Viera les estrechó las manos en señal de compañerismo, y en seguida dióles una carta para Benavides, hablándoles de algo muy interesante en voz muy baja. Centellaron de súbito los ojos de los dos emisarios, que saltaron incontinenti en sus caballos, y dando un adiós partieron á grán galope.

Perico los siguió con la mirada atenta hasta que desaparecieron detrás de las próximas *cuchillas* entre una nube de polvo.

Luego volvióse á paso lento á las casas, sacándose un pucho de cigarro que tenía detrás de la oreja, el cuál se detuvo á encender con el eslabón y la yesca, muy concienzudamente, atizando la brasa con la uña del pulgar, y despidiendo con ruido una gruesa espiral de humo.

Desde esa hora, hasta la noche, anduvo inquieto.

Todos ménos él, durmieron larga siesta, como anticipo compensador de una noche fatigosa.

XXVIII

A intérvalos, por la tarde, habían ido llegando á la población grupos de tres, cinco y más hombres bién montados, y algunos de ellos armados de varas con medias lunas, de las que servían para cortar jarretes.

Todos estos hombres eran mocetones robustos, negros cimarrones, zambos de indio, y aún «tapes» de chiripá y *boleadoras*, con *vinchas* en la frente para sujetar las greñas cerdosas. Varios perros enormes los seguían.

También al oscurecer, se había encerrado en la *manguera*, algo distante de las casas, una tropilla de caballos y no pocos redomones, á las que más de un jinete había hecho bufar en la cuesta saltándolos «en pelos», por segunda domadura. Aquellos animales briosos, habituados al campo libre, metían alboroto de relinchos, cada véz que sentían próximo el tropel de las yeguas que erraban azoradas por los alrededores.

Los negros, munidos de cuchillejas mangorreras, se entretenían en cortar y sobar tiras de cuero va-

cuno en la cocina, á la rojiza claridad de mechas envueltas en sebo fresco que despedían una humaza espesa y nauseabunda.

Improvisaban riendas, estriberas, cabestros y maneadores, en silenciosa actividad, y con cierto aire cerríl y despavorido.

Aquellos rostros retintos llenos de sajaduras, con los cráneos hundidos, las narices aplastadas de enormes hornallas y los lábios de esponja salientes como chatos higos maduros, ropages miserables, piernas al aire, brazos sin mangas y cintas de cuero de «carpincho», aparecían imponentes, entre la atmósfera color de incendio en que se ajitaban febriles, cual si el amor á la libertad y la esperanza de adquirirla á hierro y fuego, les hubiese devuelto el brío montaráz que abatiera la esclavitud.

En una *tapera* de allí apartada cién metros, podía percibirse en medio de la oscuridad un grupo numeroso de caballos, y de hombres á pié, que iban y venían en preparativos sigilosos, sin dejar de hablar en voz baja y de reir de una manera sonora de véz en cuando.

Las mozas cuchicheaban asomadas á la puerta y al ventanillo de la pieza principal en que se habían reunido, como las viscachas en las entradas de sus cuevas, y callaban de improviso, así que sentían los pasos ó la voz bronca de Perico el bailarin.

El bizarro capatáz, lo era y devéras. Su presencia infundía respeto.

Pasada media noche, algunas de las que aún se conservaban curiosas é inquietas en el ventanillo, le vieron con gran asombro atravesar con su grán *faca* cruzada por detrás, botas, poncho, sombrero de paja y un trabuco en la diestra.

Él volvióse de mal talante, y dió un grito.

Todas desaparecieron como por encanto.

Perico siguió su camino, refunfuñando, y entróse en otro *rancho* pequeño que servía de depósito de marcas, guascas y trebejos.

En la puerta baja y estrecha estaban tres hombres, que le siguieron al interior, alumbrado apénas por un candilejo cuya mecha tenía una pulgada de pavesa. Uno de aquellos hombres lo despabiló con los dedos. Púdose entónces distinguir mejor los objetos.

Viera registró con la mano izquierda detrás de un fardo; y extrayendo de allí un arma de fuego, pasósela á uno de los circunstantes, diciéndole:

—*Pá* voltear «godos». Serapio—esa *garabina*.

La tal arma era una tercerola llena de orín, de piedra de chispa, con la cazoleta descompuesta y la caja resquebrajada.

Serapio la miró con mucha calma, balanceóla como para calcular su peso, y dijo á su véz, encojiéndose de hombros:

—Más *juego* dá un *cañuto*.

Perico siguió manipulando, y á poco sacó del escondrijo una pistola de caballería, pesada y larga, cañón de bronce fundido, también de chispa; y se la alcanzó á Basilio, quién al tomarla murmuró:

—*Ansina se cuede roncar*!. . . .

Viera extrajo, por último, un sable sin vaina y con parte de la empuñadura rota, mellado en más de un tercio de su hoja, que sin duda había servido para partir leña; y dióselo á un negro cimarrón que aguardaba su turno, muy tieso y silencioso.

—*Güén* serrucho!. . . . *Haséle* filo en la piedra, Macachin.

Los tres hombres salieron, seguidos de Perico, quién les dijo con toda seguridad que muy pronto

tendrían mejores armas, enviadas de Buenos-Aires, dónde por entónces se encontraba don José Artigas.

Algunos pasos mas adelante, Viera tropezó con el domador Ramón, que venía en busca de un arma cualquiera para bregar con los «godos».

El capatáz le dió su trabuco, con un saquillo de pólvora y otro de balines, «cortados» y clavos que llevaba en los huecos del cinto.

Debajo del «ombú», rodeando su ancho tronco en forma de pabellón, se habían colocado varias lanzas de moharra triangular las unas, obra de un herrero de Mercedes, de hojas de tijeras de esquila, medias lunas de desjarretar y largos clavos cuadrangulares las otras, enastados en cañas duras ó en récias varas de guayabos, ostentando algunas banderolas tricolores á fajas rojas, blancas y azules.

Cerca de estas armas había un grupo, como haciendo su vela; y de este grupo se desprendían sombras de véz en cuando que se deslizaban por debajo del ventanillo, y que las mozas detenian al pasar, abriendo y cerrando aquel á cada momento al menor ruido, para proseguir sabrosas pláticas en voz baja, y permitir que las encariñasen los héroes de aquella temerosa aventura.

Galanteos cerriles de una hora con la florcilla agreste en los lábios y besos sonoros en las carnes tostadas y macizas, de pocas palabras y muchos manotones y golpes de zarpa, saltos de gato «montés» y verdadero sipizape de encelamientos,—hasta que la aproximación del bailarín de zancos ponía en desbande toda la hueste amorosa.

Lucían las últimas estrellas en un cielo límpido y tranquilo, y comenzaba el alba á tender sus blanquecinos velos en el horizonte con sus orlas de rosas

pálidas, cuando un movimiento acompañado de confusos rumores se operó alrededor de las «casas».

Los hombres montaban á caballo, entre chasquidos de rebenques, fragor de armas, escarceos de piafadores redomones y choques de ginetes que buscaban entrar en las filas en órden de marcha, á un flanco de la enramada.—

La vóz de Pedro José Viera retumbaba atronadora á la cabeza de la columna hablando de *libertad é independencia*, y un grito formidable lanzado por cién bocas respondía á su corta y viril arenga, entre los brincos y bufidos de los potros alborotados por la espuela y el vocerío.

Las mujeres se lanzaron fuera, mozas y viejas, oprimiéndose entre sí, estrujándose y haciendo al fin compacto pelotón en torno del ombú, arrebujadas apénas algunas de ellas y todas con las cabelleras sueltas, desencajadas, temblorosas, escudriñando los detalles del cuadro que se ofrecía á su vista.

Parecía soplar un viento de tormenta!

Las medias tintas crepusculares cedían su puesto á los resplandores de la aurora, que esparcía por campos y bosques su luz suave y tibia.

La columna negra no se había aún movido: las lanzas en alto se agitaban nerviosas, en pintoresca confusión de moharras, medias-lunas, tijeras, clavos y banderolas; los trabucos enmohecidos, las tercerolas inservibles, las pistolas sin baquetas, los sables viejos, las dagas de canales, las bolas *retobadas* con piel de lagarto de los zambos, los picas toscas de los «tapes»,—todo se movía y levantaba con los brazos robustos, para jurar la guerra al opresor.

Los instintos guerreros bramaban iracundos en aquella grán manada de pumas.

Y las mujeres vieron de repente, cómo aquel conjunto de andrajos y de desechos que encubrían cuerpos vigorosos, de razas y de castas arrastradas por la misma idea y el mismo sentimiento, de cambujos bravíos y de negros de aspecto feróz, de bizarros *tupamaros* con luengas barbas y rostros blancos, desarmados algunos, pero entusiastas y resueltos; vieron, cómo aquel conjunto de fierezas, cóleras y rábias tanto tiempo contenidas, se movía como una tromba entre torbellinos de polvo é imponente alarido,—y alzaron entónces sus manos y agitaron los pañuelos en el aire,—hasta que la tromba desapareció en el horizonte dejando en pós de sí una niebla parda en el ambiente, semejante á las espumas que el huracán arrebata á la cresta de la ola fragorosa y disuelve en el espacio.

XXIX

Al regreso de su escursión, fué cuando Ismaél y su amigo se vieron atacados y perseguidos por una partida avanzada del Preboste, cayendo prisionero Aldama, y refugiándose Velarde en los montes del Rio Negro.

Se recordará desde luego, que, impuesto Benavides del suceso por boca del emisario, y de la carta de que fué portador, mandó que su gente ensillase los caballos de reserva, para ponerse en movimiento á la madrugada; y es aquí dónde pasamos á reanudar el hilo de nuestro relato, y á desenvolver en su órden cronolójico los episodios del drama.

A cuarenta alcanzaba el número de los hombres de que disponía Benavides, diseminados en grupos en distintos lugares del bosque, pero muy próximos al potril dónde acampaba el grueso de la fuerza.

Los *tupamaros* figuraban en primera línea; y, sabido es que bajo ese dictado irónico era cómo distinguían á los criollos ó nativos los dominadores, comparándolos con los adeptos del animoso cuánto infortunado Tupac-Amarú, dividido en pedazos al furioso arranque de cuatro potros; y aún á los innumerables próceres de la independencia de Sud-América,—sin excluir á sábios ilustres, que sufrieron otro género de suplicio,—el de arcabuceo por la espalda.

A esos *tupamaros* que sumaban las dos terceras partes del grupo, uníanse algunos zambos y negros cimarrones, vestidos de andrajos, que vagaban desde hacía tiempo en compañía de las fieras, ménos crueles con ellos que sus amos.

Esta sufrida raza sobre la que habían refluido bajo otra forma de labor inícua el tributo real, el obraje, la mita y todas las cargas abrumadoras del sistema, era un continjente estimable, vinculado al movimiento por el derecho á la libertad y á la vida; y en aquellos tiempos legendarios no es ménos luminosa que la de los criollos, la ruta que los batallones negros sembraron de proezas inmortales.

Tres ó cuatro indígenas completaban la partida, los más de ellos con vestimenta primitiva, muy diferente á los trapiches y guiñapos de los negros. El *quillapí* de venado y la camiseta de piel, constituían todo su ropaje. Habían reemplazado por lanzas largas sus aljabas de flechas cortas, y llevaban á la cintura *boleadoras* y cuchillos.

Con siglos de existencia esta raza indomable no de-



bía salir de su edad de piedra. No obstante, ella era como el nervio del desierto, en perpétua vibración. Por reiteradas veces en combates parciales, españoles y portugueses habían sentido el rigor de sus venganzas; los yaros y los bohanes les rindieron tributo de la vida; y ahora, reducidos ya á un número pequeño de guerreros, persistían errantes en el suelo de sus mayores, sin ideales ni creencias, sin otro vínculo de familia que la junción sexual, ni otra pasión por la tierra que el instinto fiero y duro que crean y ajigantan el desierto y el clima. La tribu se conservaba arisca y soberbia, no reconociendo más ley que la de sus caciques; y en sus marchas vagabundas hacía pesar sobre el país ya poblado la fuerza de sus hábitos desoladores.

Algunos, sin embargo, se apartaron del aduar al primer grito de guerra, y se reunieron con los *matreros*. Fueron éstos, mocetones que habían crecido en trato frecuente con los *tupamaros*, y cuya costumbre llegó al fin á modificarse en ese roce, en sentido de suavizar la crudeza de su barbárie. Servían para la pelea, eran ágiles y baqueanos. Afianzaba su lealtad, un ódio inveterado y profundo á los conquistadores.—Por eso se les veía en una ú otra partida revolucionaria, de á dos ó tres, como dispersas y estériles semillas de una raza condenada á desaparecer con su oscura etnología, formando con los mestizos, negros y cambujos esa mezcla caprichosa de « piel de tigre », que en los grandes años del valor heróico se fundió en la masa de que había de surgir un pueblo nuevo.

Entre aquellos de que hablamos, apartados de la tribu,—la que al fin había de entrar también por su cuenta en la lucha,—distinguíase Aperiá, por sus calidades de sabueso.

Poseía este indígena todas las que eran características ó típicas de su raza, en grado notable.

Buena talla, cabeza èrguida, frente abierta, perfiles regulares, ojos pequeños, negros, relucientes, de extraordinario poder visual, dentadura blanca y vigorosa, cabello cerdudo, miembros robustos, pié corto y bién conformado como la mano, algunos pelos lustrosos y gruesos sobre el lábio, la piel negruzca, el oído fino y sutil, y un olor ácre de béstia feróz.

El efluvio charrúa tenía en realidad mucho de felino: denunciábase á la distancia como emanación de caverna ó de guarida, por el unto de los cuerpos con grasa de alimañas ó de potro, que usaban quizás como preservativo contra la crudeza del aire.

Aperiá, sin ser una excepción, solía bañarse en los días de grán calor, rompiendo con los hábitos de indolencia de su tribu. Y cuando él salía del cauce en que se había zabullido como un «carpincho», y saltaba al ribazo, algun criollo decía al persignarse, desnudo, para bañarse á su vez: *Dejá que corra la agua al remanse, qui a quedao overa!*

La fuerza así compuesta por elementos tan heterogéneos, obedecía como hemos dicho á Venancio Benavides, ex-clase de caballería de milicias y oriundo de Soriano; hombre de grande estatura, músculos de acero, gesto adusto y caviloso de taimonía soberbia, forrado en pasiones é instintos, y predestinado á ajitarse y á morir en la acción, que empezó para el patriota en una mañana de gloria y acabó entre las sombras, bajo las banderas del rey.

Venancio tenía que incorporarse á Viera el día último de Febrero en el paso Dénis del arroyo de Asencio, para lanzar unidos el grito de indepen-

dencia; y forzábale á ese paso la premura del tiempo, así como la necesidad de levantar algunos parciales, ya prevenidos de su tránsito por el distrito.

En prosecusión de este plán, puso al indígena en campaña, librando á su sagacidad el descubrir la posición exacta del fuerte destacamento de caballería que vigilaba las orillas del monte, y en cuyo poder había caído Aldama en la tarde anterior.

·Aperiá montó en pelos su overo, cojió la lanza, y escurrióse por la *picada*, cuando ya se iban alejando las sombras de la noche.

La columna empezó á su véz el desfile, uno en fondo, abriendo la marcha Ismaél.

Había tenido éste tiempo para asar su «mulita», de la que iba saboreando una pierna con deleite. Otro trozo con concha, pendía del «fiador», en previsión de las emergencias posibles.

Aperiá franqueó cauteloso la *picada*, después de inspeccionar á pié las proximidades de la salida.— Su vista viva y penetrante había sondado bién la sombra. La naturaleza que ha concedido á ciertos séres á más de la pupila una luz fosforescente para guiar su marcha y descubrir la presa, no había sido ménos próvida con él, pues que podía con su ojo pequeño y brillante competir en las asperezas del rastro con el del gato montés en acecho.

Fuése recorriendo los contornos al paso, echado sobre el cuello de su caballo, con cuya crin cubríase una parte del rostro. Por algunos instantes se enderezó, y estuvo mirando á todos los vientos, y no percibiendo nada, continuó su avance hasta un barranco que remataba el declive de una loma enhiesta.

Allí, el overo fué acortando el paso, piafó bajo

y sordamente dos veces, y se detuvo con el hocico estirado y las orejas tiesas.

La mano de su amo acaricióle la frente y la nariz, y bajóle con suavidad la cabeza.

El overo quedóse sosegado.

XXX

El charrúa se desmontó, y púsole manea.

Echóse luego en tierra sobre el vientre, y fuése arrastrando entre las matas, evitando en lo posible todo ruido.

Las rótulas y los codos á manera de rodillo, impulsaban vigorosamente su cuerpo, que al deslizarse en la espesura parecía desarticulado ó elástico.

Esa marcha de jaguar y de reptil tuvo sus pausas.

Deteníase el indígena por momentos, apoyábase en las manos arqueando los brazos y levantaba poco á poco la cabeza, hasta dominar con su visual el mar de las yerbas. En seguida, satisfecho de su observación, renovaba sus esfuerzos, procurando dominar la *cuchilla*—verdadero punto de mira para el logro de su pesquisa. Nada había visto hasta entónces que le inspirara sospechas. El campo parecía desierto.

Sin embargo, después de arrastrarse breves momentos, ya próximo á la cresta de la loma, el charrúa aplicó el oido al suelo, y estúvose escuchando inmóvil por algunos minutos.

Hecha esta experiencia, siguió avanzando con mayor cautela, y esa lentitud propía de la alimaña que ha husmeado su presa, alzada la frente, fijos



los ojillos negros en la sombra y hundido el cuerpo en la maleza sin descubrir el dorso.

Pronto llegó á la cresta, apartó con las mejillas el pastizal seco, y púsose á escudriñar la ladera....

Cinco ó seis hombres, dos de ellos á caballo, y los demás sentados en derredor de un fogón reducido á brasas, distinguíanse en el declive.

Allá en el fondo, á tres ó más cuadras de distancia, veíanse otros fogones casi apagados y un considerable número de sombras que iban y venían, de hombres que recorrían tal véz los vivacs, y de caballos que giraban en torno de sus estacas, *pellizcando* las yerbas.

Aperiá se estuvo quieto.

Luego que hubo observado, púsose boca arriba para tomar resuello, arreglóse el *quillapí*, y rascóse las espaldas en las raíces, al igual de un mastin de estancia que ha corrido todo el dia detrás de la hacienda arisca.

Bién necesitaba de ese refriegamiento, pués que en su tronco embadurnado los insectos habian hundido sus aguijones, en tanto él los habia ido espantando de sus sitios de reposo.

Siempre echado, giró luego sobre sus vértebras dorsales como un trompo, y empezó á retirarse en la misma forma en que había avanzado, deteniéndose y aplastándose bién á la tierra lo mismo que un gusano retráctil y sutil, toda véz que percibía el más leve rumor.

Cuando llegó al lugar escabroso en que se encontraba su caballo, comenzaba á elevarse en ténues velos del suelo una niebla cenicienta, que hacía juego armonioso con los primeros indecisos resplandores del alba en las alturas.

Aperiá se incorporó, y llegóse á su cabalgadura—

que al reconocerle resopló con las narices bién abiertas,—y desprendiendo un pedazo de cuerno ó *chifle*, con tapón de madera, del lomillo, bebióse un buén trago de aguardiente con la mayor tranquilidad.

La partida en tanto, había seguido avanzando hasta el barranco á marcha lenta y pausada, tendida en línea de combate; y llegó á reunirse con el charrúa ántes que éste hubiese andado diez varas al paso de su overo.

Aperiá se acercó á Benavides, cuya figura corpulenta se destacaba al extremo derecho del ála; y, levantando el brazo, señaló con firmeza el rumbo. . . . . .

La hueste se detuvo un instante, en medio de profundo silencio, apénas interrumpido por algún escarceo impaciente ó el roce de las rodajas. Las lanzas y los sables en posición horizontal, se ajitaban á intérvalos, entre esas voces bajas ó ruidos sordos que tanto se asemejan al resuello del tigre en la oscuridad. Pocos pasos á retaguardia, quince ó más hombres formados en escalón constituían la reserva, también con las armas bajas, en actitud de pelea.

A poco prosiguió el avance con el sigilo posible entre la niebla.

Pero, ántes de coronar la hueste la *cuchilla*, resonó un estampido; y una bala de tercerola pasó silbando por un claro de la fila, hiriendo á un hombre de la reserva.

A ésta detonación, sucedióse un alarido formidable.

Y la hueste se lanzó á toda rienda, salvando la loma y la ladera con la celeridad de una manada de potros, hasta caer sobre la tropa acampada en el llano, en momentos en que buscaba su formación entre espantoso desórden.



Fué aquello como un choque de hierros que se rompen.

Voces enérgicas, gritos salvajes, sordas caidas, chasquidos de rebenques, rotura de astiles, desenfrenadas carreras, ahogados lamentos, relinchos despavoridos, fogonazos, blasfemias, maldiciones, y despues. . . . . un tropel prolongado de fuga, negros fantasmas alejándose del lugar de la sorpresa como en álas del viento, botes de lanza en el suelo, siniestros golpes de sable sobre cuerpos que se revolvían bajo los caballos derribados, pavoroso torbellino de hombres y cuadrúpedos en la tierra estremecida bajo los cascos con el redoble del trueno.

La gente del preboste había sido deshecha y dispersa con una sola carga, en las que cién rabiosos gritos de guerra hicieron el efecto de otros tantos clarines.—Cinco minutos después, había rendido la vida el que no se habia librado á la fuga.

Yacían por tierra hombres de uno y otro bando.

En cierto sitio, un grupo *despenaba* á dos ó tres moribundos con golpes de gracia; en otro, los negros cimarrones despojaban los muertos de sus prendas; y en círculo más extenso perseguíanse algunos caballos enjaezados que vagaban sin ginetes por las alturas, con las riendas destrozadas y los *aperos* revueltos.

Esta refriega oscura duró lo que una tromba.

Benavides cruzó el campo, haciendo recojer á su paso las armas blancas y tercerolas de pedernal esparcidas por las yerbas, que debian servir á los que en defecto de lanzas habían cargado á cuchillo; y llegóse hasta una *tapera*, resto de un *ranchejo* de paredes de tierra y ramas que alzaba sus picachos de lodo seco junto á un pedregal riscoso.

Allí se detuvo á esperar el regreso de los compañeros que habían seguido la persecución fuera del campo, en banda dispersa, ó á grupos aislados.

El charrúa rastreador que iba junto á él, enrollándose en el brazo un poncho de *vichará* habido en buena brega, díjole muy pronto con su voz muy queda, señalando al interior de las ruinas, dónde sus ojos parecieron descubrir algo sospechoso:

—*Mirá*, amigo!

Venancio volvió el rostro, y dirijióse con la lanza baja al sitio, preguntando con acento ronco y fiero:

—Quién se *regüelve* en la *tapera*?

—Hombre *güeno* ha de ser!—contestó una voz varonil. *Desenrriede* este *pié de amigo*, *comendante*, que aquí *tá* Aldama *dende* ayer, *todito amarrao*.

Benavides lanzó una exclamación de agradable sorpresa unida á un terno enérgico, y clavando en tierra la lanza, se arrojó del caballo.

Pero, no tan presto, que ya Aperiá no se le hubiese anticipado, y estuviera cortando con mano diestra las ligaduras de nudo *potreador* que imposibilitaban al prisionero el uso de sus miembros.

—*Creibamos* que ayer no más te hubieran *despachao*, muchacho,—dijo Venancio alegremente, al oprimirle la mano con ese aire de protección propio de un cabo de milicias convertido en caudillo.

—Cuasi *jué ansina*, por Cristo!. . . .

Arrimate, *enfiel*, que me caigo de *escaldao* y *emprestame* tu *chifle pá* darle un beso.

Aperiá sacó su cuerno retaceado, en el que Aldama sorbió algunos tragos.

Ya más entonado y contento, volviólo á su dueño, diciendo:

—*Jiede* á indio, pero dá calor! Y qué es de *Esmaél*?



—Atrás de los «godos»—dijo Benavides.—A la cuenta no lanceó á gusto aquí en el bajo. . . . Ya *güelven* los muchachos!

Aldama salióse tambaleando de la *tapera*; en tanto el charrúa montado ya en su overo, lanzábase á escape sobre un caballo ensillado—cuyo dueño quedara sobre el campo.—Un tiro certero de *boleadoras* le sujetó de los corvejones, á pocas varas del sitio.

Momentos después, el caballo sentía en su cuello húmedo la mano de Aldama, quién no satisfecho de su alzada y contextura le motejaba de «mancarrón—bichoco», y decía riéndose á Aperiá:

—*Ayudáme* á *volear* la lisiada, *enfiel*!

Iban en tanto llegando al campo de la sorpresa los hombres que de él se habían apartado en la fiebre de la pelea. Recogíanse los despojos, vendábanse con tiras de ropas las heridas, y á la voz imperiosa de Benavides se entraba en formación para emprender la marcha hasta el pago de Viera.

Antes que abriese el día, movióse á grán trote el escuadrón, devorando en pocas horas largas distancias, y recogiendo al paso nuevos contigentes.

En el arroyo de Asencio, donde esperaba el refuerzo Pedro José Viera, hizo alto, confundiéndose en una aclamación unánime y vibrante los gritos de todos los pechos: «independencia ó muerte!»

Esta hueste debía iniciar ese mismo día con la toma de Mercedes, la série de sus triunfos.

Cuando á mitad de la jornada se dió en la marcha de que hablamos una trégua al escuadrón, notó recién Benavides que Ismaél faltaba de las filas.

Esta ausencia al parecer inexplicable, debíase á un accidente sério, ocurrido en la persecusión.

Ismaél, ardiendo por desagraviarse de la que ha-

bía sufrido con Aldama, disipado el entrevero y producido el desbande de los enemigos, lánzose sobre los dispersos con todo el arranque de su alazán; y fué así como su lanza logró alcanzar por la espalda á más de uno de los fugitivos que derribó en medio de las tinieblas, sin detenerse en su osada carrera.

XXXI

A media legua del lugar de la sorpresa, y llevando siempre su caballo á gran galope, Ismaél no pudo apercibirse sinó cuando era tarde, que se había entrado en un estero peligroso.

La tierra se ahondaba bajo los cascos.

El sufrido alazán de Viera luchaba á saltos, para hundirse cada véz más en los *tembladerales* ó sea tremedales, de que estaba sembrado el suelo.

Al principio encajóse hasta las rodillas en el lodo, arrancándose con brío en cada hundimiento; pero, luego llególe la masa viscosa al pecho, y los esfuerzos potentes fueron creciendo, al punto de alzarse sobre los remos delanteros desesperado, sepultando en aquella gelatina negra y espesa sus ancas por completo.

Todavía pugnó, hácia adelante, sin obedecer ya la brida.

En sus supremos arranques desvióse de la recta, pisó firme, se abalanzó torpe y asustado, volvió á hundirse en otra ciénaga traidora, zafóse nuevamente esparciendo en su redor una lluvia de barro; y al resoplar de contento y orgullo, dió un brinco, y tornó á perder pié en una hoya gelatinosa dónde

se sacudió en vano breves instantes con las crines pegadas al cuero, para quedarse al fin inmóvil, trémulo y rendido.

Aquella sima blanda y correosa, parecía absorberlo.

—*Fiate* en la vírgen!—murmuró Ismaél con sorda rábia.

Y sondó el fondo con su lanza.

Había más de un metro, y así mismo ese fondo no era muy sólido y consistente, á juzgar por la facilidad con que penetraba el cuento del ástil al más pequeño empuje.

Ismaél se quedó indeciso, casi hincado sobre el lomillo.

El alazán no daba señales de vida, inerme en su sepultura de lodo.

Había cesado todo ruido de persecusión en los contornos.

Solo el volido de los patos salvajes, que cruzaban en bandas sobre la cabeza de Ismaél, transformado en estátua ecuestre de barro, interrumpía á intérvalos la profunda calma de la atmósfera.

En aquella posición difícil, era forzoso esperar el día que no tardaría ya en aparecer.

Resignábase á ello Ismaél, trás un nuevo esfuerzo de su parte, que solo hiso hipar su cabalgadura sin conseguir moverla del cieno, cuando llegó á vislumbrar un bulto que se arrastraba lentamente á uno de los flancos, como quién evita perder la costra firme ó lengüeta de tierra sólida que serpentea en los tremedales sirviéndoles de línea divisoria.

Un olor particular hirió su olfato, é imaginóse al principio que le rondaba una fiera, atraida por sus juramentos enérgicos y por las violentas sacudidas del alazán al chapuzarse en las cuencas traidoras.

Pero, pronto modificó su creencia, así que el viento trajo á sus narices un efluvio de grasa ó pella de «peludo», y díjose:

—*Indio se me ase.*

El bulto se detuvo á mitad de su marcha, y Velarde quedó con su vista fija en él, y la lanza cruzada por delante del rostro y el pecho, verticalmente, en previsión de una flecha corta ó de un golpe de bola.

Apénas la aurora dilató sus luces por el espacio é hiciéronse algo distintos los objetos, Ismaél bajó la lanza, y sin dejar de mirar con fijeza su fantasma, dió una grán vóz al reconocerle:

—Tacuabé!

El bulto que se escurría sobre el verde, era en verdad uno de los indios amigos de la partida de Venancio, así llamado, que á impulsos del instinto del *carcheo*, había llegado hasta allí en la persecusión, y husmeaba á la distancia una presa, creyendo que el que se debatía en las ciénagas era un soldado de la fuerza dispersa.

Con su oído sutil y su mirada perspicáz, se había venido al rumbo, atando ántes su caballo á una «sombra de toro» de las que cubrían á trechos el llano, y puéstose á atisbar los movimientos desesperados del ginete, avanzándose al fin con el cuchillo en la boca por el terreno firme y angosto que formaba como itsmos en aquella red de pantanos.

Al grito de Ismaél, el indio levantó la cabeza, y púsose de pié. Lo que él creyó presa segura, era *blanco amigo.* Pronunció en vóz baja y en su idioma algunas palabras, y fuése acercando muelle y lentamente.

Ayudó, mudo é impasible á Ismaél, haciéndole

saltar en seco, á dos varas apénas del sitio en que se hundiera el alazán; y, después, siempre sin decir palabra, cogióle la bota de cuero de nútria que llevaba atada á la cintura, y se la empinó en la boca, trasegando largos sorbos de aguardiente.

Dió un lijero chasquido con la lengua y los lábios, y púsose á mirar el horizonte.

Ismaél sacó un trozo de tabaco negro del cinto, cortó con su cuchillo un pedazo y dióselo á Tacuabé, diciendo con todo su aire calmoso:

—*Pá mascar.*

El indio cogió el tabaco, lo mordió despacio arrancándole un fragmento con sus dientes blancos, pequeños y cortantes como cuchillas, y comenzó á revolverlo en la cavidad bucal sin un solo visaje.

Ismaél entretanto, tiraba del cabestro, y azuzaba al alazán con el rebenque para que abandonase la hoya de lodo pútrido; lo que consiguió después de ruda faena, arrastrando al animal casi entumecido por la costra sólida, iluminada ya por el sol naciente.

Tacuabé seguíale silencioso, reuniendo en la boca buena cantidad de zumo de tabaco, para confundirlo y tragarlo luego con un buche de alcohol.

Abandonaban aquellos sitios atormentados por el tábano y la mosca brava, cubiertos de barro y de abrojos.

Léjos de ellos, Ismaél echó pié á tierra junto á una cañada de aguas transparentes; desensilló su caballo, tendiendo al sol las piezas de su «recado», después de lavarlas, y desnudóse á su véz, para hacer lo mismo con sus ropas.

En seguida obligó á entrar al agua al alazán, y le roció bién los lomos.

Concluida esta diligencia, condújolo á un trecho

de pasto alto, en dónde bién pronto el caballo se revolcó hipando.

Despues, quedóse él con la vista en el agua.

Descalzóse las espuelas y las botas, que frotó con los dedos en la corriente hasta limpiarlas del lodo, y tirándolas sobre la yerba, dijo, resollante:

—A sacar la mugre.

Y se entró en la cuenca, dónde se zabulló, resurgiendo á poco con la cabellera de mujer negra y lustrosa, distendida á lo largo del cráneo y de la espalda, cuya blancura hacía contraste con su cuello tostado y enrojecido.

Tacuabé, léjos de imitarle, dejó pastar á su caballo sin bajarle la dura carona, ni extraerle el bocado que le servía de gobierno.

Por su parte, él se echó en el suelo boca abajo, masticando ahora un trozo de la «mulita» de Ismaél que habíase atrapado por rapáz instinto; y contemplábale en sus chapuzes,—con un gesto de glacial indiferencia, caidas las greñas sobre los hombros y rozando las yerbas, en las que se escondía su cuerpo lleno de untos, tierra y costurones.

Una hora más tarde, alejábanse á buén trote de este lugar.

En la imposibilidad de seguir la columna de Benavides, que debía haber emprendido marchas forzadas por rumbos desconocidos, Ismaél se determinó á sepultarse de nuevo en los montes del Rio Negro.

La existencia azarosa del *matrero* reinicióse para él por algunos dias; hasta que al caer de una tarde, Tacuabé, que había desaparecido desde muchas horas ántes, entróse al monte con la nueva de que andaban «amigos» en el campo.

El indio no se había equivocado.



Una fuerza revolucionaria campeaba entre los dos rios, llamando á sus filas á los hombres valerosos, al grito de «independencia».

Ismaél y Tacuabé ocuparon en ese nuevo escua. drón su puesto de combate.

XXXII

Aquella fuerza á que se había incorporado Ismaél, se componía de los continjentes reunidos de la zona comprendida entre los ríos Yí y Negro; y venía comandada por Félix Rivera, vecino de excelente fama y prestígio,—á la sazón quebrantado por una dolencia que debía concluir con él á las pocas jornadas.—

Félix, como todos los tenientes que sirvieron al principio de la lucha era un gefe improvisado, si bién hubiese figurado en calidad de oficial de milicias bajo el régimen colonial.

Patriota y resuelto, su gruesa partida le seguía con fé, mal armada, pero llena de entusiasmo y de denuedo. Aquel nuevo escuadrón buscaba á través de las grandes distancias, lo que por otros rumbos lejanos venían intentando otras huestes,—su unión con el núcleo principal, ó con los grupos ya organizados en cuerpos compactos—á manera de esas ondas rumorosas que en las playas de Maldonado se ván sucediendo en escalones para refundír al fin sus bramidos en un solo y colosal estruendo.

Algunos indígenas, expertos y durísimos ginetes, acompañaban esta columna, también, guiándola uno de ellos como baqueano por esteros y montes, cu-

yas entradas y vados descubría con certeza entre las sombras mismas de la noche.

La tropa revolucionaria forzando sus marchas entróse en las serranías de Minas, escurrióse por sus valles prolongados y estrechos, engrosándose aquí y acullá con distintos grupos.

En una de esas marchas ocurrió un suceso interesante..

Llamaba la atención en el campamento un gauchito conversador y simpático.

Veíasele de fogón en fogón, echando su cuarto á espadas en todas las cuestiones de bregas y carreras que en ellos se departían; cuando no en juegos de manos ó de rebenque con otros compañeros, *canchando* con estrépito; ó en disputa acalorada sobre de quién era la trampa en una partida de *taba*; y no pocas veces apoderándose del *mate* y aún de la caldera agena, para servirse á su gusto del brevage mientras durase el agua caliente.

Al principio, esto ocasionaba pendencias y altercados; pero, como el mozo era hermano del gefe de la partida, tolerábasele con frecuencia su espíritu de travesura.

Por otra parte, hacía él uso de chistes y gracejos que acojían bién los paisanos, y le daban lugar de preferencia en los fogones. Ciertas cualidades externas por decirlo así, recomendáronle también desde el principio.

Diestro para el caballo, siempre en contínuo movimiento, campero sagáz, rastreador certero, su actividad y osadía tenían pocos ejemplares.

No obstaban éstos méritos á que él gastase bromas de mal género con sus camaradas.

Reíase luego de los reclamos y protestas.—Decidor, insinuante, socarrón y liberal en sus hábitos,



daba lo propio sin reservas, así como echaba mano de lo que no era suyo por una propensión casi ingénita, á semejanza del zorro y de la urraca. Tenía en los ojos una mirada constante de pilluelo, y en los lábios alguna ocurrencia picante y sabrosa que desarmaba casi de súbito, como un golpe de lanceta en la sangría.

Jovial, *quiebra*, comadrero, entraba á un *pericón* con los brazos abiertos, la cabeza echada atrás, el vientre en giro de peonza y las piernas encojidas, embrollando ó aturdiendo á las criollas, que concluían por aficionársele, y dar lugar á alguna gresca de sable y daga.

Las *chinas* y el juego le sacaban de quicio.

Sus sensualismos rayaban en extremos; por manera que, siendo su organismo vigoroso, la saciedad era difícil.

Después de un baile ó una orgía grotesca en los *ranchos*, montaba á caballo contento, y aún cuando fuera nocturna la marcha, de crepúsculo á crepúsculo, él amanecía tieso y firme, cual si formara parte integrante de su cabalgadura.

Sin monedas en su «cinto», transformábase en taimado y taciturno, adquiriendo entónces una movilidad increible su natural inquieto, hasta conseguir la satisfacción de su apetito insaciable.

La pasión del juego le subyugaba por entero, y por ésta circunstancia traía alborotado el campamento, en cada uno de cuyos vivacs dejaba lenguas, ganase ó perdiese. Esa pasión lo habia hecho su siervo,—al igual que una viciosa llena de encantos al mancebo ardiente que consume en sus brazos. Jugaba pues sin escrúpulos por tendencia irreductible, sin importársele nada del juicio ó la censura de los otros. Esta propensión tomó desarrollo é



incremento en su vida errante, y en su roce familiar con los *matreros*, entre los cuales había buscado refugio al alejarse de la casa paterna.

De esta existencia errática pasó á la no ménos ajitada del campamento revolucionario, en el vigor de su juventud, perfectamente conformado para la lucha, física y moralmente, á la véz que lleno de resabios y de instintos indomables.

Era centauro, guerrillero, gauchi-político, bailarín, tahur, mani-rota, tramposo, camorrista; y en el desenvolvimiento gradual de estas calidades, los paisanos concluyeron por mirarle con interés. Como buén engendro del clima, él poseía,—y ellos se apercibieron del fenómeno,—algo del puma, del zorro y del ñandú.

Tenía la fáz morena, nariz bién delineada, frente de regular amplitud, boca de lábio inferior carnudo, el torso erguido, garboso el continente. Cierto aire indígena le llenaba de originalidad y colorido. El viento, el sol, el aroma sensual de las soledades habían oscurecido más aún su tez, y nutrido sus pulmones.

Los paisanos conocíanle bajo el nombre de *Frutos*, corrupción del de Fructuoso.

Al principio chocó él con Ismaél; pero, muy pronto, descubriéndole Frutos la dureza de la fibra, hízose su amigo, con esa viveza peculiar que debía caracterizarle en lo futuro para conocer y sondar los hombres.

El jóven gaucho de cara de mujer y entraña de valiente, fué desde entónces su camarada de fogón y de aventuras.

Un día que jugaban al naipe, sorprendió á Frutos el aviso de que su hermano Félix se encontraba moribundo en su tienda de ramaje, y que deseaba hablarle.

Algunos de los hombres del comando subalterno, alféreces y sarjentos, se habían reunido ya en la tienda, cuando Frutos llegó apresuradamente.

Félix dirijió entónces la palabra á la reunión, manifestando que, próximo á su fin por la agravación sobrevenida en su dolencia, interesaba á la causa que se designase cuánto ántes la persona que debía sucederle en el mando de la fuerza, hasta tanto D. José Artigas resolviese sobre la efectividad del nombramiento; que al efecto, indicaba él á su hermano Fructuoso, como su reemplazante, y pedía á todos sus compañeros de armas le prestasen respeto y obediencia.

Esta expresión de última voluntad de un hombre patriota, fué acatada en el acto. Así también lo imponía la fuerza de la costumbre.

Producido el fallecimiento poco después, Frutos fué reconocido en su nuevo carácter por la milicia.

El travieso campero sintió entónces por primera véz quizás, una impresión profunda de halago é íntimo goce. Mandaba una hueste!

Recién se apercibía que en medio de las borrascosas pasiones de sus veinte años, existía una, absorbente y despótica, verdadero acicate de su génio activo, díscolo y enredador,—la ambición de mando,—que había de arrastrarlo desde la escena de terribles vorágines, al fausto y á la pompa de la vida regalada.

Frutos empezó á crecerse, y supo hacerse obedecer. Era dominante, y tenía todo el instinto de absorción que singulariza al régulo.

El caudillo surgía de su agreste envoltura, en los albores de juventud, encelado y brioso, lo mismo que el semental que se larga del potril rumbo á la

dehesa, con las crines revueltas y el ojo hecho áscua.

Todos los gustos sensuales y las ambiciones ardientes rebosaban en el fuerte temperamento de Frutos, sin que en su cerebro mermase nunca el fósforo de la astucia; y en su nueva posición, caudillo y obedecido, señor de lanza y banderola,— comenzó á campar con altiva osadía.

Este tipo criollo, fundido como se vé en molde nada común, debía ser en el andar de los tiempos un candidato seguro á la admiración de las huestes indisciplinadas, á la véz que á los altos puestos y honores.

Debía serlo. . . . . .

Como todos los hombres que hacen gesto enérgico al destino, presintiendo quizás dentro de sí mismos la mayor suma de audacia y de vigor, no se preocupaba sériamente del futuro. Tenía fé en las circunstancias en medio de las cuales había surgido, en la corriente del tiempo en que se embarcaba, sin dejar en pós más que recuerdos tristes de juventud turbulenta.

Cuando el mocetón de una tríbu ya diezmada y abatida se resolvía á abandonar el toldo, á las márgenes de los grandes rios, en busca de más profundas soledades, ahuecaba groseramente un tronco, fabricaba una pala y se abandonaba osado á la aventura, enhiesta la pluma de ñandú en su cráneo, el carcaj al flanco, y una sonrisa de desafío en sus lábios.

Ese camino andaba, y le llevaría léjos.

Las revoluciones son, en cierta manera, caminos que andan; y Frutos se lanzó á sus olas, solo, pobre, licencioso, sin miedo al contraste, anhelante de impresiones, resuelto, con muecas de desprecio



al pasado y mirada de halcón al porvenir, en cuyos senos oscuros se elevarían pedestales á la prepotencia personal.

¿No llegaría él á imponerse algun dia?.....

Se creía apto para arrastrar masas, á fuer de arrojado, dúctil, sagáz, maleable, vicioso, pendenciero. El ingenio se anidaba bajo sus párpados, y en sus manos estaban presas todas las mañas.

Ginete duro, marchador infatigable, hablador locuáz, camarada libertino dentro y fuera de su tienda, con rasgos de generosidad y nobleza en medio de su misma disipación,—conocía el secreto de seducir y de imperar sobre la hueste, cuidando de no hacerla conocer nunca el rigor de la disciplina ni la regla del órden; pues, no poseyendo él mismo escuela militar, sabía bién que el prestigio se cimentaba sobre la abolición absoluta de la ordenanza y de la pena.

Podría comparársele á caballo, en sus marchas vertiginosas, al ser biforme que abatiera la maza de Hércules, porque era en realidad un ágil centauro lleno de fuerza y de osadía.

En este tronco estraño sin fondo moral,—único tal véz en su género,—la sávia producía como hemos dicho, buenos y malos frutos; por manera que se mezclaban en él las más toscas vulgaridades, con las inspiraciones y arranques de un espíritu inteligente. Parecía llamado á improvisar en todos sus conflictos actitudes singulares, cediendo sin esfuerzos ó ensamblándose en las situaciones críticas como la madera fina sobre la gruesa. En su vida de campamento dió á la astucia lugar preferente, sin perjuicio de la iniciativa en la acción; semejante al metal que se extiende bajo el martillo, ó en hilos delgados—casi impalpables, se doblega-

ba ó escurría, y ponía miedo á sus propios bríos, con la misma asombrosa facilidad con que los exasperaba y embravecía en hora oportuna.

XXXIII

En la época en que lo presentamos, Frutos era muy jóven.

Sus veinte y tres años no cumplidos, que desbordaban sávia, se envanecieron en los primeros dias con los honores del mando.

Tenía él una hueste para pelear y vencer á los «godos», y era preciso mostrarse gefe.

El fuero del caudillo principió á regir; organizó la gente á su manera, y el movimiento ordinario de la mesnada llegó á convertirse á veces en torbellino.

Las marchas y contramarchas se sucedían con velocidad extrema;—considerables «caballadas» recogidas por doquiera, precipitábanse en ruidoso tropel á retaguardia y á los flancos de la columna; acampábase en sitios dónde abundara la hacienda «flor», ó sea gorda y selecta, para voltear reses cuya carne hiciese olvidar al soldado sus fatigas; dormíase pocas horas por la noche y quedaba desierto el campamento ántes de romper la aurora, cuando no se hacía camino de tarde al alba, y sueño á la luz del día; aumentábanse las filas con desertores y *matreros*, algunos de ellos acompañados de *chinas* crudas pero jóvenes, y no pocas agraciadas, que eran el regocijo del comandante; fabricábanse lanzas en las herrerías del trayecto, y se perseguía á los des-



tacamentos aislados que refluian hácia la capital para formar núcleos y resistir la embestida.

Todo aquello, á no dudarlo, traía alarmados á los defensores del sistema secular. Parecía estrecharse su círculo de acción, reducirse á un espacio sin holgura, pues de todos los vientos llegaban los siniestros voceríos de la gente sublevada.

Era que al grito de independencia, extraño, nuevo, seductor, hiriendo en lo vivo los instintos y halagando vagos anhelos, iba en repercusiones vibrantes estendiéndose por comarcas y desiertos.

A sus écos, los criollos respondían lanzándose á las armas; y hasta el salvaje en sus toldos levantaba la cabeza, para arrojar un alarido de guerra.

En medio de sus correrías y rápidos zic-zags por sierras y montes, supo Frutos que los vecinos de Maldonado se habian adherido al movimiento bajo las órdenes de Manuel Francisco Artigas; y en el deseo de presentarse ante el gefe superior que debía ya pisar el suelo de su país, con un contingente considerable, resolvió invitar á la reunión con las suyas, aquellas milicias, para emprender en seguida la marcha á través del territorio.

Ismaél ofrecióse como emisario. Continuaba su odisea borrascosa.

Habíase apoderado de él un afán insaciable de movilidad.

Aparte de sus hábitos de vida errante, parecía haberle trasmitido algo de su fluido vertiginoso la vorágine del tiempo.

Su natural indolente gozábase en las emociones de la aventura y del peligro, como si ellas le hicieran olvidar alguna pena negra.

Halagábale la posibilidad de volver á las riberas del Santa-Lucía con una partida gruesa de hombres

guapos, y de campar por allí á punta de hierro,—dejando solo á Diós que perdonase.

La travesía pués á Maldonado, le cautivó, en la esperanza de encontrar entre las gentes de los esteros y valles, quienes se resolvieran á entrarse en el riñón del país.

Esta véz como se verá, Ismaél estuvo certero.

Frutos dióle cinco hombres, entre los cuáles se distinguía por su cuerpo macizo nuestro indio Tacuabé.

Y dijo á Velarde, al despedirlo, señalándole al charrúa:

—Es de los pocos mansos. *Hacelo* rastrear el rumbo.

Tacuabé se había puesto delante, montado en un «oscuro» de planta vigorosa.

Ismaél siguió sus pasos, mirando de soslayo la robusta contextura de su camarada del estero.

Pertenecía en realidad á la misma raza indómita, cuyos últimos guerreros al escapar chorreando sangre de la matanza de la Cueva del Tigre, veinte años después, habian de decir al caudillo impasible, y entónces prepotente: *Mira Frutos, matando amigos!*—para perderse en las selvas del norte y librar el último combate á muerte, en el que su último cacique como trofeo de expiatoria hecatombe debía enastar en el hierro de su lanza las venas de Bernabé,—uno de los orientales más bravos que haya abortado la leonera de los caudillos.



XXXIV

En tanto ocurrían estos hechos en la zona del levante, hácia el centro del país tomaba proporciones el hervor revolucionario, venciendo resistencias y arrastrando á los hombres en su tumultuosa corriente.

Sacudíase todo el armazón de la colonia como una coraza vieja en el tronco de un esqueleto, al soplo de un « pampero » de borrasca.

Los gauchos de los ribazos del Arroyo Grande, habían seguido el ejemplo de sus compañeros de otros distritos, reuniéndose en grán grupo á las órdenes de dos paraguayos, Baltasar y Márcos Vargas, vecinos de Porongos.

El grupo era compuesto de hombres de entraña, avezados al encuentro, aguerridos en la pelea oscura, confundiéndose en las mismas filas los soldados de la antigua milicia, con los gauchos errantes.

Balta,—como llamaban al mayor de los hermanos sus compañeros,—era un tipo de empresa y de aventura, decidido y valeroso, que años después, perdido el rumbo en la furiosa oleada de aquellos tiempos, debía caer bajo las garras del primer tirano de su patria.

Cualquier terreno era adecuado para la pelea, entonces, en que un profundo sentimiento americano vinculaba estrechamente los espíritus varoniles. Concíbese así que Balta, oriundo del Paraguay, hiciera suya la causa de los orientales, y le siguiesen numerosos adeptos.

En esta partida terrible, figuraban cuatro hembras de un valor nada común.

No eran precisamente de esos seres que hacen sobrellevar con resignación sus fatigas al soldado, ó que se consagran á restañar sus heridas una véz retirados del fuego.

Ni vivanderas, ni enfermeras,—en la acepción más noble de estos vocablos.

Eran sencillamente rudos dragones, hábiles en el manejo del caballo y de la lanza ó el sable, vestidas de hombre, y capaces de ejecutar en las horas de prueba los mismos actos de un esforzado varón.

En el escuadrón volante gozaban de esa fama, y una de ellas había merecido las ginetas de sargento. Esta cruda amazona, llamábase Sinforosa. Con su boca de lábios finos y dentadura de loba, su nariz chata y sus ojillos de coatí, podía ser confundida con un cacique de raza, de esos que tenían tres pelillos por bigotes y algún perigallo en el cuello. Se imponía en la pelea, á la par de sus tres compañeras de aventuras.

Esta curiosa cuaternidad intrigaba el campamento.

Tenían ellas el capricho de darse á los que más habían sobresalido en el combate, sin distinción de clases, porque poseían la pasión del valor.

Eran como la zanga, la cascarela, el cinquillo y el renegado de un cuatrillo heróico.

Si descubría su hilacha ó fibra floja un cobarde en las filas, le miraban con desprecio, y le enseñaban alguno de sus pechos recogidos y enjutos, como indicándole que precisaba mamar en aquella ubre leche de fiera para mejorar su sangre de gallina.

En cambio, los valientes las subyugaban, y complacíanse ellas en colocárseles al lado en la carga y en el entrevero, recojiendo sus ternos y juramentos de corage para repetirlos luego en los fogones.

Los gauchos indolentes, desidiosos, de téz pálida y ensortijados cabellos, mirar osco, delgados, esbeltos, que peleaban á cuchillo cuando se les rompía el ástil de la lanza y no dejaban con vida al adversario en rabiosa lucha por el suelo, las tenían siempre detrás, para reemplazarlos en la brega, así que eran muertos ó heridos, y salir ellas mismas con la piél desgarrada por el puñal ó el sable, orgullosas de haber sentido las fuertes emociones del sangriento choque.

El humo de la pólvora y las notas del clarín, producían en ellas efectos semejantes á los de los caballos ariscos. Inflamábanseles los ojos y las narices; y en véz de hablar, resoplaban, sintiendo entre sus piernas la nerviosa ajitación de sus cabalgaduras, y dentro del pecho las sacudidas sordas de su entraña llena de fiereza.

No pocos dispersos ó rezagados morían á sus manos.

Concluido un combate, *en que la faena había sido dura*, se las veía entre los cadáveres y despojos, las piltrajas y la sangre caliente rodeadas de mastines, dando vuelta á los que habían caído de rostro para reconocerlos y hacer también su botin, que reducíase á veces á escapularios en los cuerpos despojados ya por los vencedores de sus mejores prendas.

Si notaban en las orejas de los muertos algún zarcillo de plata ú oro, de los que usaban entónces no pocos militares, no perdían el tiempo en abrir el resorte, y cortaban lisa y llanamente de un tajo

la parte aquella del pabellón; pues en ese *carcheo* había que andar á prisa. Tratándose de sortijas, se cortaba el dedo.

Carchar, ó sea despojar á los vencidos, muertos en leal pelea, ó en mitad de su fuga por la caballería de reserva, era el complemento necesario del triunfo. Los criollos eran pobres, combatían casi desnudos y se apoderaban luego de las prendas de sus adversarios, con razón más justificada que los ejércitos de línea, siempre mejor provistos y atendidos. En aquella edad del hierro y del heroismo no había recompensas halagadoras, fuera del ascenso y del *carcheo*. Los brazos no se ocupaban en otra faena que en esgrimir las armas, ó en afilarlas, y eso fué obra de más de dos lustros. La vida marcial desterró por diez años—lapso precisamente del ostracismo griego—el arado y el pico. Sangre y no sudor, regaba la tierra.

Una segunda naturaleza, un carácter nuevo con todas las asperezas de una formación tosca, se fundía en el viejo molde de la familia colonial, que se iba rompiendo con estruendo en todas sus piezas, abortando el tipo derivado y confundiendo las castas en una lucha común, sin rumbos bién definidos, ni aspiraciones subordinadas á un ideal fijo y luminoso.

Blancos, negros, mestizos, bronceados formaban en las mismas filas. Las mujeres de *raza* alternaban con los hombres de pelea; y de esta junción, de esta fraternidad del valor y de la audacia, de esta existencia azarosa y turbulenta que iba dejando dispersas sus semillas en un terreno removido sin cesar por los escuadrones en tropel, formábase paulatinamente aquel « espíritu nuevo » de que hablaba Fray Benito, cuyo gérmen cuajaba al azar,

librado á las fuerzas de la naturaleza y calentado luego por los instintos locales, lo mismo que un huevo de anfibio poderoso al calor de las arenas.

Las indias semi-civilizadas, los zambos de indios, los cambujos constituían una hueste numerosa en la nacionalidad que se fundía. Los *tupamaros* de la clase inferior cruzaban con ellos su sangre, y brotaban engendros con desviación más acentuada del tipo originario; solo en los focos de población importante se conservaba la pristina pureza, y hasta el hábito de antaño, de orgulloso predominio.

Así como el aduar del guerrero indígena era también el de la familia, había su mezcla singular de hogar y de vivac en los primeros ejércitos de la independencia.

Odios santos, sensualismos y amores, todo en ellos se refundía.

Las costumbres del desierto se ataban con el nudo de heroismo. Los párvulos solían nacer al ruido de los clarines, ó á poca distancia del estridor de la pelea, como engendros de guerra; y era su bautismo el humo de la pólvora.

Sinforosa resumía las propensiones idiosincrásicas del tipo nativo. No quería su tierra y sus campiñas sinó para los criollos, y transformábase en furiosa amazona en el campo de la acción, con un sable á la cintura y una lanza de moharra curva en la diestra.

Despreciaba las armas de fuego, porque el pedernal fallaba á cada instante. Con el hierro se medía bién el bulto y el golpe era más certero.

Mascaba tabaco y se entonaba con aguardiente. Jóven y robusta, no la rendía la fatiga, ni la abrumaban las largas marchas á caballo por la noche; marchas comunmente llenas de inquietudes y peri-

pecias, de avances y retrocesos, sorpresas y combates parciales, en los que se requiere vigor físico, valor y presencía de ánimo para imponerse á la aventura y al peligro.

Tenía sus liviandades y sus grescas de fogón, como sus compañeras; entónces, á semejanza de Aquiles cambiaba de tienda, y aún se escondia de noche en alguna cañada seca cubierta de pajizales, para burlar al trompa del escuadrón, su preferido.

Allí se mantenía arisca como un coatí, hasta la hora de diana.

XXXV

Ese su galán, se llamaba Casimiro Alcoba, y era un zambo de indio morrudo y alegre, color de cacao, ojos pequeños muy brillantes, boca grande con dientes de criatura, ancho de espaldas, y pié tan breve como el de una muchacha impúbera.

De un pié semejante, era por dónde Sinforosa había comenzado por enamorarse, en cuanto al detalle; pues la primera causal de su pasión, había sido la bravura con que el trompa la librára de la muerte en un entrevero.

Casimiro era el único clarín de aquella tropa de centauros. Había servido en un regimiento de milicias con Benavides, entónces cabo,—bajo el dominio español; y en aquella época, aún no lejana, había ensayado la trompa con éxito y también revistado en una banda lisa.

El instrumento bélico, lisiado ó inválido en varias partes del tubo, había sido sustraido de un cuerpo de

guardia de San José en dónde estaba arrumbado, por el mismo cambujo en la noche de su deserción.

Las soldaduras de estaño le quitaron luego el aspecto de flauta que ofrecía su cuello de bronce, y cuando Casimiro ponía sus anchos lábios en la embocadura, el instrumento parecía arrojar notas más agudas que en sus buenas épocas.

En las refriegas á sable corvo y lanzas de medialuna, Sinforosa á horcajadas en un cebruno entero solía gritar al cambujo en medio del choque de armas y caballos:

—«*Camero*!. . . *Meté* las pulpas en el tubo, mándria!

El bravo cambujo, á quién su hembra motejaba con el nombre de *Camero* acercaba á la embocadura sus gruesos lábios, que era como refundir una trompa en otra trompa, y salían entónces del retorcido bronce esas notas que convierten en furor el denuedo del soldado, y que los caballos contestan con enérgicos relinchos, trémulos, con el ojo encendido, los molares como engarzados en el freno y las crines sacudidas bajo el hervor de la sangre generosa.

Él se vengaba de las demasías de aquella vivandera formidable, llamándola *Sinfora*, y echándole en el botijo de «caña» fuerte, con que brindaba á los soldados del escuadrón, todo un cartucho de pólvora gruesa, de la que se usaba para carga de las tercerolas de chispa.

Verdad que él mismo se aplicaba frecuentemente la pena, echando un trago de aquel líquido abrasador en su garganta y que aún lo estrañaba de véras momentos ántes de entrar en pelea.—Lo que es á Sínfora, el licor le sabía siempre bién.

Los tres gustos de Casimiro se resumian pues, en estas tres cosas:

Sinfora, caña y pólvora.

Y era á mérito del primero, que él se había permitido poner á prueba la fecundidad de la amazona terrible, para que no se extinguiese «la casta». Tenía ella que dar buenos dragones. De ahí que Sinforosa hubiese engruesado notablemente, y esto había tenido su principio mucho ántes de que Perico el Bailarín y Venancio dieran el grito de libertad en Asencio.

A la sazón, Sinforosa se iba en bulto, y parecía á caballo con su cara chata, sus pechos salientes y su grán vientre una peonza con ojillos y verruga.

No demoró ella en disimular su obesidad falsa ciñéndose una faja; y se cinchó sin piedad, hasta disminuir casi en dos tercios el volúmen.

Esto apresuró el suceso, y las caderas empezaron á resentirse sériamente. Con todo, ella seguía en sus tareas habituales de campamento, recojía leña en el monte para su fogón, desollaba ovejas, iba al arroyo por agua, ataba los caballos á la estaca, ponía la carne en el asador, y aún se permitía algún soláz con los pujantes dragones, sin casco ni coraza, de Baltasar Vargas.

En cierto día, del alba al meridiano, el escuadrón hizo una jornada de diez leguas, á trote firme con lijeras tréguas, al solo objeto de dar resuello á las cabalgaduras.

Cuando se mandó acampar, Sinforosa que venía acosada por los dolores, siguió á prisa su marcha hácia unos árboles pequeños que hacían isleta junto al arroyo.

Casimiro, que aún no se había apeado, díjola al pasar:

—¿*Aónde vas juyendo* Sínfora?

Ella, que iba mascando tabaco, escupió con un visaje iracundo, desprendióse el botijo de aguardiente, que á manera de cantimplora llevaba atado á la cintura, lo dejó caer en el pasto, y contestó:

—*Mi apura er guachito*, sarnoso!

El clarin se echó á reir.

Ella prosiguió su marcha á trote largo, mostrando el puño.

Más adelante, dejó caer el sable corvo y la caldera y una calabaza de pico enorme y un pedazo de tabaco negro. Las angustias aumentaban.

XXXVI

Sinforosa no perdió por eso el ánimo.

La fiera amazona no podía arredrarse ante un fenómeno natural como el que sentía operarse en sus entrañas de indígena bravía.

Arrojóse sin ayuda del caballo, en un trecho de verde y abundante gramilla, casi encima del borde del arroyo, al reparo de los arrayanes en grupo; levantóse la pollera corta, hasta enseñar por encima de las rodillas dos piernas fornidas, algo *cambadas*, color de cobre; echóse en las yerbas dando una especie de rugido, ahogado por la energía indómita, y sacudió los brazos bajo su cabeza cubierta de greñas, con las manos bién abiertas y temblantes, buscando dónde cogerse.—La acometía un dolor agudo en las caderas.

Al fin, sus dedos tropezaron con un tronco de arrayán, y se afirmaron en él como dos tenazas.

El cuerpo de Sinforosa se agitaba y encogía á uno y otro lado en contorsiones violentas: pero

ella pugnaba por dominar el trance; y, con los ojos cerrados, había como hundido en su lábio inferior sus dientes pequeños, blancos y filosos, para sofocar el quejido y aumentar el esfuerzo.

Por dos veces creyó triunfar, y otras tantas se retorció.

Algunos minutos quedóse inmóvil, como muerta. Luego se estremeció, arrancóse la *vincha* entre temblores, volvió á aferrarse al tronco hasta hacerse un arco, y de pronto, lanzó un grito, echando á un lado la cabeza. Algo se removía al alcance de su brazo en medio de vagidos; más, Sinforosa, dejóse estar quieta por largos momentos. Sabía ella bién que lo que allí se movía era un criollito *berrendo en negro.*

Solamente abrió los ojos al graznar de un cuervo de cabeza calva, que intentó abatirse sobre el grupo.

Entónces, ella se puso sobre los codos, apretó los lábios colérica, y escupió hácia arriba.

El cuervo pasó con las álas tendidas, mirando abajo, entreabierto el curvo pico, como si hubiese atisbado desde muy alto una presa segura.

Sinforosa se acomodó despacio maniobrando á su manera; incorporóse en parte, irguiendo el cuello; echó su zarpa corta y gorda á la criatura; fuéla atrayendo poco á poco hasta colocarla á un lado y la cubrió con el girón de poncho ó bayeta.

Después de este esfuerzo, quedóse boca arriba, y se durmió.

Despertáronla al cabo de dos horas, las notas del clarín.

Sinforosa sintió quebranto y un grán calor.

Los tábanos zumbaban por doquiera, y uno de ellos se le había prendido en la frente, en dónde aún

se solazaba su trompa. Sinforosa se dió un manotón con ira en la parte dañada, y el tábano cayó muerto, dejando en aquella un coágulo de sangre roja.

En seguida, este puma hembra alargó el brazo hasta el borde del arroyo que como hemos dicho, estaba muy próximo; hundió la mano en el agua, y como satisfecha de su grado de templanza, cogió el párvulo, arrastróse un poco hácia el ribazo, y, tendida siempre de lado, empezó á bañarlo por entero.

Sin hacer caso de sus gritos plañideros, lo sumergió dos veces en el arroyo, y frotóle el cuerpecito color de tabaco, con la misma bayeta que le había servido de envoltorio.

Cubriólo luego con el lienzo con que ella semanas ántes se fajara el vientre, y lo arrojó en el pasto dónde rodó como un gusano de parra.

Después, ella se arrojó al arroyo y se bañó.

Casimiro en tanto, se había acercado á un *rancho ó puesto*, de allí distante una milla, en procura de alguna espiga de maiz ó de un poco de yerba-mate con que proveer á su mísero vivac.

Una vez allí, solo pudo aplacar la sed en un piporro ó botijo de barro sin asa, pues en el *rancho*, habitado por dos mujeres y tres ó cuatro chicuelos descalzos que andaban mezclados con los mastines, no había más yerba en ese dia que para una *cebadura*.

Una de las mujeres dijo al cambujo que «su hombre», á la sazón ausente, traería provisiones en esa tarde, y que si él quería volver para entónces, no le faltaría con qué merendar.

Casimiro agradeció; y, ya se iba, cuando vínosele algo á la memoria.

Llamó aparte á la mujer, rascóse entre la melena

lácia y polvorienta, echóse el clarin á la espalda, y por fin díjole algo á media voz señalando el grupo de arrayanes, cuyas copas se divisaban sobre la línea de una lomada baja.

Repuso la paisana, al oirle:

—Por *projimidá* se ha de hacer. ¿En el *playo*, dice?

—*Mesmito*. Y Dios se lo pague, *doña*.

El combujo regresó en seguida al campamento.

Media hora despues, Casimiro se embocaba el clarin viejo para tocar marcha.

Soplando con todo el vigor de sus pulmones junto á su gefe, en movimiento ya el escuadrón, echó una última mirada al grupo de arrayanes.

Sinforosa, que despues del baño se había tendido en el pasto, sintió el toque de marcha,—como todos los de clarin, por ella bién conocido.

A sus écos marciales se incorporó de súbito y púsose á temblar, tendiendo el brazo con el puño crispado como amenazando á un enemigo invisible.

Y á medida que los sones se alejaban para cesar bién luego, y que sintió estremecerse el suelo bajo los cascos de aquel trozo de caballería guerrera, de ginetes de *vincha* y brazo arremangado, espesas barbas y revueltas melenas, cuyas enormes espuelas al trotar en la pendiente hacían una música feróz, enderezóse, hasta quedar sentada; arrancó furiosa con ambas manos la yerba que arrojó, haciendo una mueca de máscara hácia el rumbo del escuadrón, y dejóse caer desvanecida en su lecho de tréboles y gramillas.



XXXVII

Dejamos á Ismaél y sus compañeros camino de Maldonado, en busca de las milicias sublevadas.

En sus largas horas de marcha, Velarde encorvado en su cabalgadura, mantúvose silencioso con la mirada vaga perdida en el verdegay de las *cuchillas*.

Sin dejar de ser brusco, sensual y atrevido, el jóven gaucho tenía la imajinación ardiente y la índole un tanto apasionada. No olvidaba los afectos, ni los ódios.

Todo ello era propio de su raza y de sus hábitos; se lo habian dado el orígen y el clima, la vida errante y la soledad triste.

Reconcentrado y arisco, tenía muy vivo en la memoria el recuerdo de los sucesos de la estancia de Fuentes.—Acordábase de aquellos tiempos de sus amores, cuando cruzaba el campo á media rienda entre los gritos del *chajá* y los silbidos del ñandú, para sofrenar en la enramada al caer la noche; ó cuando contra toda costumbre recorria á pié algún arenal caliente, clavándose espinas de la cruz más duras que espuelas de domar, para cojer un *camuatí* ó *lechiguana* nueva, que colgar en la cocina, sin decir palabra; ó cuando acosado por el celo y la rábia se metía en el monte é iba arrancando al paso habas del aire para tirárselas en montón á algún «carpincho» lerdo. . . .

Y también recordaba que á la vuelta, después de las horas robadas en siestas al trabajo se arreglaba

con primor el pañuelo al cuello, terciaba el ála del chambergo para lucir la melena, hacía con gracia un nudo en la cola del «pingo», y para ponerle airoso lo lanzaba á un rigor de las «lloronas» sobre algún gamo como él vagabundo que alzaba sus cuernos á la orilla del bañado. . . .

Veníansele después otras cosas á la memoria. La noche aquella en que Felisa fué á la tahona y él comenzó á preludiar, sin saber por qué—como un pájaro que oye cerca el aleteo de la hembra, cayéndosele la guitarra de las manos y «entrando á encariciar á la moza» con toda la fuerza del querer, hasta que vino el mayordomo á quemarle la sangre «en mitad del gusto.»

De todo esto y mucho más se iba acordando Ismaél, y, preguntábase qué habría sido de la pobre *china*, después de su brega con Almagro, á quién él tendiera en el suelo de una puñalada.

De aquel rumbo, pocos venían. García de Zúñiga y Fernando Torgués no habian dejado más que viejos é inválidos en los *ranchos* y «pueblitos» de ese pago. Por eso mismo Ismaél anhelaba incorporarse á una fuerza cualquiera que se dirijiese á allí; lo trabajaba algo como un disgusto de ausencia, una nostalgia de pago cada dia en aumento.

Los males del cuerpo tenían á veces sus remedios; y valían contra «el daño» la zarza y la cepa, la «marcela» y el «tártago». El «guaycurú» ofrecía alivios, el «cambará» consuelos,—la yerba de las piedras era como un aliento de ánima bendita en los lábios de las úlceras.

Pero, aquel ánsia casi brutal que él sentía al recordarse del goce ¿qué *güena* bruja lo aliviara?

Las aventuras, los riesgos, los ruidos de la guerra que de todos lados le llegaban en su travesía azarosa, encargábanse de contestar esta pregunta.

Todo parecía conmovido en los distritos de la costa.

En esos dias habíase producido efectivamente el alzamiento de las milicias del éste, las que, obedeciendo al impulso incontrastable de la iniciativa revolucionaria, habían entrado á la acción sin pérdida de tiempo, apoderándose de Maldonado,—la vieja ciudad colonial, asentada entre áridos arenales, como símbolo exacto y fiel del sistema.

Esta sacudida había sido el resultado de los trabajos emprendidos por Manuel Francisco Artigas, hermano del jefe de blandengues, segundado en sus propósitos por algunos hombres influyentes de aquella jurisdicción. Entre estos resueltos auxiliares debe mencionarse á Machado, Pimienta, Perez y Bustamante,—quienes, como los demás vecinos de importancia de otros puntos del territorio que habían cooperado á las insurrecciones parciales con sus personas y dineros, abrigaban fé en el prestigio y en la autoridad que ejercía en el país D. José Gervasio Artigas.

XXXVIII

Después de largas marchas pausadas, Ismaél y sus compañeros penetraron en lo árduo de la región montañosa regada por hondos canales y lagos, cubierta de morros y crestas, valles profundos, esteros y ciénagas interminables, eslabones y estribaderos erizados de riscos, por cuyas sajaduras y barrancos rodaban gruesos caudales entre espumas mujidoras.

Varias veces perdieron el rumbo, en medio de

aquellos conos azules, escarpados cerros y red de vertientes; y tuvieron que desandar el camino, para extraviarse de nuevo en una mañana brumosa cerca de las ásperas faldas de Pan de Azúcar.

Resolvióse hacer allí alto, en tanto Tacuabé descubría el terreno en el flanco que aparecía despejado, y por el que, según pronto lo advirtieron, cruzaba la carretera ó camino real.

La niebla era muy densa, y no permitía descubrir los objetos sinó á breves pasos. Unida á las brumas naturales del suelo peñascoso, formaba una de esas capas nutridas que á veces solo la fuerza del sol de meridiano puede deshacer. El viento parecía dormido.

Tacuabé fuése adelantando con lentitud por el llano, echado sobre el cuello de su «oscuro».

En esa posición, recorrió más de doscientas varas sin tropiezo alguno, por un suelo que iba perdiendo sus asperezas, y debía extenderse al frente en suaves ondulaciones, á juzgar por el trayecto andado.

De improviso, el indio sujetó su caballo, que había parado las orejas en perfectas paralelas volviendo el pabellón á vanguardia, y dado un soplo fuerte con las narices.

Deslizóse en el acto del lomo con la agilidad de un gato, y tendido sobre el vientre, miró adelante.

Al rás de la tierra, la niebla un tanto elevada permitía distinguir á pequeña distancia los extremos nferiores de los objetos, troncos de arbustos, y aún cascos de caballos.

Estos cascos no eran pocos y se perdían allá en lo denso de la niebla, regularmente alineados, y movíanse impacientes, como si soportasen el doble peso de monturas y ginetes.



Si Tacuabé hubiera sabido contar ó calcular con claridad y precisión, habría estimado en veinte y cinco ó treinta el número de caballerías, allí quietas.

Otra circunstancia interesante pasó desapercibida para el rastreador; y era la de que estas caballerías estaban divididas en escalones sobre una lomada, cayendo las últimas líneas en el declive como en un plano inclinado, cual si se hubiese querido así ocultar el grueso de la fuerza.

Tacuabé puso el oido en tierra.

Llegó á percibir roce de sables en sus vainas de metal.

Desvanecidas así sus dudas, saltó en el «oscuro», y volvióse á la falda abrupta.

Las piedras que iban reapareciendo á su paso de retroceso, encamináronle con leve desviación al punto de partida.

Ismaél y sus compañeros se encontraban ya á caballo, aguardando su regreso.

El indio cojió callado su lanza clavada en el suelo, púsole en la moharra con los dedos que se metió en la boca, un poco de salíva, y señaló en seguida la dirección del peligro.

Ismaél comprendió. Pero se mantuvo quieto.

Comenzaba á soplar en ese momento una brisa fresca del éste, que introdujo sus álas en la niebla, y cómo un vértigo de torbellinos y volutas.

La bruma se arrancó en espirales, y clareó á trechos.

Allá, en el fondo del valle, percibióse entónces por un instante un trozo ó ála de caballería, con uniforme realista,—visión que ocultóse de súbito trás la sábana de niebla; y de esta parte, en la loma, por encima del blanco sudario que se disten-



día por segundos al roce de la brisa, llegáronse á ver como fantásticos gallardetes ó banderolas de lanzas, que flotaban en una zona ya límpida á manera de porta-guiones de un escuadrón aéreo.

Luego corrióse, ménos densa, la cortina de vapores; y á poco enroscáronse unas con otras las volutas en caprichosos giros, levantándose dos varas del suelo, quedando á la vista las colas y ancas de ocho caballos en fila,—que era la última de la hueste en escalones.

Cubrió el velo otra véz, cuerpos y moharras; revoloteó en las cabezas ya convertido en tul transparente; y remontóse al fin en largos cendales, hasta dejar en descubierto la masa de hombres y cabalgaduras.

Cual si hubiesen cedido á un impulso eléctrico, Ismaél y sus cinco compañeros formaron fila, y fueron á colocarse á retaguardia de la partida de independientes, cuya procedencia ignoraban.

Abrióse apénas en el valle la bruma, rasgándose en anchos girones, cuando un clarín lanzó la nota aguda de «atención», y en pós de ella el toque de «carga».

A esa señal, el destacamento se arrojó sobre el enemigo formado en el llano; y produjose un choque sostenido y sangriento.

Los escalones deshechos en la carga, rehiciéronse en pocos minutos á retaguardia de la fuerza realista poniendo en fuga su reserva; y á media brida volvieron cara, cargando de nuevo sobre el grueso, en tremenda confusión de lanzas y sables, encuentros y volteos.

El clarín sonaba ronco en medio de los gritos de rábia y del crugir de los aceros.

Tacuabé rodaba por las yerbas á brazo partido

con un soldado de casaca azul, cuyos botones blancos le habían llamado la atención; Ismaél, desmontado por una rodadura de su alazán en el declive, defendíase con la lanza en rápidos molinetes contra un grupo de adversarios tenaces, que habíanle ya teñido de sangre el cuerpo en varias partes; cerca de él, yacían rígidos dos de sus compañeros, con hondas heridas en el pecho, y las bocas entreabiertas todavía, como sinó hubiese concluido de escapar á ellas el último grito del coraje; y en el centro de la pelea, revueltos en deforme montón hombres y caballos, hacían retemblar el suelo del valle, arrancando profundos écos á las concavidades de la sierra.

Ismaél, rendido y jadeante, sintió derepente quebrarse en sus manos la lanza.

Empuñó el fragmento armado del hierro, y tentó entónces abrirse paso precipitándose sobre el más próximo de sus enemigos; pero éste, evitando el encuentro con un salto de su caballo, asestóle un golpe en el brazo con tal violencia que el sable cayó de lomo, haciendo escapar el rejón ensangrentado de la mano de Velarde.

La rueda se estrechó en el acto, y todas las moharras se dirigieron á su pecho.

En aquel instante, un ginete rompió impetuosamente el círculo formado por el grupo de lanceros, derribando á uno de éstos mal herido.

El resto se arremolinó indeciso.

El nuevo combatiente, mocetón fornido, de ancho dorso, piernas vigorosas bién ceñidas al recado, brazo corto y nervudo, mirar bravío bajo pobladas cejas, curvo sable, aire impávido de feróz denuedo, arremetió al grupo revolviéndose con su bridón.

A un golpe de su sable un cráneo fué hendido,



cayendo el adversario por las ancas sin soltar la lanza hasta rodar por tierra; los demás retrocedieron confundiéndose en breve con el grupo.

El ginete sujetó su caballo, y dió una carcajada homérica, bajando con el sable su brazo desnudo, cubierto de sangre y polvo. Pasólo así por la frente sudorosa, dejando en ella rojizo surco, y dijo como embriagado por el tufo de la matanza:

—*Despená esos godos. . . .* En el bajo *arroyan!*

Ismaél se precipitó daga en mano sobre uno de los heridos que se había levantado, sepultándosela dos y tres veces en el cuerpo hasta rendirlo sin vida; y cayendo en el acto sobre el otro, sin darle tiempo á incorporarse le cortó el pescuezo como á un carnero. Saltó en seguida en un caballo que el jinete había logrado cojer del cabestro, apoderóse de una lanza de los caídos, y arrancándole la banderola realista, preguntó con acento ronco:

—Cómo es su apelativo?

—Juan Antonio Lavalleja—respondió el jinete, con aire de simplote campesino.

Ismaél se le juntó callado, y los dos arrimaron espuelas.

En ese momento la partida enemiga huía dispersa, tirando sus armas en el camino; y el trompa de los independientes tocaba «á degüello».

XXXIX

Hácia el rumbo á que se encaminaba Balta, alzábase como un clamor confuso de guerra. Otros escuadrones y otros caudillos buscaban la cohesión en los distritos del centro, que era dónde el ene-

migo mantenía tropas regladas y se aprestaba al combate. Fuerte corriente de viriles entusiasmos cruzaba el territorio, hiriendo en lo vivo la fibra popular. Y así como habían adherido entre otros á la insurrección, el capitán Jorge Pacheco en Paysandú, Vazquez en San José, Ojeda en Tacuarembó, Pintos y Laguna en Belen, Delgado en Cerro-Largo, Marquez y Zúñiga en Canelones, Torgués en el Pantanoso, Basualdo en Lunarejo, Manuel Artigas había á su véz reunido todos los mocetones de la zona del nordeste, armándolos con cuchillos enastados en varas toscas, algunos trabucos y tercerolas que, con ser armas más reforzadas que la carabina, sólo servían para hacer renegar á los milicianos de la invención de la pólvora. Bajo las órdenes de ese arrojado teniente, la partida había abandonado en los primeros dias de Abril las márgenes del Casupá, corriéndose más hácia el centro y propagando á su paso la fiebre de lucha.

A la puerta de cada *rancho*, los hombres, ya á caballo, se despedían de sus mujeres y volvían riendas sin escuchar sus ruegos para lanzarse al galope hácia aquel punto del horizonte dónde la polvareda, como un guión flotante en el espacio, indicaba á lo lejos el paso precipitado de la hueste.

De los montes que bordaban arroyos y rios, surgían de improviso centauros de espesas greñas, altos y morrudos, que en ardorosa carrera iban á engrosar la columna entre gritos de fraternal regocijo.

Los paisanos viejos sentían en su sangre como una llamarada de juventud, y saludaban la milicia á su tránsito, dirigíendo á todos rumbos sus ojos. azorados ante aquella *sulevación* imponente.

A grupos solian pasar cantando algún aire de la tierra gauchitos imberbes, por delante de las mu-

jerachas angustiadas, que fuera de sus *ranchos* contemplaban el tropel; y á la vista de esos voluntarios que apénas podian con las lanzas, cuyos cuentos arrastraban por el suelo, levantaban sus manos juntas con una invocación á la «vírgen santísima», que iba á confundirse con el himno semi-salvaje de aquella prole dispersa atraida por el estrépito de las armas cuando recién empezaba á vivir.

En grán parte de esos distritos quedaban los ganados sin pastores, las estancias sin caballos y las mozas sin «requiebros.» Los más bizarros mancebos del pago se iban en busca de aventuras guerreras, sin acordarse de sus alegres *beiles*, *pericones* y cielitos, ni pensar tampoco que la pelea, salvo algunas treguas reducidas, debía durar cerca de diez años á sangre y fuego, como en los cuentos de brujas y gigantes. Remolones y valientes, *matreros* y hacendados, todos formaban en las mismas filas, y sentíanse animosos ante la actitud resuelta de su capitán.

Manuel Artigas, ayudante del general Belgrano en las tristes jornadas de Tacuarí y Paraguarí, y primo del futuro gefe de las huestes, era un oficial distinguido y culto que tenía, á mas de su coraje, el prestigio del apellido, pronunciado por todas las bocas en aquellos años tumultuosos, desde las costas del Plata hasta las más lejanas fronteras, como el de un hombre activo capáz de las empresas más audaces.

Su milícia, que iba engrosándose á medida que salvaba las distancias, dejando en pós de sí como un rumor de marea, debía encontrarse pronto con la tropa de Balta. Esta, en unión con la de Benavides que acababa de rendir el Colla, venía en marcha hácia el centro.



Por algunos días rodó esta columna sin hallar aliciente á su fiereza, hasta que una mañana de Abril al cruzar el rio San José, encontróse con una fuerza realista tendida en batalla frente al paso del Rey.

Una bala de cañón, que pasó gruñendo por un flanco sin producir estrago alguno, recibió á la hueste. La pieza que la había vomitado estaba sostenida por un trozo de infantería reglada al mando de los oficiales suporiores Gayón Bustamante, Sampiére y Herrera, que el general Elío había destacado de Montevideo para evitar que tomara proporciones el alzamiento de las milicias.

Las lanzas se levantaron por encima de las cabezas como respuesta al saludo del cañón; rompieron fuego las tercerolas en guerrilla, y á un toque de Casimiro, tendiéronse en álas los escuadrones.

Los Voluntarios de Madrid por su parte, abrieron fuego por hileras, la pieza de artillería escupió algunas metrallas, las balas de fusil hicieron diversos claros en el centro; pero á un amago de carga á fondo de la hueste, agitáronse los guias y la tropa española emprendió en órden hácia la villa su retirada.

El clarin de Balta tocó paso de trote. La línea se movió entre roncas aclamaciones. Un escuadrón de tiradores en despliegue picaba la retaguardia al comando de Diego Herrera, cuyos soldados mordían tranquilamente el cartucho, hacían sus disparos y continuaban la marcha.

Así batiéndose, los Voluntarios de Madrid penetraron en la villa de San José; y en su plaza y azoteas se prepararon á la resistencia. La fuerza de los independientes rodeó los parapetos.

Por dos dias con sus noches se oyeron detonaciones y tumultos, sin que el destacamento del tercio circuido por un cinturón de lanzas, manifestase signos de cejar.

Pero en la última tarde, trás una marcha forzada, Manuel Artigas, al frente de su caballería cayó al asedio; y, cambiadas algunas frases concisas y enérgicas con los otros dos capitanes, resolvióse el ataque á primera luz de la mañana.

Al llegar el día, efectuáse el avance hácia la plaza por las calles paralelas, y dáse principio á un combate que debía durar cuatro horas.—La hueste no se arredra ante el fuego graneado; y los huecos en las filas se recubren con otros combatientes.

Una compañía desplegada en cazadores detrás de la plaza, quema con sus descargas al escuadrón de Balta: de las *peladillas* que cruzan roza una el pómulo saliente de Casimiro, dejando allí un surco rojo, en momentos en que el amante de Sínfora lanzaba la nota de «atención».

El trompa «mosquea».

La pieza de artillería dá un ronquido, silba con ruido estridente un tarro de metralla haciéndose cién fragmentos al rozar en un muro, y derriba por el suelo ensangrentado á Manuel Artigas.

La hueste se arremolina, se inquieta, vocea iracunda, los caballos ariscos se encabritan y algunos hombres son lanzados de los lomos en medio de un granizo de balas.

—*Tocá degüeyo*—dijo Balta.

XL

Camero, como le llamaba Sinforosa, lleva el clarín á la boca é hincha la pulpa; pero al arrancar al instrumento los terribles sones de la matanza, una bala se lo troza por el cuello y en el choque le quiebra dos dientes.

El escuadrón con todo, se había movido impetuoso.

Casimiro tira el fragmento de la trompa que quedaba en su mano, desnuda la daga y con la sola espuela que tenía en el pié desnudo aguijonea su caballo que se abalanza despavorido en la humareda.

Ya encíma del cerco, el clarín descubre á un lado la pieza y á un artillero con la mecha encendida: la hueste cargaba en nutrido montón, y la descarga iba á sembrar la calle de sangrientos despojos.

Camero no trepida; é iba ya á arrojarse al suelo, cuando su caballo recibe un proyectil en la cabeza que lo derrumba inerte. El clarín rueda junto al cerco como una peonza.

La carga flaquea, y los primeros escalones vuelven bridas.

De uno de ellos se desprende sin embargo, un ginete macizo y algo rechoncho montado en un tordillo de arranque; quién en véz de seguir el ejemplo, se precipita al cerco con la lanza enristrada, sepulta el hierro en el vientre de un soldado que iba á destrozar con la culata de su fusil el cráneo de Casimiro, y en su ímpetu se estrella contra el obstáculo cayendo con su cabalgadura al lado del cambujo.

Este había recibido un hachazo en las cejas y colgábale la piel sobre los ojos como un velo de carne negra.

El acero brillaba en su puño, moviéndose siniestro en el vacío. Habíase mojado dos veces en alguna entraña.

El del tordillo se puso de pié, tentando recoger su lanza, que no era más que una caña con una hoja de tijera de esquila.

Alzóla con la mano izquierda, y alargando cris-

pada la diestra hácia el cantón barbotó un grito de rábia.

Casimiro pasóse los dedos por los ojos, cuyas pestañas había pegado un cuajarón de sangre, revolviéndose en el suelo como un jaguar herido en el codillo.

Sonó una descarga.

El compañero del clarín dió una vuelta sobre sus talones, llevóse la mano al pecho, y se desplomó de boca encima de él, resoplando.

Ciego y aturdido, con aquel peso sobre su vientre, Camero cesó de moverse.

En su tronco al descubierto por delante, pues que solo lo resguardaban una camisa y una blusa sin botones, sintió él que de aquel cuerpo le caía y bañaba un licor caliente, como la sangre que diluia á coágulos de sus ojos la cuchillada feróz.

El plomo seguía silbando á todos los rumbos y á intérvalos el cañón mezclaba su voz al fragor del combate. Camero tenía el oido como atrofiado por el golpe; pero así mismo percibía furiosos galopes en medio del tiroteo, y los ècos del trompa de Benavides que parecía contestar á lo léjos los redobles del tambor de la defensa.

Nadie se había acercado al sitio en que él y el «otro» estaban tendidos, y sin duda los creerían muertos.—Las gotas calientes, aunque ya ménos abundantes, seguían cayéndole en las carnes; por lo que él llegó á inferir que su bravo compañero se habría guardado una metralla entera en los riñones.

De repente apercibióse que el fuego se había apagado en los dos campos; y que á este silencio se sucedía un tropel de caballos, cuyo ruido aumentaba por momentos, hasta cesar á poca distancia del cerco.

Un clarín había dado el toque de «alto».

—Los «godos» no *trujieron* trompa,—se dijo Camero.

Acababa de hacer esta observación mental, cuando el cuerpo asentado á plomo sobre su pecho, dió una sacudida retorciéndose con fuerza, y trás ella lanzó un estertor, siguiéndose el hipo de la muerte. Al esfuerzo, escapóse de la herida un chorro de sangre espesa y negra que hizo llegar á las narices del trompa un vapor cálido, empapándolo hasta el vientre; y luego se quedó inmóvil.

El silencio continuaba.

De pronto los tambores tocaron «á formar», y el clarín revolucionario lanzó á pocos pasos de Camero el toque de diana, y luego el de marcha entre víctores ruidosos.

Era que la fuerza del tercio realista, con sus gefes y oficiales á la cabeza, se rendía á discreción, y la caballería de Benavides (1) desfilaba en columna á ocupar un flanco de la plaza, en tanto que Balta (2) y

(1) Venancio Benavides, una véz producidas las graves diferencias que separaron para siempre á Artigas de la Junta, siguió al servicio de ésta con el grado de teniente coronel. Después de la campaña del año XI á que nos referimos,—y en la que le cupo participación sobresaliente por las acciones del Colla, San José y la Colonia, abandonó su país y fuése á servir en las provincias del norte, á las órdenes del General Belgrano.—Tuvo en este campamento un disgusto con su gefe inmediato, y pasóse entónces á las tiendas del enemigo, en momentos que el desastre de las fuerzas de Cochabamba daba alientos á la causa del rey. El general Tristán le dispensó buena acogida.

Encontróse desde luego en las dos batallas que se libraron, bajo las banderas españolas; y en la de Salta, cuando se esforzaba por alentar á sus compañeros espada en mano, una bala le rompió el cráneo, «guardando en su rostro—según las palabras de un historiador—el ceño terrible con que le encontró la muerte.»

(2) Este oficial activo y valeroso montaba la grán guardia avanzada en el asedio de Montevideo del año XII, cuando fué sor-

Quinteros procedían al desarme de la tropa española.

Casimiro se incorporó violentamente, apartando el cadáver que le oprimía el esternón, al que hizo rodar hasta sus piés. Una véz sentado, y siempre con un grán zumbido en las sienes y orejas, metióse los dedos en la boca en cuyas encías sentía también un dolor agudo; mojólos en la saliva sanguinolenta, y púsose á humedecerse los ojos, hasta limpiarlos de los coágulos que habían como soldado sus párpados y pestañas.— Los abrió y cerró varias veces, pugnando por suavizar el ardor de la inflamación; y, cuando ya pudo ver un poco claro á través de un velo rojizo, su primer mirada fué para el compañero de pelea, que estaba allí, tieso, con los ojos y la boca muy abiertos, desprendido un pedazo de poncho *vichará* que le había servido de abrigo y al aire una camisa andrajosa, con parte del pecho bañado en sangre.

Al mirar aquel cuerpo, el clarín dió un salto y restregóse de nuevo los párpados, como si su vista le hubiese engañado.

Después se arrastró en cuatro manos hasta el cadáver, á cuyo rostro frio y lívido que conservaba en el lábio torcido una última expresión de soberbia, acercó bién el suyo, espantosamente desfigurado por el sablazo; y como olfateando en la boca del

prendido por la tropa española que atacó á los patriotas en el Cerrito y hubo de alcanzar la victoria á no ser la bala que postró en la falda mortalmente herido al bizarro Brigadier Muesas.—Vargas, aún sorprendido, se resistió, y fué desarmado.—Había vuelto su espada contra Artigas, como casi todos los caudillos que recibieron en su tiempo grados y honores de la Junta; y, más tarde, complicado en un plán oscuro en su suelo nativo, murió en el banquillo, por órden del Dictador Francia.



muerto un resto de vida, exclamó lleno de profundo asombro:

—Sinfora!

Y se quedó mirándola con aire estúpido.

XLI

Aquel cadáver era el de Sinfora, en efecto. Un proyectil le había entrado por el seno derecho rompiéndole una vértebra dorsal á su salida; y en el extremo de su mamaria inflada y fecunda asomaban algunas gotas de jugo lechoso casi mezcladas con el cuajarón sanguinolento.

¿A qué circunstancias se debía la presencia de Sinforosa en el combate, y cómo había conseguido ella incorporarse á la hueste después del suceso en el montecillo de arrayanes?

Es lo que pasamos á explicar.

Quince días habían trascurrido, desde aquel en que el escuadrón de Balta se moviera de las alturas del Arroyo Grande, en busca de su cohesión con la milicia de Manuel Artigas, cuyo movimiento en Casupá y Santa Lucía llegó á noticia de Vargas en la tarde á que hacemos referencia.

Antes de caer el sol de ese dia ardiente, las pobres mujeres del *rancho* á que se había acercado Casimiro se hicieron cargo de Sinfora y de su hijo, acomodándola en una cocina de paredes negras y techo de paja agujereado por las goteras.

Sinfora halló todo muy bién, y pareció conformarse durante unos días con esa vida de reposo, tratando á su «cachorro» con el desapego propio de su espíritu bravío.—Una de aquellas mujeres, que

acababa de perder su «angelito», miraba con estupor el desabrimiento de Sinforosa, y solía dar su pecho al vástago de Casimiro cuando la madre se obstinaba en no complacerlo.

Una mañana pasaron por allí tres gauchos, y pidieron permiso para asar un costillar que traían, en la cocina.

Despues que merendaron, Sinfora oyó que uno de ellos hablaba de Balta, añadiendo que buscaban incorporarse á su fuerza, lo que sería posible de allí á dos días.—Ella fuése á ensillar en silencio su caballo, que apartó del corral en que estaba encerrada una pequeña manada de yeguas; y regresando al rancho, dijo á los gauchos que se ponía en marcha también, porque en el escuadrón de Balta iba «su hombre», que era el clarín Camero.—Los hombres melenudos riéronse con sorna, y aceptaron la compañía.—Sinfora enastó entónces en una caña una hoja de tijera de esquilar, que con otros trebejos estaba arrumbada en un rincón de la cocina, ciñéndola fuertemente con largos *tientos* de piel vacuna.—Los gauchos, que vieron ésto, miráronse unos á otros con aire sério,—y á la *china hombruna* con cierto respeto.—Encargó ella su indiecito á la mujer que solía lactarlo,—que Dios se lo tendría en cuenta; y ántes que el sol quemase, desapareció del sitio con la gente vagabunda.

A los tres días de marcha, el grupo tropezó con la hueste de Manuel Artigas, que venía á trote y galope al ruido del escopeteo y del cañón en San José, y siguiendo su retaguardia, á lo léjos, penetraron por la noche á altas horas en la línea del asedio.

Era la intención de Sinfora «pelear» rudamente á Camero; pero, en las cortas horas que prome-



diaron entre su llegada y el ataque, no tuvo ella ocasión de ponerse encima de «su hombre».

Pasóse al escuadrón de Balta al rayar el día, y desde la sexta fila vió á Camero á la cabeza, y cómo le maltrataban las «gruñidoras», hasta romperle la trompa en su *trompa* misma.—Y cuando, ántes que eso ocurriera, el cambujo tocó á degüello y se lanzó luego al cerco por delante del escuadron bramando de coraje, Sinfora prorrumpió en un alarido y se abrió paso entre los escalones en desórden en el amago de carga, atropellando caballos y ginetes, hasta ir á estrellarse en las cadenas del cerco que ella no vió por el humo de la pólvora.—

Ahora, estaba allí muerta en buena lid, como había caído el brillante y culto oficial Manuel Artigas; arrastrada por la pasión del valor, con su camisa hecha hilachas y el chiripá lleno de abrojos, polvorientas las greñas y destrozado el pecho, casi al pié mismo del cañón enemigo.—Era ella como la imágen de la casta intermedia, el tipo del elemento crudo que ungía con el sacrificio heróico la existencia nueva que se abría á mejores destinos!

Camero seguía mirándola con su gesto de idiota.

Un ginete acercóse al grupo, clavó su lanza en tierra y desmontóse rápido.—Quedóse contemplando un instante el cuerpo de Sinfora cuyas ropas acomodó con aire compasivo; y mordiendo el barboquejo como para reprimir un sentimiento de pena, exclamó enérgico:

—*Ai júna china brava!*

Aquel miliciano, era Aldama, el aparcero de Ismaél.

El clarín alzó la cabeza con su colgajo sangriento sobre los ojos, los que clavó en el recién llegado; y púsose de pié, sin decir palabra.

Después, volvió á dirijir aquellos al cadáver.

Sinfora tenía atada á la cintura una calabaza larga y angosta, á modo de cantimplora, llena de «caña» fuerte.

Aldama se desprendió el pañuelo del cuello, y se lo ciñó bién en la frente al cambujo, diciendo:

—Más de alma *jué* el trompa!

Camero dejó hacer.—Aldama se inclinó en seguida, desprendiendo la calabaza de la cintura de la muerta. Echóse luego en la palma de la mano un poco del líquido alcohólico, y humedeció con él el vendaje, por encima.

Tosió un poco, se empinó el pico de la calabaza y saboreó el trago con alguna carraspera, murmurando:

—Pobre *Sinfora*, era *güena mujer*.

Camero tomó la bota de *mate* y contemplóla triste.

Pasóse la manga por los ojos, y volviendo la espalda,—sin duda para que *no le viesen* aquellos de Sinfora, pequeños y ántes tan vivarachos como los del coatí,—volcó á su véz la calabaza en su boca; y, aún cuando parecieron arder sus encías lastimadas al contacto de la «*caña*», la gorgoratada fué completa sin burbujear ni un momento.

XLII

Dias después de estos sucesos, de la milicia de D. Manuel Francisco Artigas que á trote firme devoraba las distancias una mañana de mayo, á una órden de su hermano en marcha sobre la columna del capitán de fragata D. José de Posadas,

—desprendióse á la altura de Pando un jinete armado de lanza y sable que con el sombrero en la nuca batido por el viento y bajo una lluvia menuda, tomaba luego á grán galope el rumbo de la calera de Zúñiga, sobre el Santa Lucía.

Llevaba este jinete vendada la frente con un pañuelo, y parecía ocuparse poco de la inclemencia del tiempo, arrastrando su lanza de hierro retorcido en espiral y banderola, con el cuerpo echado sobre el cuello de su cabalgadura, como aquel que ha hecho un largo trayecto sin trégua alguna ni descanso.

Galopaba sin rodeos, cortando campos, y yéndose sin vacilar hácia los vados de los «cañadones» que rebasaban sus bordes engrosados por una lluvia de dos días consecutivos. Solía acompañarse en la marcha con alguna cántiga alegre y trunca; en tanto la tronada récia recorría la atmósfera y nuevos aguaceros deslizaban como una cascada de gotas por las haldas de su poncho de invierno.

Muy largo rato duró su carrera; y por fin fué á detenerse cerca de unos *ranchos* que aparecían solitarios á poca distancia del río, sin un signo que revelase en sus contornos la animación del trabajo. —Aquellas poblaciones eran las de la estancia de la viuda de Fuentes.

El jinete fuése aproximando al trote, con la vista fija en ciertos sitios como si ellos le recordaran sucesos imborrables.

Su observación se detuvo especialmente en tres cajones de difuntos que había encima de unas piedras del declive....

Ningún ser viviente se distinguía en los alrededores. El corral estaba desierto, y en la *manguera* no se revolvía la manada arisca. El ruido de los cascos

de su caballo en la cuesta era lo único que interrumpía el silencio casi sepulcral que rodeaba aquellas viviendas envueltas en ese instante por el velo de nieblas, en que convertía las gotas de lluvia el sudeste.

Halló á su paso el miliciano una tahona y volvió riendas, parándose en frente de su puerta baja y estrecha.—Allí estuvo inmóvil algunos momentos, con la lanza hundida en tierra, el rostro apoyado en el ástil, y la mirada torva clavada en el interior, cual si de él brotase algún éco misterioso que evocara en su memoria cosas de otro tiempo. Y, cuando ya iba á continuar su camino, enderezándose en el recado con un gesto de altivéz ceñuda, un grán perro aparecióse de pronto en el umbral, el que dando dos saltos al verle gruñó de contento, y quedóse moviendo la cola con la cabeza erguida y el ojo alegre puesto en el jinete.

—Blandengue!—dijo él, como hablando consigo mismo.

Dejó caer en seguida la barba sobre el pecho, y encaminóse al *rancho* paso á paso seguido del mastin, que á intérvalos se alzaba hasta el estribo para olerle con aire concienzudo la bota de potro.

En la cocina, junto al fogón, muy encojidos y silenciosos, se encontraban un hombre viejo y una negra esclava,—únicos moradores al parecer de la estancia:—el antiguo domador Melchor, á quién los peones llamaban Tata-Melcho, y la cocinera Gertrúdis,—negra baja y obesa que andaba con las medias al garrón las pocas veces que las usaba, dormía sobre *pellones,* y era afecta á la carne de comadreja. Los gauchos la motejaban con el apodo de Garrapata.

Estos dos séres, huyendo del frio y de la



lluvia, entreteníanse en asar y comer *achuras* de oveja, á la espera sin duda de que entrase en hervor el agua de una caldera para emprenderla con el *mate* hasta la entrada de la noche.

El jinete recostó la lanza en la pared, y echó pié á tierra. Sin demora desprendió el *cinchón*, separó de los bastos el «sobrepuesto», el cojinillo y las maletas, y arrojólos dentro sin largar la punta del cabestro.—Puso luego manea al caballo, que dió los cuartos al viento y al agua; y él se entró en la cocina á grandes pasos mesurados y como al rimo del chis-chas del sable y las rodajas.

Tata-Melcho, sin moverse de su sitio, exclamó al verle entrar con aire de atontamiento:

—*Esmaél!*

—*Güenas* tardes,—dijo éste, secándose el semblante con el dorso de la manga, y sacudiendo hácia atrás la mojada melena.

Sin esperar que le invitasen sentóse derrengado, muy pálido cerca del fuego, á cuya viva llama aproximó las manos ateridas; y por mucho rato los tres guardaron silencio.

Blandengue, relamiéndose el hocico, había venido á echarse sobre sus patas traseras al lado de Ismaél, y á tréguas, movía su enorme cabeza sin dejar de mirar al gaucho con un aspecto arrogante.

Este comenzó á mirar de soslayo á la negra y al viejo domador; y después de tomar el *mate cimarrón* que le alargaba la primera, preguntó, sacudiendo una halda del chiripá empapado por la lluvia:

—¿Qué *jué* de Felisa?

Tata-Melcho lanzó su tós de viejo. La negra estiróse con los dedos la pulpa de sus lábios. Pero, ni uno ni otra respondieron palabra.

Ismaél siguió sorbiendo el *mate* con apresuramiento, como para calentarse el estómago, hasta hacer sonar de un modo ruidoso la «bombilla». Devolvió en silencio el *mate* á Gertrúdis, y en seguida se puso á picar con la daga un trozo de tabaco negro, deshaciendo los fragmentos en la palma de la mano.

Sacó luego del «cinto» un papel de hilo, doblado y comido en partes por la humedad, cortó una tira pequeña y envolvió en ella la picadura, haciendo un cigarrillo grueso. Escojió en el fogón un tronco con la punta hecha brasa, encendió despacio en él el cigarro, y al tirarlo entre la llama, miró esta véz fuerte al domador, diciendo récio:

—*Decí* Tata-Melcho!

El viejo habló entónces, y también Gertrúdis.

Narraron á su manera en su parte sustancial, lo que nosotros pasamos á referir, acaecido en la estancia de Fuentes después de la ida de Aldama y de Velarde.

En esos meses de ausencia, segun Tata-Melcho, las cosas habían ido como el diablo, que había *mesturao su pezuña* en el *guiso*, y *amontonao* osamentas en ménos que se hace de un *bagual sotreta* y de un toro *güey*. Hasta el *ganao* se había ido campo *ajuera*, aparte de algun animal yeguarizo que de puro bellaco, ántes «patea al *juego* que *asujetarlo el mesmo* diablo».



XLIII

La puñalada en la tahona no llegó á ser fatal para Jorge. Aunque grave la herida que le infiriera Ismaél, pudo más que el estrago del acero la crudeza de su organismo. Ocho días estuvo su vida en peligro; pero al fin la dolencia hizo crísis, y la terrible puñalada empezó á cicatrizar sin complicación de ningun género, dejándolo en condiciones de levantarse al cabo de un mes.

En este intérvalo, Felisa se escondió en su *rancho*, no viéndosela sinó raras veces.

La peonada tuvo materia de *plática* para muchos días con motivo del hecho sangriento, que se comentaba bajo todas formas y maneras, mezclándose siempre en el cuento interminable, los nombres de *Esmaél* y Aldama. Los gauchitos del pago no perdonaban fácilmente á Velarde su buenaventura; y esta murmuración de « mangangáes », mordáz y enconosa, adquirió creces en la ausencia, afeándosele su acción con los colores más subidos.

Felisa no conversaba con nadie, ni parecía tomar interés en saber lo que se decía entre la *mozada*.

La morena no tenía ya en su semblante la expresión ladina de otros tiempos; ésta había sido reemplazada por una dureza de ceño, que se hacía más sombría, así que ella se alisaba ante un tosco espejuelo su pelo corto, ántes tan abundante y hermoso. Contraía sus lábios, en esos momentos, una sonrisa amarga, nublaba su lacrimal alguna gota hervida en la rábia, que nunca llegaba á caer, y concluía por sentarse en una banqueta casi al nivel

del suelo con los codos apoyados en las rodillas y el rostro en las manos, cavilosa y huraña.

A ocasiones, maquinalmente, asomábase al ventanillo para mirar á la tahona; y, apercibida de esto, apartábase de allí con los ojos muy abiertos y la boca apretada.

También solía canturrear alguno de los aires que había oído á Ismaél, con su voz ronquilla, sin conciencia de lo que hacía; y, callaba de súbito, para quedarse taciturna.

Tata-Melcho la encontraba *niervosa* desde que se fué el gauchito de los rulos.

La abuela, á partir de la noche del lance en la tahona, se había puesto lela, y caminaba hácia su fin en medio de un atontamiento profundo, sin ráfagas ni arranques de cariño. No comprendía nada de lo que ocurría á su alrededor; en sus ojos de córnea nublada y enrojecida rara véz brillaba un destello que revelase una sensación cualquiera. A su esqueleto deshecho bastaba un soplo para tumbarle, y esa oportunidad debía sobrevenir muy pronto.

Felisa llegó á esperimentar algo semejante al pavor, cuando supo que Almagro había dejado la cama.

Luego, el pulso de *Maél*, como llamaba ella á su amante, no estuvo firme la noche que la *enlucernó;* pues que el mayordomo se levantaba como de la tierra que debía comerle los ojos, despues de haber caído con el pecho abierto y revolcádose en un charco de sangre lo mismo que un gorrino en la enramada.

Ahora que su abuela se moría, él se ponía enlozanado en la convalescencia, aprestándose tal vez para pasarlo sólo con ella. . . . .

Estas cavilaciones concluían por agobiarla, por enflaquecer su cuerpo y concentrarla en una tristeza selvática, de sensación dolorosa y aguda. Debajo de sus ojos negros con cejas y pestañas de terciopelo, las manchas oscuras eran mayores; el retraimiento hundía sus carnes en alianza con el escozor de la pena, del anhelo y del despecho; pero nunca se quejaba.

Algunas veces hablaba con Gertrudis, la negra semi-bozal y gruñidora; y en una de estas oportunidades, después de ver cómo se consumía la abuela en su sillón de baqueta sin abrir jamás la boca, preguntó á la negra con acento bajo y desolado, si no había visto á *Maël* galopando por la loma. Gertrudis contestó que nó.

Felisa fuése tropezando, y por tercera ó cuarta vez la ahogó un ímpetu rabioso.

Almagro, ya restablecido, entróse una mañana en el *rancho* de la viuda.

Felisa le sintió, sin levantar la vista del suelo. Condolióse él del estado de la tía y mostróse atento con su prima, sin avanzar una palabra acerca de los hechos acaecidos, y ni aún sobre su propia enfermedad. Pocos momentos duró su visita, y al retirarse no manifestaba en su cara disgusto alguno.

De allí en adelante, siempre venía.

Felisa contestaba sus frases con monosílabos, sin perder el ceño duro que había robado la gracia á sus facciones, ni la terquedad y soberbia nativa que respiraba todo su sér. Jorge no parecía hacer alto en esto; pero al irse, detenía una mirada penetrante y sondadora en la vieja viuda, cuya vida seguía extinguiéndose á prisa por anemia, al igual del candil que alumbraba la triste estancia.

La criolla comprendía la intención y callaba.

Seis días después murió la viuda de Fuentes en el asiento favorito en que se pasaba inmóvil largas horas.

Felisa, ante el cadáver, sintió el vacío y lloró, ocurriéndosele en ese instante pensar otra véz en lo que sería de ella ahora que se quedaba sola. Después pareció conformarse, y hasta consintió que Jorge se avanzase un poco.

El cajón que encerraba el cuerpo de la abuela fué puesto sobre las grandes piedras que había en el declive de la loma, segun era de uso entre la gente del campo. Los cementerios estaban en las cimas ó en las ramas altas, como los nidos de los cuervos.

En varios días Almagro no apareció por el *rancho*, y Felisa no pudo menos de extrañar esta conducta del mayordomo. En medio de su aburrimiento, llegó hasta creer que podía quererlo; pero cuando se acordaba que le había cortado la trenza, que era feo y que tenía un olor fuerte de carne de *peludo* cuando soplaba por las narices, hacía un gesto de asco y le venía á la memoria la carita con pocos pelos, blanca y sin arrugas de *Maél*.

Por otra parte, su primo no sabía enardecerla, y lo que buscaba era quedarse con sus ganados y sus *ranchos*. Si viníese *Maél*, ella estaría contenta y se iría en ancas, dejándoselo todo para que se hartase el «godo» á su gusto. El gauchito era «su hombre» y sabía encariñarla sin hablar mucho, chúcaro como era, con su boca de guinda y sus ojazos tristes. En otro pago vivirían bién, léjos del «muermoso» que andaba siempre gruñendo, pellizcándola en los brazos y las piernas con sus uñas «mochas» de zorro viejo.

Transcurridos esos días, Felisa salió algunas ve-

ces del *rancho*, anduvo por el campo, la enramada y la tahona, y echó de ménos á Blandengue; el que según informes de Tata Melcho se había huido de la estancia *dende* que *Esmaél se desgració*.

Allí próximo á un palenque, el hijo de Tata Melcho, que desde chico había probado entender el oficio como cosa de herencia, domaba un «doradillo» morrudo, de mucha crin y cabeza fina; y aún que el espectáculo era demasiado visto sin mayores atractivos para la gente campera, el domador tenía su círculo de espectadores.

Felisa se puso á mirar al muchacho, que seguía muy tieso en los lomos los movimientos y sacudidas del potro, hincándole á intérvalos entre los brazuelos los pinchos de sus grandes «nazarenas», y levantándolo con el escozor del suelo á rápidos saltos y corvetas.

Se amansaba aquel potro para el mayordomo, y él estaba tambien allí observando la maniobra.

El animal anduvo recorriendo largos trechos con la cabeza metida entre las piernas, y vino á pararse tembloroso y resollante junto al palenque, la mirada todavía encendida, espumosa la boca y goteando sudor del lomo al bazo. Las *domadoras* no hacían ya impresión en sus hijares ensangrentados, pero se obstinaba en tascar el bocado con fúria.

Su jinete probó entónces hincarlo de nuevo entre los brazuelos, y alargando las piernas, sentó con fuerza los armados zancajos en esa parte sensible.

El «doradillo» se encabritó y lanzó algunos corcovos, sin separarse muchas varas del palenque; y después vino al sitio á pasos irregulares y vacilantes, para quedarse de nuevo quieto.

Almagro había notado algún interés por el padrillo en Felisa; y, aproximándose, díjola que aquel lindo potro era para ella.

—Cuando hayas de montarlo,—agregó el español,—estará ya como badana.

Nada contestó la criolla; y encojiéndose de hombros con aire despreciativo, dióse vuelta y se fué.

Todos vieron esto.

Jorge se sintió profundamente herido; y deseando descargar en alguno su rábia dió un terrible rebencazo á un mastín que había venido hasta allí refregándose en los pastos el hocico, bañado por el licor ácre y pestilente de un zorrino, con el cual acababa sin duda de mantener combate en campo abierto.

Después de esto, la criolla volvió á su ceño adusto y á su aire desconfiado.

El instinto la ponía suspicáz; antes de echarse en su cama á primeras horas de la noche, cerraba bién la puerta. Allí sobre el colchón se sentía miedosa; no se atrevía á apagar el candil que ardía delante de la grosera estampa de una vírgen que llevaba en los brazos un niño Jesús. El chisporroteo de la mecha, las paredes negras, los pequeños ruidos de adentro la hacían incorporarse á cada rato; y cuando venían de afuera, al tropel lejano de las yeguas, al són de algún cencerro ó al ladrido de los mastines, enderezaba la cabeza y ponía el oído, esperando que alguna buena bruja encaminase por allí, pues que era su *querencia*, al bayo de *Maél*.

Cuando se extinguía la mecha, veía en la sombra á la pobre *agüela* con sus ojos opacos y la peluca ladeada, y detrás la cabeza de Almagro, mirándola por encima del hombro con sus ojos de luz verdosa de gato montés. Espantábasele el sueño.

La claridad del día le devolvía el reposo.

Una de esas madrugadas abrió el ventanillo con fuerza, y tendió la mirada ansiosa por los cardiza-



les y las *cuchillas* en la esperanza de columbrar en el fondo de las lomas la figura de un gaucho vagabundo moviéndose al galope con el chambergo sobre la oreja y la mano apoyada en el rebenque de puntal en la encimera.

Alguno llegó á distinguir, pero ninguno era el que ella quería.

En cambio vió entrar á Blandengue en la enramada dónde se echó, todo lleno de barro y con la lengua de fuera. La criolla tuvo un arranque de alegría y llegó á acordarse que el mastin de sujetar toros, rondaba por la tahona la noche aquella. . . . y, que después no lo volvió á ver más.

No habría seguido á *Maél* y Aldama?

La suposición era exacta, como sabemos; pero lo que Felisa ignoraba era que Blandengue se había apartado de los fugitivos en uno de los dias de marcha, y que este extravío se debía á un encuentro con una banda de perros cimarrones, á los que se reunió acosado por el hambre y en cuya compañía se mantuvo por largo tiempo, hasta que husmeó la *querencia*.

La criolla hízole señas, sin obtener que Blandengue, rendido por el cansancio, se moviera de su sitio.

Retiróse del ventanillo con enfado. Ya no estaba él allí, como cuando la salvó del toro.

Esa misma mañana vino Jorge, y dirijióla algunas palabras, sentándose á horcajadas en un banquillo cerca de ella, que estaba de pié, dándole el perfil.

Alguna conformidad observó sin duda en sus respuestas, porque al irse se atrevió á agarrarla de la mano y de la cintura, perdiendo toda paciencia.

Felisa se arrancó despacio, en silencio y se fué al patio.

Púsose Jorge trémulo de ira.

—Al « otro » lo dejaste, deslavada! — dijo. Yó te he de bajar el copete.

Y, haciendo un jesto de amenaza, salió detrás de ella, para irse á sus faenas.

La criolla se encojió de hombros y torcióle la vista con frio desdén. Luego que él estuvo léjos, respiró fuerte, murmurando:

—Potroso!

No habían pasado muchas horas, cuando Almagro volvió á entrar en el *rancho* á prisa.

La criolla tenía el *mate* en la mano y se dirigía en ese momento á la puerta. Jorge la agarró de un brazo con sus dedos de hierro, bién encajados en las carnes, y la atrajo con aire colérico; el *mate* cayó al suelo; y siguióse una lucha sorda, callados y jadeantes los dos.

El cuerpo de la críolla fué una y otra véz levantado como una paja, para caer luego sobre sus piés á plomo, obluctando con enerjía. En cierto instante ella bajó la cabeza y mordió á Jorge en la mano, zafándose de sus brazos brutales y escurriéndose afuera.

Tata Melcho que por allí andaba, pudo ver como el mayordomo saltó detrás *lo mesmo qui un gato*, y le hincó las uñas, arrastrándola de nuevo al interior del *rancho*.—Cuando salió Almagro lleno de fúria, el domador vió que la moza lloraba sentada en el suelo, con la cara entre las manos.

XLIV

Por esos dias, la campaña empezaba á conmoverse.—Corrían voces extrañas de sublevación de las milicias; las partidas se cruzaban en todos los rumbos arreando caballos y haciendas vacunas.

De la estancia de Fuentes se habían ido á los montes muchos de los peones, quedándose solo en ella los que eran amigos de los «godos.»

En la calera de Zúñiga se hacían reuniones sospechosas; en todo el pago del Canelón el paisanaje andaba revuelto; Fernando Torgués salía de su madriguera del Rincón del Rey con un montón de gauchos bravos; Benavides aumentaba su hueste en las asperezas de la Colonia y Vazquez escitaba los *maragatos* al alzamiento en los campos de San José de Mayo: este «pampero» se acercaba rugiendo para estrellarse como un grito salvaje de las soledades en las murallas y bastiones del Real de San Felipe.

El virey Elio, bastante alarmado, mandó que se retirasen dentro de muros todos los hombres de armas llevar, así como la mayor cantidad posible de víveres y ganados. Esta órden se hizo extensiva á las familias de los distritos más próximos á la ciudad; todo ello bajo las penas severas que los tercios del rey se encargarían de aplicar.

Jorge Almagro se apresuró por su parte á cumplir las prescripciones del bando, como buén español.

La hacienda del establecimiento era numerosa.

Todos los intereses allí reunidos pertenecían á Felisa, única y universal heredera de la viuda de Fuentes; pero esto ¿qué importaba al mayordomo? El desórden de los tiempos no permitía que imperase otra ley que la fuerza.

Tampoco la criolla se entendía en esas cosas; dejaba hacer sin pedir cuentas, y solo vivía del aire y del sol del pago.

Los últimos actos de Jorge la habían reducido á la inercia, aún cuando en el fondo de su naturaleza se rebullese enconada la crudeza nativa. Lo observaba todo con aire indolente y casi de idiotéz, descuidada de sí misma, hundida en la soledad de su *rancho*, como un ser que no se echa de ménos, granuja de los campos sin voluntad ni voz que en definitiva era tratada lo mismo que las reses.

El día que se arreaba el ganado rumbo á Montevideo, había en la estancia un regular número de hombres, entre criollos y europeos.

Estos hombres debían marchar á su véz con Almagro á la plaza, para ser agregados allí al cuerpo de caballería irregular que se estaba organizando á tiro de cañón de la ciudadela.

La afluencia de jente picó la curiosidad de Felisa que salió al campo, parándose junto á la enramada, de dónde se puso á observar los movimientos y el arreo de la hacienda.

Tata Melcho la impuso de lo que ocurría.

Ella se limitó á un visage de indiferencia, no comprendiendo el alcance de la medida que se ejecutaba á prisa y en desórden.

Tuito si mistura,—decía Tata Melcho con una tós cavernosa;—*el toruno i la egua arisca.*

Felisa estaba callada.

De súbito, pensando tal véz que todo aquello le

pertenecía, se sintió inquieta, irascible. Mordióse una uña y miró de una manera irritada al viejo domador, con los ojos llenos de un llanto que debía resumirse pronto.

—Tata Melcho,—dijo al cabo de un rato;—*agarráme* el pangaré.

El viejo se volvió sobre su dorso arqueado, y le echó una ojeada de mastín sin dientes.

Después, fuése asentando todavía con firmeza en el pasto sus plantas desnudas y endurecidas.

Al cuarto de hora regresó con el caballo listo.

Era un pangaréde regular crucero, un poco brioso, ágil y de arranque, en el cual acostumbraba á andar la criolla hasta la Calera, en otro tiempo.

Meses hacía que el animal no sentía la cincha, llevándose vida de engorde en la manada; por manera que de véz en cuando hinchaba el lomo y sacudía las orejas, piafaba y mudaba de sitio, batiendo con fuerza los cascos.

Así que lo vió llegar, Felisa se anudó bién el pañuelo que llevaba en la cabeza por debajo de la barba, pidió á Tata Melcho el rebenque que él tenía colgando del mango del cuchillo, y á paso lento se puso del lado de montar, haciendo caricias al pangaré en el pescuezo.

XLV

Quedóse luego en suspenso, marchita y triste, con los ojos vagos en el espacio lejano.

Después de algunos segundos, se volvió á Tata Melcho y levantó un pié, sin decir palabra. El viejo tomó el cabestro, y la ayudó á subir, encajándole la punta del pié en el estribo de madera.

Mientras el caballo se removía en círculo piafando y sacudiendo la cola, ella se acomodó el vestido corto, empuñó bién las riendas y echó á andar al trotecito hácia el campo desierto.

¿Adónde se encaminaba? No lo sabía ella misma. Se iba vagabunda.

Con todo, no quería mirar para atrás, y nunca le había sucedido que la sangre le bullera tanto en el pecho, como aquella tarde. Allí sentía golpes á saltos, y como una bola que parecía subírsele á la boca.

Una rábia concentrada y silenciosa solía arrancarle algún hipo que al salir le dejaba la entraña doliendo; y al ruido de sus resuellos que le extremecían todo el cuerpo, su viváz caballo levantaba la cabeza resoplando.

Blandengue,—abandonado el rodeo—la había visto desde léjos, y venía en pós con la lengua al viento.

Al ruido de sus estornudos, Felisa tuvo un temblor; más al enterarse de la causa de su sensación, cerró los ojos y se mordió los lábios, cayéndole de aquellos dos ó tres gotas ardientes que no cuidó de limpiar en las mejillas.

Léjos estaba ya de las «casas».

El sol descendia. La línea verde del bosque se dibujaba delante; y á trechos en los claros, cual tersos planos de cristales amarillentos, las aguas del río bañadas de resplandores. No llegaban á esos lugares los écos de la faena pastoril, y solo perturbadas parecían por un concierto de ronquidos de patos y gallinetas. Ocho ó diez ñandúes en despliegue de guerrilla y uno de otro á tiro de pistola, habían alzado sus largos cuellos en la loma y miraban al ginete que caía al bajo con mucha atención.

Felisa se paró en la orilla, frente á un remanso que ella conocía, sin apearse. Quedóse allí como abismada por largos momentos. Sentía como un deseo vago de hundirse en aquella agua, donde ella vió un día ahogarse á un potro enredado en los *caraguatáes*.

Blandengue que seguía con sus ojos su mirada, se arrojó de un salto al remanso, mordió las hojas anchas color de esmeralda de un *camalote*, y volvióse al ribazo arenoso en dónde se revolcó un momento, para repetir la diligencia sobre las yerbas.

Felisa permanecía inmóvil. Una grán palidéz le llenaba la cara haciendo resaltar el rojo encendido de su boca, y el pecho solía hinchársele para dar salida á esas espiraciones roncas que se confunden con la queja, aunque solo sean desahogos de la rábia impotente.

En semejante actitud, oyó de pronto un galope furioso que venía de allá—atrás de las *cuchillas*.

Blandengue se afirmó bién sobre sus patas, y alzó el hocico negro, abriendo las narices.

La criolla tuvo que contener su caballo alborotado, y echóse luego á andar por la ribera del Santa Lucía sin rumbo, ni resolución alguna.

Estaba como atontada.

Presentía sin embargo quién podía ser el del galope, y su ansiedad fué en aumento al paso que iba disminuyendo distancias el jinete.

No tardó éste en aparecer en la cuesta vecina, dónde sofrenó dirijiendo su rostro á todos lados.

Era el mayordomo.

Así que vió á Felisa en el bajo, picó espuelas lanzando un terno bestial; y vínose á ella á media rienda sin miedo á una *rodada*.

La criolla se quedó quieta.

Almagro sujetó á dos puños su tordillo; y al verle pintada en su cara de tigre una mueca feróz, y llevar con ademán brusco la diestra á la daga—tal véz para afirmarla en el «cinto», y nó con otro móvil,—ella abandonó las riendas, encojióse en la montura y refregándose una con otra sus manos, gritó entre medrosa é irritada:

—No me *matés!*

El brioso pangaré, que había caminado en tanto algunos pasos sin sentir el gobierno, mordió el freno de improviso, abalanzóse en rápidas corvetas sin librar sus lomos, y arrancó por fin á escape derecho á la loma, con las riendas colgantes y la crín revuelta.

Felisa era «de á caballo», tanto como el mejor jinete; y por eso, aunque sacudida de todas maneras en el recado, conservó la posición sin perder el ánimo, y hasta se inclinó dos veces para cojer las riendas, en medio de la velóz carrera.

Jorje se deslizaba á un flanco como una sombra tendido sobre el pescuezo de su tordillo, desenredando las *boleadoras*; y Blandengue volaba furioso dirijiendo dentelladas á los garrones del pangaré—que al sentirse acosado redoblaba sus esfuerzos con ímpetu terrible.

—Blandengue!. . . . gritó Almagro revoleando las *boleadoras*.

Este grito fué como un rugido.

En ese momento el pangaré pisó una rienda, cayendo de golpe sobre sus rodillas, y Felisa dominada en parte por el vértigo fué lanzada de costado, quedándosele encajado el pié en el estribo.

El caballo se incorporó en el acto dando un corcovo, cuando silbaban las *boleadoras* que encontraron el vacío, y de las que una piedra dió en la cabeza de la criolla con la violencia de una bala.

El pangaré arrancó de nuevo azorado con Blandengue prendido al pecho, arrastrando á Felisa por el flanco; y este grupo informe rodó por los declives y subió las cuestas entre espantosos estrujones, revolviéndose varias veces por el suelo el mastín, para levantarse y prenderse otras tantas á las carnes del mancarrón convertido en potro por el pánico.

Merced á esta circunstancia, Almagro se le puso encima y pudo descargarle en la cabeza el mango del rebenque. Al golpe, el pangaré se desplomó resollando como un fuelle.

Todo esto fué rápido,—obra de algunos minutos.

El mayordomo se arrojó al suelo y precipitóse á Felisa, que estaba inmóvil boca abajo, con las ropas destrozadas y el pelo lleno de pastos y abrojos, formando una sola masa con la sangre en cuajarones.

Dióla vuelta trémulo, y vió que el rostro estaba todo lleno de manchas color violeta, el cráneo hundido por el golpe de la bola, los ojos cubiertos de tierra, semi-cerrados y fijos, las narices rotas por las coces, y el pecho sin latidos.

Estaba muerta.

Almagro prorrumpió en un grito felino, y viendo al mastín que allí cerca alargaba la cabeza hácia el cadáver, desnudó iracundo la daga, y le tiró con toda la fuerza del brazo una puñalada para abrir en canal.

Blandengue esquivó el golpe, se alejó alguna distancia, desde dónde se puso á mirarle entre sordos gruñidos, y fuése con la cola baja á esconderse en el monte.

XLVI

No marchó ya Almagro aquella tarde con sus compañeros, reuniéndose todos en las « casas » para velar el cuerpo de Felisa.—Solo allí se oía algún ruido. El campo había quedado desierto en casi toda su extensión, concluido el arreo de las haciendas; y fuera de algunas yeguas potras que vagaban léjos, por los juncales de la barra, y de los novillos « alzados » en el monte del Santa Lucía, en sociedad común con los tigres y perros cimarrones, nada quedaba de la valiosa dehesa, á no ser los corrales de la sucesión Fuentes y un pequeño grupo de ovejas ruines é inútiles para la marcha.

Por la noche, encendiéronse tres ó cuatro candiles en la pieza que habitaron abuela y nieta, y en la que se depositó el cadáver de la criolla, dentro de un cajón improvisado por Tata-Melcho con tablas viejas de la tahona.

La gente campera, agrupada en su mayor parte en la cocina, comentaba el suceso—en tanto dos *mates* recorrían el círculo, y varios costillares de vaca se derretían cerca de la llama en los asadores.

La muerta estaba sola.

El mismo Blandengue no había venido á echarse como otras veces en el umbral de la puertecica del *rancho*, con el hocico en tierra y los ojos somnolientos.

La habían puesto en el cajón con las ropas que tenía al morir, hechas trizas, sin lavarle el rostro ni cerrarle los ojos, cuyas pupilas cubría una capa

de tierra. En su negro cabello enredado, los abrojos y flechillas que recojiera en el campo formábanle como una corona salpicada de sangre muy roja.

Tata-Melcho y la negra Gertrúdis, se acercaban de véz en cuando al ventanillo para mirarla un momento, y después se iban persignándose llenos de asombros.

Al hacer su relato en jerga campesina, el viejo domador decía que esa noche ya á canto de gallo, por abajo de los «ombúes» dónde estaban la abuela y Tristán Hermosa, se enlucernó la sombra con las «ánimas benditas», y que del fondo del campo por atrás de las cuchillas que caían al monte, venían los ahullidos de un animal extraño, que se acercaba y se alejaba, cómo si no se atreviese á llegar á las «casas».

La negra imbécil añadía que era «un ánima» con cabeza de perro, grande como un buey, la que ella vió desde la enramada.

El mayordomo no fué ni una véz al cuarto de la muerta; y estuvo tomando «caña» toda la noche, hasta dejar vacías dos botas llenas de ese líquido.—Tenía los ojos muy hinchados y rojizos;—conversaba á medias palabras, y en lo poco que decía hablaba de degollar á Blandengue.

Al otro día, taparon el cajón, y lo condujeron al cementerio de piedra, colocándolo junto al de la viuda de Fuentes, encima de dos rocas planas y más bajas separadas, por cuya hendidura ó canaleta corría saltando el agua de las lluvias.

Estuviéronse á la vuelta algunas horas en las «casas», y después se marcharon á Montevideo, arreando las haciendas agenas que encontraban á los lados del camino.—

Tal fué en el fondo la relación que hicieron á

Ismaél los moradores de la estancia de Fuentes, en su estilo llano y la franqueza propia de los caractéres rudos.

Ismaél oyó todo sin despegar los lábios.

Con la cabeza sobre el pecho, osco, reconcentrado, no apartó la mirada del fuego, ni expresó en su semblante pálido de líneas rígidas una sola impresión violenta.

Estaba frio como una piedra.

Mucho tiempo estuvieron los tres callados.—Ismaél se secaba las botas acercando las piernas al fogón, á la véz que con el lomo de la daga les escurría el lodo del camino.

Después dirijía sus ojos á Blandengue—único ser que él parecía mirar allí de frente;—y á quién una véz le pasó el brazo por el pescuezo, atrayéndolo hasta juntar su cabeza con su rostro. El mastín se lo lamió, y volvióse á su sitio dando un resuello.—

El poncho colgado al rescoldo en dos maderos clavados en la pared, había humedecido el suelo con una cascada de gotas, y desprendía vapores que podían confundirse con el humo.

Pasóle también Ismaél á lo largo el lomo de su daga, como para exprimirlo; sacóse el sombrero cuyas álas había abatido la lluvia, y aproximólo al fuego; en tanto se alisaba la melena, sacudiendo los bucles sobre los hombros.—Todo, en silencio.

Tata-Melcho, por su parte, concluyó de desensillarle su zaino oscuro, que dejó libre; y volvió á aparecer para invitarlo con un trago de su cantimplora de cuero. Ismaél se mojó los lábios, y la devolvió sin decir palabra.

En seguida fué á sentarse de nuevo al lado del fogón, atizándolo nervioso, y sirviéndose él mismo

del *mate* que conservaba en una mano, en tanto de la otra tenía suspendida por el asa la caldera.

Sorbía á prisa, por lo que llenaba á cada instante la calabaza, que no era grande ni pequeña.

Mientras esto hacía, de un modo maquinal, por hábito rutinario, el sabor ó el aroma de la yerba parecía estimular el trabajo de su mente; porque en sus ojos pardos, siempre vagos, solían lucir ahora algunos reflejos vivos como de quién conversa á solas, pico á pico con el instinto sublevado.

Una hora larga se pasó él allí, después de esto, encojido y quieto.

Gertrúdis y Tata-Melcho entraban y salían; Blandengue también; pero Velarde no paraba atención en ello. Solo cuando el mastín se le ponía delante, refregándose en sus rodillas, vibrábanle los párpados y contraíase su boca con un gesto amargo.

Leal Blandengue! Le había ayudado á matar la tigre, cuando el *godo* lo mandó á los juncos de la barra; y había sido el único amigo de Felisa....

Ismaél se levantó y salió al patio.

El viento había calmado un poco, pero seguía lloviendo con fuerza.

Púsose él á observar aquellos sitios, recostado en la pared, muy próximo al lugar en que un día *pechó* con su bayo de labor al *orejano;* miró con aire tranquilo el *rancho*, la enramada, las lomas cercanas, y concluyó por advertir que allí mismo, dónde él estaba parado, había caído cierta noche «un gajito de cedrón» encima de la guitarra cuyas cuerdas él tañía.

Recién sintió que una opresión le sofocaba el pecho, y que quería salírsele de un salto la entraña; y se paseó con la boca abierta como para que el aire le entrase de golpe en los pulmones.

Enseguida volvió bajo de techo, inclinóse en cuclillas y quedóse contemplando el fogón hecho áscuas, con el pucho apagado entre los dedos.

Al cabo de un rato, cuando ya oscurecía bajo un cielo de tormenta, Ismaél reincorporóse y descolgó el poncho de paño burdo, ya casi seco; y formando un lío del lomillo, la carona y demás enseres de su recado, tornó á salir recojiendo de paso su lanza.

Encaminóse de allí á la tahona á paso rápido, y guarecióse en el cuartito del flanco—antigua escena de sus amores y de sus ódios, en dónde había gustado un goce inolvidable, y dónde él creyó un tiempo haber dejado al mayordomo con el riñón partido.

XLVII

Al verse allí, no pudo ménos de estarse quieto con el sombrero en la nuca y el freno arrollado en la mano, moviendo á uno y otro lado la cabeza entre visajes de fiera ironía.

Tiró el freno con ímpetu en un rincón.

Pasóse la mano por el pañuelo que le encubría la herida de la frente, que era la que había demorado más en cicatrizar entre otras leves, de las que recibiera en el choque de la carretera de Maldonado; y á poco, recuperó su calma habitual, poniéndose á tender en el piso los *aperos* que debían servirle de cama.

La mesa vieja y la cabeza de vaca habían desaparecido del zaquizamí ó chiribitil aquel; y un trebejo todo lleno de polvo y telas de araña era lo único que se veía allí, arrumbado en un rincón.



Velarde lo estuvo mirando atento; y al fin, reconociéndolo sin duda en la semi-oscuridad que lo envelaba, fuése á él y lo alzó con un movimiento de sorpresa.

Era su guitarra; pero maltrecha con resquebrajos y abollones, y una cuerda de ménos. Las demás á excepción de la cantarela, estaban rotas.

Contemplóla él con cariño.

En ella puso el pié Almagro la noche de la brega, y allí se notaba «el surco» en la caja hendida.—Pero, ántes la había hecho sonar la pobre «china», y nunca sonó mejor.

Ismaél empezó á reatar las cuerdas y á mover las clavijas, tentando á veces con el meñique; y, sin que él de ello se apercibiera llegó á templar á medias el instrumento.

Con los ojos abismados en las sombras de aquella tarde triste, cual si en ellas buscase otra de mujer, que en su imajinación veía, rompió de pronto á cantar con una vóz dulce y simpática un «estilo»; y, cuando su último éco se hubo extinguido en me. dio de un grán silencio parecióle al gaucho que todo el frio de la soledad se le entraba en el alma.

Calló. Pero sus dedos contínuaron rozando las cuerdas, con cambio de aire y tono por largos momentos.

Blandengue, echado junto á la puerta, se puso á ahullar.

Ismaél dejó la guitarra y empezó á descalzarse con pereza las espuelas.

Había cerrado la noche. Seguía cayendo un agua mansa en menudas gotas y soplaba de nuevo el viento frío.

Velarde cubrióse con el poncho, y se acostó en su recado boca abajo, sin quitarse las ropas.

Pasados algunos minutos en esa posición de inmovilidad completa, recorrióle todo el cuerpo un temblor convulsivo.—Después murmuró palabras confusas, puso la cara de lado, y no volvió á ajitarse más.—Cerca de veinte y cinco leguas de jornada, al paso de trote, en la columna de Manuel Francisco Artigas, habían aplomado su cuerpo; y no tardó en rendirlo al sueño la fatiga.

Su descanso fué sin embargo corto.

Antes del alba se levantó y fuése á la cocina; hizo fuego, cebóse él mismo el *mate* y asó un poco de charque de un trozo que pendía del techo, expuesto al humo hacía tiempo. Cuando acabó su sóbria merienda, asomaba un día sin nubes.

Tata Melcho, con la cabeza escondida entre los hombros, tembleque sobre sus zanquituertas y la greña canosa y súcia cubriéndole el pescuezo, chapoteaba barro con los piés descalzos, sobando una guasca en el palenque, como imbuido en una ocupación muy grave.

Gertrúdis se entraba y salía de la cocina, amorrada y brusca, sin haber dado á Ismaél los «buenos días», con un trapo incoloro sobre su casco lanudo, y haciendo sonar los chanclos de madera en los talones encallecidos.

Velarde se levantó impasible, y dirijióse al campo con el freno en la mano, en busca de su caballo.

Así que lo hubo, paciendo cerca, saltólo en pelos, y fuése al paso á la tahona.

Allí ensilló despacio, alistóse, y á breve rato de vagar á pié sin objeto por el sitio por él tan conocido en que se elevaba la *pirámе*—como decía Aldama—de astas y huesos, encaminóse de súbito al zaino, montó y cojiendo la lanza clavada en el suelo,—se marchó al trote.

Al pasar junto al viejo domador que seguía muy afanado su guasqueo, lo saludó sin mirarlo.

Tata Melcho volvió la cara, con un *adió* bronco, y quedóse moviendo la cabeza con su gesto de estúpido, murmurando:

Naide creería!

Ismaél así que se hubo alejado de las «casas» un trecho regular, se detuvo; y dando un giro rápido en el recado apoyándose en el pié izquierdo sobre el estribo, sentó la pierna derecha en la encabezada del lomillo, y púsose á mirar aquellos lugares que alumbraba ya el sol y que nunca quizás volvería á ver.

A un flanco, en el declive de la loma, se alzaban las peñas del «cementerio» con sus cajones colgantes, bañados de luz y cubiertos con el boscaje de agrestes arbustos y yerbas parietarias; pero él, al continuar su marcha á paso lento, cruzó á algunas varas de distancia sin sujetar su zaino, mirando de reojo con la cabeza baja aquellos atahudes sobre los cuales habia estado golpeando toda la noche el agua del cielo.

Iba con el barboquejo entre los dientes y la pupila mojada, agobiado, en columpio sobre los lomos, y floja la rienda.

Así caminó mas de una legua, con Blandengue al flanco, rumbo á Pando.

Ningún sér viviente se había atravesado en su trayecto; los campos estaban solos, las poblaciones sin vida, la carretera silenciosa.

En el horizonte se dibujó en cierto instante una silueta negra, que era una tropa de ganado yeguarizo, arreada á grán galope por alguna partida de las milicias.—Ese grupo se dirigía hácia el Sauce, y llamó la atención de Velarde.

Cambió entónces de rumbo, desconfiando que se hubiese movido la columna de caballería del punto en que él la dejó.

Avanzaba la mañana con un sol radiante: girones de vapores flotaban en los bajos y ascendían lentos para desvanecerse pronto, presajiando un día puro y sereno.

Ismaél no había cambiado el paso de su cabalgadura, ni la posición de su cuerpo, y arrastraba la lanza cojida del envase de la moharra sin apartar su vista del suelo.

De improviso un rumor sordo que venía del lontananza, le hizo levantar la cabeza y pararse en la cresta de una loma.

A ese ruido siguióse un corto silencio, y después una série de retumbos sonoros que se extendían como truenos en la atmósfera.

El zaino alzó las orejas, bufando.

Ismaél se estuvo todavía un instante atento; púsose derecho en la montura, relampagueó su rostro y clavó por fin espuelas, de golpe, arrancando á media brida.

Blandengue saltó detrás.

Retumbaba más ronco en los aires un lejano cañoneo.

XLVIII

Mientras que sus bizarros tenientes tomaban en la forma que hemos visto la iniciativa de la acción sangrienta, por él dirigidos; y en tanto que Pedro José Viera con su milicia provista del armamento y municiones de que careciera al principio,

sublevaba el distrito de Paysandú con el apoyo eficáz del capitán Bicudo (1),—D. José Artigas, á quién la Junta de Buenos Aires había conferido el grado de Teniente Coronel de Blandengues, y que desde muchos dias atrás había pisado tierra en las Huérfanas, asumía el mando superior provisorio de todas las milicias de caballería organizadas al sur del Rio Negro, de los blandengues y de las compañías de infantería del regimiento de patricios, que debían constituir con dos pequeñas piezas de campaña la base de su columna.

En los primeros días de Mayo el movimiento insurreccional llegó á su período álgido, y en las vastas comarcas entónces habitadas apénas por setenta mil almas, todos los hombres útiles vivían en los campamentos atraídos por el prestigio de la causa revolucionaria y agitados por la pasión local, que en rigor constituía el fondo de la desobediencia, y la fuente inagotable de las rebeldías heróicas; pues que, dividido ya el campo entre *europeos* y *tupamaros*, estos últimos negaban la existencia de todo vínculo social ó político con sus antíguos dominadores, considerándose una familia distinta como si

---

(1) El capitán Francisco Bicudo, que no nombraremos otra véz en este libro, rio-grandense como Viera, llevó hasta el sacrificio supremo su lealtad por la causa gloriosa de nuestros abuelos.

En el año XII invadido el territorio por un ejército portugués á las órdenes del General Diego de Souza, Bicudo se encierra con setenta orientales en la noble villa de Paysandú, rechaza la intimación de deponer las armas y se bate enérgica y virilmente contra una fuerza reglada seis veces superior. Al final de esta jornada, digna de un canto de Homero, la tropa vencedora penetra en el recinto, y de los setenta soldados solo encuentra *siete heridos*. Entre los sesenta y tres muertos confundido, y cadáver también, estaba el capitán Bicudo.

MEM. INÉD. del Teniente General Diaz.

dijésemos, una entidad etnológica en pugna con la raza de la vieja colonia, y reclamaban para sí la posesión y tranquilo goce de las soledades en que se habían formado y desenvuelto sus instintos, que en verdad como tales, eran fuerzas más vivas y enérgicas que las ideas y por lo mismo de acción más rápida para demoler hasta en sus cimientos el edificio vetusto, sin dejar piedra sobre piedra.

El amor de la tierra vírgen en la masa inculta, fué el punto de arranque de la conflagración.—Sin este amor local ó encariñamiento tenáz y fanático por el terrón, por el pago, por el distrito, por la provincia; sin este espíritu indomable de *localismo* que levantaba con viril denuedo á los imperfectos elementos de sociabilidad dispersos en el desierto, y los movía en la lucha sin amalgamarlos jamás con los extraños en un choque permanente de medios, intereses y fines, el movimiento inicial habría sufrido en esta banda sérios contrastes, y aun habría sido sofocado al empuje de un poder incontrastable.—Para esa grande idea inicial, eran fatalmente necesarias estas violentas pasiones. Incubada en los fondos misteriosos y desconocidos de la evolución natural que trastorna el órden de las cosas y eleva nuevas civilizaciones sobre las ruinas de las viejas ó caducas, germinaba en un medium perfectamente preparado para un desborde de energía concentrada, pues que el terreno en tres siglos de abono colonial entrañaba el más fecundo semillero de conflictos.

El elemento culto de la revolución había gozado de las ventajas de los centros, del estudio sesudo en meditación fría y sosegada, y establecida la corriente de ideas entre los cerebros pensadores, como síntoma precursor de la lucha, fuése formando una sé-



rie de compensaciones á la vida de inercia; esa actividad laboriosa y secreta del espíritu neutralizaba la monotonía del hábito tradicional, y en proporción lo odioso del régimen no recaía tanto sobre la clase inteligente como sobre la masa sumisa, dócil al tributo vejatorio y á todas las fórmulas consagradas del sistema.

Este elemento culto, imbuido en la teoría, sin las previsiones de la experiencia, no tenía en cuenta los medios, ni la condición sociológica del conjunto.

La masa obedecía inconsciente, pues el hombre de la colonia era algo como el hombre-estátua de Condillac; la regla del servilismo lo inhabilitaba para el exámen y la deliberación, sin dejar por eso de aparecer como el elemento activo é indispensable en la economía colonial.

En defecto de ideas definidas y de propósitos ocultos elevados, los instintos y las pasiones compelidas al retraimiento por la represión penal, ganaban en intensidad y fiereza lo que la baja sociedad perdía en cultura; y habíase acumulado de este modo en las clases ignorantes la mayor suma de egoismos locales y de rencores profundos, materia explosiva que debía estallar al menor rozamiento, sea cual fuere la grandeza de la causa que las reuniese á la sombra de sus banderas.

Si es cierto que toda revolución política y social es un estallido de pasiones y un aborto prodigioso de ideas, suprimidas aquellas se quiebra la fibra y no se encauzan las últimas en la corriente del tiempo. Para que las aguas de los grandes ríos se presenten puras y tranquilas á la mitad de su curso natural y forzoso es que ántes se estrellen en los peñascos al rodar por las vertientes, y que resbalen

luego en revuelto y espumoso torbellino confundidas con la broza y el lodo de sus oscuros orígenes.

Co-existían en esta forma cerca el uno del otro, el elemento político pensador con sus privilegios y sus derechos á la iniciativa, medianamente preparado con nociones revolucionarias recogidas léjos de las academias y de la disciplina escolástica; y el instinto comprimido—«el fondo de amarguras siniestras»—formado lenta y paulatinamente debajo de la llaga social.

En esas condiciones morales y sociológicas, y antes que causas ocasionales provocaran el momento histórico de la sacudida del enjambre, á nadie era dado preveer la proyección y el alcance del impulso inicial traída á concurrencia *forzosa é ineludible* la masa irritada; tan cierto es que en las horas del conflicto solemne la soberanía del número acelera el movimiento, desnaturalizando el objetivo á mitad de la jornada ó desgarrando la propia bandera en el tumulto, porque la colisión de elementos de una misma raza, el encuentro de los instintos indómitos con las ideas agrupadas en plán, rebeldes los unos á toda autoridad que no emane de la propia naturaleza que los engendra y conserva, reácias las otras á declinar una superioridad que las faculta para abrir y señalar rumbos, es un fenómeno moral propio de toda época de formación embrionaria.

Buenos Aires, relativamente á Lima y á Méjico, era la tercera ciudad. El vireinato fuera de no ser una forma de organización política permanente, era inmenso del punto de vista geográfico;—demasiado, para que el principio de autoridad hiciera sentir hasta en los últimos extremos la acción directa y eficáz de su influencia, una véz rota la regla disci-

plinaria que sofocaba como dentro de una armadura de bronce los impulsos y pasiones nativas. No pudiendo pués, ella, por sí sola, apesar de sus asombrosos esfuerzos domeñar el conjunto, porque carecía de medios suficientes para imponerse y constituir una hegemonía especial,—la desmembración, por las extremidades al ménos, tenía que sobrevenir de una manera inevitable.

El Uruguay,—con una ciudad fuerte de primer órden;—el Paraguay y Bolivia, llegaron á confirmarlo.

No parece lógico, desde luego, buscar el orígen de estos cambios en sucesos simples, en prepotencias aisladas ó en hechos transitorios; la causa estaba en el sentimiento vigoroso del egoismo local, como punto de arranque, y en las proporciones desmesuradas del armazón de la colonia, como base y teatro de acción.

Explícase así la doble tendencia divergente y convergente que más tarde presentó esta acción de las fuerzas vivas encontradas; sin dejar de chocar entre ellas, se revolverían siempre persiguiendo un propósito idéntico contra el enemigo común.

Como era natural, esas fuerzas libres de la traba de la disciplina y exaltadas por el sentimiento local debían agruparse en huestes formidables detrás de los hombres fuertes—de aquellos que eran capaces de encarnar sus propensiones colectivas, después de haber cautivado la misma fiereza de la masa con el encanto de las proezas personales y el «hechizo» del músculo, en las rudas viscisitudes de la vida del desierto.

La atmósfera estaba así preñada de gérmenes de descomposición é iba hacerse la ruina por doquiera para levantar sobre los despojos la obra de la vida moderna, en medio de combates que debían durar

cerca de tres lustros, como aquellos de los cantos del Ariosto.

A la alteza del objetivo, uníase pues, la rudeza del medio.

La muchedumbre campesina, de fiera catadura, era capáz de poner miedos al ideal.—Pero, bajo esa costra de una edad de piedra y detrás de esos instintos tenaces, bajo esa corteza tosca y melenuda que hacía de las milicias irregulares vigorosas semblanzas de las huestes de los Brenos, latía con la entraña una aspiración noble que debía devolver, después de cruentos sacrificios, su autonomía propia á una agrupación humana y su dignidad al hombre, aún cuando rompiese con la unidad del esfuerzo y escapase al grán centro absorbente con un reto de soberbia.

Esas multitudes, en todas partes, no se movían al principio por la conciencia clara y evidente de la verdad y del derecho, sinó por la conciencia de la fuerza, adquirida por su intervención paulatina y progresiva en todos los sucesos, grandes y pequeños, que venían perturbando desde años atrás el equilibrio colonial.

Concíbense de este modo las sacudidas turbulentas de la masa, que al agitarse al ruido de las batallas que se libraban con suerte vária en las fronteras remotas del vireinato, surgía á la escena arrastrando todas sus miserias y desnudeces, á semejanza de esos anfibios poderosos, que al surgir en la superficie de las aguas traen consigo el limo del fondo, rebulléndose con estruendo en medio del cauce para enturbiarlo por algún tiempo.

XLIX

Este «exceso de energía» del movimiento, no previsto ni susceptible de ser dominado, asignaba por la fuerza misma de las cosas un sitio de preferencia en la escena á la prepotencia personal.

Del pago salió la partida, con su teniente; y de todos los pagos surgió la hueste, con el caudillo. El país quedó así resumido en un guarismo imponente, una unidad de voluntades dóciles á su véz á la inspiración de uno sólo:—todas las resistencias locales rindiéndose al prestigio del renombre, todas las desobediencias activas identificándose al fin en el solo sentimiento de la independencia individual—como unház de dardos enconados bajo una mano de hierro, que al ser distribuidos en el combate á impulso de los resabios de herencia, tenían fatalmente que producir la más sangrienta crísis purgadora.

La tierra de Artigas, dónde existían murallas de granito erizadas de cañones, era precisamente uno de los teatros destinados á esas peleas crudas y á esas explosiones casi atávicas que un sistema de fuerza prepara y fomenta por la misma severidad de su rigor.

El aislamiento en que se había dejado la extensa campaña del territorio, al punto de que la acción de la autoridad llegó á ser nula en absoluto hasta que Artigas echó sobre sí á fines del pasado siglo, la árdua tarea de limpiar inexorable las comarcas, contribuyó á formar en el ánimo de la gente agreste

la convicción firme de que los campos solitarios, con sus rios y selvas, montañas, valles y *rancherias* era suelo de *tupamaros* y nó de *godos*.

El mismo idioma se desfiguró en boca de los criollos.

Las diferencias morales y sociales se hicieron profundas, y bajo el influjo de estas circunstancias, reagravadas por el sistema político-administrativo de absorción y monopolio exclusivo, el espíritu de pago y de independencia individual tomó creces, mirándose con ódio todo lo que se encerraba dentro de los muros y bastiones del famoso Real de San Felipe.

La autoridad de un hombre, era la única que se había hecho sentir con vigor en las campañas cuando ellas sufrían las consecuencias del abandono á que las condenaran las estrechas prácticas del régimen; y ese hombre, era precisamente la personalidad típica ó sea el caudillo que la pasión local adhería á sus intereses de distrito como un apoyo fuerte, sostén y valimiento de todos los egoismos parciales, cuya resultante tenía que ser la autonomía provincial propia ó la soberanía independiente.

Los principios de un órden moral, y aún político elevado, no influian directamente en los espíritus, extraños como lo eran éstos á los planes preconcebidos de un núcleo determinado de hombres intelijentes; las propensiones ingénitas á la emancipación y á la vida libre, solo quedaron de relieve cuando las entidades fuertes surgidas del seno de la misma muchedumbre las encarnaron y prohijaron, llevando á ellos la convicción de que la « autonomía del pago » quedaría afianzada por su propia cohesión con el movimiento.

Así, para todos los criollos capaces de empuñar las armas, en el período histórico de que hablamos,

en la personalidad de José Artigas de suya dominante, estaba la garantía del éxito; y, aún cuando bajo la presión dura é inflexible del viejo régimen hubiesen halagado ilusiones ardientes hácia el cambio de cosas, su persuación era la de que sin un hombre de esas aptitudes en el teatro, que él solo podía entónces animar y transformar con su iniciativa de archi-caudillo, habría sido difícil la conmoción y el alzamiento de las campañas.

Cuando Artigas se presentó en Buenos Aires después de su disgusto con el Brigadier Muesas, gobernador de la Colonia, obtuvo una acojida benévola.

Frio y reservado por temperamento, duro y fuerte por carácter, — aunque llevaba « el pelo de la dehesa », mereció una consideración que hacían exigible sus propios méritos. La Junta lo apreció como el hombre de aptitudes necesarias para sublevar las campañas de su provincia. Él no hizo ruegos ni súplicas; sóbrio en el decir, expuso sencillamente su objeto, y esperó, con esa firmeza propia del que ya se ha juzgado á sí mismo y adquirido la conciencia de su valer y su prestigio.

La Junta lo aceptó y otorgóle un ascenso en su carrera, sin disgustarse por la rigidéz y la aspereza del nuevo héroe que se presentaba en la escena, y que bajo ese aspecto mismo denunciaba un hombre de iniciativa y de lucha.

Artigas regresó, y desde el campamento de Belgrano puso en juego sus recursos, robusteciendo moral y materialmente la iniciativa revolucionaria de Viera y Benavides.

Las campañas se alzaron en armas.

Aquella impasibilidad y conciencia de su valer de que había dado indicios en sus cortas relaciones

con la Junta, no se desmintió en el campo de Capilla Nueva: igual sobriedad de conceptos é idéntica perseverancia en los propósitos, sin un solo acto contradictorio que descubriese en su espíritu reconcentrado tendencias discrepantes, y desde luego de proyecciones distintas á las del ideal común, sin que esto importe decir que él cediese sólo á una ambición impersonal.

Aún con haberse presentado pues, con su corteza selvática á la Junta, compuesta de hombres avizores y bastante sagaces para penetrar el espesor de esa corteza, asignósele así un puesto en el grán teatro valorándose sus alcances por su influjo sobre sus comprovincianos.

Él acreditó ese influjo.

Su presencia en el país difundió la confianza y levantó la fibra.

De ahí la espontaneidad en la acción y en la cohesión de esfuerzos por parte de sus tenientes, en el momento en que volvemos á encontrarlo en la escena al frente de una división de las tres armas, y en marcha hácia el enemigo.

El que hallamos de nuevo asumiendo una iniciativa vigorosa, es el mismo sujeto que en las primeras páginas de nuestro relato presentamos en el átrio del convento de San Francisco, cuando era simple teniente de blandengues, en cordial conversación sobre el cabildo abierto y la formación de Junta, con el padre guardián y el capitán D. Jorge Pacheco.

La fria gravedad que él mantenía en sus discretos diálogos con los hombres de mérito, transformábase en simpático espíritu comunicativo cuando se dirijía al soldado y al miliciano, ántes ó después del combate.

La sobriedad de costumbres y la sencilléz de hábitos privados chocaban á primera vista en este personaje ajigantado por el prestigio, cuya juventud se había desenvuelto en los desiertos.

Era sin embargo, austero, y no alteró nunca esa educación que él mismo se diera, apesar de su contacto casi contínuo con los elementos crudos de aquel tiempo de reversiones y borrascas.

Con un espíritu superior, y apto á domeñar el enjambre bravío, Artigas era todo un caudillo.

No bebía, ni jugaba. Su alimento ordinario aún en medio de los azares de la existencia activa, era la carne asada, ó el *churrasco* puesto en sazón en la ceniza ardiente.

Vestía traje sencillo; chaqueta y pantalón de paño fino, botas altas, poncho ó capote en el invierno. La misma sencilléz en el recado, de buena calidad, pero sin trena, ni lujo.

En este organismo, admirablemente dotado para sobrevivir á muchos de los hombres jóvenes de su tiempo, había vigor de cerebro é intelijencia lúcida —de esas que saben á dónde ván, en medio mismo del tumulto – astutas, sagaces, previsoras, y á las que sirve de apoyo consistente un carácter firme é indómito, propio para no perder la calma ante los excesos del desborde,—y fundido para sobrellevar impasible el rigor de las derrotas.

Él mismo no era más que «un esxeso de energía» del movimiento inicial revolucionario.

Había que aceptar tal como surgía á este «hijo del clima» ó á esta encarnación típica de la sociabilidad hispano-colonial de cuya esencia fué el engendro; porqué, representante nato de todos los anhelos y aún de todas las soberbias de una masa poderosa, su inmixtión era fatal en los formidables sucesos de la época.



La revolución necesitaba desvanecer el grán peligro permanente del dominio español en Montevideo; ó por lo ménos aislarlo, sublevando las campañas y dirijiendo las muchedumbres armadas hácia esa plaza fuerte—que llegó á contener dentro de sus muros ciclopéos seis mil soldados, cuatrocientos oficiales, seiscientas piezas de artillería, un inmenso parque de pertrechos y cién embarcaciones en la rada.

Esa empresa, que parecía árdua, *casi imposible al principio*, por los sentimientos de lealtad al rey de que se suponía animados los espíritus en esta banda, fué acometida por el caudillo después de su incidente con el brigadier Muesas, con tan hábiles maniobras que en ménos de cincuenta días, como hemos visto, propagóse hasta la más lejana zona el fuego de la insurrección.

L

Por eso le volvemos á encontrar ahora al frente de una división militar confiada á su valor y á sus aptitudes de caudillo por la autoridad suprema; y con la que alcanzaría en breve una victoria fecunda que había de dar por resultado el dominio absoluto de las campañas, la suspensión de las negociaciones sobre armisticio, y la evacuación de la Colonia del Sacramento—centinela avanzada de los ríos.

Componían esa columna doscientos cincuenta hombres del regimiento de patricios y noventa y seis blandengues, á las órdenes del teniente coronel Benito Alvarez y del capitán Ventura Vazquez; trescientos cincuenta caballos, y dos piezas de á dos.

En la víspera del combate, la división se reforzó con la caballería de Maldonado y Minas, hasta completar mil combatientes; y de esa milicia se destinó una fracción á la infantería, que sumó entónces cuatrocientas bayonetas.

Este conjunto caprichoso de soldados de uniforme, fusileros con andrajos, casaquillas incoloras, sombreros de altas copas, gorros de cilindro, chiripáes haraposos, enormes espuelas, lanzas de cuchillas y cañoncicos que parecían cerbatanas para soplar bodoques,—pero todo bién organizado y dispuesto,—habíase avanzado hasta Canelones en marcha al campo enemigo.

Estaba éste situado en la villa de las Piedras, á cuatro leguas de Montevideo.

Durante tres días y medio un cierzo helado y el agua que caía copiosa de las nubes acosaron persistentes la división en marcha, inundando los terrenos bajos y compeliendo la tropa á acampar en las lomas donde era casi imposible el vivac bajo tan ruda inclemencia.

El frío recrudecía, y patricios y blandengues calados hasta la piel, desprovistos muchos de ponchos de paño, y algunos del abrigo más modesto, anhelaban la hora del nuevo día por si asomaba el sol—*la capa de los pobres*—que debía calentar sus músculos y retemplar sus ánimos para el momento de prueba.

Sus rayos disiparon los vapores después de las diez; pero en ese día Manuel Francisco Artigas comunicó desde Pando que una columna enemiga marchaba en són de ataque á su encuentro, y pedía refuerzos para hacer pié firme.

Artigas resolvió entónces cortar la columna destacada, y reservándose el mando inmediato del centro

compuesto de blandengues y patricios, con las dos piezas de artillería, dió al capitán León el del ála izquierda, al capitán Perez el de la derecha, y á Tomás Garcia de Zúñiga el de la reserva.

Cubiertos así los flancos, rompióse la marcha en columna en la hora del ocaso; y sobrevino la noche en las puntas del Canelón, paralizando el movimiento de las fuerzas.

Rayó un alba tormentosa.

Una lluvia densa que sacó de cuencas las más pequeñas corrientes de agua y el arroyo del Sauce, arremolinóse con una ventisca frígida sobre el campamento por algunas horas.

Esa tarde, la milicia de Manuel Francisco Artigas compuesta de trescientos jinetes, se puso á la vista y efectuó su junción, haciéndose innecesario el movimiento estratéjico de flanco emprendido por las tropas regladas.

La víctima de la escursión de la fuerza realista, que pudo sentir á tiempo el movimiento, lo fué en sus valiosos intereses el respetable sujeto don Martin José Artigas,—padre de los dos caudillos,—á quién se asaltó en medio de las tinieblas su propiedad rural y sus dehesas sustrayéndosele cerca de mil cabezas de ganado para provisión de la plaza.

El día asomó sin nubes,—un sol de Mayo—decían los patricios: algunas detonaciones lejanas anunciaban ya la aproximación del enemigo, y las partidas exploradoras hacían paso á paso su repliegue.

Artigas no esperó que se acercasen los tercios españoles, y moviendo su columna de cuatrocientos infantes y seiscientos caballos avanzóse al encuentro con denuedo, trabándose el fuego de guerrilla, salpicado con las descargas del cañón.

LI

Cuando Ismaél se separaba de la división de Manuel Francisco Artigas para dirigirse á la estancia de Fuentes, su compañero Aldama de quién estaba apartado desde el día del regreso del pago de Viera, desprendíase con una partida de la fuerza de Venancio Benavides destacada en la Colonia, y se incorporaba en la tarde al grueso de la columna en las puntas del Canelón.

Esa noche era necesario trasmitir órdenes á la caballería de Maldonado, acampada en Pando, que tenía en jaque al enemigo por el flanco y cuyo jefe pedía auxilio, amagado al fin como era de esperarse, por una fuerza considerable.

La crudeza de un aire helado unido á una lluvia copiosa, la oscuridad intensa de la noche y el desborde de arroyos y cañadas, hacía muy difícil la cruzada para el que no fuese hábil baqueano en aquellos matorrales, imponentes á tan altas horas.

Con todo, Aldama que conocía muy bién esos sitios entónces incultos, se ofreció para llevar la comunicación, la que le fué confiada, partiendo en el acto hácia el campo de Manuel.

La travesía fué feliz, salvo los accidentes en las zanjas llenas de agua y en los pantanos cenagosos.

La división no se había movido de su campo y estaba alerta, apesar de los rigores del tiempo, sin fogones ni tiendas. Los hombres en su mayor parte se encontraban montados, bién cubiertos con sus ponchos. Otros daban descanso á sus caballos, manteniéndose de pié apoyados en el recado que

cubrían con el embozo, y algunos escudaban el pecho y la espalda con pieles de carnero en defecto de otro abrigo, en cuclillas junto á sus caballerías en grupo.—

Cuando Velarde y sus compañeros llegaron á encontrarse en Pán de Azúcar con la partida suelta de Juan Antonio Lavalleja, la columna de Maldonado y Minas venía en marcha buscando la incorporación de Artigas.

La cohesión con la hueste de Frutos se hacía pues ya imposible, á partir de que la órden recibida era la de salvar distancias á trote largo sin más demoras que las tréguas de resuello.—Ismaél se agregó á la columna.

Ésta siguió sus marchas forzadas hasta ponerse al habla con Artigas; y ya hemos visto cómo á la altura de Pando desprendióse Velarde rumbo al río Santa Lucía y calera de Zúniga.

La división de Maldonado hizo alto cerca de la villa, bajo una lluvia densa acompañada de una de esas ventolinas otoñales que nada desmerecen de las borrascas del invierno.

Las tropas españolas se habían movido en tanto fuera de muros, y avanzádose hasta las Piedras, en número próximamente de setecientos infantes incluso la dotación de piezas, cuatrocientos caballos, dos obuses de á treinta y dos, y dos ó tres piezas de á cuatro, servida cada una por diez y seis artilleros.

El virey Elío justamente alarmado por el levantamiento de las milicias de campaña y el giro extraordinario de los sucesos, resolvióse tentar este esfuerzo, lamentándose en el fondo que el Brigadier Muesas,—por otra parte militar meritorio,—hubiese dado motivo á Artigas para alejarse de su campo

y cuerpo de Blandengues é ir á ofrecer el concurso de su prestigio á la Junta de Buenos Aires.

Elío atribuía así, como se vé, á los simples efectos de un desagrado personal con su teniente, la actitud actual y resuelta de Artigas, confundiendo la causa de ocasión ó aparente, con otra más profunda en rigor de lógica; ya se considere al futuro caudillo animado de un patriotismo puro,—ya bajo el influjo de las pasiones que sirvieron más tarde de nérvio de resistencia á la emancipación local.

El hecho es que el virey escogió sus mejores tropas para afrontar esta aventura, confiándolas á oficiales valientes y experimentados.

Excepto un trozo de milicia,—y ésta misma de primer órden,—á las del capitán D. Jaime Illa, la casi totalidad era infantería veterana de rígida disciplina, bajo el comando superior del capitán de fragata D. José de Posadas, y subalterno de los tenientes Borras y Cañiso, entre otros, y de los alféreces de navío Argandoñe, Montaño, Castillos y Soler.

Entre la caballería compuesta de criollos afectos momentáneamente al sistema, figuraban en porción regular los peninsulares con Jorje Almagro á la cabeza.

El mayordomo de la estancia de Fuentes había llevado un buén concurso á la plaza, en hombres adictos y haciendas; y lo que constituía el tronco de la milicia organizada se confió á su celo y decidida adhesión á la causa del rey.

El escuadrón parecía dispuesto á quebrar lanzas.

Su primer movimiento ofensivo á vanguardia de una columna volante, se dirigió á la caballería de Maldonado, cuyos hombres en su mayoría estaban

armados como los de Artigas de varas con cuchillos enastados.

Con todo, no se llevó el ataque.

La columna de los independientes la noche de la llegada de Aldama, corrióse un poco sobre uno de sus flancos, destacando algunas partidas exploradoras.

Aldama al frente de una de ellas cruzó en medio del agua y las tinieblas parte del distrito; y pudo observar que la caballería enemiga cambiando de rumbo, penetraba al campo de D. Martin José Artigas y emprendía el arreo de las haciendas.

En un terreno resbaladizo y entre las sombras, al favor de la lluvia y la tronada fragorosa,—el gaucho bravo cayó sobre una guardia avanzada que destrozó, cogiendo dos prisioneros.

Por éstos supo que quién había entrado al campo de Artigas, era Jorge Almagro con su escuadrón.—En seguida se replegó á la columna.

La noticia le había sorprendido.

El mayordomo estaba vivo, y nada sabía él de Ismaél!

Durante la marcha, Aldama llegó á reconocer en uno de los prisioneros para colmo de sorpresa á un peón del establecimiento de Fuentes, antíguo compañero suyo y de Velarde en las faenas pastoriles. Éste como otros del pago, había seguido á Jorge á Montevideo, por un exceso natural de servil respeto á los fuertes. Aldama le hizo hablar, enterándose de todo lo acaecido en la estancia de la viuda, desde el día de su ausencia.

Cuando el prisionero hubo concluido, él le preguntó por qué no había amparado á la pobre moza en sus pesares siquiera por lealtad al aparcero; y oída la respuesta evasiva del preso, el gaucho se le acercó

mucho, mirándolo con ojos feroces, y dijo lleno de rábia echando mano al cuchillo:

—*En tuavia* te voy á *degoyar*, máula!

El miliciano se apartó de un salto por un tirón brusco de riendas; Aldama hizo chasquear la lonja en la carona, y siguió su camino gruñendo.

Pero uno de sus compañeros, que marchaba en pós, al notar el movimiento brusco é inesperado del prisionero creyó que intentaba la fuga al favor de las sombras, y enristrando su lanza de clavo se la hundió en las espaldas, arrancándolo con terrible empuje de los lomos.

Otro de los soldados, que no esperaba sino eso al parecer, estimulado por el ejemplo y el instinto, echó pié á tierra, y montándose en el cuerpo que se revolvía en el pasto lodoso, desenvainó el cuchillo, y lo pasó por la garganta de la víctima con asombrosa rapidéz.

Esta dió un ronquido, sacudiéndose un momento; y ántes que el soldado hubiese concluido de montar á caballo, el caído se quedó rígido y tieso.

—No sea bárbaro, *canejo!*—exclamó el que lo había herido con la lanza.—El *chuzazo* era de sobra.

—Le parece,—replicó el otro friamente·—Este *jué poyo* negro que salió de *güevo* blanco, como consuelo de cuervo.

Aldama, que marchaba algunos pasos adelante, no se apercibió siquiera de lo que había ocurrido detrás.

Toda esa noche se estuvieron sucediendo fríos aguaceros, y amaneció el dia con negro cortinado de nubes que descargaban copiosos raudales.

La columna movió su campo, y á poco andar se detuvo en una ladera, hasta que pasó la violencia de la lluvia.

Al pié de la loma se acampó, y tocóse á carnear. Volteáronse en media hora algunas reses gordas, cuyas carnes convirtiéronse bién pronto en asados y *churrascos* que saboreó con deleite la milicia, condenada á la abstinencia día y medio, no habiendo hecho otra cosa en ese lapso de tiempo que churrupear el aguardiente de las cantimploras y entretenerse con el humo del tabaco negro.

Saciada el hambre y fortalecido el cuerpo del soldado, el clarín sonó á intérvalos, y por último tocó «á caballo», y «en marcha». La columna se puso en movimiento entre un espeso velo de llovizna, y caracoleó por el terreno quebrado subiendo y bajando cuestas, rumbos á las puntas del Canelón (1).

De este punto había salido Aldama la noche anterior, y allí se encontraba Artigas acampado, cuando la división llegó á ocupar su sitio en el cuartel general.

---

(1) Para ésta hueste inquieta y disciplinada á medias, empezaban recién, como para las demás, los tiempos heróicos.

La fuerza de la ola revolucionaria debía empujar la milicia de Manuel Francisco Artigas, compuesta de fieros montaraces de los esteros de Maldonado y de la sierra de las Ánimas, hasta las zonas del setentrión y hasta el trópico, envuelta en un torbellino de fuego y de gloria; pero ya transformada de simple milicia en legión aguerrida, bajo el comando del coronel Manuel Vicente Pagola.

Los centauros bravíos que habían salido de sus pagos como escondidos en los lomos entre crínes y melenas, de mirar soberbio y fuerte aliento de libertad salvaje, se convirtieron en fusileros, granaderos y volteadores; á la sombra de su bandera, que hecha girones cuelga hoy de las bóvedas de un templo, cruzaron comarcas y soledades ungiendo con su sangre junto á sus hermanos la redención de un continente, y al fin cayeron exterminados por el plomo y el sable en los campos de Sipe-Sipe legando ejemplo perdurable de honor y de bravura militar.

Éste fué el destino de la hueste de Manuel Francisco Artigas, y ese, el fin glorioso del regimiento núm. 9 de línea.

Casi todos los soldados, con las piernas desnudas, se ocupaban en secar los zapatos ó las botas, y en limpiar las armas oxidadas por la humedad, especialmente los pesados fusiles de piedra de chispa y los dos pequeños cañones de á dos que constituían toda la artillería.

Presumíase que el día siguiente amanecería sereno, y que habría combate. Se ansiaba por el sol y por la gloria. Las dos cosas debían obtenerse en todo ese día tan suspirado.

LII.

Llegó, por fin, tranquilo y radiante.

En sus primeras horas, el comandante en gefe español que, como Artigas, había intentado algunos movimientos para «batir en detalle», tomó la ofensiva resueltamente; y dejando en las Piedras una grán guardia con un cañón cargado á metralla, dirigióse con cerca de mil hombres de las tres armas y cuatro piezas, al encuentro de Artigas, quién á su véz venía ya en marcha con ánimo de no ceder un palmo de terreno á su infantería veterana.

Ya frente á frente, aunque separados todavía por un trecho regular, los obuses de calibre treinta y dos empezaron sus descargas, que fueron aumentando por momentos hasta trabarse la pelea.

Las fuerzas realistas, apartadas dos leguas de la villa, tomaron posición en unas alturas llenas de pedregales á un flanco de la carretera, y engrosaron poco á poco sus guerrillas en despliegue al frente sobre una loma paralela.

La aglomeración allí, llegó á ser considerable.

Artigas puso entónces en movimiento su ála derecha, ordenando á su gefe, el capitán Perez, que practicase una diversión encima mismo del enemigo, aunque eludiendo los fuegos de artillería, hasta obligarlo á salir de su campo.

Cumplióse la órden, y viendo á Perez ponerse en retirada, la tropa realista creyendo habérselas con simple caballería, salió en su alcance, siendo ésta la señal del comienzo de la pelea.

Artigas arenga sus tropas, «que juran morir por la patria»; avanza en línea á paso firme, confiando su ála izquierda al intrépido teniente Valdenegro (1); lanza la caballería de Maldonado á cortar la retirada del enemigo; ordena echar pié á tierra ya encima de los tercios á toda su infantería, y ante un repliegue falso sostenido por el fuego de los obuses, manda cargar la columna, arrollándola y arrojándola sobre la loma en que el grueso tendido en batalla con su artillería de grán calibre al centro y dos cañones á los extremos, empeña la acción con nutridas descargas.

En este ataque récio, que barrió el declive como una ola fragorosa, el teniente Prieto de patricios lleva en sus espaldas un cajón de municiones en defecto de mulas de carga; el sargento Rivadeneira empuja con sus manos las ruedas de una pieza entre las balas con impávido denuedo; los presbíteros Valentin Gomez (2) y Santiago Figueredo con sus ne-

(1) Eusebio Valdenegro era oriental, como Rufino Bauzá, Manuel Vicente Pagola y Ventura Vazquez. De sólidos méritos militares é imponderable arrojo, llegó á coronel con brillante foja de servicios. Desterrado por el Directorio á Norte-América en 1817, se supone que murió en un lance de honor en Baltimore.

(2) Fué á este presbítero, vicario de Canelones, á quién entregó su espada el capitán de fragata D. José de Posadas, una vez rendido á discreción.



gras vestiduras se adelantan por el centro de la línea, alentando en medio á la humareda los batallones á la victoria; y los ginetes de las álas precipitan por la ladera á punta de lanza la milicia urbana en desórden.

El combate llevaba recién hora y media de empeñado, y debía durar hasta la puesta del sol.

Rehechas las líneas, la artillería inicia su série de explosiones, y los fuegos de los centros se prolongan de allí á tres horas.

Eran estos los sordos truenos que á lo léjos había sentido Ismaél, cuando abandonaba en esa mañana luminosa los desolados campos de Fuentes.

LIII

Mantenido á pié firme con ardoroso empeño el terreno ganado en el primer empuje, los veteranos de Posadas con el apoyo de sus cañones enclaváronse á su véz en la loma, conservando vivo el fuego graneado é inflexible la tensión de su línea.

Con todo, y á pesar de la superioridad en calidad y número de esas tropas, así como de su artillería de campaña manejada por peritos marinos de guerra, la resistencia no podía durar muchas horas.

La división revolucionaria cada véz más enardecida, redobló sus descargas.

Entónces, la fuerte brigada de la loma sale de su posición en buén órden al paso de marcha ordinaria, mordiendo el cartucho, y comienza su repliegue hácia las Piedras, sostenida siempre por el fuego de los obuses.

Un escuadrón de caballería de los independientes, á una vóz de Valdenegro, se avanza sobre una de las dos álas en retirada, y sujeta sus redomones casi en la cresta de la colina.

Por esa parte se arrastra una pieza, con un carro de municiones.

Un ginete se desprende con impetuoso arranque de la mesnada vocinglera, y cae á lanza sobre el grupo derribando dos artilleros, uno de los cuales estrujó bajo los cascos de su zaino oscuro.

Los demás arrojaron escobillón y mecha, y fueron á confundirse con el grueso del ála que se alejaba, todavía con aire fiero.

El gaucho,—que era Ismaél—clavó el cuento de su lanza junto al cañón, y quedóse allí inmóvil, con la vista fija en la caballería enemiga como si algo buscase en su bién ordenada formación en escalones, un poco á retaguardia de los fusileros.

Jorge Almagro se ajitaba á la cabeza en un caballo tordillo negro, y Velarde pudo verle á través de la humaza blanquecina sembrada de fogonazos que se extendía al frente de la línea.

Entonces movió el brazo con ira, y volvió riendas para ocupar su sitio en el escuadrón,—en momentos que se ordenaba cargar vigorosamente por los flancos.

Ismaél había entrado al campo de batalla en el momento en que los tercios españoles efectuaban su repliegue hácia la loma enhiesta.

Aunque apurado su caballo por la rodaja y el rebenque, venía brioso y entero.

El gaucho ocupó en el segundo escalón de uno de los flancos su puesto de combate, escudriñando con vivo interés la línea enemiga.

A la primera vóz de mando, le hemos visto

desprenderse de la formación y abalanzarse él solo sobre el grupo enemigo que pugnaba por arrastrar la pieza de artillería hasta el pié del declive; y retirarse luego de divisar á Jorge para entrar en la carga á fondo.

El mozo parecía querer provocar por todos los medios un encuentro con el mayordomo, y manifestaba en sus movimientos audaces un grán desprecio por el peligro.

Habíase alivianado de sus ropas, quedándose con una camiseta de lanilla, cuya manga derecha veíase recojida hasta más arriba del codo. Las *boleadoras* y el «lazo» ensebado,—el que usaba para cojer novillos y aún jaguaretées,—de fina argolla y fuerte trenza, aparecían apénas ceñidos al recado, como para disponer de unas y otro en todo instante sin dilación alguna.

Tal véz precisase de esas armas, tan temibles en sus manos, en la carga decisiva sobre la caballería realista á que citaba el clarin de León.

Se hallaba el grueso realista en una posición desventajosa al final del declive de la loma, cuando la caballería de Maldonado se interpuso á grán galope, cortando su retirada á las Piedras, y la de las álas cargó como un huracán llevándose por delante los escuadrones en tumulto.

De éstos, solo uno que se componía de peninsulares voluntarios consiguió rehacerse trás el vértigo del entrevero; y el que arrastrado por Almagro con viril arrojo, formó á retaguardia de la infantería.

Los otros, dispersos á todos los rumbos, sin excluir el de Montevideo á dónde llevaron la infausta nueva del desastre, no volvieron más al campo de batalla; y hasta pusieron en el caso de



retroceder y guarecerse dentro de muros á un refuerzo de quinientos infantes que venían en auxilio de Posadas, suponiendo á éste el virey Elío fortificado ya en la villa de las Piedras, en cuyo punto como es sabido había dejado una grán guardia con una pieza de á cuatro.

Los efectos brillantes de la carga de las milicias, el destrozo hecho en los cuadros veteranos, la pérdida de una parte de su artillería en el descenso fatal de la loma, el encierro á hierro y fuego de sus tropas inmediatamente después del desbande del vidrioso elemento de á caballo con que él contaba para reprimir los avances de las huestes de Manuel, de Perez y de León, no abatieron el valor sereno del capitán de fragata y de sus pundonorosos tenientes,—y dando cara al peligro en la hondonada, propúsose allí vender á alto precio la victoria.

Dentro de aquel cerco de aceros, en que se batía con denuedo, á la caída de la tarde percibíanse apénas en medio á las volutas espesas de la fusileria y del cañón los morriones de sus soldados aguerridos, y los celestes penachos de los patricios que adelantaban terreno paso á paso á la vóz ronca ya de sus capitanes.

Una masa de caballería se movió de repente con estrépito, en la falda de una de las colinas ásperas del ála izquierda, y se vino al choque con la de Jorge Almagro que buscaba romper el cerco desesperado, á lanza y sable.

Aquel enjambre de centauros se revuelve un instante tumultuario y ruidoso, entre feroces ahullidos, descargas de trabucos á quema ropa, refregones de lanzas, ludimientos de caballos y de sables, volteos y reencuentros á toda rienda, sin formación y sin órden, saltándose por encima de

los muertos y heridos que los redomones azorados pisotean y estrujan; y entre el polvo, el humo, el tufo de la carnicería ván á estrellarse dos jinetes, cuando uno de ellos refrena de súbito los saltos de su lobuno, gritando con bronca voz:

—*Esmaél!*

Quien había hablado, era Aldama.

Ismaél le mira lívido y mudo, y pasa á su lado como una saeta tendido sobre el zaino, cuyos hijares desgarran las espuelas, con la lanza en la diestra, sin sombrero y el vendaje en la frente,—que sírvele á la véz de *vincha* para sujetar su larga melena sacudida en rizos sobre los hombros.

El zaino corría con las narices abiertas y la boca ensangrentada, muy erguida la cabeza, cual si en medio de sus pavores lo impulsara sin embargo adelante el furor de la refriega.

A su lado se deslizaba Blandengue velóz, con la lengua colgante llena de espuma, y el que al primer arranque de los escuadrones había tomado parte también en la carga, todo conmovido y tembloroso, el ojo sangriento y los colmillos á la vista, ladrando con furor, cual si se viese acosado por una manada de potros.

LIV

A quién perseguía Ismaél en su frenética carrera?

La línea enemiga estaba cerca, y los jinetes de Almagro en fuga desordenada iban á refugiarse detrás de una pieza, que sostenía el ángulo del flanco con fuegos converjentes.

En las postrimerías ya de su esfuerzo, los tercios menudeaban desde el bajo sus proyectiles de grueso calibre, y veíase el atacador en movimiento entrando y saliendo del ánima con febríl actividad, sin darse otra trégua que la descarga.

Aldama se lanzó en pós de Ismaél, que parecía irse derecho á la boca del cañón.

Velarde había distinguido á Jorje en el entrevero; luego le vió huír, con el caballo al parecer herido por una bala de pistola.

Creyó entónces que podía ponérsele encima ántes que se amparase al piquete de artilleria; y abriéndose camino con su hierro tinto en sangre, bajó la cabeza como el toro encelado que embiste y carga ciego, precipitándose hácia el lugar en que barbotaba denuestos el temible mayordomo convertido en caudillo.

Vió Aldama, que él sin pararse sinó á medias en su galope furioso, clavó la lanza de hoja retorcida y media-luna con banderola azul y roja á un costado de la línea; y que disipada la humareda de una descarga, reaparecía en la ladera del flanco castigando al zaino á rebenque doblado con la mano izquierda.

Silbaban á esa altura un enjambre de *boleadoras*.

No pocos jinetes realistas habian caído en poder de la caballería patriota, á los tiros del arma charrúa, admirablemente manejada por los ágiles centauros ; y cuando fué necesaria, vino en ayuda de ella la otra arma arrojadiza, el «lazo», para arrastrar fuera de los fuegos á los heridos y prisioneros.

La confusión sucedida al choque aumentaba por momentos, lo mismo que en un rodeo de hacienda

brava que rompe el cerco y se desbanda entre galopes y caídas, tiros de «lazos» y «bolas», silbidos y clamoreos, con la diferencia de que goteaba sangre en esta brega y se magullaban carnes y huesos, *despenándose* sin cuartel y haciéndose acopio de despojos.

Ismaél con la misma agilidad que en un *rodeo* de novillos alborotados, revoleaba por encima de su cabeza en ancha espiral el *lazo* de trenza, seguido siempre del mastin.

Jorje con su tordillo rendido apuraba su fuga á retaguardia de los dispersos, airado el gesto, en su impotencia de rehacer los escalones que llevaban el desórden á la línea; y volvía el rostro afirmándose en su deshecha cabalgadura para librar con el ástil de su lanza de los tiros de *bolas* los corvejones,—cuando el *lazo* de Ismaél zumbó á pocas varas de distancia, ciñéndosele al cuerpo como un aro de hierro.

Jorje reconoció á Velarde, y al sentirse cojido á la manera de una bestia montaráz abandonó la lanza, echó mano al cuchillo en rápido movimiento y tentó cortar la presilla de la trenza, vomitando injurias.

Ismaél sin embargo, no le dió tiempo para zafarse; y al verle él torcer riendas callado, implacable é hincar las grandes rodajas en el vientre de su zaino brioso, amartilló una pistola, y se asió con la mano izquierda á las crines del tordillo prorrumpiendo en un grito de rábia.

Solo un puñado de cerdas quedó entre sus dedos crispados; porqué de súbito, con irresistibile violencia, trás una récia sacudida que le hizo perder con los estribos el ánimo, fué arrancado de la montura.

Así mismo, caído boca abajo entre los pastos, alzó la cabeza, apuntó á su enemigo é hizo fuego.

La bala acertó á rozar la mejilla de Ismaél dejando en ella una línea roja.

Almagro se puso de pié tambaleante, hincándose en los piés con sus propias espuelas; y volvió á caer de costado, después de arrojar con pavor su pistola á la cabeza del gaucho.

Aldama que llegaba al sitio en ese momento, gritó á Ismaél:

—*Guardia* al cañón!

La pieza del flanco escupió un tarro de metralla, que chocando en un pedregal próximo esparció una lluvia de cascos sobre el grupo.

La lanza de Aldama se hizo pedazos en su diestra, y el jinete mismo dobló el cuerpo hácia atrás herido en el pecho, y se precipitó á plomo por las ancas.

El gaucho bravo se puso en cuatro manos, chorreando sangre, y barbotó jadeante:

—*Cinche, hermano!*

Ismaél arrancó con ímpetu, arrojando una mirada á Aldama, que se desplomaba en los pastos con las manos crispadas sobre el pecho.

Silbaban todavía por aquella ladera las *boleadoras.*

En cambio iban apagándose los fuegos de la línea realista, exhausta de municiones.

Pudo presenciarse entónces un cuadro lúgubre en la zona despejada del flanco, delante de los escuadrones que habían vuelto á su formación, perdida en la carga.

El cuerpo de Jorge rebotó algunos instantes en la falda de la loma, lo mismo que una peonza elástica lanzada de la cresta por un brazo poderoso.

El cañón tronó por última véz, salpicando peda-



zos de granada en derredor de Ismaél que recojía su lanza; por un segundo su zaino dobló en el declive los remos delanteros,—enrojecidos los hijares, tendidas las orejas al toque de corneta,—y reincorporándose en el acto volvió á arrancar con un relincho arrastrando á Almagro que se cojia á las yerbas y pedregales con los dedos desollados y las uñas rotas.

Durante el fugáz segundo en que el caballo de Velarde flaqueó, Jorge logró ponerse de rodillas moviendo sus brazos en espantosa angustia: Ismaél le miró con los dientes apretados, pálido, bravío; y Blandengue, tomando sin duda aquel bulto por una rés rebelde hendida ya en los jarretes por la media-luna, saltó sobre él, y le hundió el colmillo en la garganta.

Velarde siguió azuzando su caballo con indescriptible fúria; y esta carrera desenfrenada por el campo que los combatientes habían sembrado con cerca de doscientos muertos y heridos, duró algunos momentos.

El cuerpo de Almagro sacudido en infernal agonía, machucado al fin en las piedras del terreno, hecho una bola sangrienta, pasó rodando sobre los despojos del combate, y al llegar á la línea no era ya más que un montón repugnante de carnes y huesos.

El gaucho se desmontó, sin apuro.

Llegóse al cuerpo, y lo estuvo mirando un rato con una expresión fría y sañuda, de ódio aún no extinguido.

Tenia el rostro desencajado, y súcio de pólvora; una de sus greñas largas se habia como pegado por el extremo en la desgarradura hecha en la piel por la bala.

—*Sarnoso!*—murmuró, torciendo el lábio.

Luego le desprendió la trenza que se había hundido en las carnes por debajo de los brazos, y lo apartó con el pié. El cadáver al rodar produjo un ruido semejante al de una bolsa de huesos ó de semillas secas.

Blandengue alargó el hocico, olfateando la pulpa triturada, algo así como carne de matadero; dió un resoplido, y se echó resollante junto al zaino oscuro.

Artigas, á caballo en el extremo del ála izquierda, vió cruzar á Ismaél, arrastrando aquella masa informe.

—¿Qué es eso?—preguntó con frialdad.

—Un prisionero cojido detrás de las piezas, y á quién ese mastín degolló de una dentellada en el declive,—contestó el teniente Valdenegro.

Artigas apartó de allí impasible sus ojos de verdosos reflejos para fijarlos en el campo enemigo: habíanse apagado todos los fuegos, rompían clarines y tambores en ruidosas dianas y las tropas españolas abatiendo armas y banderas, se rendían á discreción.

LV

Desde sus cláustros de San Francisco, en dónde proseguían sus tertulias cada véz mas animadas á medida que aumentaban los ardores políticos del tiempo, los frailes nuestros antiguos conocidos, oyeron anhelantes los ruidos lejanos de la artillería.

Contaminados por el espíritu entusiasta de la



época, que iba penetrando insensiblemente en los centros mas reácios á la innovación, y depositarios esclusivos decirse puede, de la escasa ciencia y conocimientos político-filosóficos de su tiempo, los conventuales entre los cuales había jóvenes de hermoso talento siguieron afanosos los progresos del movimiento revolucionario, comentando paso á paso los hechos que se producían y que hasta ese instante eran coherentes con los ideales acariciados por todo el elemento criollo.

No bastaba eso á sus fervores profanos.

Desde el principio de la lucha, ellos procuraron por medios sigilosos ponerse en contacto con los gefes del movimiento, coparticipar á la distancia de las emociones del triunfo ó del contraste, y aún trasmitir á Artigas especialmente los datos y nuevas que juzgaban interesantes á la causa revolucionaria.

En la soledad de los claústros, la ansiedad era así más honda y aflijente.

En cambio se miraban con sensatez las cosas y los hombres, y por intuición lúcida se descubrian en parte los velos del porvenir.

Fray Benito era un apóstol convencido, tan manso y culto de carácter como intelijente y sagáz de espíritu; estudioso por hábito, asimilador de verdades y principios nuevos, elocuente y persuasivo en el diálogo y en la controversia, ajeno á las intolerancias hirientes, apto por lo mismo para marchar con las ideas sin infrinjir la regla disciplinaria, y aunque jóven, acreedor al respeto de sus cófrades que le oían siempre con interés marcado.

El jóven fraile les comunicaba sin grán esfuerzo el fuego de sus creencias y su fé en el futuro, sintiendo en su naturaleza el ardimiento generoso

de las aspiraciones nativas, y los grandes anhelos á una vida más conforme con el ideal humano, cuya fórmula dió Jesús, cuando lo bestial pesaba sobre el alma, y la fuerza del derecho no ejercía su vigor moral en la conciencia de los pueblos.

En las tertulias nocturnas de la celda, el éco de su vóz era el que persistía en todos los oidos. Se hablaba quedo, pero con provecho y unción patriótica.

El rumor del combate, casi á las puertas del Real, los tenía pués con razón en extremo inquietos.

Parecían aspirar desde sus celdas el olor de la humareda, y aguardaban impacientes el desenlace de aquella batalla, de cuyo resultado dependía la suerte de las campañas.

Parte de ese día se pasó en zozobra.

Lo que ocurría era extraordinario y solemne.

En la celda de Fray Benito se había agrupado un regular número de religiosos, para oir un relato que hacía Fray Joaquin Pose, quién acababa de entrar de la calle después de haber cumplido con los deberes de su ministerio ayudando á bién morir dos heridos graves de caballería que habían logrado retirarse del campo de batalla en las primeras horas de fuego.

Según Fray Joaquin, Posadas estaba irremisiblemente perdido. Sus informes eran de abrumante exactitud.

Parte de la artillería abandonada, la caballería destruida, el parque en poder de Artigas, los cuerpos veteranos acosados de cerca, y ya sin municiones: el desastre á esa hora era inminente.

Una llamarada de júbilo iluminaba todos los rostros.

Los frailes callados, con la vista fija en el narrador, no perdían una sola de sus palabras.

Volvían á cada instante las cabezas apartándose con mano nerviosa la capucha para escuchar los rumores del convento, llevábanse los dedos á los lábios cuando sentían écos sospechosos, y en algún intérvalo de silencio salían al patio quedándose atentos á las explosiones lejanas.

Continuaban los retumbos.

Volvíanse á entrar en la celda ajitados y febriles, y proseguía el cuchicheo, casi juntas las bocas en estrecho círculo de miradas y de alientos, rozándose los cuerpos y las manos trémulas bajo la presión de una ansiedad profunda.

Este grupo de frailes, inspirados por Fray Benito era el que se distinguía en los cláustros, por sus opiniones favorables á la causa de los independientes; y de estas tendencias conventuales estaba enterado el virey Elío por otros religiosos de la órden tan realistas como él.

De ahí que ellos procedieran en los últimos días con el mayor sigilo en todos sus actos y conversaciones íntimas, evitando en lo posible avanzar una sola frase que pusiera de relieve sus móviles, delante del padre guardián ó de alguno de los fervorosos adeptos del viejo régimen.

—He notado agitación y movimiento en la ciudadela—decía Fray Joaquin.

Al pasar por la calle de San Cárlos (1) ví parado en columna un cuerpo de la marina, en actitud de marcha.

—¿Irá de refuerzo?

—Tal véz. La cabeza de la columna miraba al Portón de San Pedro.

---

(1) Sarandí.

Oí decir que se reunían á prisa todos los caballos de los carreros en el Hueco de la Crúz. . . . .

Dos carros de munición y alguna tropa salieron por el puente levadizo á las doce.

Fray Benito, reconcentrado en sí mismo, con la barba apoyada en la mano, meditó un momento.

Luego dijo:

—Al trote y galope de un mal caballo se recorren más pronto que las tropas, tres leguas....

—Y bién?—preguntaron casi á un tiempo sus colegas excitados é impacientes.

—En el Hueco de la Crúz, en una tienda de cueros, está José nuestro mensajero que tiene su caballejo de cargar carne en la costa del norte; y ahí cerca de las casernas debe encontrarse ahora el viejo pescador Pascual, en su canoa, echando el jorro á las mojarras....

—Cierto es....

—Fray Pedro López podría entónces sin pérdida de tiempo llegarse al Hueco de la Crúz, y poner en actividad á José para que avise á Artigas la salida del refuerzo.

José es un muchacho de doce años, Pascual un viejo inofensivo; la canoa puede conducirlo cómo ántes de ahora á la playa del norte, en pocos minutos, y de allí con su caballejo correrse por la costa y los campos en que es baqueano.

—Voy al momento,—dijo Fray Pedro López.

Pero, quién sabe si Josecillo se atreve....

—Es servicial y animoso.

—El padre ha servido con Artigas en las luchas del contrabando,—observó Fray Joaquin.

—El aviso puede ser muy oportuno, y ningún ajente más seguro que José . . .

—Veremos!

Fray Pedro López salió apresuradamente.

Era ya la una de la tarde.

Los redobles del tambor se sucedían á cada instante en la ciudadela, y parecía sentirse en la atmósfera el olor de la pólvora de las Piedras como un anuncio aciago de derrota.

Los conventuales siguieron desasosegados muy envueltos en sus capuchas, como en un manto de dudas é incertidumbres, vagando por los cláustros, para concluir por congregarse de nuevo en alguna celda solitaria.

Los demás no se encontraban en mejor situación de ánimo; susurrábanse cosas graves y comentarios ardientes, á manera de rezos.

Fray Benito razonaba sobre los efectos probables del combate.

—En caso de triunfo por Artigas—decía,—el desaliento vá á cundir en el recinto.

Pero, Elío tiene mucha entraña; y los muros muchas bocas de fuego. Contra esta coraza terrible vá á estrellarse todo empuje!

—¿Y qué importa, si las campañas están en armas?

Sobrevendrá el asedio.

—Cierto es. La revolución ha armado á los instintos, y ellos van á demolerlo todo con una premura asombrosa, quizás sin trégua ni cuartel, porqué destruir es la obra con la fuerza del torrente.

¿Qué puede de lo viejo quedar en pié, que no sea una mole en mitad del camino de la nueva vida?

Es preciso cambiar de sangre y de formas, aún cuando cada esfuerzo sea un sacrificio, y cada abnegación un martirio.

Los tiempos han cambiado!

Del dique. . . .

Fray Benito se interrumpió aquí.

Desfilaron por su memoria los cuadros que en ella habían diseñado las recientes lecturas de la revolución francesa, las doctrinas de Robespierre y de Dantón, «el hombre forrado en pieles y fierezas» de Juan Jacobo, y hasta los actos de cruel severidad con que el movimiento inicial de Mayo había marcado el rumbo á la ardiente y poderosa generación del tiempo.

Figuróse quizás una victoria completa del nuevo derecho sobre la fuerza, y una sociabilidad dispersa, pero llena de anhelos desbordados, en frente de leyes y de costumbres tradicionales que eran enemigos más peligrosos que los ejércitos vencidos en los campos de batalla; sistemas, organizaciones, fórmulas, ensayos violentos en pós de la obra de la espada, tribunos impacientes por avanzarse al tiempo, muchedumbres ébrias exhibiendo todas sus llagas y armando todas sus cóleras para prolongar en los años el estridor de la pelea y el delirio de la venganza, hiriendo en propia carne, como para hacer saltar por las heridas la sangre negra que formó el mal de herencia.

¿Veía ya él acaso aparecer en la escena el nuevo elemento de acción y reacción; el elemento móvil, activo, indomable que venía del fondo de las soledades, como los leones en sus crísis de fiebre, desmelenados é iracundos, á coadyuvar con todas sus fuerzas al ideal común de la absoluta emancipación, y á pedir en el teatro de la lucha un sitio de preferencia en nombre del robusto sentimiento local, só pena de ganarse él sólo posiciones á hierro y fuego entre olajes de sangre y de despojos; al punto de trucidar el vínculo férreo de la vieja colonia y hacer

perder el eslabón en la cuenca más profunda del Plata?

Bién pudiera ser: porqué Fray Benito, fijando sus ojos expresivos en el semblante del hermano que le había argüido, agregaba como hablando consigo mismo:

—El dique, al torrente. Ese es el problema. . . .

Imajinábase el fraile un pueblo que viene á la vida, al dia siguiente de un trabajo de destrucción y de exterminio . . .

Todavía arden las venas, bulle el cerebro, el suelo está empapado, fresco está el olor de los cuerpos muertos, la pasión del valor aún palpita fogosa, el sensualismo de mando se acrece é increpa, los nuevos prestijios, las prepotencias que han surjido en los campos como los árboles indíjenas, con raices profundas, las huestes insubordinadas que se créen con alientos de lejiones, la audacia agreste que se alza al nivel de la superioridad moral, los antagonismos crudos formados al calor de la emulación y de la gloria, el celo del pago convertido en fanatismo social y político,—en célula latente de repúblicas forjadas á botes de lanza,—todo se agolpa y recrudece, se exajera y desarrolla en formas más siniestras á los últimos resplandores del incendio, subdividiendo el principio de autoridad entre los fuertes y reemplazando con las prácticas licenciosas la regla de obediencia, que aparece entónces como ley de odiosa tiranía!

El sistema imperante habia hecho refluir á las extremidades los elementos indóciles, en su impotencia para utilizarlos en vastas zonas despobladas, y estos elementos ó fuerzas perdidas de la economía social, sin otro vínculo entre sí que el que ata á los seres de escala inferior que viven en república

por instinto de propia conservación, habian llegado á crearse una atmósfera de estraña independencia, que favorecía de dia en dia la impunidad de los hechos, y al favor de la que los esxesos se multiplicaban en proporción al desarrollo de los instintos feroces.

Solo guerras sin cuartel, implacables luchas á cuchillo, podrian debilitar ó destruir ese vínculo formado en los desiertos por la licencia del gaucho errante y la barbárie charrúa!

Como una tromba que comienza á formarse atrayendo desperdicios y desechos á su centro de vorájine para rodar en seguida por toda una zona inmensa, hinchada á su paso incontrastable con los despojos del desastre, ocurríasele al fraile que él distinguia en el horizonte—allá dónde hervian las irritaciones nativas—una columna espesa de polvo y chispas que levantaban los cascos de los potros, sacudida por un viento caliente de tormenta, y que venia avanzándose desde los aduares solitarios entre siniestros rumores.

De ahí que Fray Benito abatiera á cada instante su pensamiento reflexivo al terreno práctico, y al sondar sus escabrosidades se detuviese abismado en lo que él llamaba *el problema*,—verdadera esfinje que se erguía al final de la jornada ó del camino, tal véz bajo las formas de un tipo selecto de raza caucásica, de ojos semi-azulados y cabellera casi rubia, torso de alcestes, bién sentado en los lomos de un bridón de guerra, inmóvil entre las ruinas, como observando el sitio por donde debía abrirse paso al porvenir, banderas en alto y paso de victoria, la viril generación de la epopeya.

Despues de esos diálogos breves y cortados,

los frailes volvían al silencio y á la ansiedad, pareciéndoles que aquel día era demasïado largo; y que, dada la persistencia de los lejanos retumbos, en véz de doscientos debían haberse hecho ya los combatientes, dos mil disparos de cañón.

—Todos quedarán muertos ántes de la noche,—decía con mucha gravedad Fray Joaquín.

Cómo truena esa artillería del infierno!

Pero, las horas transcurrían.

A las cinco, Fray Pedro Lopez trajo la nueva de que Josecillo había partido ántes de las dos; y de que entraban á grandes grupos en la ciudadela los dispersos de la batalla.

—Todos son de caballería,—decía.

El cañoneo ha cesado, y se supone prisionero á Posadas con sus cuadros veteranos.

Pero mucho sijilo, hermanos—añadió.

Un *empecinado* ha seguido mis pasos.

Ante estos informes, aumentó entre los conventuales el grado de excitación; y al cerrar la noche, ya no quedó duda del triunfo completo de Artigas.

Esparcióse por todo el Real como una vóz de alarma.

Infantería y artillería habían caido en poder del enemigo con sus planas mayores, piezas y banderas, —y los independientes venían en marcha triunfal á tender sus líneas á tiro de cañón de la ciudadela.

LVI

Antes de la victoria, los nativos se sentían azorados dentro de muros.

La intransijencia de los europeos llegó por entónces al fanatismo.

Montevideo, plaza fuerte de primer órden, y desde luego centro importante de arribo, refugio y resistencia del punto de vista estratéjico, revestía bajo otro aspecto todas las formas características de una grán aldea rodeada de murallas, dónde la vida social por su raquitis y atrofía no trascendía en sus mayores expansiones más allá del foso y de los baluartes.

Verdadero villorrio militar, fundado en condiciones análogas y con iguales objetos que la Colonia del Sacramento, sus pobres edificios y callejuelas no servían más que para encaje de un molde de piedra y hierro; de modo que bién podía compararse á uno de esos enormes moluscos de fornida caparazón que asombran por su magnitud y su coraza defensiva, pero que, desprovistos de ella, presentan luego un organismo invertebrado, frágil é inconsistente.

La única manifestación intelectual de aquel tiempo la constituía la «Gaceta de Montevideo», periódico que salía por la imprenta enviada por la princesa Carlota, y que llevaba el escudo de armas de la ciudad al fróntis, con las banderas británicas abatidas, con arreglo á la real cédula que le acordó ese honor á mérito de su iniciativa en la reconquista de Buenos-Aires, en cuya gloriosa acción fueron cojidos esos trofeos.

Emitían opiniones en esa hoja, el abogado de los reales consejos de la audiencia de Lima Mateo de la Portilla y Cuadra,—que en punto á grado de erudición corría parejas con cualesquiera letrado menesteroso; y el religioso fray Cirilo de la Alameda y Brea, quién sin materia prima para notables cosas, llegó después á ser grande de España, arzobispo de Burgos, General de la Órden de San Francisco y

Cardenal, con influencia omnímoda en Fernando VII y en otros personajes de alto valimiento en la córte.

Predominaba un espíritu de extremo celo, retrógrado, avieso, implacable que á su véz engendraba la intriga, el chisme, el espionaje, la persecución aislando entre sí las familias y haciendo difícil y hasta imposible la formación de vínculos solidarios.

No pocas de esas familias simpatizaban con los independientes; y ya hemos visto cómo hasta entre los mismos conventuales de San Francisco tenía ardientes afecciones la causa revolucionaria.

Desde el primer momento, no pasó desapercibido este peligro interno, doméstico, digámoslo así, á los partidarios exaltados del sistema colonial, quienes, para prevenirlo en sus efectos y desahogar sus ódios contra los nativos, constituyeron una sociedad ó club político bajo la denominación de *Los Empecinados*.

Este título tenía por orígen el que se había dado en España á un célebre guerrillero, que aún en los días de mayor infortunio para aquella heróica nación, persistió en su duelo á muerte con las aguerridas tropas de Bonaparte.

La sociedad, compuesta al principio de diez ó doce miembros, aumentó bién pronto sus filas, y en progresión geométrica crecieron entónces sus pretensiones y exijencias, al punto de alarmar al mismo virey Elio, que tenía el génio violento y la mano de plomo.

Con tán celosos guardianes de la causa del rey, los conventuales de San Francisco tenían ojos que los vigilasen, y en los días de que hablamos con mayor motivo.

Varias familias honorables, entre ellas la de

Artigas, habían sido expulsadas de la plaza tres días despues de la victoria de las Piedras; y este era ya un aviso sério que debía poner sobre sí á los entusiastas reclusos.

En una de esas noches, despues de solemne fiesta relijiosa, Fray Benito se ajitaba en su celda.

Los graves sucesos ocurridos en la campaña en ménos de dos meses, el estado actual de los espíritus dentro de murallas, el peligro de nuevas expediciones de ultramar, la enerjía demoledora de la Junta porteña, el desarrollo asombroso de la acción revolucionaria; todo esto surjía revuelto y rodaba por su cerebro, y veía al fín desenvolverse ante sus ojos aquellos tiempos alumbrados con luz de incendio de sus pasados ensueños,—tiempos de perturbación profunda, de ideales soberbios, de instintos y de pasiones poderosas que iban preparando las luchas formidables de organización definitiva.

Luego, volvia á caer su pensamiento á plomo con pertinacia en el medium aislado en que se vivía, y en las fuerzas sin trabazón ni ligadura disciplinaria que se alzaban en los campos gritando guerra.....

Insistía esa noche en figurarse á esas fuerzas vencedoras, libres de la tutela severísima, con el desierto por delante, dueñas ya del terreno y de los beneficios del cambio, de una crudeza vírjen en el arranque, en la iniciativa y en la acción, abriéndose rumbos por instinto ó por un ódio incurable á todo poder absorvente; figurábaselos con sus caudillos á la cabeza en medio de una descomposición profunda, recién sacudidas, con la conciencia de su poder y de su libertad, frente á frente de las viejas costumbres desafiando las tendencias unitarias, pero todavía sin planes fijos en una época en que no los habían madurado los mismos cere-

bros pensadores; y espantábase á la idea de que á una lucha santa se sucediese la guerra social con todo su cortejo de discordias, segregando porciones distintas de la antigua familia hispano colonial.

Esos hombres extraordinarios que aparecían acaudillando masas, improvisados en capitanes por el acaso, la osadía, el talento y el valor, fascinadores en su prestijio, sin otra escuela que la imitación y el ejemplo, ni otro teatro que las soledades, llenos de resabios y de temibles pertinacias, ardiendo en los deseos de una vida nueva y de un destino mejor, bién pudieran ser los genitores de esas largas anarquías en que se resolvían según la historia los árduos temas de las formas políticas de los pueblos.

Éstas cavilaciones eran á cada paso interrumpidas por la entrada de algunos de sus colegas á la celda, los que, no ménos sobrexcitados por las cosas del día, buscaban encontrarse juntos á cada hora en el interés de compartir las emociones violentas, las esperanzas y aún las dudas que les sugerian los sucesos pasados y la crísis del presente.

Fray Joaquín Pose creyó sin embargo discreto, que esa noche, como en la anterior, se hiciese tertulia en el refectorio, y se departiese con mucho tino sobre las ocurrencias profanas.

Los demás acogieron bién esta indicación como si presintiesen un peligro, y fuéronse todos á reunirse poco á poco en el local designado.

Fray Benito fué el último en entrar, y al hacerlo notó al primer golpe de vista que en el refectorio no había otros conventuales, que Fray Joaquín, Fray Pedro y cinco hermanos más.

—Estraño es—dijo en voz baja—que á esta hora solo estemos aquí reunidos ocho....

—Eso mismo observábamos nosotros en este mo-

mento—repuso Fray Pedro en el mismo tono.—Creo hermano, que algo se trama.

Fray Benito movió la cabeza y sentóse en un sillón de baqueta.

-- No nos cojería de sorpresa.

El virey está colérico, y los *empecinados* nos señalan con el dedo.

—El ruido del escopeteo en la línea debe exasperarlos más; pués todo ha podido preveer Elío, desde que Buenos-Aires adoptó su fórmula del año ocho: Cabildo abierto y Junta de gobierno; ménos que fuere el entónces teniente de Blandengues quién venciera sus mejores tropas y estrechara el asedio.

—Así es—afirmó Fray Benito, cuya mirada se iluminó de súbito.

Y cómo recogiendo materiales en su memoria, añadió de allí á poco:

—Cuando un día aventuré yo aquí un juicio, diciendo que la iniciativa de Elío era como el primer gérmen de una idea revolucionaria, y fuí redargüido, dejé al tiempo que lo confirmase.....

En ese tiempo estamos, hermanos.

Es su fórmula aceptada como tal, con otras tendencias y fines, la que ha armado ejércitos, y lo ha encerrado en esta jaula de piedra.

—De la que difícilmente saldrá victorioso,—dijo Fray Joaquín.

Se marcha á tambor batiente, y las cosas parecen tocar á su término.

—Que se rinda Montevideo es lo poco probable—repuso Fray Benito con aire de duda;—y mientras se mantenga firme Elío, la Junta de España ha de pugnar por robustecer su acción.

Esta ciudad ofrece á las expediciones militares y á las escuadras un punto de apoyo inestimable,

por su posición geográfica, su puerto, sus cañones y murallas.

En tanto sea conservada bajo el dominio, la madre patria puede acariciar la ilusión de que sus esfuerzos no serán estériles ó aventurados por lo ménos, desde que tiene abierta una puerta en América para el paso de sus ejércitos hácia el interior, y un arsenal poderoso con qué proveerlos en todo tiempo sin dificultades ni peligros.

Perderla, ó facilitar su acceso á los independientes que conocen su importancia, sería una prueba de impericia de que no creo capaces á los generales españoles.

En esta región, su fuerza está aquí.

Rendida la plaza, desaparecería con ella el centro de su actividad militar y el nérvio de resistencia.

—Los franceses arrecian por allá.

—También cargan los agredidos, y puede cambiarse de repente la fortuna....

Mi afecto dicidido por la causa de América, y mi amor por el país en que hemos nacido, no me arrastran hasta el punto de desconocer en la nación que nos ha dado su idioma y sus hábitos buenos y malos, esa virilidad patriótica y esa pasión guerrera perseverante de que ha ofrecido tantas veces, y está dando ahora mismo ejemplos al mundo.

La guerra podrá ser más ó ménos larga y sangrienta en la península, y una sucesión de contrastes y derrotas podrá también hacer sospechar un éxito desastroso; pero, la fibra ha de resistir y triunfar también sobre las combinaciones deleznables de un grán capitán afortunado.

Una prueba elocuente de ese vigor de raza, y de esa fé en sus destinos, la tenemos en la persistencia obstinada con que sostiene en América sus pretensiones de dominación absoluta . . .

En esto, Fray Luís Faramiñán que cruzaba por un corredor, entróse de improviso en el refectorio con el dedo en la boca y el semblante demudado, diciendo muy quedo:

—Silencio!....

Los frailes quedáronse mudos, arrebujándose á prisa en las capuchas.

Uno se hincó en un extremo, de espaldas á la puerta, murmurando entre dientes una oración.

Otro desprendióse rápido el rosario y púsose á pasar las cuentas entre sus dedos; y Fray Benito que tenía el *mate* en la mano lo colocó á prisa en la mesa, para cojer un breviario que allí estaba abierto.

Los demás permanecieron quietos, presintiendo un peligro grave, ó la aparición en el refectorio del mismo virey Elio, con su cabeza deforme y asustadora, móvil sobre un cuello corto y morrudo, sus ojos redondos y saltones, sus pelos erizados, su gesto de arrebato implacable y su zarpa fornida de soldado atleta en perpétua amenaza sobre el puño del espadón.

Fray Luís, por su parte, comenzó un paseo lento con los brazos en crúz y la mirada en el suelo.

Sentíase en el corredor el ruido de una espada.

Después oyóse claramente el que hacían las culatas de varios fusiles, al descansarse en el piso con violencia.

Los religiosos que se habían quedado en sus asientos, formaron círculo, y comenzaron un rezo á media vóz.....

Un oficial de infantería apareció en la puerta que Fray Luís dejó entornada, y que el recién venido abrió del todo con un golpe de puño.

Los frailes no se movieron de sus sitios; y solo

Fray Benito levantó la cabeza con serena y mística expresión.

—Los seráficos!—prorrumpió rudamente el oficial, sin sacarse el morrión.

Ya pueden irse levantando para venir conmigo, de órden del señor virey!

A éstas palabras, pronunciadas con irreverente imperio, los conventuales se estremecieron y cesaron en su rezo, para balbucear protestas.

Puestos todos de pié, como heridos por una misma conmoción, Fray Benito se adelantó un paso, y dijo:

—No sabemos á qué atribuir, señor teniente......

—No tengo nada que oir!—le interrumpió el oficial con bronca vóz.

Y en seguida, asomándose á la puerta, gritó:

—Avancen!

Oyóse en el acto el sordo compás del paso del pelotón.

Los frailes se miraron.

No había nada que hacer, pués que la órden era terminante.

—¿Nos será entónces permitido proveernos de lo más necesario?—se atrevió á preguntar Fray Benito.

—Están ustedes bién con lo puesto—repuso el teniente con impaciencia.

En marcha!

Los frailes desfilaron cubriéndose bién; inquietos, pero callados y humildes.

El oficial se colocó á un flanco, y el pelotón detrás con los fusiles terciados.

Pronto estuvieron en la calle.

La noche estaba húmeda y fría.

Sentíanse á intérvalos algunas detonaciones en la línea del asedio, que distaba media legua apénas de la muralla del este.

El grupo de religiosos y soldados recorrió una parte de la calle de San Francisco desierta á esa hora, y dobló por la de San Pedro, profundamente oscura.

El trayecto hasta el portón de la ciudadela que llevaba el mismo nombre de esa calle, se hizo en silencio, lo que permitió á los frailes reconcentrarse para hacer cálculos sobre la suerte que se les reservaba.

No tuvieron tiempo, sin embargo, para concluir sus soliloquios, á este respecto; porqué, traspuesta la poterna, sintieron girar sobre sus goznes el grán portón de salida al campo.

Una véz fuera de sus umbrales de piedra herrumbrosa, el teniente señaló con la espada el terreno solitario y negro que se extendía delante, cubierto de boscajes y matorrales, exclamando con dureza:

—Ahora pueden irse con sus matreros!

Los religiosos inclinaron las cabezas, siempre callados; cerróse la enorme puerta, alertearon en ese instante los centinelas del Fijo en todo lo largo de los bastiones, y ellos alzándose los hábitos echaron á andar hácia el cuartel general de Artigas, á paso rápido, cómo para alejarse cuánto ántes de aquel cinturón de granito y de cañones.

Fray Benito que encabezaba el grupo, llevaba sus ojos puestos en el fondo de las tinieblas, cual si allí se bosquejase la imágen de un destino misterioso, de un porvenir preñado de tormentas, con lineamientos confusos y fugaces relámpagos, bajo cuyo negro dosel aún tardaría mucho en lucir una aurora de paz y de ventura!

En el horizonte cercano, dibujábase un arco rojizo formado por el resplandor de los fogones de una intensidad muy viva, con una corona de brumas.

El fraile alargó el brazo, y dijo:

—Sangre!

Fray Joaquín Pose abarcó el horizonte, con sus ojos muy abiertos, murmurando:

—Sí!....

¿Y por qué siempre sangre?

—Se dice que la vida es risa y drama,—repuso Fray Benito sin detener su paso mesurado.—Con todo, es en medio de la risa que se han degollado más á gusto los hombres.

Oh!.... la sangre abona y fecundiza!

—¿De manera que ese, es el extremo fatal?

—Así creo.

La historia prueba que hubo sangre ántes de Cristo, en Cristo, y después del sublime apóstol; y ella seguirá derramándose en los tiempos, ya en nombre del ódio nunca satisfecho, ya en nombre del ideal nunca alcanzado.....

La naturaleza humana necesita para perpetuarse, de su propia esencia.

—Pero, aquí vamos llegando al fin—observó Fray Pedro, estremeciéndose al ruido de una descarga, que en ese momento resonaba á lo léjos.

—En apariencia, hermano—repuso Fray Benito, sin perder su serenidad habitual.

La fibra de los que se han rebelado es demasiado fuerte, para que el triunfo mismo suavize su fiereza. Es de un temple ya raro, y por eso temible.

Conquistada la independencia, la sangre correrá en los años, hasta que todo vuelva á su centro, y aún después.....

Esa es la ley!


FIN